EGOHISTORIAS

El amor a Clío



Antonio Alatorre
Luis González
Miguel León-Portilla
Alfredo López Austin
Edmundo O'Gorman
Octavio Paz
Luis Villoro
Silvio Zavala

Coordinador:
Jean Meyer

CENTRE D'ÉTUDES MEXICAINES ET CENTRAMÉRICAINES
MÉXICO, 1993

Egohistorias

El amor a Clío

Jean Meyer (dir.)

DOI: 10.4000/books.cemca.3367
Editor: Centro de estudios mexicanos y centroamericanos
Año de edición: 1993
Publicación en OpenEdition Books: 4 junio 2015
Colección: Hors collection
ISBN electrónico: 9782821855601



http://books.openedition.org

Edición impresa
ISBN: 9789686029284
Número de páginas: 234

Referencia electrónica
MEYER, Jean (dir.). *Egohistorias: El amor a Clío.* Nueva edición [en línea]. Mexico: Centro de estudios mexicanos y centroamericanos, 1993 (generado el 12 juillet 2019). Disponible en Internet: <http://books.openedition.org/cemca/3367>. ISBN: 9782821855601. DOI: 10.4000/books.cemca.3367.



ÍNDICE

Pro domo
Jean Meyer

Antonio Alatorre

Luis González
Minuta De Un Viaje Redondo
Crianza católica, ranchera y fácil
El Colegio de Michoacán y otras recaídas en el matriotismo

Miguel León-Portilla

Alfredo López Austin
Autobiografía en digresiones y aforismos

Edmundo O'Gorman
Del amor del historiador a su patria*
Fantasmas en la narrativa historiográfica*

Octavio Paz
Entrada retrospectiva

Luis Villoro

Silvio Zavala
La escuela de los *Annales*
Yucatán
Los inicios
La vida
España
Francia
Tres etapas

¡Habla, Mnemosina!
Jean Meyer
"¿Y tú, mundo actual? ¿quién eres?"

Pro domo

Jean Meyer

---

1 No se trata aquí de una investigación, de una encuesta como la que está llevando a cabo Enrique Florescano, ni de un experimento de laboratorio como el que emprendió Pierre Nora. Por cierto, Pierre Nora es directamente responsable (involuntario) de este libro, con la complicidad de Marisol Loaeza, quien sirvió de truchimán. Ella me dijo un día: "¿Por qué no se ha hecho en México, con los historiadores, un libro como el que hizo Pierre Nora?" "¿Cuál?", le contesté, confesando mi ignorancia. Ella me prestó entonces *Essais d'égo-histoire* de Maurice Agulhon, Pierre Chaunu, Georges Duby, Raul Girardet, Jacques Le Goff, Michelle Perrot y René Rémond, reunidos y presentados por Pierre Nora (Gallimard, París, 1987, 369 p).

2 Leí los siete textos en un día. De inmediato hablé primero a Luis González y después a Antonio Alatorre, Miguel León-Portilla, Alfredo López Austin, Edmundo O'Gorman, Octavio Paz, Luis Villoro y Silvio Zavala. Todos aceptaron la invitación tan imprevista, menos don Edmundo: él accedió a contar las horas pero no para su publicación. No me atreví a insistir. Antonio Alatorre y Silvio Zavala aceptaron grabadora pero, de la misma manera que los cinco que escribieron directamente, cada uno fue por su camino, sin ninguna intervención de quien invitaba. Por eso estos capítulos se deben leer como fueron escritos, cada uno independientemente de los otros.

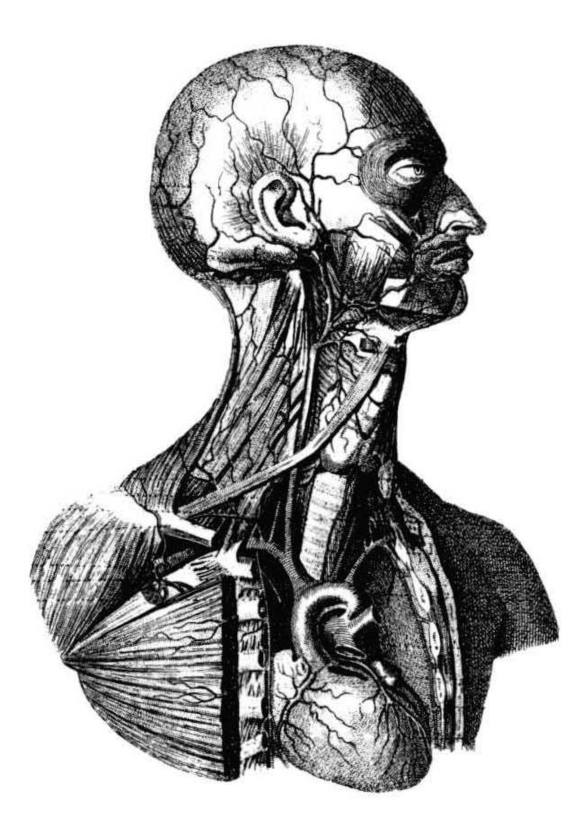
3 El historiador que habla más abiertamente de sí mismo, de su infancia, de su familia heredada y adquirida proporciona un testimonio tan valioso como aquel que se niega a hablar de sí mismo, no menciona a su esposa ni a sus hijos, y se limita a su obra... Unos han elaborado textos cortos; otros más extensos; a unos los vemos esconderse detrás de sus ficheros; pero otros no logran disimular su ser detrás de su saber; otros más utilizan su saber para revelar de su ser en un juego de espejos... todos ellos jugaron el juego; todos incluyeron el presente (el pasado inmediato) en su reflexión; todos aceptaron hablar de sí mismos. Así señalaron hasta qué punto las reglas de oro del positivismo histórico han dejado de funcionar. El "yo" ha dejado de ser abominable; el presente ha dejado de ser el monopolio de los periodistas. Ya sabemos que estas dos reglas no garantizaban nada, y mucho menos la tan alabada objetividad, supuestamente lograda a fuerza de distanciamiento y de frialdad.

4 No hubo más selección que la del azar, comparable a la del amor a primera vista, y la de la diversidad: gente diferente que trabaja en campos diferentes, con diferentes puntos de vista. ¿Puntos comunes? A todos les gustó la idea; todos afirman que su trabajo es su vida —no toda su vida, pero sí, su vida. De tal manera que hablar de la vida de uno mismo no aleja de la obra sino que facilita el acceso a la obra. No se trataba, desde luego, de caer en el determinismo o en el psicoanálisis barato; sí de enriquecer nuestra lectura de unos autores que son —así lo entiendo yo— plenamente historiadores, aunque muchas veces son más que historiadores, y por eso mismo son más historiadores aún. ¿Por qué escaparía el historiador de su propia inteligencia histórica?

5 Los lectores quedamos profundamente agradecidos a Antonio Alatorre, Luis González, Miguel León-Portilla, Alfredo López Austin, Octavio Paz, Luis Villoro y Silvio Zavala por haber aceptado el reto del juego; por darnos el placer lúdico y científico de una lectura suya de las lecturas nuestras para "poner de manifiesto, como historiador, el lazo entre la historia que uno hace y la historia que lo hace a uno" (Nora: 7).

6 Damos también gracias a Edmundo O'Gorman, quien autorizó la reproducción de páginas suyas; y a Hans Meinke, director de la editorial Círculo de Lectores, por su autorización para publicar un extenso fragmento del prólogo, en estos momentos inédito, de *El peregrino en su patria,* tomo décimo de las Obras Completas de Octavio Paz.

Antonio Alatorre



1 **J.M.** Admiré tu valor cuando me dijiste que te daba igual escribir unas páginas a que yo te entrevistara. Eso realmente me sorprendió, de manera que “en tus manos encomiendo mi espíritu”, literalmente.

2 **A.A.** Bueno, lo que pasa es que yo soy muy dado a la autobiografía. Una vez escribí un artículo sobre folklore infantil que no era más que eso: autobiografía pura: los juegos de mi infancia, en mi pueblo. Hasta en artículos eruditos hablo de mí, y no digamos en mis clases, y sobre todo con amigos. Tú me dijiste el otro día, si entendí bien, que querías saber por qué caminos vine a estar donde estoy hoy, cómo es que llegué a ser lo que soy, o algo por el estilo. Ante una pregunta así, inmediatamente me pongo a hablar de mi infancia, porque allí estoy: la traigo conmigo.

La escuela

3 Hace un par de meses sonó el teléfono, y descolgué y dije “¿Bueno?”, y me contestó una voz: “Soy fulano Zedillo...” (¿cómo se llama el secretario de Educación?). (Por cierto, me llamó la atención eso. Generalmente, y aun tratándose de gente mucho menos importante, lo que oigo en esos casos es la voz de una secretaria: “Un momentito, le va a hablar el señor tal, o la doctora tal”, y a veces el momentito se estira y se estira.) Me dice, pues: “Soy... Zedillo, secretario de Educación; perdóneme este ataque personal, pero estamos aquí metidos en los programas educativos, y hay voces que dicen que las clases de español en la escuela primaria son un desastre. Me gustaría saber qué opina usted. ¿Por qué no escribe unas paginitas y me las manda?” Yo le contesté que lo haría con mucho gusto. Y lo que hay en esas paginitas es una evocación de los años que viví en la escuela de mi pueblo. Lo que digo, en resumidas cuentas, es esto: “Yo me eduqué en una escuelita muy modesta, y salí de ella, a los once o doce años, con un bagaje bueno: ideas sobre gramática, sobre sintaxis, buena ortografía, etcétera”. Como diciendo: “Sigan en la Secretaría de Educación ese modelo, y ya está”. Traigo conmigo esa escuela de Autlán porque traigo conmigo mi infancia, como te dije. En esa escuela tuve compañeros de huaraches, o incluso descalzos, sin más ropa que camisa y calzón blanco (pero chamagoso). Me emociona el recuerdo de esa convivencia humana. Era la escuela de todos. Yo la gocé muchísimo. Siempre ando diciendo que lo que sé de muchas cosas, por ejemplo de lo que ocurre entre pulmones y corazón, la oxigenación, la expulsión del carbono, la sangre venosa y la sangre arterial y todo eso, lo tengo en la cabeza porque la maestra de quinto año nos lo explicó. Después, sí, he leído cosas, pero lo esencial lo sé desde aquel entonces. Y todo lo demás: geografía de México, y de América, y del mundo (recuerdo con orgullo los mapas que yo hacía); historia... (recuerdo muy bien que en 6° año se nos habló de Grecia y Roma y se nos explicó cómo estuvo esa guerra que comenzó con el asesinato de un archiduque austriaco en Sarajevo); y anatomía, y zoología, y hasta cosmografía... (fue en esa escuelita donde hice contacto con las dos Osas, y Casiopea, y el Cisne, y la Corona de Ariadna, y Orión, y Aldebarán y Sirio). Todo eso lo asimilé allí para siempre. En sexto año aprendí a solfear, a leer música. Y otra cosa que siempre me ha llamado la atención: la cantidad de oficios que nos enseñaron en cuarto, en quinto, en sexto año: canastas de mimbre y de alambre, bolsas de ixtle, juguetes de barro, cosas de madera calada... Una vez hicimos brillantina; otra vez hicimos pasta dentífrica. Lo que hacíamos se exhibía al final del año escolar (junto con los dibujos y lo demás). Y eran cosas que servían. Entre mi hermano y yo hicimos unos muebles de otate que funcionaron como recibidorcito, cerca del zaguán de la casa, durante no sé cuánto tiempo. Quienes nos enseñaban todo eso eran gentes del pueblo: un alfarero, un carpintero, etcétera. Era como si una de las preocupaciones de la escuela fuera pensar en los destinados a practicar un oficio en la vida. En fin. El caso es que cuando pasé de Autlán a la escuela apostólica de los Misioneros del Espíritu Santo (en Tlalpan), yo sabía muchas cosas que mis compañeros no sabían, de manera que era un estorbo para ellos. Recuerdo concretamente que ninguno tenía nociones de álgebra, mientras que yo me había metido creo que hasta en trigonometría. Y digo que “creo” porque las matemáticas son lo único que he olvidado. Recuerdo muy bien cómo es el ornitorrinco, pero no recuerdo qué es una ecuación de primer grado. Bueno, el padre superior me pasó a segundo año; y como los de segundo ya habían llevado latín y francés durante un año, mi tarea principal fue ponerme al corriente en esas dos materias.

4 **J.M.** ¿Era pública o particular esa escuela de Autlán?

5 **A.A.** Pública: la Escuela Primaria Superior para Niños. No había en Autlán ninguna escuela particular. La directora era una mujer extraordinaria: sólida, inteligente, enérgica, respetada por todos y también querida, porque era encantadora. Además, vivía enfrente de mi casa. Esto es importante. Vivía enfrente de mi casa... (Por favor, si ves que me desvío mucho de lo que tú quieres, nomás interrúmpeme. Yo voy diciendo lo que buenamente me viene a la cabeza.) Se llamaba María Mares. Mariquita. Era la directora, y era también la maestra de sexto año. Mariquita nos habló de la *Iliada* y la *Odisea* y nos habló también de la guerra del 14. Nos habló de todo: de la locomotora, de las vacunas, de la electricidad... (Había en el salón un arcaico laboratorio de física; recuerdo sobre todo el disco de Faraday, que estaba descompuesto, pero que todavía servía para saber cómo se producía la electricidad.)

6 Además, llevábamos el registro del tiempo, quiero decir que el salón de sexto año era el observatorio meteorológico de Autlán. Día por día se anotaba la temperatura, el estado del cielo, la dirección del viento...; y era bonito cuando había un fenómeno fuera de serie, como rayos, o niebla, o un arco iris. Estábamos jugando, pero la cosa iba en serio. Todo eso era bonito. La escuela fue para mí un gran regocijo. Pero lo del regocijo vendrá después.

La familia

7 Fui el sexto de una familia de diez: primero dos mujeres, luego cuatro hombres, y yo fui el menor de estos cuatro. Pienso que hay que poner un poco de escenario: esa casa grandota, con sus corredores, jardín, patio, segundo patio, trojes, corrales, y una huerta de regular tamaño, con naranjos, limas, mangos, plátanos, y un tanque para regar la huerta en tiempo de secas, que aprovechábamos para bañarnos al volver de la escuela. Mucho espacio para jugar. Pero yo quedé como aplastado por mis tres hermanos mayores y me hice retraído. Aprendí a nadar, pero solito. No quise que me enseñaran mis hermanos, no me fueran a hacer una trastada. Me hice con toda naturalidad el clásico niño quietecito. Evidentemente, aproveché la cosa para ganarme a mi mamá: yo no hacía travesuras, yo no daba guerra (lo cual, ahora, me parece una forma normal de *struggle for life).* Aquí entra un episodio conectado con la Cristiada. Por no sé qué razones, el cuartel militar del pueblo fue evacuado (¿así se dice?), y como una tía lejana era la encargada (o algo por el estilo) de la casa donde estaba el cuartel, nos metimos mis hermanos y yo y encontramos cosas tiradas, sobre todo gorras; pero el hallazgo más sensacional fue un sable flamante, con su funda y todo. Allí mismo comenzó un pleito terrible entre los dos mayores, Moisés y Luis, sobre quién había visto primero el dichoso sable. Bueno, pues regresamos a casa con nuestras gorras... De hecho, yo ni usé la mía: me quedaba grandísima, y además me daba como asco. Las gorras quedaron eliminadas inmediatamente por mi mamá. "Están llenas de piojos blancos", dijo. No sé si hay de veras piojos blancos, pero la cosa se me quedó grabada como el colmo del horror. El sable era otra cosa. Mi papá decretó que nos pertenecía a los cuatro, pero eso era teoría. En la práctica, los dueños del sable siguieron siendo Moisés y Luis. (Tengo grabada esta imagen: Moisés, con el sable, marchando heroicamente por la huerta y derribando a diestra y siniestra quelites y catarinas, esas hierbas que crecen hasta dos metros en tiempo de aguas.) Pero el pleito entre Moisés y Luis siguió y siguió. Durante no sé cuánto tiempo, tal vez meses, tal vez semanas, a lo mejor sólo unos días, se oían los gritos de mi mamá: "¡ Ay, muchachitos de porra, cómo

muelen! Un día voy a agarrar ese dichoso sable y lo voy a echar al excusado". (Tal vez deba aclararte que el excusado era un pozo como de diez metros de profundidad.) No recuerdo si yo hice algún razonamiento; no recuerdo si estuve madurando un plan; lo que recuerdo es que un día, a una hora en que no estaban mis hermanos, agarré el sable y... ¡pum! ¡al excusado! Y a la hora de la comida, cuando todos preguntaban dónde estaría el sable, yo, muy tranquilo, conté mi hazaña. Bueno, ni tan hazaña: mis papás, los dos, me dijeron muy claramente que lo que hice no estuvo bien hecho. Y así se acaba el cuento del sable. Me pareció útil contártelo, porque siempre he sentido como muy simbólico ese episodio. De alguna manera yo estaba marcando mi distancia con mis hermanos. De alguna manera me estaba pareciendo a José, el de la Biblia. La historia de José y sus hermanos siempre me ha fascinado. Y siempre me identifico con José.

8 **J.M.** ¿Qué edad tendrías cuando lo del sable?

9 **A.A.** ¿Cuándo fue el lío cristero?

10 **J.M.** Del 26 al 29.

11 **A.A.** Pues la cosa sucedió seguramente en 1928, y en tiempo de aguas, o sea como por julio o agosto. En ese julio cumplí yo seis años. Recuerdo que ya tenía el hábito de la lectura. Lo que más me gustaba era leer. Cuando mi papá o mi mamá iban a Guadalajara y regresaban con regalitos para todos, a mí siempre me traían un libro...

12 **J.M.** ¿Aprendiste a leer antes de la escuela?

13 **A.A.** No, pero comencé a los cuatro años.

14 **J.M.** ¿O sea que entraste muy temprano?

15 **A.A.** Sí, porque mi hermano Carlos... (Carlos es un personaje muy importante en mi vida), siendo dos años mayor, era el que estaba más cerca de mí, de manera que fue, por una parte, mi peor verdugo, pero también, por otra parte, un buen defensor cuando hacía falta. Una vez, jugando con papalotes a la orilla del pueblo, yo insulté a un muchachito de mi edad; le dije "piojoso", y él se me dejó venir, pero se interpuso Carlos, y hubo un buen agarrón. El muchachito traía en el ceñidor una armónica, y con esa armónica le llenó de chichones la cabeza a Carlos. Con decirte que la armónica misma acabó despedazada... Este episodio se me quedó tan grabado como el del sable, porque es también simbólico. Carlos sentía una como responsabilidad por mí. En fin, el hecho es que Carlos tenía ya seis años y no quería ir a la escuela, una escuelita de párvulos, negocio de dos solteronas viejitas muy pintorescas. Al final puso como condición que yo fuera con él, y yo estuve muy de acuerdo. Es un poco la historia de Sor Juana, que aprendió a leer como por juego, acompañando a su hermana mayor. El caso es que Carlos y yo hicimos toda la primaria juntos, excepto que... Bueno, ni modo: tendré que contarte el episodio de la bicicleta, porque también ese episodio me afectó. A ver si puedo contártelo en pocas palabras. Estábamos Carlos y yo en segundo año cuando mi papá compró una bicicleta "para los cuatro", pero que en realidad sólo le servía bien a bien a Moisés, que tendría entonces doce años. Era la víspera del cumpleaños de mi papá, y mandaron a Moisés a comprar hojas de maíz para los tamales, y Moisés, como para que yo también gozara la bicicleta, me llevó con él; me acomodó en el cuadro, y ahí vamos. Pero antes de llegar adonde vendían las hojas sucedió la desgracia: chocamos con una de aquellas enormes carretas de bueyes, cargada de maíz. No se supo cómo estuvo la cosa, y además no importa: el hecho es que la bicicleta quedó hecha caca y yo salí con una herida realmente espectacular en el brazo derecho. Me quedó una cicatriz fea, toda fruncida; tal vez el doctor que me atendió era pendejo, o en Autlán no había medios para trabajos más finos. Resultado: nunca

aprendí a andar en bicicleta, y nunca aprendí a manejar automóvil. Hace veintitantos años dije: "Voy a superar este trauma, voy a aprender a manejar", y recibí lecciones durante tres semanas, pero no: no pude. Ese accidente como que vino a confirmar mi gusto por la lectura. Los libros no eran peligrosos. Además... Imagínate esta escena: es época de vacaciones y yo estoy leyendo algo muy a gusto, en el fresco del corredor, y son como las dos de la tarde, y entonces llegan mis hermanos con su sarta de lagartijas, o "cuijes", como se llaman en Autlán. Un deporte muy de época de vacaciones era matar cuijes a resorterazos por los potreros que había alrededor del pueblo. Yo jamás pude con eso. Otro resultado del accidente fue que falté durante semanas a la escuela, y repetí segundo año, porque así lo dispusieron mis papás. Lo chistoso es que Carlos reprobó tercer año, evidentemente adrede, de manera que repitió tercero y así nos volvimos a emparejar.

16 Ahora no sé por dónde seguir. Creo que he dejado muchos hilos sueltos. Tú dirás.

17 **J.M.** Tengo la impresión de que ibas a hablar más sobre tu maestra de sexto año.

La maestra

18 **A.A.** ¡Ah, sí! Mariquita Mares... Mariquita y ese glorioso sexto año, esa manera que ella tenía de enseñarnos toda clase de cosas y de mantenernos absortos y entusiasmados. El registro de los fenómenos meteorológicos, el modestísimo laboratorio de física... Estábamos organizados en sociedad cooperativa, y a la hora del recreo vendíamos dulces y fruta. Carlos y yo, muy de mañanita, íbamos a las orillas del pueblo a comprar jicamas; nos las desenterraban, las pagábamos, y en casa las lavábamos para llevarlas limpiecitas a la escuela. Las ganancias se destinaban a comprar libros para nuestra biblioteca. Recuerdo que una vez hice yo el catálogo de esa biblioteca, y se lo entregué a Mariquita; Mariquita lo revisó, y me dijo señalando uno de los títulos: "Ve otra vez este libro y corrige tú mismo lo que está equivocado". Era el *Gil Blas de Santillaria* de Lesage, y yo había escrito *Santanilla* en vez de *Santillana.* Qué vergüenza, ¿no? Pero también ¡qué inteligente manera de enseñar! Además de biblioteca, teníamos museo. La mejor pieza del museíto era una boca de tiburón, con sus hileras de dientes. Una vez Carlos y yo encontramos en la huerta un esqueleto de murciélago envuelto en una como pelusa y maravillosamente conservado, sin una sola costillita rota; lo limpiamos con mucho cuidado y creo que dijimos al mismo tiempo: "¡Esto es para el museo!" En ese sexto año había un ambiente de regocijo, de entusiasmo. Éramos unos veinticinco o treinta (y no había en Autlán más escuela superior para niños que ésa). Imposible que alguien se desinteresara de la tarea de aprender. Imposible que alguien flojeara.

19 En 1933 Mariquita tendría cincuenta y tantos años, de manera que debió haber salido de la escuela normal (de Guadalajara, supongo) muy a comienzos del siglo. A juzgar por lo que era Mariquita, la formación de maestros llegó a un alto grado de profesionalismo en la época porfiriana. No recuerdo que ella nos haya hablado alguna vez de Justo Sierra o de Gabino Barreda, pero es seguro que yo gocé de los beneficios de esa escuela normal positivista que ellos deben de haber diseñado. María Mares fue una gran profesional de la enseñanza. Y quiero añadir dos cosas: una es que mi escuela primaria fue cien por ciento laica; el terreno de la religión estuvo siempre totalmente excluido; y la otra cosa es que jamás hubo propaganda política; no se hablaba de los "logros de la Revolución" y esas

cosas, y no se elogiaba al presidente de la República. Las dos cosas me parecen sumamente saludables. Me alegro de que mi escuela primaria haya sido *así.*

20 Mariquita vivía enfrente de mi casa con sus dos hermanas: Cuca, profesora de cuarto año (también buena maestra, aunque algo gris, algo apagada), y Nina, la mayor, que era el ama de casa. La casa de las Mares fue mi segunda casa, probablemente desde que yo tenía unos dos años. Allí no había competidores. A veces iba también Carlos, pero una vez hizo no sé qué y Nina le dijo: "Ahora verás, *muchacho perjuicio*", y Carlos se fue, ofendidísimo, y nunca más volvió. Después, ya grande, cada vez que yo iba a mi pueblo visitaba naturalmente a las Mares y oía los recuerdos que ellas tenían del "Blanquito" (así me llamaban). Por ejemplo, las veces que le pedía a Nina un terrón de azúcar, y ella decía: "Mira, no hay", y yo: "A ver, enséñame el bototito", o sea el botecito del azúcar. (Este *bototito* te dará idea de a qué edad me hice hijo adoptivo de las Mares.) Además, Mariquita tocaba el piano y tenía libros. Muy rara vez entré en su cuarto; quizá me lo habían prohibido. Lo mejor de sus libros era el *Tesoro de la juventud,* veinte maravillosos tomos que traían todo lo que un niño o un adolescente podía desear en aquellos tiempos sin televisión ni cine. Recuerdo esta escena: Mariquita y yo sentados, muy juntos, con uno de los tomos del *Tesoro de la juventud* abierto en las rodillas. Ahorita que lo pienso, es raro que no me haya atrevido a pedirle a Mariquita prestados esos tomos, uno por uno; también es raro que ella no tomara la iniciativa de prestármelos. Tal vez tenía miedo de que se los maltratara, o tal vez veía que la mayor parte del *Tesoro de la juventud,* como descubrí más tarde, estaba destinada más bien a adolescentes. En todo caso, estamos muy juntos con ese tomo en las rodillas y yo estoy como en las nubes, viendo por primera vez en mi vida esas columnas y esos muros y esas estatuas de Luxor y de Karnak. (Por cierto que Mariquita daba vuelta a las hojas del libro; no me dejaba hacerlo a mí.) Total, aquello fue una dosis extra de escuela. Una dosis amasada en cariño. Porque es claro que si me hice habitante de esa casa fue porque buscaba cariño. Puedo decir que allí viví de los dos a los cinco años. Allí comía, allí merendaba, allí me quedaba dormido, y todas las noches venía por mí Pancho Núñez, el mozo de mi casa, que me llevaba hasta mi cama sin despertarme. Claro, mi mamá, que tuvo *diez* hijos...

Un paréntesis

21 Tú verás si esto que voy a decir es embarazoso de tan personal, y en ese caso suprímelo y ya. En cierto momento, *nel mezzo del cammin,* sentí la necesidad de un psicoanálisis. Me sentía desorientado, mal equilibrado..., en fin, no entremos en detalles. El caso es que durante los dos o tres primeros años del psicoanálisis llegué a armar una visión muy negativa de mi infancia. Digamos esto: mis hermanos me aplastaron mucho; fueron muy crueles conmigo; se burlaban de mi colección de estampitas religiosas; me pusieron un apodo muy ofensivo..., y allí le corto. Y si iba a quejarme con mi mamá (me la imagino en su lugar de siempre: ante la máquina de coser), ella meneaba la cabeza y decía: "¡Válgame, Dios! Del árbol caído todos hacen leña", lo cual no era precisamente lo más adecuado. Total, llegué a la conclusión de que mi mamá no se interesó mucho por mí (ni por ninguno de sus otros hijos). Un día le conté a Moisés estas ideas, y Moisés se quedó sorprendidísimo; peló tamaños ojos y me dijo: "Oye, Toño, ¡qué equivocado estás! Mi mamá fue una madre excelente...", y siguió, siguió hablando, como inspirado: mi mamá se entregaba por completo al bebé en turno, lo tenía limpiecito y bien atendido, lo trataba como a un rey; claro que después de dos años venía el siguiente bebé, y el anterior pasaba

a la jurisdicción de Toña (luego te hablaré de Toña). Moisés me hizo ver cosas que yo no veía porque me estorbaban las lagañas. Fue como si las lagañas se me hubieran caído. Bien que fui testigo de cómo se portó mi mamá con sus dos últimos hijos, el noveno y el décimo (o la décima, mejor dicho). Moisés, seis años mayor que yo, había sido testigo de eso durante mucho más tiempo.

22 Además, quejarme de mi infancia era olvidarme de Toña, y ese olvido debería avergonzarme, porque Toña fue una maravillosa segunda madre. Toña. ¿Te acuerdas de la tía abuela lejana que tenía a su cargo la casa del cuartel? Pues Toña era hermana de ella. ¡Qué mujer! Bajita, flaquita, un manojo de tendones. Fue la nana de todos. Vivía con nosotros. Tenía su cuarto, y a veces nos prestaba una cosa extraordinaria que ella poseía: un estereoscopio, con su buen surtido de “vistas” (las más modernas, por cierto, eran fotos de la construcción del canal de Panamá). Cuando alguien se raspaba una rodilla o se descalabraba, acudía espontáneamente a Toña, no a mi mamá. Toña estaba de nuestra parte: era capaz de ocultarle la verdad a mi papá para salvarle el pellejo a alguien (porque mi papá era gran creyente en la virtud de los azotes). Cuando hablo con alguno de mis hermanos, en cuanto tocamos algo de la infancia, algo de Autlán, inmediatamente aparece Toña...

23 En fin, dejemos a Toña. A lo que voy es a esto: de la misma manera que de pronto vi lo evidente, o sea eso que Moisés me hacía ver, de esa misma manera todo aquello de lo mucho que sufrí en mi infancia, de lo que me hicieron llorar mis hermanos, etcétera, etcétera, se esfumó, de manera que puedo declarar con la mano en el corazón que estoy completamente de acuerdo con la infancia que tuve y que no la cambiaría por ninguna otra, y que fue formidable tener muchos hermanos, etcétera, etcétera. Y lo mismo vale para esos ocho años de lo que llamo mi “encierro monástico” con los Misioneros del Espíritu Santo. Se prestan mucho para el melodrama: yo no tenía vocación; sufrí mucho, ¡y esos años, los más hermosos, de los doce a los veinte! Un día descubrí que todo eso era retórica. Cada quien vive de una manera, y a mí me tocó de esa manera, una de tantas; y estuve desarrollándome, y aprendiendo, y viviendo. Estoy muy de acuerdo en ser lo que soy, en ser como soy; por lo tanto, estoy de acuerdo con lo que me trajo adonde estoy. Sé que no a toda la gente le ha servido el psicoanálisis. Para mí fue importantísimo. Me quitó esas lagañas y muchas otras. El balance que otros hagan de mi vida me tiene sin cuidado. El balance que yo hago me parece muy positivo. Estoy contento con mi vida. Perdón, me he ido muy lejos.

Ganas

24 Es claro que no todos los que salieron de esa escuela primaria salieron como yo. Sin ir más lejos, allí está mi hermano Carlos, que siguió un camino tan distinto del mío. Ese regocijo, ese entusiasmo de que hablo, y que era cosa de todos en esa escuela, fue algo muy real. No fue una llamarada de petate. Yo diría que nos marcó a todos, pero que a cada quien le sirvió para una cosa distinta en la vida. En fin, creo que todo esto es lugar común. Lo que quiero decir es que en mi caso hubo una confluencia, o casi diría una conspiración entre la escuela y mis aficiones, mis ganas de saber cosas, mi gusto por la lectura. Siento a veces que estoy más preparado o más predispuesto que otros críticos para identificarme con Sor Juana. Mis ganas de leer, de aprender, eran enormes como las de ella.

25 Un día le pregunté al psicoanalista si, así como hay traumas dañosos, hay también traumas positivos. Se lo preguntaba por algo que es tal vez mi primer recuerdo. Debo haber tenido tres años. Estoy con Carlos a la sombra de un naranjo, en el segundo patio; uno de esos naranjos que se usan por allá, verdaderos árboles de cinco metros o más.

26 **J.M.** Que no podan.

27 **A.A.** ¡Ah, mira! Yo pensaba que eran una variedad aparte. Bueno, pues estamos allí y el suelo está lleno de flores de azahar. Hemos hecho tres montoncitos, uno de pétalos, otro de estambres y otro de pistilos, y se los estamos poniendo como ofrenda a tres estampitas recargadas en el tronco del naranjo. Y allí está el trauma. Es como una instantánea en que quedó registrado todo: la sombra del naranjo, la luz del sol, incluso el perfume de los azahares, y para colmo una frase dicha por Carlos: "...y esto para San Miguel" (supongo que la estampa de San Miguel fue la última en recibir su ofrenda). A lo largo de los años, cada vez que me venía este recuerdo me sorprendía que una escena así, y sobre todo la frase tan trivial, "...y esto para San Miguel", se me hubiera quedado tan grabada.

28 Me viene a la cabeza otro recuerdo. Cuando mi papá daba por cerrado un asunto y ya no quería que se hablara de él, decía: "¡Capítulo de otra cosa!" Bueno, ahora la escena sucede en la escuela. Estoy en segundo año (en ese año en que Carlos y yo estuvimos separados). Estoy en el primer mesabanco de la hilera central, y a mi compañero de mesabanco le ha tocado leer en voz alta. El libro de lectura era, por cierto, el único que teníamos.

29 **J.M.** ¿Era de fragmentos escogidos?

30 **A.A.** Sí, más o menos como ahora: un cuentecito, una descripción breve de algo, en seguida algo en verso... Conservo en la memoria versos que venían en ese libro de lectura, llamado *Infancia.* (Una vez una amiga alemana se sorprendió de que yo supiera de memoria una poesía de Goethe: "La ola sin cesar subía, / la ola sin cesar bajaba, / y el pescador contemplaba / el anzuelo que se hundía...": venía en *Infancia* de quinto año.) Bueno, a mi compañero de mesabanco le ha tocado leer las últimas líneas de uno de los fragmentos, y lee muy mal, sílaba por sílaba: "to-das-las-no-ches...", sin entender lo que está diciendo; yo estoy cada vez más impaciente, y él, sin darse cuenta de que ya terminó el fragmento, sigue como máquina y lee el título del fragmento siguiente; entonces yo, sin poderme aguantar, dije en voz lo bastante alta para que me oyera la maestra: "¡Capítulo de otra cosa!", y se me quedó grabada la sonrisa y la mirada de complicidad de la maestra. A mí me irritan de manera muy especial los espectáculos de pendejez humana. Los pendejos lo torturan a uno, le amargan a uno la vida. No hay derecho. Claro que en la práctica tiene uno que aguantarse...

Otra maestra

31 Muy cerca de María Mares (un poco abajo, pero muy cerca) está la maestra de quinto año, Magdalena Arias, una mujer bonita y fresca (tendría apenas veinte años), de una familia de maestras; sus cuatro o cinco hermanas eran maestras de escuela, y tenía sólo un hermano hombre, un rancherote, igual que el papá. A Magdalena Arias le parecían sosas las cosas que se cantaban normalmente en la escuela, "Mambrú se fue a la guerra", himno a la bandera, himno a Hidalgo, etcétera. A ella le gustaban las canciones de Agustín Lara, y eso era lo que cantábamos en quinto año: "Azul", "Concha nácar", "Ojos verdes" ("Aquellos ojos verdes, / serenos como un lago..."), cosas muy... digamos cabareteras, sobre todo una que decía: "Manchó la blanca flor de tu pureza / y fue un estigma de tu

triste vida", donde a la mujer que dio un mal paso se le aconsejaba al final: "Olvida tu dolor, / vive para el placer, / ¡y nunca, nunca vuelvas a querer!" Lo notable era que la directora de la escuela, o sea Mariquita, tolerara semejante libertad (o semejante libertinaje). Claro que esas canciones sonaban de una manera en el disco, una voz con acompañamiento de piano o de orquesta, y de otra manera en el salón de clase, un coro de voces infantiles, sin ningún acompañamiento. Nosotros estábamos encantados: nos sentíamos muy a la moda, muy modernos. Bueno, Magdalena Arias...

32 Eso que antes te dije de la circulación de la sangre, fue Magdalena Arias quien nos lo enseñó. Dibujaba en el pizarrón los pulmones, y en medio el corazón, con sus ventrículos y sus aurículas, y las venas y arterias, y nos explicaba cómo era la cosa. Toda la enseñanza era oral. No sé si tú puedes imaginar eso. El único libro que teníamos era el de lectura, *Infancia.* Al final se añadía uno más, geografía de América en quinto y geografía universal en sexto. Ningún libro de matemáticas, ni de gramática, ni de historia, ni de ciencias naturales, ni de anatomía y fisiología. Todo oral. Yo estaba fascinado, y cuando había muchos nombres raros, los apuntaba en un papelito: clavícula, húmero, cúbito, radio..., todo eso. Cuado ella preguntaba cosas en la siguiente clase de anatomía, era yo, naturalmente, el que mejor sabía las respuestas. Recuerdo la vez que mis compañeros protestaron: "¡Así qué chiste! Tiene las cosas apuntadas en un papelito", y Magdalena, con muy buen sentido, les dijo: "Pues hagan ustedes lo mismo".

Libros

33 **J.M.** ¿Llegó a Autlán la famosa biblioteca básica de Vasconcelos?

34 **A.A.** Sí, pero no creo que haya servido... O mejor contesto de otra manera: recuerdo haber visto *uno* de esos tomos verdes, pero no en la escuela, sino en manos de un señor que conocíamos. Era la *Iliada,* pero yo ya había leído la *Iliada* en una edición abreviada, y con ilustraciones. También en quinto año teníamos una cooperativa y con las ganancias comprábamos libros (sobre todo los de Emilio Salgari, que nos traían locos). Pero ni en la bibliotequita de quinto ni en la de sexto estaban los libros verdes de Vasconcelos, de eso estoy seguro; o sea que, si te interesa saber qué papel tuvieron esos libros en la cultura del país, el testimonio de Autlán es negativo. Lo que ahora recuerdo es la biblioteca nuevecita que un buen día llegó a la escuela, obsequiada seguramente por el gobierno de Jalisco. Esto fue a mediados de 1934, cuando yo acababa de terminar sexto año, y recuerdo muy vivamente mi reacción. Por una parte sentí que venían tiempos mejores, tiempos de abundancia; y en efecto, tal vez en 1934 el país comenzaba a levantar cabeza después de tanta refulufia; pero por otra parte sentí melancolía: eran mis últimos días en Autlán; estaba a punto de venirme a Tlalpan, a la escuela apostólica de los Misioneros. Los libros eran muchitos: unos dos mil o tres mil. Yo ayudé a acomodarlos. Recuerdo cómo los iba sacando de las cajas, y los acariciaba uno por uno, y me daban ganas de leerlos todos, y sabía que eso no iba a suceder. Alcancé a leer uno solo: el *Robinsón suizo.* El otro *Robinsón,* el de Defoe, ya lo había leído: lo teníamos en la casa. Teníamos algunos otros libros (pocos: no llegarían a veinte). Recuerdo por ejemplo *Genoveva de Brabante,* la *María* de Jorge Isaacs, *Los mártires* de Chateaubriand, *Los viajes de Gulliver,* los *Cantos del hogar* de Juan de Dios Peza, y el *Quijote,* claro. Con el *Quijote* sucedía algo muy bonito, algo que he contado en dos o tres conferencias. Mi papá llegaba de la tienda como a las ocho de la noche (mi papá era comerciante), y cuando estaba de humor, no muy cansado, había lectura del *Quijote.* Toda la familia se reùnía en la sala. La luz eléctrica, que duraba de las siete a las doce de la

noche, era muy pinchurrienta. Mi mamá tenía que sentarse exactamente debajo del foco para poder leer. Asistíamos todos porque nos gustaba. Lo que he dicho en esas conferencias, como mensaje o propaganda, es que todos entendíamos y todos nos divertíamos. A veces tomaba yo ese *Quijote* (con ilustraciones de Doré) y pellizcaba algo por aquí o por allá, pero nunca lo leí bien a bien.

35 Lo que me sirvió mucho fue una biblioteca de alquiler, propiedad de doña no sé qué, hermana de don Nicolás el chelista. Tenía un buen surtido; por ejemplo, las novelas de Juan A. Mateos, y las de la editorial Buena Prensa, de Bilbao, manejada por los jesuitas, donde había clásicos como *Fabiola,* y *Quo vadis?,* y *Los últimos días de Pompeya.* El alquiler era de un centavo por día, y como yo era tan voraz, había lecturas que me costaban apenas dos o tres centavos. Recuerdo esta escena: estoy a horcajadas en el pretil del corredor más sombreado, leyendo *Los últimos días de Pompeya,* y la cosa está poniéndose tan buena, tan emocionante, que en un arrebato de entusiasmo abrazo contra mí el libro... (Claro que no había testigos.) Un día alquilé *Los novios,* de Manzoni (o sea / *promessi sposi),* y sucedió algo chistoso. Se me hace que mi mamá le avisó a mi papá que yo estaba leyendo algo tal vez impropio (aunque era de la editorial Buena Prensa); lo cierto es que mi papá me dijo que devolviera *Los novios* y sacara alguna otra cosa. Yo obedecí sin dificultades, porque, la verdad, Manzoni me estaba resultando bastante pesado. Poco después, o a lo mejor inmediatamente después, alquilé *La panadera,* de Eugenio Sue, y recuerdo cómo me metí en ese mundo de horrores y de crímenes; temblaba yo por dentro, pero con un temblor excitante, que me hacía seguir y seguir. Y mientras leía *La panadera,* de título tan inocente, pensaba: “Mi papá me prohibió *Los novios,* pero ¡si supiera lo que estoy leyendo ahorita!...” Total, leí mucho. Años después, hacia 1939, en el noviciado de los Misioneros, esa época gris de mi vida en que las únicas lecturas eran las religiosas y edificantes, me puse a hacer, por pura nostalgia, una lista de los libros leídos en Autlán. Alcancé a recordar algo más de trescientos títulos.

36 Aquí viene un cuento que me gusta contar. Al hacer esa lista no pude recordar cómo se llamaba una novela que me había fascinado a los ocho o nueve años. La heroína era una mujer rubia, bellísima, nacida nada menos que en Laponia, y el villano era un personaje moreno, creo que andaluz, siniestro, embozado en su capa negra. La heroína era una soprano famosísima. En cierto momento se describe una representación de la ópera *Norma,* donde ella, con su túnica blanca, canta maravillosamente el aria “Casta diva”. Al final el villano recibe su castigo, y en el último capítulo vemos cómo su capa negra es arrastrada por la corriente del Guadalquivir. Al hacer la lista no pude recordar el título de esa maravillosa novela, y le puse *Flor de Laponia.* Bueno, el caso es que pocos años después, terminada mi aventura religiosa, cuando con revalidaciones y Con trampas conseguía en Guadalajara mi certificado de preparatoria, sucedió que entre las lecturas exigidas en la clase de literatura estaba una novela llamada *El final de Norma,* de Pedro Antonio de Alarcón. Yo la estaba leyendo, y me parecía muy mugrosita. Debo aclararte que lo primero que hice al llegar a Guadalajara fue acudir a la biblioteca pública para tratar de ponerme al corriente, y me puse a leer a Balzac, comenzando con los *Contes drolatiques.* En comparación con Balzac, *El final de Norma* era verdaderamente una mugre. Y de pronto, durante la lectura, descubrí que esa mugre ¡era lo que yo había llamado *Flor de Laponia*!. Pocas veces he sentido tan adentro, tan en el alma, lo que es una decepción. La moraleja salta a la vista: las lecturas de la infancia hay que dejarlas allí, no hay que tocarlas. Son libros frágiles, que no aguantan una relectura. Bueno, no todos: *Los viajes de Gulliver* sí la aguantan, pero jamás releeré *Los últimos días de Pompeya.*

La escuela apostólica y el noviciado

37 Tengo que explicarte por qué fui a dar con los Misioneros del Espíritu Santo. En 1934 mi papá estaba arruinado. Un socio suyo lo había estafado de muy mala manera (se hablaba mucho en mi casa de ese socio cabrón, apodado "el Ronquillo", que por cierto huyó del pueblo). Mi papá seguía en su tienda "La Reforma", en uno de los portales del jardín principal, pero estaba cargado de deudas. Muchos años después me contó Moisés que la ruina de mi papá se debió más que nada a sus escrúpulos religiosos: se había comprometido a pagar un préstamo en pesos oro, y entonces vino la ley de la plata, que puso fin al bimetalismo, y mi papá sintió que eso era robarle dinero a su acreedor, de manera que pagó en oro, y salió perdiendo un dineral. No sé qué tan real sea esa historia. Yo pienso que, por angas o por mangas, mi papá fue una de las muchas víctimas de la famosa crisis económica anterior a 1934. De todas maneras, el cuento de Moisés *se non e vero, e ben trovato.* Así era mi papá: honrado a carta cabal y profundamente cristiano. Bueno, a mediados de 1934 hemos terminado la primaria Carlos y yo. ¿Qué va a ser de nosotros? En realidad se trataba de la suerte de todos los hermanos, no sólo de nosotros dos. Porque la situación era dramática: mi padre estaba amargado y melancólico por el drama económico, y mi mamá estaba cansadísima, yo diría que al borde del colapso. En este momento entran en acción mis dos tías monjas, hermanas de mi mamá. Creo que una vez te hablé de ellas: fueron las primeras reclutas de una orden fundada por un cura jalisciense, que por cierto está en el grupo de veinticinco mártires de la Cristiada a quienes pronto va a beatificar el papa (murió ahorcado). Hacia el final de la Cristiada las monjas de esa orden, huyendo de la persecución, y ya muerto el fundador, se refugiaron en la casa de Autlán. No sé cómo cupieron, porque eran más de veinte (una de ellas, por cierto, se volvió loca estando en la casa). Con esa intervención de 1934, mis tías correspondían a lo que mi papá había hecho por ellas unos años antes. Intervinieron para salvar a la familia del naufragio total. A los tres hermanos que seguían de mí (Aurora, de diez años, y Enrique y Alfonso, de ocho y de seis), los acomodaron en unos orfanatorios que ellas regían en Guadalajara. Consiguieron que don Paz Camacho, director de una secundaria muy católica de Guadalajara, que admitía internos, hiciera un precio especial para Carlos. Y en cuanto a mí, esa intervención fue decisiva. Ellas se ocupaban de un hospital, y allí conocieron a un misionero del Espíritu Santo que había ido a visitar a su madre enferma, y le hablaron de mí, y por cuenta propia, sin preguntarme nada a mí, me dejaron, digamos, "apalabrado".

38 Voy a detenerme un poco en ese momento tan crucial. Años antes, cuando se reabrieron los templos, o sea en 1929, nos enseñaron a Carlos y a mí a ayudar a misa (cosa chistosa, por cierto, aprender respuestas en latín, y a esa edad). Carlos no tardó en aburrirse, pero yo seguí siendo monaguillo un buen tiempo. Además, durante algunos años, más o menos de los siete a los nueve, jugaba a decir misa: improvisaba mis ornamentos y hacía altares con lo que se podía. Eso lo dejé, en parte por las burlas de mis hermanos y en parte porque el juego no daba para mucho. En junio de 1934, ya a punto de cumplir doce años, todo eso pertenecía al pasado. Pero había quedado flotando en el aire la idea de que yo iba a ser sacerdote: una idea muy etérea, que nunca tocaban mis papás, yo diría que por miedo a disiparla. Recuerdo que ya para terminar la escuela, tal vez en mayo de ese año, me puse un poco mal del estómago y mi mamá me llevó a ver a un doctor Velázquez, muy amigo de la casa. Después de examinarme, el doctor me preguntó: "Bueno, Toño, ¿qué vas

a hacer ahora que termines sexto año? ¿Qué es lo que quieres estudiar?" Y yo, rápidamente, como si fuera cosa muy bien pensada, le contesté: "Quiero ser abogado". Claro que no pensaba en eso; lo que hice fue aprovechar tan buena ocasión para que mi mamá me oyera decir que *no* quería ser cura.

39 **J.M.** Como en *Don Casmurro,* de Machado de Asís. El héroe es hijo único, y recién nacido tuvo una enfermedad muy grave. La mamá le promete a Dios que si se salva el bebé, irá al seminario. El muchacho, a los catorce años, no quiere ir al seminario y también dice en voz alta que quiere estudiar derecho...

40 **A.A.** ¡Exactamente! Con la diferencia de que en mi caso era *yo* el que dizque había dado señales de vocación sacerdotal; como prueba allí estaban los altarcitos de pocos años antes. Mi mamá no me dijo nada. Terminada la consulta con el doctor Velázquez, pudo haberme preguntado que por qué había dicho que quería ser abogado; pero no: se quedó callada; se mantuvo al margen. Fue mi papá quien hizo presión, fue él quien me forzó, aunque sin violencia. Varias veces me sermoneó. Una vez me dijo más o menos: "Mira, ahora andas diciendo que no quieres ser sacerdote, pero vas a ver cómo en cuanto comiences tus estudios con los Misioneros, vas a descubrir que sí tenías vocación". Y a esa consideración añadió inmediatamente otra: "Además, tú ves que estoy arruinado; una colegiatura [la de Carlos] la podré pagar, aunque con muchos sacrificios, pero dos ya no". Otra cosa: me dijo que allí, en la escuela de los Misioneros, había cine todos los jueves, lo cual resultó completamente falso. Eso debe de haberlo inventado mi papá, y fue el colmo del chantaje. En cierto momento una de mis tías monjas me escribió diciéndome que todo estaba arreglado y que sólo faltaba mi consentimiento; yo me hacía pendejo y dejaba pasar los días, hasta que mi papá no sólo me obligó a contestar, sino que de plano me dictó la contestación. Recuerdo bien, pero muy bien, mi estado de ánimo en esos meses, primero en Autlán (cuando leí el *Robinsón suizo)* y luego en Guadalajara, donde estuve esperando a otro de los padres, que por fin llegó en octubre. Me sentía atrapado. Supe lo que es estar atrapado. Hay esos relatos autobiográficos en que el héroe sale de su pueblo para entrarle a la vida, y está todo exaltado y animoso. Yo, al salir de Autlán rumbo a lo desconocido, estaba achicopalado y melancólico. Recuerdo que en Guadalajara, camino a la entrevista decisiva con ese padre (que resultó ser el superior de la escuela apostólica), le dije a mi tía: "¿Cómo voy a decir que quiero ser sacerdote, si no es verdad?" Y ella me contestó: "No le digas eso; dile sólo que quieres hacer la voluntad de Dios". Yo seguí su consejo, y recuerdo que al padre le gustó la frasecita.

41 Se puede decir, muy objetivamente, que fui empujado, forzado, violentado por mis papás y mis tías. Pero repito lo que antes te dije: acepto mi pasado; estoy completamente de acuerdo con lo que me ha sucedido en la vida. Fue saludable haber destapado dentro de mí, durante el psicoanálisis, la olla de los resentimientos y las reclamaciones, pero, la verdad, no me costó trabajo llegar bastante pronto a la comprensión, al perdón. La ignorancia de mis papás y de mis tías no fue una ignorancia culpable. Además, es justo añadir inmediatamente que mis cuatro años de escuela apostólica, de los doce a los dieciséis, fueron muy bonitos. Voy a compararme otra vez con Sor Juana. Dice ella en la *Respuesta a Sor Filotea* que al entrar en el convento siguió haciendo lo que había hecho hasta entonces: "leer y más leer, estudiar y más estudiar" (así lo dice, literalmente). Igual yo. O sea que en esos cuatro años hice en efecto lo que me gustaba hacer. Claro que las lecturas estaban supercontroladas, pero los libros permitidos eran muchos, incluso novelas. En cuanto a los estudios, todo me gustaba. Las materias coincidían en buena medida con las de una secundaria o preparatoria. No tuve nada de química ni de física,

pero sí matemáticas, ciencias naturales, gramática, etcétera. Les hallé gusto hasta a unas raquíticas clases de preceptiva literaria y de literatura dizque universal...

42 A juzgar por mi experiencia, en la formación de un sacerdote se daba más importancia a la historia que a la literatura. Y la historia fue mi materia predilecta. Tengo la impresión de que hubo clases de historia a lo largo de los cuatro años: historia antigua, y luego historia de Grecia, historia de Roma, historia medieval, etcétera. Y ahora sí había libros, muchos de ellos en francés. (Ya en otra ocasión te dije que el fundador de los Misioneros del Espíritu Santo era francés; yo lo conocí.) Lo que más me fascinó fue esa época en que se derrumba el imperio romano y entran en escena los francos, los godos y los demás bárbaros del Norte; la época de Ravenna, Gala Placidia y Alarico, todo eso. Después, ya adulto, he leído a Boecio, a Ausonio, a Sidonio Apolinar, y me he metido en la enorme *Historia* de Gibbon. Pienso también en cosas como *Marius the Epicurean,* de Walter Pater, o un cuento de Jules Romains, “Nomentanus le réfugié”. En tiempos de Ausonio el cristianismo era ya la religión oficial, pero él, profesor de literatura griega y latina, o sea pagana, seguía siendo pagano de corazón. En las cartas de Sidonio Apolinar se ve cómo los dueños de la situación son los bárbaros; al mundo romano (o más bien grecorromano) se lo está llevando la chingada, y sin embargo él cierra los ojos y trata de aferrarse al pasado. Alguna vez, reflexionando sobre esta fascinación que me vino en la escuela apostólica, se me ha ocurrido relacionarla con mi estado de espíritu en esos años. Pongamos esto como común denominador: época de transición, o simplemente de cambio: está dejando de existir algo que antes existía. Todos esos que viven entre el final de la cultura clásica y lo que ahora llamamos Edad Media, Sidonio Apolinar por ejemplo, deben de haberse preguntado cómo iba a seguir la cosa y qué iba a ser de ellos. Algo así debo haberme preguntado yo, pero no explícitamente, porque más valía no tocar el asunto. Lo que recuerdo muy bien es cómo mis compañeros siempre estaban diciendo, con sus palabras y su comportamiento, que querían ser Misioneros del Espíritu Santo, y yo me sentía ajeno, aparte, como entre paréntesis, cada vez que me comparaba con ellos. ¡Ellos sí que tenían vocación, ellos sí que querían ser sacerdotes de Cristo! Yo imitaba su comportamiento, pero de una manera mecánica, y cuando hablaba de “vocación” mis palabras no me salían de dentro.

43 Falta hablar del latín, la materia que se llevó la parte del león a lo largo de los cuatro años. Sólo te diré que lo aprendí bastante bien, y que tan bonito fue traducir del latín como traducir *al latín.* Hasta llegué a hacer hexámetros y pentámetros, lo cual es ya cosa seria. Ahora me da no sé qué cuando oigo que hay curas incapaces de leer en latín no digo a Virgilio o Cicerón, pero ni siquiera la Vulgata. En los dos últimos años se añadió el griego, que tuvo un encanto particular por esto: alguien que le entra al griego teniendo ya el latín en la cabeza no necesita ninguna sofisticación de lingüística comparada para ir descubriendo las afinidades y los contrastes entre las dos lenguas. A mí me fascinó tanto la relación del griego y el latín que me puse a traducir como por juego la *Anábasis* de Jenofonte del griego al latín (al latín, no al español). Claro que me ayudó el profesor de griego. ¡Qué ganas de haber guardado las diez o doce páginas que alcancé a traducir! Pero al pasar al noviciado me deshice de todos mis cuadernos.

44 Como remate de todo está la música. Lo mejor que me dieron los Misioneros del Espíritu Santo fue la música. Un día, uno de los padres me preguntó: “¿A ti no te gustaría estudiar piano?” Fue una pregunta caída del cielo. Había compañeros que tocaban piano porque lo habían estudiado desde niños, en sus casas. Yo los veía como seres sobrehumanos, de manera que ni siquiera les tenía envidia. Jamás me hubiera pasado por la cabeza la idea de

ser yo uno de los que sacan música de las teclas de un piano o de un órgano. Esa pregunta fue como la llave de un palacio maravilloso. El profesor de piano iba cada ocho días. Lo recuerdo mucho mejor y con más cariño que a alguno de los padres. (Se llamaba Romualdo Vázquez.) Yo toco piano todos los días, y tengo cantidad de libros de música. No me puedo imaginar lo que sería mi vida sin el piano. Raras veces toco para que alguien me oiga: toco para mí solo. Estoy muy lejos de ser lo que se llama un pianista. En la escuela apostólica y en el noviciado (porque las clases de piano continuaron en el noviciado) no teníamos más que media hora diaria para estudiar, y eso es muy poco. En cambio, leo bastante bien a primera vista. A veces pienso que lo que verdaderamente me sostuvo durante esos años fue la música. No sólo el piano: también los discos. A veces era yo el que iba al centro, con un compañero, a comprar un nuevo álbum para la discoteca, que iba creciendo poco a poco, sobre todo con Bach, Mozart, Haydn y Beethoven. Y a eso hay que añadir la música litúrgica, o sea el canto gregoriano. Tengo grabados en el recuerdo ciertos momentos privilegiados, por ejemplo las Vísperas de la Asunción: la capilla adornada con buen gusto, la imagen de la Virgen en el centro del altar, las luces, el incienso, y sobre todo nuestro canto, ensayado a la perfección. Las melodías que se cantan en la Asunción de la Virgen son especialmente bonitas. En estos momentos sí hubiera podido decirse que estaba yo en el mismo nivel que mis compañeros, los deseosos de consagrarse a Dios. Pero mi experiencia, o digamos mi emoción, no era religiosa, sino estética.

45 Yo siempre he pensado que cualquier ser humano puede ser cualquier cosa en un momento dado. La concentración y la especialización suceden de manera accidental. Yo hubiera podido ser cualquier cosa; hubiera podido ser un gran naturalista (digo *gran* para calificar las ganas); o astrónomo; o filólogo clásico, de esos que editan por ejemplo a Platón; o muchas otras cosas. La teoría me impacienta mucho. Me interesa observar lo concreto y sacar toda clase de consecuencias de lo que he observado; pero la teoría, la generalización, el discurso abstracto, me hacen bostezar. Me interesa la historia de la filosofía, pero no la tarea de filosofar. No tengo temperamento especulativo, creo.

46 **J.M.** En tu caso, ¿qué fue lo accidental? ¿Qué es lo que te descarriló o encarriló?

47 **A.A.** Es difícil contestar eso. Sobre todo que no te he hablado de Juan José Arreola ni de Raimundo Lida, mis dos grandes “encarriladores”. De momento, lo que se me ocurre decir es que a lo largo de esta infancia y esta adolescencia que trato de describir hubo una serie de descarrilamientos y encarrilamientos. Los más importantes deben de haber sido, como dicen los psicoanalistas, los de la primerísima infancia. Creo que de los dos a los cinco años viví más en casa de las Mares que en mi casa; allí pasaba el día y allí comía, y en la nochecita el mozo me llevaba a casa, ya dormido. Y verdaderamente puedo decir que eso lo decidí yo: me sentía más a gusto con las Mares que en el tumulto y el relajo de mi casa. Me descarrilé de mi casa y me encarrilé en la de las Mares, de la misma manera que un tiempo después me encarrilé en la lectura. Hasta ahora, el encarrilamiento más vistoso es mi entrada en la escuela apostólica. Pero hace un momento, cuando te dije que las clases de piano continuaron durante el noviciado, pensé: “Ah, claro, ahora tendré que contarle a Jean lo que fue el noviciado”. Porque, para seguir con tu imagen, aquello fue un gran descarrilamiento...

48 La experiencia de perder la fe religiosa no es cosa del otro mundo; muchísimos la han tenido, pero yo la tuve de manera bastante dramática. A juzgar por lo que me han contado muchos (porque es algo que me gusta preguntar cada vez que la ocasión se presenta), la fe rara vez se pierde de golpe; casi siempre se va perdiendo poco a poco; yo, en cambio, la

perdí de sopetón. Además, quienes me han contado esas experiencias son gentes que vivían en el mundo, en el tráfago humano, mientras que yo estaba dizque metido en una aventura justamente religiosa. Para esos compañeros que sí tenían vocación, la toma de hábito era una ceremonia emocionante: iban a comenzar a realizar en serio sus deseos, porque el noviciado es ya la entrega total a Dios. Para mí, eso no era así. Antes de la toma de hábito tuvimos unos ejercicios espirituales muy rigurosos: una semana entera de silencio y meditación, en la que... En fin, tú sabrás lo que es eso. El caso es que la víspera de la gran ceremonia, en la última meditación del último día de ejercicios, una frasecita del predicador, una frasecita de nada, perdida en el mar de retórica, me derribó el edificio de la fe con la misma rapidez con que se derriba un castillo de naipes. Nada quedó en pie. Fue, literalmente, la muerte de Dios, la nada, el vacío. En estos momentos puedo explicar bien lo que me sucedió, y es una explicación muy sencilla: los ejercicios espirituales me pusieron ante los ojos la clase de vida en que iba a quedar atrapado, y la única escapatoria que se le ocurrió a mi yo íntimo fue ésa. Pero cuando la cosa sucedió no había explicación. Fue horrible. Naturalmente, hablé del asunto con algunos de los padres, sobre todo con uno que en la escuela apostólica se había portado de manera muy paternal conmigo, pero eso de nada sirvió.

49 **J.M.** ¿Te entendieron o no?

50 **A.A.** Pues... sí y no. Digamos que me entendieron, pero sólo superficialmente. Me decían: "Es una tentación bien conocida, una de tantas tentaciones del demonio, y se vence como las demás tentaciones: no haciéndole caso". A uno de ellos se le ocurrió un remedio fuerte: me dio a leer el famoso argumento ontológico de San Anselmo sobre la existencia de Dios, un argumento que a mí me pareció muy bobo. En fin, realmente no entendieron lo que me pasaba. También es evidente que lo que yo decía no era claro ni preciso. Por otra parte, en esos años que yo llamo de "angustia en blanco", hubo cosas que me sostuvieron, o que al menos me entretuvieron, como la música, desde luego, y también la lectura de ciertos libros de tipo técnico que me interesaron, por ejemplo una historia muy detallada de la liturgia romana, una obra en varios tomos sobre la orden benedictina, y cosas por el estilo. Cuando se cumplieron los dos años de noviciado, le dije al maestro de novicios: "Mire, padre, yo no puedo profesar, no puedo pronunciar esos votos; sería una comedia". Y él me dijo: "Bueno, bueno, no te desesperes; se te pueden conceder otros seis meses de noviciado". Así es que mis compañeros profesaron y yo me quedé seis meses más en el... en la incubadora. Y terminados esos seis meses, la misma historia. Esta vez me dijeron: "Bueno, bueno, no te desesperes: puedes continuar tus estudios de filosofía y demás en un seminario, y cuando tu problema se resuelva, aquí te esperamos"... Algunas personas me han preguntado: "¿Por qué no te saliste de allí inmediatamente? ¿Por qué tuviste que pasar esos años de angustia en blanco?" La respuesta a que he llegado es más o menos ésta: por una parte, me asustaba la idea de desengañar a quienes creían que yo tenía vocación, es decir, mis papás y mis tías monjas; pero, por otra parte (y de alguna manera siento que esto fue lo más importante), los padres no querían dejarme ir; querían... (¿cómo decirlo?) guardarme para ellos.

51 Esas dos razones fueron las que me llevaron al Seminario Conciliar de Puebla. Allí estuve durante el año escolar 1941-1942. En comparación con la atmósfera del noviciado, tan reconcentrada, tan opresiva, la del seminario de Puebla era de mucha libertad. Una cosa que me impresionó mucho fue oír conversaciones en que mis compañeros decían con toda claridad que estaban allí porque la profesión de cura era buena: ellos iban a salir de pobres, iban a ganar dinerito, y todos los días iban a desayunarse con chocolate. Eran

cosas que con los Misioneros del Espíritu Santo no sólo no se decían, sino que ni siquiera se pensaban. En Puebla había un ambiente de cinismo atenuado, o simplemente de realismo. Era posible decir "Fulano y yo vamos a ver al dentista", y meterse en el cine (de esa manera tramposa vi mi primera película de Hitchcock y la *Fantasía* de Walt Disney). Además, había clases interesantes. Recuerdo sobre todo la de psicología, que nos daba un canónigo ya viejo, buen conocedor de la materia. No nos habló de Freud, por supuesto, pero sí de gentes como Fechner, Wundt y William James. Desde los primeros días que estuve en el seminario supe que ése iba a ser mi último año de... de algo que ya de plano era teatro. Y lo pasé bien. Fue un cojín perfecto entre el encierro religioso y el ancho mundo. Adquirí cierta confianza en mí mismo.

Guadalajara

52 Contra lo que estuve imaginando durante años, ni mis papás ni mis tías hicieron el menor escándalo cuando les dije que había renunciado para siempre a la carrera eclesiástica. Una de mis tías, con la que tuve una relación especialmente cariñosa, me ayudó mucho en ese trance. Me puso en contacto con un cura que me ayudó a conseguir, mediante 300 pesos, un certificado de secundaria (debes tener en cuenta que en esos momentos, a los diecinueve años, mis únicos estudios oficialmente válidos eran los de la escuela primaria). También me puso en contacto con un señor, director de una escuela particular, que me cedió un cuarto de su casa; allí tuve mi estudio, por llamarlo de alguna manera. (Además, ese señor tenía un piano muy bueno.) Por último, mi tía me consiguió trabajo en la escuela primaria de los hermanos maristas. Mi hermano Luis, que tenía buen humor, me dijo un día: "¡Conque estás trabajando de señorita de tercero!" Pero para ser señorita de tercero hace falta un talento especial, y ese talento nunca lo tuve. Fue una experiencia ingrata. Después me ofrecieron en una escuela de comercio una clase de gramática y otra de biología. (Raro que en una escuela de comercio llevaran biología. A mí me gustó, porque de biología no sabía absolutamente nada.) También di clase de etimologías en una preparatoria femenina, de manera que pude dejar la odiosa chamba de la primaria de los maristas. Perdona tanto detallito. Lo que quiero decir es que no me costó ningún trabajo sostenerme a mí mismo, cosa que nunca antes había hecho. Mis sueldos eran modestos, pero mi manera de vivir también era modesta. (Pensándolo bien, yo no nací para rico.)

53 Gracias a mi fraudulento certificado de secundaria entré inmediatamente en la preparatoria de la Autónoma. Cursé las materias de un año, y las del otro las presenté a título de suficiencia, de manera que un año después estaba listo para comenzar una carrera. Curiosamente, aquello que a mediados de 1934 le dije en Autlán al doctor Velázquez vino a cumplirse en Guadalajara a mediados de 1943: me inscribí en la facultad de Derecho. No es que hubiera querido ser abogado; pero en esos momentos era la única carrera universitaria que tenía que ver con libros. (No sé si sabes que en español, durante siglos, a los abogados se les dijo "letrados", o sea literatos.) Durante el primer año fui un estudiante modelo. El profesor de derecho civil, que llevaba uno de esos apellidos aristocráticos de Guadalajara y que era muy ceremonioso, me citó en su despacho sólo para decirme que en no sé cuántos años de enseñar derecho civil nunca había tenido un alumno tan brillante, tan prometedor como yo. Claro, él interpretaba como ganas de ser abogado lo que no era más que deseo de aprender. Si hubiera habido una facultad de Egiptología, yo habría sido igual de brillante y prometedor. Como tú sabes, en ese primer año de Derecho uno de mis compañeros fue Luis González. Es claro que a Luis le pasaba lo

mismo que a mí. Tampoco él tenía ganas de ser abogado, pero no había en Guadalajara nada parecido a una facultad de Historia.

54 Y en este momento entra Juan José Arreola. Hablando de accidentes que encarrilan o descarrilan, Arreola fue un accidente de dimensiones colosales. Lo conocí durante las vacaciones entre el primero y el segundo año de Derecho, y cuando entré a segundo año ya era yo otro: dejé de ser el estudiante ejemplar y prometedor; dejé de hacer apuntes de clases, dejé de estudiar las lecciones; todo mi tiempo y todas mis energías eran para la literatura. He dicho que en el momento de conocer a Arreola era yo un pedazo de barro blando, listo para ser moldeado por un alfarero, y que el alfarero fue él. Hace poco, al leer unas reflexiones de no me acuerdo quién sobre el escritor autodidacto, caracterizado por su vitalidad, por su entusiasmo, por su curiosidad universal, la figura que tenía ante mis ojos era la de Arreola. Arreola jamás tuvo una formación académica. No pasó de tercero o cuarto año de primaria. El autodidacto no ha tenido maestro, no ha tenido quien le diga “Sigue este camino”, o “No hagas tal cosa”, y por eso atiende a más cosas que el escritor académico, y tiene más que decir, y casi siempre es más cuidadoso del estilo, más preciosista, más exquisito. Las lecturas de Arreola nunca fueron metódicas, pero ¡qué cantidad de cosas había leído! Además, como tú bien sabes, Arreola ha sido un maestro extraordinario de muchos jóvenes, y en Guadalajara su único discípulo fui yo. También he dicho que Arreola me sacó de Egipto y me llevó a la tierra prometida, o sea a ese inmeso campo de la literatura que para mí era totalmente desconocido, en particular la literatura moderna: digamos Neruda, digamos García Lorca, digamos López Velarde... No es exagerado decir que Arreola me reveló todo lo importante de la literatura moderna: poesía, teatro, novela, ensayo, todo. Y literatura no sólo de lengua española: también Papini, Proust, Valéry, Claudel, Cocteau, Gide, Rilke, Kafka, Hamsun, Dostoyevski, Oscar Wilde, Walt Whitman... La lista sería interminable. Si el asunto les interesa a los lectores de ese libro que están preparando, yo les recomiendo que lean mi presentación de la reimpresión facsimilar de *Pan,* la revistita que Arreola y yo hicimos en 1945.[1] En esa revistita hay dos poemas míos que a mí me parecen curiosos: son típicos de un adolescente, de un muchacho de quince o dieciséis años; y lo que pasa es que yo, a los veintidós o veintitrés, era un adolescente retrasado.

México

55 A fines de 1945 se fue Arreola a París, invitado por Louis Jouvet y becado por el gobierno francés para estudiar teatro nada menos que en la Comédie Française. Desde antes de que se fuera, ya estaba yo determinado a venirme a México: sentía que Guadalajara, sin él, era un desierto inhabitable. Sabía que Luis González estaba muy contento en El Colegio de México, y entonces yo, muy animoso, le escribí a don Alfonso Reyes pidiéndole una beca para hacer estudios literarios. Recuerdo bien lo que le propuse. El tiempo de contacto con Arreola me permitía hacer una propuesta muy concreta y muy honrada: “Influencia de la poesía francesa en la poesía mexicana”. A vuelta de correo, don Alfonso me explicó muy amablemente que en El Colegio de México había un centro de estudios históricos, pero no un centro de estudios literarios. “¡Pues entonces seré historiador!”, pensé yo, y le escribí sin más a don Alfonso diciéndole que me gustaría meterme en la historia de los heterodoxos en México. Cuando recuerdo este momento me da risa, o más bien sonrisa: me sonrío de mí mismo. A mí, hablando muy en serio, me hubiera gustado emprender en el Colegio una investigación como ésa. Mis motivos eran muy auténticos. No había leído el

famoso libro de Menéndez y Pelayo, pero sabía lo que era: una galería de los españoles que a lo largo de la historia se apartaron más o menos drásticamente a la ortodoxia católica. Yo, como agnóstico total, como ateo, me sentía atraído por los mexicanos de otros tiempos que en alguna forma saltaron las trancas del corral. Y en el Colegio ciertamente me hubieran enseñado las técnicas necesarias. Pero a don Alfonso debe de haberle dado malísima espina mi cambio de vocación, tan repentino. Debe de haberme tomado por un pillo que sólo quería salir de Guadalajara a toda costa y trasladarse a la gran ciudad. Me contestó má o menos esto: "Mire qué curioso: justamente acaba de aparecer un libro de Julio Jiménez Rueda que se llama *Los heterodoxos en México*". Ni siquiera me sugirió buscar algún otro tema. Allí murió el asunto. (Por cierto, más tarde vi el libro de Jiménez Rueda: muy pobre cosa. No es ninguna arrogancia decir que yo habría hecho algo mucho mejor.)

56 El caso es que me vine a México a comienzos de 1946, sin nada, fuera de mis pocos trapos y mis pocos libros, a ver qué pasaba. En México vivía mi hermano Moisés tratando de seguir en el Conservatorio sus estudios de violín, y trabajando de policía, de vulgar policía de esquina, para ganarse la vida. Me arrimé a él, y durante unas semanas compartí su vida de auténtica pobreza. Y entonces me puse a ver qué puertas se me podían abrir. El gran personaje de estos momentos es Agustín Yáñez. Yáñez era algo así como el padrino oficial de cuanto jalisciense caía en la ciudad de México. Mi relación con él fue siempre curiosa. Fui muy consciente de que él me estimaba; mejor dicho, me quería. Pero era un hombre tan... ¿cómo decirlo? tan seco, tan de palo, que realmente nunca lo sentí como amigo. Era lo contrario de Arreola. En fin, el hecho es que Yáñez se ocupó de mí y me ayudó mucho. Por principio de cuentas, me consiguió una chambita: profesor de literatura universal en la preparatoria nocturna, en el viejo San Ildefonso. (Terrible clase, a las nueve de la noche, con estudiantes casi todos viejones, dizque para ponerlos en contacto, durante un semestre, con la literatura de todos los tiempos y todos los lugares, desde el *Ramayana* hasta Oscar Wilde...) Además, Yáñez me puso en relación con los que hacían *Letras de México,* y en efecto asistí a un par de juntas, pero la revista estaba dando ya las últimas boqueadas. También me dio una receta para ahorrar: no desayunarme, acumular hambre, ir a las dos de la tarde a uno de esos restorantes españoles, el vasco, el asturiano, el gallego, que no eran nada caros, y comer hasta hartarme, y de resultas del hartazgo no tener ganas de cenar. También fue Yáñez el que... Aquí entra otro de esos recuerdos que me hacen sonreír. Ya te hablé de la clase de psicología que tuve en el seminario de Puebla. Mi contacto con Arreola, como podrás imaginar, redobló mi interés, y en algún momento se le añadió otro. Puede haber sido Ortega y Gasset el que me dio una idea de lo que era la sociología, y esta idea me fascinó. Hice un razonamiento muy sencillo: si la psicología, explicación del modo de ser de un individuo, es cosa tan chingona, ¡cuánto más chingona será la sociología, explicación del modo de ser de una sociedad! La sociología venía a ser una especie de super-psicología. Le hablé a Yáñez de este interés mío, y él inmediatamente me consiguió cita con un licenciado Lucio Mendieta y Núñez que dizque era el bueno en cuestiones de sociología. Fue una decepción horrible: Mendieta parecía un notario, hablaba como un notario, y cinco minutos de conversación con él bastaron para desencantarme.

57 Entonces me matriculé en la facultad de Derecho, y me matriculé también en Filosofía y Letras, con la idea de hacer simultáneamente las dos carreras, o más bien tres, porque mi plan era estudiar no sólo letras, sino también filosofía. Pero esto no duró más que unas dos o tres semanas, porque sobrevino un acontecimiento capital: la entrada de don Daniel

Cosío Villegas en mi vida. Es una historia muy bonita, pero ya la he contado. El caso es que Cosío hizo estallar en mi cabeza, como un cohete, la comprensión de que era una tontería seguir con la carrera de Derecho. Y no contento con eso, hizo un segundo acto de misericordia: me invitó a trabajar en el Fondo de Cultura Económica, con un sueldo decente (tan decente, que muy pronto pude convencer a mi hermano Moisés de que nos mudáramos a un lugar mejorcito, porque vivíamos en verdaderos cuchitriles y entonces alquilamos un departamento en la colonia de los Doctores). Al principio trabajaba en el Fondo sólo las mañanas, y en las tardes iba a Filosofía y Letras, en el viejo edificio de Mascarones. Presenté a título de suficiencia algunas materias, como francés, latín y griego, y asistí a unas clases bastante descoloridas. El recuerdo de mi paso por las aulas de esa facultad es tan borroso, que ni siquiera sé si presenté exámenes al final del primer año. A lo mejor ya para entonces me había anunciado Cosío que Raimundo Lida iba a venirse a México, y que El Colegio iba a poder ofrecerme la carrera que yo había soñado. Al saber esta noticia abandoné de plano la facultad y trabajé de tiempo completo en el Fondo de Cultura. Hubiera podido pasarme al Colegio de México a mediados de 1947, que es cuando llegó Lida, pero en el Fondo estaba yo metidísimo en una tarea muy delicada, y para la cual no había sustituto: preparar para la imprenta la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* de García Icazbalceta, editada por un gran hombre y gran amigo: don Agustín Millares Carlo.

58 Antes de dejar al Fondo por la paz quiero decirte algo que tiene mucho que ver con la razón de ser de esta charla contigo. Yo acepté encantado de la vida la invitación de Cosío, porque me vino en un momento de total desamparo económico. Pero los beneficios espirituales, llamémoslos así, fueron infinitamente mayores. Aparte de lo que fue el trato con Cosío, con Joaquín Díez Canedo, con Eugenio Ímaz y con los demás miembros del departamento técnico, puedo decir con toda objetividad que yo, gracias a los casi dos años que trabajé en el Fondo, soy un buen experto en cuestiones editoriales, en lo relativo a la hechura de un libro, un buen soldado en la lucha por los libros bien hechos, limpios de erratas, agradables de leer. Esos casi dos años son parte importante de mi formación. Arreola y yo hablamos hace un par de años sobre el Fondo, y la charla se reprodujo en el *Boletín Editorial* de El Colegio de México.[2]

59 Acerca de lo que fue de El Colegio de México, y concretamente el magisterio de Raimundo Lida, he hablado y escrito un montón de veces, y no vale la pena insistir. Los hipotéticos lectores de esta conversación contigo, o sea los hipotéticos interesados en la figura de Antonio Alatorre, sabrán de memoria que, sin Lida, Alatorre no sería de ninguna manera eso que buenamente ha llegado a ser. Una sola cosa te diré. Y voy a citar el comienzo de un soneto muy bonito de Garcilaso: "Cuando me paro a contemplar mi estado / y a ver los pasos por do me ha traído..." Ese soneto es uno de los más dolorosos de Garcilaso. Yo, a diferencia de él, cuando me paro a contemplar mi estado, lo que hallo es que mi ruta estuvo dispuesta como por un dios muy bondadoso, muy benigno. Raimundo Lida llegó en el momento preciso. Durante los dos años del Fondo, Arreola y yo seguimos muy unidos (incluso, durante un tiempo, Arreola estuvo trabajando en el Fondo), pero a comienzos de 1948, cuando Lida inició sus clases, el magisterio de Arreola fue sustituido por el de Lida. Lo bonito es cómo ese tránsito sucedió de manera tan armoniosa. Hubo una continuidad perfecta, sin fisura. El amor de Lida al lenguaje y a la literatura era igual que el de Arreola. Lo nuevo, la contribución digamos "específica" de Lida, fue el método, la técnica, la... ¿cómo decir? la consciencia de que el estudio del lenguaje y de la literatura es cosa grata, cosa placentera, pero al mismo tiempo cosa seria, muy seria. Además, el método de Lida

no tenía nada de rígido, nada de metódico. Se parecía al de Sócrates. Gracias a Lida encontré yo, no digamos mi método o mi técnica de investigación, sino verdaderamente mi camino.

60 Con esto más: no se trataba de conseguir un diploma, un título; no se trataba de matarse escribiendo una tesis. Era, de plano, el arte por el arte. Mis tres años de estudiante en El Colegio de México fueron muy felices, y una de las bendiciones que me tocaron fue la de no haber tenido que hacer tesis ni examen profesional.

61 **J.M.** ¿Cómo se llamaba ese programa de estudios?

62 **A.A.** Se llamaba simplemente “filología”. Los diez o doce estudiantes de Lida en esos tres años, 1948, 49 y 50, éramos “los filólogos”. No recuerdo en qué momento comenzó a hablarse más formalmente de “Centro de Estudios Filológicos”. Eso debe de estar en la historia de El Colegio que acaban de publicar Matesans y Clara Lida. Hace unos años me topé con dos condiscípulos de esos años: Ricardo Garibay, novelista, y Jorge Hernández Campos, periodista de altura. Naturalmente nos pusimos a hablar de Lida y estuvimos de acuerdo en esto: que Raimundo Lida nos enseñó a reflexionar; a no decir cosas nomás porque sí; a huir de todo lo que es relumbrón y blabla; a poner la verdad por encima de todo; en fin, a ser críticos.

La crítica literaria

63 En años pasados hicieron algún ruido dos cosas mías sobre cuestiones de crítica literaria. Viéndolo bien, lo que hago allí es una *illustration et defense* de la filología, del enfoque filológico, contra los secuaces de ciertas corrientes de moda a quienes llamo “neo-académicos”. Pienso en esa definición simplísima del oficio de historiador: “contar lo que realmente sucedió”, “dejar que sea la verdad la que hable”, o algo así. Entiendo que fue Fustel de Coulanges el que lo dijo. Bueno, pues yo siento que la tarea del crítico literario es prácticamente igual a la del historiador. Tienen en común, por ejemplo, la obligación de fundamentar y documentar cada una de sus afirmaciones. O no obligación: más bien gusto, inclinación. Siento que esta obligación o inclinación está en el meollo del método filológico, que además es un método de siempre, tan de ayer como de hoy. Los neo-académicos piensan que el método filológico pasó ya de moda, y lo sustituyen con cosas que, para mí, son justamente el relumbrón y el bla-bla.

64 Con los dos artículos anti-neo-académicos y algunas otras cosas he armado un libro que me pidieron para la colección “Lecturas mexicanas”. Lo cual me parece curioso, porque eso de discurrir o teorizar acerca de la función de la crítica no es realmente mi terreno. Luego te diré qué cosas son las que yo siento propiamente “mi terreno”. Eso otro comenzó a fines de 1952, cuando Agustín Yáñez, al irse de gobernador de Jalisco, me enjaretó su cátedra de Teoría literaria en la facultad de Filosofía y Letras. Naturalmente, me esforcé por hacer bien la cosa. Di esa clase durante unos quince años. A algunos de mis estudiantes tal vez no les sirvió de nada; a otros puede haberles servido un poco; pero a mí me sirvió mucho. Me obligó a leer un montón de cosas que de otra manera no hubiera leído, y después de unos cuantos años comencé incluso a escribir sobre esas cuestiones. Lo primero fue una ponencia para una mesa redonda sobre crítica literaria, en 1955. La única razón para que los organizadores me la pidieran era que yo era el profesor de Teoría literaria. Después se presentaron otras ocasiones, por ejemplo reseñas de libros, pero sobre todo conferencias, como una que se llama “Qué es la crítica literaria”, que se

publicó en la *Revista de la Universidad* hacia 1972, y que me parece bonita (aunque me esté mal decirlo). El primer ataque contra los neo-académicos está en mi discurso de ingreso en El Colegio Nacional...

65 **J.M.** ¿Cuándo fue eso?

66 **A.A.** En 1981. El discurso apareció en las *Memorias* de El Colegio en 82, pero ya se había publicado en la *Revista de la Universidad* a fines de 81. También el segundo ataque contra los neo-académicos fue una ponencia para un congreso de lingüística, creo que en 1987. Este segundo ataque se publicó en la revista *Vuelta,* y fue el que más ruidito hizo. Como te decía, es curioso que yo, que no he publicado más que un solo libro, *Los 1,001 años de la lengua española,* vaya a publicar ahora ese que siento más bien marginal. Varios amigos me han preguntado que por qué no reúno mis artículos en un volumen. Y en efecto, es lo que generalmente se hace; pero siempre me he resistido. No vale la pena explicar por qué: me limito a hacerte notar eso. Por cierto que ahora ya estoy admitiendo la idea. Pienso reunir mis artículos y armar no un volumen, sino varios. Y ahora sí serán cosas que pertenecen a eso que llamé "mi terreno": se trata siempre de crítica literaria, pero entreverada de historia. Los trabajos que más me gustan, los que siento más míos, dejan siempre un amplio lugar a los aspectos históricos, por ejemplo uno dedicado a cierto soneto de Garcilaso de la Vega: estudio primero el soneto, tratando de explicar su ser, su esencia, y situándolo en el momento de su escritura, y después cuento la fortuna o la fama que tuvo a lo largo del tiempo, tratando de explicar también las razones de su larga vida. Artículos como ése son resultado de fichas y más fichas que he ido acumulando a lo largo de los años. Son artículos llenos de noticias, de detalles, de minucias. Llenos también de notas de pie de página. Me encantan las notas de pie de página. A veces me salen muy largas. Meto en ellas toda clase de cosas: ampliaciones de una idea, datos secundarios pero bonitos, y sobre todo precisiones de orden filológico; lo mejor es cuando me pongo a combatir a otros críticos, cuando les hago ver que sus interpretaciones no son tan... ¿cómo decirlo...?, tan filológicamente sólidas como las mías. Por ejemplo, en un artículo de estos últimos años, que se llama "La *Carta* de Sor Juana al P. Antonio Núñez", dedico una larga nota de pie de página a pelear contra una hispanista paisana tuya, Cécile Bénassy, demostrándole filológicamente, como si dijéramos "con los pelos en la mano", que Sor Juana era más atrevida, más valiente, de como ella la presenta. En una de mis cosas, todavía inédita, someto a crítica filológica lo que Octavio Paz dice sobre el *Primero Sueño* de Sor Juana, y, francamente, Octavio no sale muy bien parado: algunas de sus interpretaciones son fantásticas por completo, sin base documental...

67 **J.M.** ¿Qué es lo que te hizo interesarte por Sor Juana?

68 **A.A.** Buena pregunta. Pero para contestarla bien voy a comenzar muy atrás. Tal vez sirva esto para atar algunos cabos sueltos. Y, sobre todo, tengo aquí la oportunidad de contar la génesis de mis intereses más claros, de eso que llamé "mi terreno". Vuelvo a 1946, el año en que pisé las aulas de la facultad de Filosofía y Letras. Te dije que ese episodio lo tengo muy borroso. Las clases, por ejemplo la de Jiménez Rueda, y hasta la de Julio Torri, eran muy aburridas. Lo único interesante fue un seminario de traductores dirigido por Millares Cario. Para estar allí sólo hacía falta saber latín, o griego, o las dos cosas. Como por esas fechas mi griego ya estaba oxidándose (ahora lo tengo oxidadísimo), me apunté como traductor del latín, y Millares Cario me sugirió traducir las *Heroidas,* una obra de Ovidio menos conocida que las *Metamorfosis,* pero muy ingeniosa y muy bonita. Traduje, pues, las *Heroidas,* y además les puse un prólogo larguito y no malo, en mi opinión. La primera parte de ese prólogo contiene lo de cajón: vida y obras de Ovidio y presentación de las

Heroidas; pero la segunda es más original, porque hago una historia de la influencia de esa obra en las letras españolas, o sea una lista cronológica, con comentarios, de las traducciones y de las imitaciones. Como ves, ya allí estoy pisando “mi terreno”. Cuando me asomo a ese prólogo tengo una sensación extraña: es como verme en el momento de estar haciéndome; como ver un embrión de lo que ahora soy, de lo que creo ser. Y esto fue antes de que llegara Raimundo Lida a México. Algo me ayudó Millares Cario, pero casi todo lo que hay allí de investigación se debe a iniciativa mía. Naturalmente, cuando llegó Lida le enseñé mi prólogo, y él lo leyó con cuidado y me ayudó muchísimo a redondearlo y afinarlo. (Por cierto, también me ayudó a afinar la traducción.)

Investigaciones

69 A propósito de “accidentes”, fíjate en éste. Cuando comenzaron las clases, en enero de 48, una de las cosas que hizo Lida fue ponernos a trabajar en dos investigaciones individuales, una literaria y otra lingüística. Para esto nos entrevistó uno por uno: ¿qué nos gustaría hacer? ¿a qué cosas nos sentíamos inclinados? Como Lida dominaba admirablemente la mayéutica, y como yo estaba muy ganoso de trabajar y con el espíritu muy maleable, mi entrevista fue breve. Primero, ya que mi lista de traducciones de las *Heroidas* comenzaba en el siglo XIII, con Alfonso el Sabio, ¿por qué no hincarle el diente a la *General estoria,* una obra casi virgen de investigaciones, y ver lo que hay allí de influencia de Ovidio y de los demás clásicos latinos? En efecto, ¿por qué no? Y me metí en la *General estoria* y comencé a documentarme y a hacer fichas. El tema de la otra investigación, la lingüística, también fue fácil de encontrar: las particularidades del español hablado en Autlán, Jalisco. Y también sobre esto comencé a hacer fichas y fichas, destinadas a convertirse en una monografía dialectológica según los moldes consagrados. Ninguna de esas investigaciones llegó a cuajar, pero las dos fueron una disciplina y un ejercicio de primer orden. Una de mis actividades marginales ha sido el estudio del español hablado no en Autlán, pero sí en México, y lo que he escrito sobre eso podría dar para un librito. Me ayudó mucho, por cierto, el haber dado durante años una clase sobre “el español de América” en el Mexico City College (que luego pasó a llamarse Universidad de las Américas).

70 Pero lo más importante fue lo otro. Se entendía que Alfonso el Sabio era sólo el comienzo, de manera que el tema se fue ampliando más y más. Para fines de 1950, cuando terminaron las clases y El Colegio de México me mandó con beca de investigador a París y a Madrid, la ampliación era ya enorme. Para decirlo en pocas palabras: las fichas y los apuntes que iba haciendo se destinaban a un libro gigantesco que podría haber tenido este título: “La influencia helénica y la influencia latina en las literaturas de lengua castellana, de lengua catalana y de lengua portuguesa, desde la edad Media hasta la época actual”. ¿Te das cuenta? No voy a entrar en detalles porque me da vergüenza, pero te aseguro que es uno de los proyectos de investigación más ambiciosos que se habrán hecho; un proyecto desmesurado, de plano neurótico. Es muy revelador el hecho de que a nadie, ni siguiera a Lida (o tal vez a Lida menos que a nadie), le haya dicho a qué le estaba tirando, cuál era mi meta. Yo mismo no pensaba en el asunto. Lo que recuerdo es el temblorcillo que sentía cada vez que me tocaba hacer en El Colegio de México el informe anual sobre mis actividades y llegaba a la pregunta sobre “investigaciones en curso”. ¿Cómo decir que estaba metido en una empresa loquísima? ¿Cómo decir que para concluir mi grandiosa investigación necesitaba unos doscientos años de vida? La punzada de la

cordura ocurrió, naturalmente, durante ese examen de conciencia que fue para mí el psicoanálisis. Ahora mi ambición es de tamaño común y corriente...

71 **J.M.** ¿Y tus famosos ficheros?

72 **A.A.** Mis famosos ficheros no van a culminar en nada sobrehumano, pero contienen montones de cosas potencialmente útiles. Yo, desde luego, los he aprovechado mucho, y desde hace mucho. Te pondré como ejemplo las reseñas que hice a comienzos o a mediados de los 50 sobre un libro llamado *Fábulas mitológicas en España* y sobre otro llamado *Tácito en España.* Gracias a mis fecheros, esas reseñas contienen una buena cantidad de precisiones y de adiciones. Puedo decir, objetivamente, que son las mejores que se hicieron de los dos libros. O sea: a pesar de lo enfermizo de mi proyecto, los resultados no son tan negativos. La cuestión de la influencia griega y de la influencia latina sigue siendo importante, y a lo mejor un día me encuentro a un joven investigador interesado en eso. Si así es, me encantará regalarle todas mis fichas.

73 Además, una buena parte de mis fichas no tienen que ver con influencias clásicas, sino con otras cosas. Esto merece tal vez un pequeño desarrollo. Durante todo ese tiempo de recolección de datos, especialmente en 1951-52, cuando trabajé en las grandes bibliotecas de París y de Madrid, y en 1960, cuando tuve la beca Guggenheim y trabajé en las grandes bibliotecas de Nueva York, de Harvard y de Boston, pasaron por mis manos muchos centenares de libros y de manuscritos, especialmente de poesía, de los siglos XVI y XVII. Fueron años de verdadera orgía. ¿Y qué sucedía? Sucedía muchas veces que la cosecha en cuanto a "influencias clásicas" era escasa o nula, y que lo que me llamaba la atención, lo que me entretenía, lo que unas veces me llenaba de admiración y otras veces me hacía reír, eran cosas como la hechura de los versos, la forma, la estructura. Esto vale especialmente para la poesía barroca, o sea la que va desde 1580 (más o menos) hasta comienzos del siglo XVIII. La época de Lope, de Góngora y de Quevedo ha sido muy estudiada, pero el barroco tardío, a partir más o menos de 1650, es mucho menos conocido, y es el más abundante en sorpresas, en juegos, en innovaciones y variaciones de temas, de métrica; en fin, en toda clase de refinamientos, o de circos, si quieres. Sobre poesía barroca tengo, pues, miles de fichas. Ya casi no recojo datos sobre "influencias clásicas", pero cuando me topo con algo relativo a juegos barrocos no dejo de tomar nota. Lo que tengo sobre cosas como el soneto en eco, el soneto centón, el soneto retrógrado, el soneto del soneto, el soneto que es al mismo tiempo latín y español, etcétera, etcétera, puede dar materia para un volumen de 500 páginas o más. Ya he comenzado a publicar artículos sobre esas cuestiones y, la verdad, me divierto mucho escribiéndolos. Creo poder decir muy objetivamente que soy, en nivel internacional, uno de los buenos conocedores de la poesía barroca de lengua española, sobre todo en su época tardía.

Sor Juana

74 Y aquí, por fin, entra Sor Juana. A ella comencé a estudiarla muy tardíamente, y con absoluta honradez te voy a decir por qué. A mí me revienta todo lo que es retórica nacionalista, y durante muchos años estuve viendo cómo los mexicanos que se ocupaban de Sor Juana, sin excluir a Alfonso Méndez Plancarte, parecían interesarse en ella por ser mexicana, por ser gloria de México, y tenía yo la impresión de que a eso se debían sus elogios y sus superlativos. Resultados: Sor Juana no contaba gran cosa entre mis lecturas. No es que me fuera desconocida, pero, por ejemplo, nunca me había puesto a leer en serio el *Primero sueño.* En 1964, según creo, publiqué un articulito sorjuanino, pero sobre una

cuestión marginal. Tiene Sor Juana una serie de tres sonetos que, según Méndez Plancarte, son autobiográficos, y yo demuestro, o al menos creo demostrar, que es imposible saber si son autobiográficos o no, y que en cambio esos sonetos son ante todo una serie de variaciones sobre un epigrama de Ausonio que tuvo mucho éxito en el mundo de habla española. O sea, se trata de un caso de "influencia clásica". Fue apenas hacia 1970 cuando leí de cabo a rabo las obras de Sor Juana, y eso fue por pura casualidad...

75 **J.M.** ¿De nuevo un "accidente"?

76 **A.A.** ¡Ni más ni menos! En México, ni en el Colegio ni en Filosofía y Letras se me hubiera ocurrido dar un curso o un seminario sobre Sor Juana, y a nadie se le hubiera ocurrido pedírmelo. Eso era cosa de los profesores de literatura iberoamericana, y yo era profesor de otras cosas. Pero en Princeton no estaba yo así de marcado, de manera que me encargaban cursos sobre narrativa hispanoamericana y cosas así, lo cual me gustaba, porque me hacía leer cantidad de cosas que de otro modo nunca hubiera conocido, y a veces resultaban sorpresas muy agradables (Felisberto Hernández, por ejemplo). Una vez me encargaron un curso sobre literatura hispanoamericana colonial: que el Inca Garcilaso, que Domínguez Camargo, que Sigüenza y Góngora, que Concolorcorvo, que los jesuitas del siglo XVIII, tú sabes, todo eso. Y entonces se me prendió el foquito: pregunté si se valía dar un seminario sólo sobre Sor Juana, y me dijeron que sí. Fue un descubrimiento realmente sensacional. Mi interés y mi entusiasmo por Sor Juana no tienen nada que ver con el orgullito nacionalista. Una de las ideas que siento más arraigadas en mí es ésta: que la literatura de lengua española es una sola, y que dividirla en veinte o veintiuna literaturas nacionales es un empobrecimiento, una pérdida. Este mensajito mío aparece sobre todo en *Los 1,001 años de la lengua española.* Lo que pasa con la lengua, eso mismo pasa con la literatura. Y eso cualquiera lo ve. Basta abrir los ojos. Sólo en nivel de escuela secundaria se lee a Rulfo a causa de que es mexicano. Los lectores maduros no lo leen por eso, sino porque es bueno. Y los colegas de Rulfo, los que hacen grupo con él, lo mismo pueden ser mexicanos que argentinos, o peruanos, o españoles. Esta unidad básica de la literatura de lengua española salta todavía más a la vista en el siglo XVII. Sor Juana es grande en el panorama de la cultura de lengua española; decir que es grande en el panorama novohispano es disminuir su verdadera estatura. Perdóname, creo que estoy poniéndome muy profesoral. Pero sólo voy a añadir una cosa: para mí, como para otros críticos, mexicanos o no, Sor Juana es una de las cumbres de la poesía barroca de lengua española. Es la última cumbre. Desde nuestro tiempo vemos esa cordillera, con sus cumbres: Góngora, Quevedo, Calderón, Sor Juana. El *Primero sueño* es, para mí, un poema tan cautivador como las *Soledades* de Góngora.

77 **J.M.** ¿Piensas reunir en un libro lo que has escrito sobre Sor Juana?

78 **A.A.** Sí, por supuesto. Ahora que por fin me he decidido a armar libros con mis pendejaditas, uno de los primeros sería el de mis trabajos sorjuaninos, que sumarán unas trescientas o cuatrocientas páginas. Y como tengo en proyecto, o ya haciéndose, otros más, de una vez voy a decir en ese libro que se trata del "tomo primero". Lo que me tiene algo dudoso es la heterogeneidad de esos artículos. Hay uno, sobre la *Fama y Obras póstumas* de Sor Juana, destinado a lectores muy especializados, muy picados de la araña. Otro, en cambio, titulado "Sor Juana y los hombres", ha tenido un aplauso que bien podría llamarse "popular". Me lo han chuleado más o menos en la forma en que me han chuleado *Los 1,001 años de la lengua española...*

79 *A* propósito, hay algo que hace rato quería decirte y luego me fui por otro lado. Iba a decir que esos *1,001 años* tienen su buen lugar entre los “accidentes” de mi vida. Yo me llamo filólogo, pero estoy muy lejos de ser especialista en historia de la lengua. Si no hubiera sido porque Huberto Batis le sugirió mi nombre a la empresaria del proyecto, que era Beatrice Trueblood, jamás habría escrito yo ese libro. Acepté la invitación inmediatamente (cosa que no se esperaba Beatrice Trublood), porque me daba la oportunidad de contarle a la gente una historia muy bonita, pero en general no conocida más que por los profesores y los estudiantes de la materia. Y lo que ha dicho la gente, a veces de una manera que me conmueve, es que la historia de la lengua española es de veras bonita y yo la he contado de manera clara y comprensible. Entre la gritería un poco ridicula que se ha armado en torno a los últimos textos escolares de historia de México (que si Santa-Anna, que si los Niños Héroes, todas esas cositas tan fáciles de revisar y de poner en su punto), la única objeción seria es la que dice que la historia tiene allí la forma de un catálogo, de una enumeración, y no la forma que le es propia, o sea la de un cuento que se cuenta. Yo, por lo visto, conté bien mi cuento. Tuve buena suerte. Y algo más. Cosío Villegas, por puro cariño que me tenía, quería presentar mi candidatura para El Colegio Nacional ya hacia 1970, pero no podía hacerlo por no tener yo en mi curriculum ni un pinche libro; y me decía; “Amigo Alatorre, déjese de tarugadas y póngase a hacer un libro, no importa sobre qué, pero un libro”. Ese libro que Cosío nunca vio fue *Los 1,001 años,* que en efecto sirvió para que inmediatamente se me abrieran las puertas de El Colegio Nacional. Por eso te dije que este accidente tiene un buen lugar en mi vida. Y no por razones de honor o de prestigio, sino por el vil dinero. El ser miembro de El Colegio Nacional me permite trabajar en mis cosas con gran serenidad, sin las angustias de tantos viejos por lo que será de ellos. Otra vez, buena suerte. Y aquí estoy, con ganas de seguir haciendo esto que he estado haciendo, sobre todo en los últimos tiempos. Tengo ya 70 años, pero, por fortuna, mi salud es casi perfecta.

80 Creo haberte contado todo lo necesario, aparte de muchas cosas que seguramente no eran necesarias. No sé si se te ocurre algo más.

La traducción

81 **J.M.** Sí, una cosa. Algo que me llama la atención es que hayas traducido tantos libros de historia. ¿Los escogiste tú?

82 **A.A.** No, qué va. Ni uno solo. Si se hubiera tratado de escoger, a mí me habría gustado traducir más bien novelas. Me habría gustado traducir por ejemplo a Nabokov, a Marguerite Yourcenar, a Moravia... También me habría gustado traducir a Montaigne; regalarle al mundo de habla española una traducción irreprochable de los *Ensayos.* Sólo dos novelas he traducido, brasileñas las dos: *Memorias postumas de Bras Cubas,* de Machado de Asís, y *Canaán,* de Graça Aranha. No me quejo, todo lo contrario. En primer lugar, traducir es una tarea bonita. Claro que si traduje tantos libros (treinta títulos o algo así), fue ante todo por ganar unos pesos extra; pero tuve la enorme suerte de no traducir cosas aburridas, como tratados de economía o manuales técnicos. La mayor parte de los libros que he traducido son en efecto de historia. Una de las primeras chambas que me encomendaron cuando entré a trabajar en el Fondo de Cultura fue terminar la traducción de una biografía de Guillermo de Orange, alias “el Taciturno”, por una historiadora inglesa apellidada Wedgwood. Fue mi debut como traductor del inglés. (Te advierto que aprendí a leer inglés casi sin ayuda, muy a la rústica. Lo primero que leí, sin soltar de la

mano el diccionario y sudando la gota gorda, fue *Sanctuary,* de William Faulkner.) Después del libro de Wedgwood vino el *Erasmo y España,* de Marcel Bataillon. Lo traduje en casa, por las noches, siendo todavía estudiante de El Colegio de México. Raimundo Lida leyó unas 200 o 300 cuartillas de muestra y me ayudó mucho, porque me hizo ver muy gráficamente cómo las traducciones buenas son las que no dejan que se transparente el idioma original. Por cierto que debe de haber sido Lida quien sugirió que fuera yo el traductor, pues él fue el consejero literario número uno de Arnaldo Orfila. La primera edición de mi traducción es de fines de 1950. Tiene varias metidas de pata, algunas bastante feas, señaladas por Eugenio Asensio (que luego sería gran amigo mío) en la reseña que escribió sobre el libro. Y sin embargo, pese a sus metidas de pata, esa traducción me hizo medio famosito. La explicación es muy clara: el *Erasmo y España* es un libro sensacional; mi nombre quedó asociado o pegado a un libro sensacional.

83 **J.M.** Pero el mismo Marcel Bataillon...

84 **A.A.** Sí, ya sé lo que vas a decir; pero eso fue en 1966, cuando se hizola segunda edición, corregida y aumentada, o sea: aumentada por el autor y corregida por el traductor. Fue entonces cuando Bataillon escribió su gran alabanza: “Este libro es ya más de Antonio Alatorre que mío”, o cosa por el estilo. Pero eso hay que tomarlo *cum grano salis.* Lo que pasa es que Bataillon, aparte de que era muy benévolo y muy cortés, quedó impresionado por lo que exigente que me puse, no sólo conmigo, sino hasta con él mismo, al hacer mis correcciones para esa segunda edición.

85 Después del *Erasmo* vino el libro de Gilbert Highet, *La tradición clásica,* que me vino muy al pelo, porque es una historia de las influencias griegas y romanas en las literaturas occidentales, o sea justamente lo que yo trataba de hacer para las literaturas ibéricas. Decir que la mejor manera de leer un libro es traducirlo, es un lugar común; pero además es la puritita verdad. El libro de Highet es medio superficialón, y sin embargo me fue muy útil: me ayudó a ordenar mis ideas, me dio una perspectiva...

86 Pero no voy a hacer aquí el catálogo completo. Sólo mencionaré los librazos de dos paisanos tuyos: el de Francois Chevalier sobre la formación de los latifundios en México y el de Jean Sarrailh sobre la época de la Ilustración en España. Y sería injusto dejar en silencio los libros de Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo* y *La naturaleza de las Indias nuevas.* ¡Lo que gocé y lo que aprendí al traducir esos dos libros, que para mí son tan obras maestras como el *Erasmo y España*! Una vez más: buena suerte.

Ingenuidad

87 **J.M.** El famoso “tiempo social”, o sea la época en que nos tocó vivir, ¿pudo en algún momento reorientar tu labor?

88 **A.A.** ¡Válgame Dios, qué preguntita! No hallo por dónde agarrarla. Dices: “el *famoso* tiempo social”, dándome a entender que sobre ese término o ese concepto de “tiempo social” se ha escrito un chingo de cosas. Pero son cosas que yo no leo sino muy de vez en cuando, y que, la verdad, no me interesan mucho. Prefiero leer unos sonetos, o un cuento, o un artículo sobre algo de zoología, o de astronomía, etcétera. Lo que quiero decir es que la época en que me tocó vivir la he vivido de la manera más ingenua. No me extrañaría que entre todos los intelectuales mexicanos (si acaso la etiqueta de “intelectual” me queda bien) resultara ser yo el más ingenuo, o de plano el más bobo, el más pendejo, en

cuanto a conciencia del "tiempo social", y no digamos en cuanto a reorientaciones, o sea cambios de actitud o de comportamiento, en vista de ese "tiempo social".

89 A ver si te resulta claro un esbozo de historia de mi postura ideológica. En el momento de colgar la sotana de novicio de los Misioneros del Espíritu Santo, a los 19 años, lo que había en mi cabeza era esto: Hitler y Mussolini están muy bien, porque le van a dar en la torre a todo lo que está mal: el comunismo, el judaismo, la masonería, el materialismo, el ateísmo, etcétera; y Franco, por supuesto, está requetebién; Agustín de Iturbide está bien y Juárez está mal; la Revolución mexicana está mal, y Lázaro Cárdenas está requetemal; etcétera, etcétera. Tú me entiendes. No digo yo que creyera en esas cosas, sino que eran las que había en mi cabeza. Claro que, como todo está trabado, al dejar de creer en Dios, o sea al abandonar por completo la perspectiva religiosa, todo lo demás quedó cubierto por una espesa capa de escepticismo. Pero nunca me interesé en ahondar o aclarar las cosas. También en esta materia fue Arreola mi maestro; él fue quien me explicó en qué había consistido la guerra de España. Naturalmente me hice entonces antifascista y, como todo está trabado, se puede decir que pasé a ser "intelectual de izquierda". Don Efraín González Luna, uno de los cerebros de Acción Nacional, nos consideraba evidentemente a Arreola y a mí como medio "rojillos", aunque, como era tan civilizado, nos ayudó con dinero para hacer la revistita *Pan,* en 1945. Como ves, ese izquierdismo mío no podía ser más ingenuo. Y no se refinó gran cosa cuando luego, en México, en el Colegio y en el Fondo, conocí y traté a tantos de esos españoles que se las vieron negras y tuvieron que salir de España a causa de su izquierdismo. A fines de 1950 le conté a uno de ellos, don Luis Alaminos, que pensaba ir a España a continuar mi investigación, y que sentía eso como una traición a los españoles refugiados, aunque por fortuna la beca no me la daba Franco, o sea el Instituto de Cultura Hispánica, sino El Colegio de México. Alaminos, que era del Partido Comunista, se rió de mi ingenuidad y me dijo: "¡Tome usted una de las becas de Franco! ¡Es dinero del pueblo español, no de Franco!"

90 Ahora, mira lo que son las cosas. En 1966, estando yo por primera vez como profesor en Princeton, hubo aquella cochina maniobra contra el rector de la UNAM, Ignacio Chávez, y un editorialista de *El Sol de México,* apellidado García Treviño, escribió un artículo que decía más o menos: 'Bueno, bendito sea Dios que ya la UNAM se libró de Chávez y su mafia de rojillos. Ahora falta terminar la labor.

91 Siguen el Politécnico y El Colegio de México. En el Politécnico están Guillermo Haro y Arturo Rosenblueth. Y en el Colegio, el capitán de los comunistoides es Antonio Alatorre..." Me dio mucha risa. Por allí debo tener el recorte del periódico. Y espérate. Todavía falta un episodio en este cuento. Años después, a fines de los 70 según creo, hubo en el Colegio de México un enfrentamiento ideológico que, desde mi punto de vista, fue puro juego: jugamos a rojos y azules, a que unos eran de izquierda, progresistas, revolucionarios, y otros de derecha, reaccionarios y oscurantistas. Y yo resulté ser de los de derecha. Y, como había espías y toda la cosa, uno de nuestros espías me contó que en una junta de los de izquierda se había hecho una apreciación de las fuerzas enemigas (o sea nosotros), y que al llegar a mi nombre dijo Lourdes Arizpe: "Alatorre..., bueno. ¡Alatorre es amigo de Nixon y del Sha!" Siempre quise preguntarle a Lourdes Arizpe por qué, exactamente, había dicho eso, pero no hubo oportunidad. ¿Te das cuenta? ¡Amigo de Nixon y del Sha yo, que en 1966 era el cabecilla de los comunistoides del Colegio de México! Y en mí nada había cambiado. Te juro que mis ideas, superficiales y todo, seguían siendo las mismas.

92 Los acontecimientos del 68 los viví también de la manera más ingenua. Comprendí que los líderes tuvieran necesidad de politizar el movimiento, de inyectarle ideas, pero eso de estar presente en las manifestaciones entre consignas y retratos del Che Guevara, de Marcuse y de Ho Chi Minh, me producía no sé qué sobresaltos de conciencia. ¿Qué derecho tenía yo a invocar a Ho Chi Minh, si lo sentía tan lejos de la situación que estábamos viviendo? Otra cosa era estar con los jóvenes y compartir su odio a Díaz Ordaz y a Marcelino García Barragán.

93 Poco después llegó a mis manos un volante callejero, donde Heberto Castillo invitaba a la gente a formar lo que creo que se llamaba Partido Revolucionario de los Trabajadores. Leí con mucha atención el volante y sentí que la invitación se dirigía a mí. Claro, no hice nada. Me quedé sólo con este pensamiento: "Si yo le entrara a un partido político, sería a éste".

94 Voy añadir algo. En estos días en que se habla del triunfo del capitalismo y del derrumbe del socialismo, me encuentro con que mi socialismo ingenuo no ha pasado de moda ni ha experimentado ningún colapso. Nadie me va a impedir seguir pensando, o soñando, en una distribución justa de los bienes de este mundo. Seguiré simpatizando con los jodidos, y no con los dueños del poder y del dinero. Además, es un hecho que la lucha por la justicia social va a seguir adelante.

95 Creo que me he ido demasiado lejos. Pero tú corta lo que te parezca excesivo, lo que no tenga que ver con tu idea. Pienso que, hasta aquí, mi respuesta ha sido: "Mira, mi vida y mi quehacer han transcurrido completamente al margen del famoso tiempo social. En cualquier otra coyuntura y hasta en cualquier otro país pude dedicarme a esas cosas a que me he dedicado". Pero eso no es verdad. Tal vez sea mejor responderte así: "Mira, el tiempo social nos mueve y hasta nos determina a todos, sin que nos demos cuenta. Mi relación con el Fondo de Cultura Económica y con el Colegio de México (el Fondo y el Colegio de aquellos años) le dio sin duda determinada dirección a mi vida. Pero sin Franco, sin el exilio español, no habría habido Colegio de México, y el Fondo habría sido algo completamente distinto de lo que fue. Piensa en la reorientación y el encarrilamiento que significó para mí el magisterio de Raimundo Lida; pero, de no haber sido por Perón, Lida se habría quedado en la Argentina.

96 Una última cosita. A mí me gusta vivir alejado del "mundanal ruido". Tengo vocación de ermitaño. Claro, leo los periódicos y trato de saber y entender lo que pasa en el mundo. A veces firmo manifiestos, lo cual me hace parecer hombre de acción, cosa que definitivamente no soy. Si alguien hubiera visto cómo me pasé la mañana de ayer leyendo y releyendo letrillas de Góngora, bien podría acusarme de vivir en una torre de marfil. Pero estoy preparado para contestar a esa acusación. Puedo decir, sin ningún sentimiento de culpa, que en toda sociedad hay división del trabajo, y que la parte que a mí me ha tocado, porque a alguien tenía que tocarle, ha sido, por ejemplo, facilitarles el contacto con la gran poesía del Siglo de Oro a unos cuantos estudiantes universitarios.

NOTAS FINALES

1. *Eos* y *Pan,* edición facsimilar, FCE, México, 1985 (colección “Revistas literarias mexicanas modernas”), pp. 219-238.
2. Núm. 32 (julio-agosto 1990), pp. 15-22.

Luis González

Minuta De Un Viaje Redondo



Crianza católica, ranchera y fácil

1 La línea inicial de mi egohistoria la he escrito muchas veces en multitud de documentos oficiales. Fecha de nacimiento: 11 de octubre de 1925. Lugar de origen: San José de Gracia, Michoacán. Nací en la víspera de un día asociado al nombre del ilustre navegante que hoy maldicen los antropólogos que se autonombran indigenistas. Ese año de 1925 fue muy llovedor. Después he venido a saber que entonces Bernard Shaw recibe el premio Nobel; Kafka publica *El proceso,* Ortega y Gasset *La deshumanización del arte* y Hitler, *Mi lucha;* Millikan descubre los rayos cósmicos, y Leon Trotski pierde el poder.

2 Pero ni esos sucesos ni los nacionales del sexto cumplesiglos de la metrópoli mexicana y la fundación del Banco de México afectaron en lo más mínimo mis primeras manifestaciones de vida en un pueblo alto, minúsculo, ganadero y creyente que sólo se unía a la República Mexicana por su lengua, su religión y su odio al gobierno comecuras. Mientras mis padres me enseñaban la sede de la Divinidad y yo, con un simple movimiento de mano en cualquier dirección, la señalaba acertadamente porque Dios acostumbra estar en todas partes, don Plutarco quería no sé qué cosas opuestas a la tradición mexicana.

3 Me tocó una crianza menos apacible que la pueblerina tradicional. A los veinte meses de nacido sufrió la familia uno de sus destierros. Los jóvenes de San José, junto con los de otras congregaciones, se levantaron en armas para ir a partirle el hocico al gobierno come-curas. Éste respondió con la orden de expulsar a ancianos, mujeres y niños que seguían viviendo en San José. Se le concedió a todo mundo un día entero para que abandonaran sus casas y pertenencias. En seguida el caserío fue entregado a las llamas. Mis padres, conmigo, anduvieron errantes por tres años en Guadalajara, azorados, sin empleo y sin beneficio. En 1930 se les permitió volver al montón de escombros a que había quedado reducido el pueblo.

4 De vuelta en San José, mi crianza siguió adelante. Contribuyeron a imbuirme la costumbre local mis padres, tres abuelos, el padrino Federico a quien se le autorizó el regreso al terruño en 1937, la señorita Josefina Barragán, que al no aceptar ser maestra de la escuela socialista se transformó en profesora privada, y las catequistas que domingo a domingo nos obligaron a los niños de entonces a saber de memoria, sin permitir el más leve cambio, el catecismo del padre Ripalda. De hecho, toda la población adulta fue mi preceptora, incluso Olivia González, estupenda cuentista que un día, cuando le dio por escalar paredes, hubo que internar en el manicomio de Zapopan.

5 Durante la crianza se aprendían muchos saberes: la lengua, los rudimentos de la gramática, las cuatro operaciones aritméticas, la escritura, las reglas de la buena educación, las tradiciones familiares, los rezos para cada día y los principios básicos del cristianismo. La crianza era la trasmisión de la sabiduría de los viejos y de la Iglesia. Se ejercitaba de distinta manera según el sexo. Se proponía hacer a las niñas muy mujercitas y a los varones muy hombrecitos. Obligaba a las criaturas del sexo débil a coser y remendar, a mantener limpias la casa y la ropa, a las labores de la cocina y a los menesteres del templo. Los niños, además de no decir nunca mentiras, debían saber andar a caballo, contribuir en los diversos quehaceres de la ordeña, alzar las matas de maíz abatidas por el arado en escarda y asegunda. Yo nunca fui acólito ni alzador, sí jinete en caballo, mula, burro y becerro. Nunca me atreví a enfrentarme a un toro con capote en mano; nunca me sentí necesitado de ejercer la caza ni otras diversiones rancheras. Nunca, por otra parte, entré en conflicto con quienes me impartían la crianza, quizá por haber sido criado a las buenas, sin golpes ni amenazas.

6 La mayoría de los padres eran partidarios de la mano dura. Estaban seguros de que el buen comportamiento sólo entra con sangre. Si alguien no cumplía al pie de la letra con las órdenes de un jefe de familia de la especie dura, recibía en su trasero una buena dosis de latigazos, ya con vara de membrillo, ya con chicota. La criatura que se dormía en el templo, o exhalaba aires ruidosos o platicaba en vez de rezar era objeto del pellizco bien retorcido de una mujer o del sonoro coscorrón de un hombre. Las madres creyentes en la crianza a fuerza de pellizcos y encierros o mediante la amenaza de que se lo dirían al papá

golpista o de que Satanás los refundiría en los más apretados infiernos; las madres castigadoras eran más frecuentes que las dulces.

7 Mi crianza en todo momento fue apacible. Rara vez vi una cara ceñuda en mis papás, en María Álvarez, en mi padrino. Jamás recibí azotes, coscorrones, pellizcos o palabras mal sonantes. Quizá por ser hijo único crecí muy mimado, siempre en el afecto de los míos, que no muy feliz. Ninguno de los niños rancheros de entonces escapamos al miedo a las ánimas del purgatorio que tenían la costumbre de volver a visitar a los vivos; al temor de ser atrapados por el demonio; a las historias macabras; al azoro de toparse con malhechores empis-tolados. Veíamos con azoro los cadáveres de los muertos a balazos que frecuentemente se exhibían en el portal norte de la plaza. Grandes y chicos velábamos con cara de pesadumbre los cadáveres de abuelos, tíos, padrinos y otros parientes. En San José había muchas razones para sufrir; frío, miseria, robos, asesinatos, desaparición de animales, muertes violentas, usureros, plagas, sequías, y peleas que las más de las veces terminaban mal.

Educación en los cuarteles de dos ejércitos enemigos

8 En 1938 sufrí, sin pena, el segundo destierro. Mi padre, con sacrificio, compró en cincuenta pesos un diploma de escuela oficial que certificaba que su hijo había cursado la primaria en una escuela de Nayarit. Aunque los padres jesuitas se dieron cuenta del fraude fui aceptado en el Instituto de Ciencias de Guadalajara en calidad de condicional. El edificio del Instituto de Ciencias era una mansión de ricos, en la calle de Tolsá 274, que acababa de remodelar para escuela el arquitecto Díaz Morales. En aquel caserón abundan los alumnos de buenas familias que se reían de las torpezas de los pocos que éramos rancheros y de los poquísimos procedentes de los barrios pobres de Guadalajara. Los enseñantes, también de la élite social, ejercitados en la caridad cristiana, casi todos sacerdotes o en víspera de serlo, eran cordiales y exigentes con todos los alumnos, sin distingos. El rector don Jesús Martínez Aguirre no tenía un pelo de tonto ni de ninguna otra especie. Su calvicie y su rigidez eran totales. En el cuerpo de profesores nunca faltaba el profesor medio loco o medio tonto, pero sobresalían los buenos. El padre Herrera, quien aseguraba que yo podría convertirme en el Pasteur mexicano, me parecía un químico excepcional. El padre Heriberto Navarrete, ingeniero de profesión y antiguo secretario del general Enrique Gorostieta, el jefe de la Cris-tiada, enseñaba geometría, lo mismo que e[1] famoso padre Fermín Chanal. Los padres Amozorrutia y Ruiz tenían a su cargo la biología. Los presacerdotes Arce, Meza, Elizalde, Verón, Tamariz no por cortos de edad eran menos expertos. Para mí el as fue “Hilachitas”, el sacerdote que impartía las clases de historia universal y de México con tanto apego a fechas y nombres que lograba hacer dormir a los oyentes.

9 En el Instituto de Ciencias de Guadalajara, donde fui un estudiante machetero a lo largo de un lustro, metí en mi esponja muchísimos saberes matemáticos, gramaticales, biológicos, éticos y, principalmente, narraciones históricas. Era negado para el dibujo de imitación y la música, pero nunca se me ocurrió ser un artista de vanguardia. Aunque quería saberlo casi todo, siempre tuve predilección por las doctrinas filosóficas, los relatos históricos y la literatura. Al curso de historia de la filosofía le agregué la lectura bien vista por el Profesor del *El Criterio,* de Balmes, y la prohibida de las obras de Ortega y Gasset y de Miguel de Unamuno. Estuve lejos de ser el alumno estrella del famoso profesor Hernández Chávez. En cambio hice buenas migas con don José Bravo Ugarte y

don José Ramírez Flores. Los dos me alentaron en la lectura indiscriminada de libros de historia. Lo mismo podría decir del padre Ortiz de Montellano que me llevó a la lectura de *La Celestina, El Quijote* y otros libros clásicos del español. Por él, leí algunos autores modernos: Octavio Paz y otros.

10 Como tenía una memoria que se le pegaba todo lo visto y era un lector insaciable, aprendí de punta a punta los libros de texto y algunos más que me prestaba don José Ramírez Flores, dueño de una biblioteca abierta a todos sus alumnos. En aquellos años, aparte de oír a los profesores, leer libros y redactar un diario hacía pocas cosas. Los domingos, en la mañana, asistía a misa, y por la tarde contemplaba a las muchachas paseantes en el parque de la Revolución. No practicaba los deportes ofrecidos por el instituto pero sí fui alguna vez a los ejercicios espirituales que se hacían en una casa de campo, en Jocotepec, a orillas del lago de Chapala. De aquellos ejercicios retuve una actitud hostil hacia los enemigos del alma (el mundo, el demonio y la carne) y un temor respetuoso frente a las postrimerías del hombre: la muerte, el infierno y la gloria.

11 Uno de los puntos centrales de la educación religiosa de los jesuitas era el tratado de las virtudes. Aquella enseñanza nunca se detuvo en el elogio de las virtudes morales e intelectuales catalogadas por Aristóteles. De hecho, insistía principalmente en las virtudes de orden teológico: la fe, la esperanza y la caridad. Y de las tres virtudes teologales ninguna fue tan encumbrada como la caridad. No recuerdo que haya habido prácticas colectivas para asegurar la adquisición de las otras virtudes, pero sí se practicaban ejercicios caritativos. Los principales eran las visitas a hospitales y cárceles. Se formaban grupos para visitar los fines de semana enfermos de los sanatorios públicos y a los recluidos en la cárcel. Con las dos acciones se procuraba llevar calor de amigo a pobres, enfermos y aislados, y hasta donde se podía, ayudarlos a salir de la pobreza y de la enfermedad o hacerlos libres.

12 Los padres del Instituto de Ciencias de Guadalajara eran acérrimos enemigos de los siete pecados capitales. En el vicio infantil de la envidia, que ya se daba poco en sus alumnos, insistían poco. De la avaricia que veían muy distante de la vida juvenil, ni se ocupaban. Como remedio para los arranques de iracundia proponían el ponerse guantes y propinar golpes. La pereza la fustigaban con calificaciones oprobiosas o expulsión del instituto. La gula era tenida como rey de burlas, pero la lujuria y el orgullo eran sus plumas de vomitar. Por ser sacerdotes que hacían cuatro votos, entre ellos el de castidad, reprobaban todos los ejercicios sexuales. A los placeres del sexo se atribuían muchos deterioros del bulto y de la mente. A un muchacho lo expulsaron por haber ido a calentarse con las gordas que se despojaban lentamente de sus vestidos en el Teatro Obrero del rumbo de San Juan de Dios. De hecho la afluencia al espectáculo de las encueratrices era común y corriente en la mayoría del alumnado, pero muchos no tuvimos la mala suerte de un chismoso que nos denunciara.

13 Concluido el bachillerato, hubo una cena de despedida en la que corrieron en abundancia los alcoholes y en la que el padre rector nos dijo que ya íbamos a librarnos de él y sus malos modos pero no del sello que acostumbraba imprimir la Compañía de Jesús en los alumnos de sus escuelas. Al parecer, no le molestaba la posible herejía de un buen número de egresados. Con frecuencia sus exalumnos se convertían al club de Voltaire. A él le preocupaban más los prófugos del lema del Instituto, del *Viriliter Age*, el caer en la molicie y el acabar mirándose al ombligo. Nos insistió en la importancia de la virtud de la caridad y nos bendijo. Del Instituto pasamos al único centro universitario que admitía gente

educada por los jesuitas: la Universidad Autónoma, el cuartel de los “tecos”, de los militantes de derecha.

14 Estudia el primer año de leyes cuando obtuve en un sorteo la bolita de “agraciado”, lo que significaba que pasaría doce meses en un cuartel de a de veras. En un tren de carga, algunos centenares de jóvenes de dieciocho abriles fuimos llevados a la ciudad de México. La mudanza duró cinco o seis días. El tren hizo paradas muchas veces y hubo tiempo para que diez o doce muchachos, de los que cohabitaron con prostitutas de estación, adquirieran la enfermedad que los exentó del servicio obligatorio. Los demás, según nuestro nivel educativo, se nos puso en los cuarteles de artillería, infantería, trasmisiones o zapadores. Tuve la fortuna de convertirme sucesivamente en soldado, cabo y sargento artillero. Soporté con resignación la disciplina militar; aprendí nociones del arte de desmadejar prójimos con rifles y obuses; comprendí el modo bélico de ser patriota; me expliqué el furor patriótico que ha producido canastadas de héroes y mártires y uno que otro humanista y sabio. Di en querer que en un futuro próximo Dios le dejara de dar a México soldados; que la ofrenda mostrada con orgullo por el himno nacional se sustituyera radicalmente; que después de tanto abuso de la espada viniera el uso de la pluma; que en vez de la costumbre de usar las muelles para resolver discordias sólo se usaran las leyes liberales.

15 Las leyes me retomaron al regresar a Guadalajara. Después de un año de insistencia en la bondad de las armas, le tomé sabor al curso de derecho civil dado por el generoso don Lorenzo Martínez Negrete. Fui buen estudiante de Derecho que no un amigo del grupo dirigente de la Universidad, de un grupúsculo que por miedo al socialismo se había vuelto fascista. Cometí, junto con otros aspirantes a la abogacía, el querer algo distinto a los deseos de la dirigencia. Por ningún otro motivo se nos cerró el acceso a la Universidad. Con la ayuda de don José Ramírez Flores y del padre jesuita Luis Medina Ascencio pude seguir por un camino de excelencia.

La gran aventura en El Colegio de México

16 En 1946, cuando fui admitido al Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, éste ofrecía para un corto número de estudiantes dos carreras inexistentes en la unam (historia y sociología) y la preparación indispensable para hacer buenos historiadores de las ideas. Presidía El Colegio don Alfonso Reyes con actitud imperturbablemente comprensiva y conciliadora. Desde el principio me recordó a mi padre. Fungía como secretario general don Daniel Cosío Villegas, hombre enérgico, sapiente y lúcido, de índole parecida al padre Federico. Dirigía el Centro de Estudios Históricos don Silvio Zavala, autor de varios libros de historia del derecho novohispano y catedrático que introdujo a los 16 alumnos de aquella promoción al oficio de historiar. También recibí en el aula y en las cafeterías las enseñanzas de Manuel Alcalá, Rafael Altamira, Arturo Arnáiz y Freg, Robert Bar-low, Francisco Barnés, Amancio Bolaño, Anne Chapman, François Chevalier, José Gaos, Eleazar Halpern, Ramón Iglesia, Javier Mala-gón, Agustín Millares Cario, José Miranda, Rafael Moreno, Concepción Muedra, Mariano Picón Salas, Eden Quainton, José Rojas Gar-cidueñas, Adolfo Salazar, Manuel Toussaint, Jorge A. Vivó y Leopoldo Zea.

17 En lugar de propinarles la lista de materias cursadas en aquel primitivo y paradisiaco Centro de Estudios Históricos, invito a los posibles lectores de este esbozo de autobiografia a la lectura de “La pasión del nido”, ensayo de setenta páginas donde rendí

cuentas de aquel Centro. Aunque sólo se impartían cuatro materias al semestre, al concluir el cuatrenio de estudios teníamos cursadas 32 materias. Aunque se me pegó poco de los cursos de idiomas (el francés, el inglés y el latín) y de las prácticas de paleografía, reconozco la excelencia de los cursos para hacer historiadores que impartía el primitivo Colegio de México.

18 En cuanto a métodos, deben abonársele a Colmex el método científico en el estudio de la historia y la sociedad; la exigencia para alumnos y profesores de dedicarse con exclusividad a las tareas de El Colegio de México; la costumbre del seminario en la enseñanza de las ciencias sociales, la historia y la filosofía, y la lectura pertinaz de las novedades bibliográficas, clásicos de la historia y fuentes de conocimiento histórico. Debíamos aprender el manejo de libros, periódicos y manuscritos. Se nos obligaba a acudir a bibliotecas, hemerotecas y archivos y a sacar de esas incursiones ensayos históricos publicables. De una incursión a la Biblioteca Nacional saqué *El optimismo nacionalista como factor de la independencia de México;* de estadías en la Biblioteca del inah obtuve el material para escribir acerca de *Los caciques prehispánicos de Xochimilco*, y en varias visitas al Archivo General de la Nación tomé notas para escribir un ensayo sobre la magia en la Nueva España en el siglo XVIII.

19 Los profesores de aquel Colegio de México creían que, aparte de leer, había que vivir y viajar. Don Ramón Iglesia aconsejaba la adquisición de toda clase de vivencia para hacernos inteligible las mil facetas del pasado. En excursiones a los cuatro puntos cardinales, tuvimos contacto con vistosos monumentos de este país tan rico en pirámides, templos barrocos y palacetes porfirianos. También se impuso la costumbre de mandar a los egresados de Colmex a los más refulgentes institutos universitarios de Europa y los Estados Unidos.

20 Yo, aconsejado por mi padre y don Alfonso Reyes, escogí el camino de Francia. Llegué a París, con beca del gobierno francés, en octubre de 1951. Durante la estación invernal, inverné. Encerrado en mi cuarto del hotel Iris, leí muchos libros en francés. En la primavera asistí con asiduidad a cursos de H.I. Marrou, M. Merleau-Ponty, M. Bataillon, F. Braudel y algún otro; visité el Louvre y otros museos, y siguiendo las recomendaciones de don Alfonso Reyes que me dijo antes de salir “París no sólo es la capital de la cultura”, metí las narices en la otra Francia. Pese a que todavía no se recobraban los ánimos de los buenos tiempos, París era una fiesta.

21 También por recomendación de don Alfonso dejé Francia y viví varios meses en Madrid y otras ciudades españolas. Recorrí con mucho placer las raíces vivas de México. Pasé semanas memorables en Sevilla, tanto dentro del célebre archivo, como en sus callejones y tabernas. Visité, sin tropiezo alguno, los primores arquitectónicos y culinarios de Barcelona, San Sebastián, La Coruña, Vigo, Salamanca, Guadalajara, León, Valladolid, Guadalupe, El Escorial y muchas otras ciudades y lugarejos de un país habitado por pobres pero parientes generosos. No sé cuanto tiempo me hubiera quedado allá si don Daniel no me hubiese traído a trabajar a la fábrica de investigación histórica que había abierto tres años antes.

En el taller de don Daniel

22 En 1948, don Daniel Cosío Villegas, como reacción defensiva contra el alud de críticas furibundas desatadas por su artículo sobre “La crisis de México”, se puso a investigar el pasado de su patria a partir del triunfo de los liberales sobre el segundo imperio, con

interés especial en la dictadura de Díaz y la Revolución Mexicana. Casi enseguida le hizo recortes al propósito de estudiar un siglo de México, la centuria de las grandes agitaciones. Por falta de tiempo tuvo que restringirse al estudio de la etapa liberal, la comprendida entre las fechas de 1967 y 1910. Por otro lado, sólo se mantuvo doce meses y pico. A poco andar, ideó dividir la media centuria de Juárez, Lerdo y Díaz en dos periodos de desigual longitud: República Restaurada y Porfiriato. Cada uno de los periodos lo dividió en tres parcelas: vida económica, vida social y vida política. Él se reservó el estudio de los fragmentos políticos. La economía del primer periodo se puso en manos de Francisco Calderón y dos o tres chicas ayudantes. El estudio del subsuelo indígena, el campesinado, la sociedad urbana y la cultura del mismo periodo quedó bajo mi responsablidad y con la ayuda muy estrecha de Emma Cosío, Lupe Monroy y Armida de la Vara. Poner en claro la vida social de los tiempos de don Porfirio lo hizo de sobra el acucioso y diligente sociólogo Moisés González Navarro. La economía del mismo periodo tuvo la suerte de tener numerosos llamados para reconstruirla y escasos reconstructores, entre los que recuerdo a Rozensweig.

23 Daniel Cosío, como ya lo dije, tuvo una doble meta al diseñar su seminario: pulir investigadores e investigar exhaustivamente lo que don Alfonso Reyes llamó el pasado inmediato de México. Le atribuía a su taller el mérito incuestionable de ser un almácigo de nuevos investigadores. Estaba seguro de poder adiestrar a todos los participantes. Pensaba que la investigación colectiva, sujeta a la critica de grupo y que concluye en la redacción personal, individual, de un trabajo, es una excelente ocasión para formar jóvenes investigadores que después levantarán el vuelo por su propia cuenta. Muchos no lo pensamos así. Para mí la narración histórica seguiría siendo obra individual de principio a fin. Los ayudantes sólo pueden ayudar a recoger información. En la mayoría de los casos es más lo que estorban que lo que ayudan.

24 Con pocas variantes, aquella fábrica de historia funcionó como lo dice don Daniel: El jefe de cada volumen presenta al director del seminario un proyecto inicial y una lista de posibles fuentes. Todo ello se examina en reunión plenaria... Hecho esto, el jefe se reserva uno o varios temas para su estudio personal, y los otros se distribuyen entre los ayudantes para acopiar material mediante una lectura de fuentes de cinco horas diarias... Los trozos importantes de publicaciones o documentos, así como la fuente de su procedencia se transcriben a máquina en tarjetas o fichas de tamaño uniforme que se acumulan en archiveros... La redacción de un tema se emprende en cuanto se han juntado todas las fichas respectivas. Aun los miembros más jóvenes e inexpertos del seminario han recibido un tema y la invitación a redactarlo... Todo trabajo presentado ha sido objeto de una discusión de tres o cuatro horas y varios se han llevado de nueve a doce”.

25 En la etapa heurística, los oficiales de aquel ejército nos comportamos como hormigas diligentes, pero a la hora de entender y explicar lo acontecido fue clara la adopción del modo de proceder de la abeja.

26 Pocas veces el aburrimiento condujo al ejercicio del método de tijera y engrudo. Generalmente se procuraba interpretar, con la ayuda de teorías de corto alcance. Se dieron varias definiciones de la República Restaurada y el Porfiriato y cada quien ubicó nuestra era liberal en el proceso histórico de México.

27 El director del seminario les recalcó una y muchas veces a sus colaboradores que se abstuvieran del estilo pomposo y dominguero, que usaran a todas horas el lenguaje de la

tribu. Se quería que la prosa fuese clara y sencilla. Cuando los textos llegaban a Don Daniel éste los despojaba de los moños que trajeran, así como de las oscuridades.

28 Don Daniel tomó con entusiasmo la idea que le habíamos propuesto don José Miranda y sus discípulos de publicar una revista de *Historia Mexicana* que poco después se convertiría en principal órgano de expresión del Seminario. "Como quiera, la primera expresión clara del torrente que había de durar quince años y apabullar con diez grandes y rechonchos volúmenes fue el volumen relativo a la vida política en la República Restaurada. Luego apareció el de Francisco sobre la economía y casi junto con él el escrito por Emma Cosío, Lupe Monroy y yo sobre la vida social.

29 En 1955 pasé a formar parte de la nobleza de la cultura. Obtuve el diploma o título de maestría. Fui examinado en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y aprobado *magna cum laude*. Me sirvió de pasaporte o tesis la parte que escribí en el tomo de la *Historia Moderna* que se llamó *La República Restaurada. Vida social.* Enseguida, patrocinados por la Rockefeller, Lupe Monroy, Luis Muro, Stanley R. Ross, Bertha Ulloa, Susana Uribe y yo formamos un equipo muy fraternal con el propósito de hacer el catálogo de lo escrito en México y sobre México en los treinta años que van de 1910 a 1940. De ese esfuerzo resultaron, entre otros libros, las *Fuentes de la historia contemporánea de México*, en cinco volúmenes. Ya en patín de erudito, cometí una compilación de documentos sobre la primera constitución mexicana publicada por los senadores con el título de *El Congreso de Anáhuac,* y una selección de textos sobre "La conquista", aparecida en la *Historia documental de México.*

Historia de la historia universal de San José

30 En 1966 decidí, contra la opinión de los que solían decir las tareas adecuadas para Luis González, pasar el año de 1967, mi primer año sabático, en San José de Gracia, que no en ninguna de las Romas de la cultura occidental. En mi terruño vivían mis padres viejos y achacosos. Supuse que alegraría su vejez la vuelta de su único hijo, máxime que lo acompañaban la esposa y media docena de criaturas en edad de recibir las bendiciones de los abuelos. En París, Oxford o Nueva York no se me había perdido nada. El resorte del prestigio era cada vez más débil en mi persona y las indigestiones debidas al consumo indiscriminado de cultura superior, más frecuentes y agudas. Por otro lado, me daba sensación de independencia el separarme de un grupo tan absorbente y sólido como el de los colmexicanos.

31 De vuelta en el pueblo, me sentí atraído por la idea de investigar y escribir su historia. Le entregué muchas horas a un trabajo no pedido. Quise divertirme, con la aplicación de un arte hecho para resucitar reyes, santos, filósofos y artistas de primer orden; para referir acontecimientos grandiosos y descomunales: para evocar el camino recorrido por los grandes del mundo, a difuntos del común, a sucesos de la vida cotidiana, al pasado de la gente de estatura normal. Por otra parte, el culto a los ancestros que se me inculcó en la crianza me atraía con fuerza. Me emocioné con la labor de resucitar la parenta-lia. Por otra parte, quería volver a la vida ranchera sin necesidad de practicarla, sólo para escribir su historia y entender lo que fui.

32 Pasé trescientos y tantos días metido hasta las cachas en los papeles de las parroquias de San José, Cojumatlán y Sahuayo, en el archivo judicial de Jiquilpan y en el ramo de tierras del Archivo General de la Nación. Puse a muchos de mis paisanos en el brete de recordar las hazañas suyas y las de sus padres. Escribí miles de fichas. Seleccioné las noticias

creíbles y las puse en el orden cronológico que me pareció más coherente. Llené cuartillas a mañana, tarde y noche. Armida las pulió y las puso en la letra de molde. Leí ante públicos crecientes de coterráneos, una vez a la semana, uno a uno los capítulos de la historia universal de San José de Gracia.

33 Recordaba en días pasados ante un público de colegas y coterráneos que a principios de 1968 la familia González de la Vara (dos padres de mediana edad y seis criaturas) volvió, después de un dichoso año sabático, en un autobús de Tres Estrellas a México, la ciudad que algún chistoso llamó de los palacios. Entre otros muchos triques, llevaba consigo un cartón repleto de fichas, manuscritos y copias mecanográficas de la historia de San José. En la terminal ca-mionera, en la oficina de equipajes, el papá recogió velices y cartones que un cargador llevó hasta el taxi. Ya en el domicilio, los González se percataron que en lugar del cartón de los papeles habían recibido otro lleno de limones. El papá volvió a las volandas a la terminal camionera donde encontró a un rachero furibundo porque los limones de su herta que pensaba repartir entre sus familiares de la capital se los habían cambiado por un apilo de papeles inservibles. Hecho el canje de frutos de huertas tan disímbolos, los dos hortelanos volvieron a la felicidad.

34 Pero ése sólo fue el primer contratiempo de aquel mecanuscrito de historia ranchera y pueblerina. El segundo se los debo a mis colegas que me criticaron por la forma extravagante de tomar un sabático. La directora del Centro de Estudios Históricos me pidió que pusiera a debate lo escrito en San José. Copias apenas legibles se repartieron entre una docena de colmexianos. Casi todos tuvieron la amabilidad de leerme. La mayoría de los del oficio de historiar me jaló las orejas; me dijo cortésmente que aquello era broma. Ningún académico debía permitirse perder todo un año de su vida haciendo la historia de un pueblo sin historia. Los minúsculos acaeceres de una aldea de gente menuda estaban muy lejos de ser memorables. Pero recuerdo que tres maestros, ninguno de los tres historiadores, salieron en defensa de mi historia. El Dr. Gaos dijo que era un libro innovador hecho a ciencia y conciencia. Antonio Alatorre defendió su lenguaje hablado. Don Daniel Cosío Villegas recomendó darlo a las prensas.

35 Con el nombre de *Pueblo en vilo*, y un tiraje de dos mil ejemplares, El Colegio de México puso en venta mi historia universal de San José de Gracia en la Navidad de 1968. En los setenta, El Colegio lo reeditó dos veces, la segunda con un tiraje de diez mil copias. En 1984, la sep, en la serie de Lecturas Mexicanas, lanzó cincuenta mil ejemplares. La Texas University Press le pidió al experto John Upton que lo tradujera al inglés y al fino poeta Lysander Kemp que cuidara la edición inglesa. Annie Meyer lo tradujo al francés y la editorial Plon lo puso en venta con el nombre de *Les barrieres de la solitude.*

36 En ninguno de los tres idiomas alcanzó la categoría de *bestseller*, pero en todos tuvo muy buena prensa: los periódicos, a través de las plumas de amigos y extraños, lo piropiaron bien y bonito. Entre los ¡ole! recibidos, se me quedaron en la mente los de José Luis Martínez, Rosa María Phillips, Jorge Ibargüengoitia. Jean Meyer, José Alvarado, Ruggiero Romano. Los elogios a *Pueblo en vilo* ayudaron a mi obesidad anímica, que consolidó el premio Haring concedido por la Asociación Americana de Historiadores. El espíritu de Luis González se puso tan gordo como su cuerpo. Desde entonces he venido arrastrando dos esferas conmigo. Desde 1969, el exceso de masajes al ego intelectual me ha servido de rémora y de acicate.

El regreso al patriotismo

37 Un año después de la publicación de la *Microhistoria de San José de Gracia* se absolvió mi pecado de matriotismo. Compilé en cinco volúmenes los informes ante el Congreso y otras propuestas de los jefes de Estado desde el imperio de Iturbide hasta la presidencia de Díaz Ordaz, pero la Cámara de Diputados, patrocinadora de la edición, tuvo a bien amputarle el capítulo introductorio de la segunda parte que llevaba el nombre de "Balances presidenciales de la Revolución Mexicana". Por las mismas fechas di algunas charlas sobre el nacionalismo mexicano. Según el *Curriculum vitae* que tengo delante, fui director por segunda vez del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México del 1 de septiembre de 1970 al último de agosto de 1973.

38 Recuerdo vagamente los cursos sobre la Nueva España y la revolución de independencia en el Centro de Estudios Históricos y las lecciones preliminares de teoría y método de la historia que di a estudiantes del Colegio y de las facultades de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma e Iberoamericana. Metido en el deporte de los congresos y las mesas redondas, estuve en la Universidad de Santiago de Chile, en la Conference on Latin American History en Nueva York, en el mitin de la American Historical Association que tuvo lugar en Boston. Tomé parte en congresos habidos en Villahermosa, Monterrey, México y San Luis Potosí y, sobre todo, en aquella reunión en Oaxtepec, organizada en grande por Alejandra Moreno y, en mucho menor escala, por mí. Allí se reunieron por tercera vez los mexicanistas de México, Estados Unidos y Europa para hacer el balance de los estudios históricos de tema mexicano.

39 En la comida que don Daniel ofreció en su casa al presidente de la República se convino abrir el taller que continuaría la *Historia moderna de México* con el nombre de historia de la Revolución Mexicana. Don Daniel, alegando su edad, no quiso asumir la jefatura de la nueva fabriquita de historia; como quiera, yo acepté la gerencia y él puso manos a la obra con estusiasmo juvenil. Entre los dos reunimos una planta de cincuenta investigadores: a ocho, por relativamente viejos y colmilludos, se les nombró responsables de cada una de las etapas en que se convino dividir la trayectoria de México entre 1911 y 1964; dieciséis fueron copilotos de los ocho, y los demás, todavía estudiantes universitarios, meros recopiladores, pero con la opción de servirse del material que recopilaran para la hechura de sus propias tesis.

40 Una mitad de los cincuenta llamados provenía de la carrera de historia. La otra mitad la forman economistas, científicos de la política, diplomáticos y otros de ondas similares. Desde sus comienzos en 1973 el equipo para hacer la historia de la Revolución Mexicana fue interdisciplinario y plural. En ese momento era de buen tono la pertenencia a una filosofía de la historia. A nadie se le pidió la ruptura con el santo de su devoción. El único compromiso fue el destinar un mínimo de cuatro horas diarias a la tarea y el de no apartarse de la ruta de la verdad. Claramente se instruyó a los participantes para que procuraran entender, no exaltar ni deslucir a los hacedores de medio siglo de la vida mexicana; narrar las acciones importantes de la marcha económica, sociopolítica y cultural, que no únicamente hazañas de milites y gobernantes; definir cada uno de los periodos cuatri o sexenales de la Revolución, y ubicar la gesta revolucionaria de México en el conjunto de las revoluciones del presente siglo, y en la serie de las revueltas mexicanas. Se asumieron como metas adjuntas hacer vidas de grandes hombres, pero sin

olvidar la vida del pueblo; referir acontecimientos capitalinos, pero también las acciones importantes que hubieran tenido lugar allende las garitas de la metrópoli.

41 Nuestro trabajo tuvo la pretensión de ser nacional y populachero por las dos puntas, por ser historia de todo México y de todas las capas del hojaldre social, y por dirigirse a capitalinos, provincianos, a especialistas y al público. Incluye las obligaciones académicas (prólogos, notas a pie de página, bibliografía y demás) pero prescinde de la jerigonza de los científicos sociales. Su afán de ser leído por todos se manifiesta en muchos detalles. Se ofrece el enorme texto en veintitrés volúmenes de poco bulto. Se intercalan muchas fotos y otras ilustraciones. Procuramos la popularidad sin menoscabo de la profesionali-dad. Nuestra historia es, sin duda, la más documentada de las muchas escritas sobre el conjunto de la Revolución. Está construida sobre un cuarto de millón de papeletas o fichas sacadas de colecciones de periódicos, archivos públicos y privados, bibliotecas y recuerdos de supervivientes.

42 Como quiera, es una obra inconclusa y desigual. Eduardo Blan-quel se aferró a su miedo de escribir. Cada uno de los que sí escribieron lo hizo a su modo. Son reconocibles los estilos de componer y narrar de Berta Ulloa, Álvaro Matute, Jean Meyer, Enrique Krauze, Rafael Segovia, Lorenzo Meyer, Alejandra Lajous, Victoria Lerner, Olga Pellicer, José Luis Reyna, Esteban Mancilla.

43 Esperé en vano que se reconociera la originalidad de los dos volúmenes salidos de mis investigaciones, mis métodos de entender y explicar y mi modo poco elegante de narrar historias. Tanto *Los artífices del cardenismo* como *Los días del presidente Cárdenas* han corrido con poca suerte.

44 Más de fuerza que de grado volví a la microhistoria. Con el gobernador Torres Manzo, convine la coordinación de una serie de historias de los municipios de Michoacán. Busqué a personas interesadas y capaces de hacerlas. Se pudo sacar a flote una serie de 23 monografías de otros tantos municipios de Michoacán. Casi todas fueron muy bien recibidas por los lugareños. De las dos que me tocó escribir, la de *Zamora* y la de *Sahuayo,* la última, mereció la acogida de algunos sahuayenses y la repulsa de otros. Lo mismo sucedió con *Michoacán, lagos azules y fuertes montañas,* de una serie de la Secretaría de Educación Pública, dirigida a la enseñanza primaria. Anduve metido en esa serie como coordinador y como autor y en ningún caso me libré de las críticas de maestros de la normal, seguros de que todo lo que se sabe de México es bien sabido y no admite correcciones.

El Colegio de Michoacán y otras recaídas en el matriotismo

45 Si mis primeras andanzas las debo a personas que me querían, las segundas he de agradecerlas a los amigos y a una o dos personas enemigas. Pasé por un periodo de aunque usted no lo crea. Me cuesta trabajo explicarme la entrada a El Colegio Nacional, al Senado Cultural de la República, como lo llama la gente de voz recia. Menos supe de qué modo caí en el oficio de fundador de instituciones. La idea fue de Fernando Solana, en aquel año de 1978 secretario de Educación Pública. Él le propuso a Víctor Urquidi abrir en las ciudades del interior institutos semejantes a El Colegio de México. Urquidi me propuso la apertura y la puesta en marcha de un instituto extracapitalino. Desde el momento en que di el sí dejé de recibir el salario que venía cobrando desde los cuarenta en Colmex.

46 Según consta en el primer *Boletín de El Colegio de Michoacán,* el 15 de enero de 1979, en la ciudad de Zamora, en el patio de una casa de alcurnia, rentada para ser sede del Colegio, delante de un público en que se contaban Carlos Torres Manzo, gobernador de los michoacanos; Eliseo Mendoza, subsecretario de la SEP; Víctor L. Urquidi, presidente de El Colegio de México; Alberto Valdés, presidente municipal de Zamora, otros muchos personajes y un nutrido auditorio de zamoranos, después de oír a los dos presidentes y a Eliseo Mendoza, dije, entre otras parrafadas, las siguientes:

47 "Los antiguos purépecha añadían al nombre propio de las personas, en el momento de cumplir los 52 años de edad, el mote de patzitzi, que significa venerable en lengua y simplemente pachichi o arrugado en el idioma del pueblo... Hace cosa de un año que entré, contra mi gusto, al club de los pachichis, y contra lo prescrito por el buen comportamiento, en vez de contraerme a las quietudes del hogar y de la biblioteca, me he enfrascado en una acción novedosa...", la hechura, a imagen y semejanza de El Colegio de México, de El Colegio de Michoacán.

48 "El Colegio de Michoacán crecerá en la medida en que pueda sorber los jugos de la tierra donde ahora se planta. Necesita contagiarse del dinamismo futurista y del respeto a las tradiciones que se respiran aquí... La unión estrecha y cordial con grupos locales... será lo que nos evite la condición de *ghetto*... Nuestro instituto también necesita de la asistencia económica del Estado... Tampoco prosperará fácilmente sin la asistencia académica, sin el préstamo de libros, sin el préstamo de profesores, sin el apoyo múltiple, sin la maternidad de El Colegio de México..."

49 Lo sucedido fue algo diferente a lo previsto. El Colegio de Mi-choacán creció sin ayuda de El Colegio de México, pero con el apoyo entusiasta de Zamora a quien se debe el solar donde se edificaría Colmich; de la sep, principal aportadora de recursos; de los gobernadores Torres Manzo y Cárdenas, que sucesivamente ayudarían con donación de libros para la biblioteca, pago de publicaciones y fábrica del edificio propio; de CIESAS, que envió tres parejas de antropólogos (De la Peña-Rodríguez, Durand-Arias y Lameiras-Boehm); de CONACYT, que becó estudiantes, y de los que libremente aceptaron adherirse a la empresa zamorana: Carlos Herrejón, Agustín Jacinto, los Lira (Andrés y Cecilia), los Meyer (Jean y Beatriz), los Moreno (Heriberto y Esperanza), Francisco Miranda, Álvaro Ochoa y algunos más.

50 Con la colaboración de varias instituciones y personas, sobre un valle verde y fecundo, a partir de 1979, se dio vida al Colegio de Michoacán. En pocos años se pudo hacer una biblioteca de no malos bigotes; se adquirió un buen paquete de aparatos: máquinas de escribir, teléfonos, camioneta y computadora. En un abrir y cerrar de ojos se formaron pequeños pelotones de alumnos que querían aprender los oficios ofrecidos por el Colmich: antropología social, historia y ecología humana. Desde el arranque se dispuso de un personal de apoyo experto y entusiasta en el que aún figuran Aurora del Río y Alfonso Valdivia, Margarita Martínez, José Luis Ramírez, Salvador Sebastián...

51 Se ha convertido en la repetición preferida de mi tercera edad el cuento de que El Colegio en Zamora "comenzó con doce curiosos de la vida del vecino y media docena de personas duchas en hacer las cosas prácticas que no pueden ejecutar los expertos en fisgonería humanística. Nuestros salvadores ya estaban acostumbrados al calor y a los mosquitos de Zamora, pero del personal académico, sólo uno. Si se prescinde de la dificultad para conseguir vivienda, la vida en el valle fue desde el principio placentera y fecunda. Algunos tomaron las de Villadiego después de una corta residencia, pero el número de los que se

agregaron fue mayor... De ningún modo fue un instituto con personal académico flotante e improvisado. El Colmich comenzó y siguió con una planta de académicos titulados en ciencias históricas, antropológicas y demás líneas de las humanidades. Casi todos especialistas; casi todos proclives al conocimiento global del hombre y a la resolución de los problemas humanos".

52 Me enorgullece el haber sido copartícipe, durante el primer lustro de los ochenta, en la construcción de El Colegio de Michoacán junto con colegas sobresalientes de la generación del 68 que en Zamora han producido hijos, discípulos y libros. Se dice que es tanta la escasez de distracciones en la ciudad del Duero que a los colmichianos sólo les cupo ocuparse en la hechura de retoños, investigadores e impresos. En el primer lustro del Colmich, la planta académica dio a luz medio centenar de libros y centenar y medio de artículos. En aquella producción destacan las obras para pocos, las monografías de los estados dirigidas a los estudiantes de primaria y las monografías municipales. El Colegio de Michoacán produjo un volumen de impresos cuatro veces mayor que las más fecunda de las instituciones metropolitanas.

53 A mediados de 1985 concluyó el sexenio presidencial de Luis González. Para obstruir chismes, sin bajarse del barco, el saliente se privatizó lo más que pudo, contrajo nuevas amistades y ciertos compromisos en otras áreas de la vida. Los nuevos amigos eran profesionales de la medicina y el nuevo campo de ocupación, su cuerpo. Pasó, un día cualquiera, de la calificación de sano a la de paciente. Cinco especialistas de Guadalajara decidieron intervenirlo. En el mes de septiembre en el que la capital sufrió un enorme estremecimiento; la caída de centenares de edificios; la muerte de miles de personas, y la reparación de multitud de heridos en los hospitales, ante los ojos de los tapatíos se volvió objeto de lástima, pues el gran parche postoperatorio en el ojo izquierdo con el que salió del hospital, y con el que iba a revisión a la clínica del doctor Guerrero Santos, le daban la apariencia de damnificado del terremoto capitalino.

54 En 1986 volví en mí y a las andanzas académicas. Los primeros meses del año les propiné diez lecciones de Historiografía mexicana del siglo XX a estudiantes de El Colegio de Michoacán. En la primavera di un par de conferecias en la Universidad de Guadalajara, y otra en difatur, en Sinaloa. En el verano, estuve en México en plan de conferenciante. Allí completé el número de diez conferencias que nos sugiere impartir a sus miembros El Colegio Nacional. Escribí poco y publiqué menos.

El regreso a la matria

55 En 1987 puse en escena un nuevo modo de vivir. Decidí volver al monte, al punto de arranque. En la madrugada de un día de primavera, cuando los guardias de caminos duermen, José Luis Ramírez trasladó a la pareja formada por Armida y Luis y su ajuar de Zamora a San José. Según lo predijo, en aquellas horas oscuras no habría "mordelones" despiertos que nos quitaran billetes por trasladar colchones y ropa. Estaba orgulloso de no haber sobornado nunca, bajo ningún motivo, a los agentes del gobierno, y me resistía a estrenar el nuevo modo de vivir con el resbalón en la práctica corrupta de mayor frecuencia en México: el soborno.

56 Ninguna de las casas en las que habité durante cincuenta años era tan grande como esta a la que volvía. En tiempo de mis padres fue funcional en sus tres secciones: la habitada por ellos y Margarita, la repleta de árboles frutales y yerbas de uso común, y la que ocupaban gallinas, cerdos, un caballo y un par de vacas. Diez años después, todo era distinto. Urgía

cubrir goteras en la parte humana; replantar el patio de los vegetales y rehacer para fines distintos a los que tuvo la sección zoológica que los buscadores de tesoros habían destartalado. Tuve la suerte de que el arquitecto Víctor Manuel Ortiz, Vico para los amigos, diseñara y dirigiera la construcción de la biblioteca de Luis y la torre de Armida.

57 El cambio del lugar de residencia trajo una mudanza de cos-trumbres de poco bulto. No volví a ninguna actividad ranchera. Dediqué muy poco tiempo a la conversación con parientes y amigos. Fue mínima la ayuda prestada al comité que puso en escena los vistosos festejos del primer cumplesiglos de San José en 1988. Entre 1987 y 1990 viví en el terruño aislado de él, o casi. Como quiera, nunca antes había tratado tanto a gente de diversas condiciones y lugares. El miedo al avión no me impidió volar. Por lo menos una semana de cada mes estuve en la ciudad de México. Con poco provecho para ellas y mucha satisfacción para mí, visité, en plan de conferenciante o de ponente, unas diez ciudades mexicanas y dos o tres extranjeras por año. Semanalmente asomé las narices a las instalaciones de El Colegio de Michoacán en Zamora para recoger dinero y la fina asistencia secretarial de Aurora del Río de Valdivia; para asistir a reuniones de la Junta de Gobierno, y de la asamblea de componentes del Centro de Estudios Históricos y del comité directivo del Departamento de Doctorado; para dar algún curso y para otras cosillas que sólo le importan a mi compañera: adquirir jabón para la lavadora automática; comprar dulces de “Don Pedrito” que ella no puede comer, que sí regalar a los niños de San José.

58 Todo funcionaba a pedir de boca cuando sobrevino otro eclipse corporal bastante más largo que el primero. Varios médicos de Gua-dalajara opinaron que el paciente Luis González debía ser intervenido quirúrgicamente por segunda vez. Entró a la clínica del doctor José Guerrero Santos con dos ojos y salió nomás con uno. Él no se acongojó, pero sí los niños que encontraba a su paso. Tuvo que inventar mil respuestas para las reiteradas preguntas infantiles. Suscitó la curiosidad en los extraños y toda clase de rumores entre los conocidos. La noticia de su desojo llegó hasta los oídos del personaje cumbre del Palacio Nacional. El presidente Salinas de Gortari promovió revisión de su caso. A principios del 91, lo examinaron los mejores oncólogos de la capital. En el Centro Médico Siglo XXI se asomó a ese fragmento de la familia humana formada por dolientes y enfermeras. Mientras hacía cola para recibir su terapia de radiaciones, durante dos meses, conoció otro ángulo del mundo. Perdió peso y ánimo. Tres meses más tarde se rehízo. Con su parche negro de pirata se retrajo a la costumbre de leer, escribir y platicar. Regresó a San José.

59 Desde que vivimos Armida y yo en San José tenemos con frecuencia el gusto de recibir telefonemas y visitas de familiares y amigos. Rara vez pasamos solos los fines de semana. Los seis hijos, dispersos en cuatro ciudades de la República, han dado en reunirse con los autores de su vida y de su discutible buena crianza y con sus hermanos, anualmente, en el frío periodo de la Navidad. Antiguos colegas de México, Guadalajara, Colima y Zamora se han deslizado hasta San José. Algunas veces han venido personas de pueblos próximos que quieren hacer la historia de su tierra; otras veces se trata de políticos que buscan electores o de lectores que buscan en mi biblioteca libros misteriosos. Aparte de satisfacer mi ego, algunos visitantes influyentes le han acarreado beneficios a la comunidad de San José de Gracia y a su servidor. Tengo por seguro que los visitantes aportan muchos bienes y quitan poco tiempo. Mentiría si los culpara de estorbarme en el trabajo. Por otra parte, mi vida académica en San José, pre y post radiaciones, ha sido intensa y variada.

60 Desde 1979 informo a El Colegio Nacional de las tareas académicas cumplidas anualmente. Los informes del último lustro arrojan como saldo: cinco cursos para estudiantes de

maestría del Colegio de Michoacán; setenta y ocho conferencias, cosa de treinta leídas o contadas en recintos universitarios de la ciudad de México y medio centenar repartido en Aguascalientes, Campeche, Ciudad Juárez, Ciudad Victoria, Colima, Chihuahua, Chilpancingo, Guadalajara, Guanajuato, Hermosillo, Mérida, Morelia, Monterrey, San Cristóbal de las Casas, San José de Gracia, Tijuana, Tlaxcala, Torreón y Zamora; cuarenta y cuatro ponencias en otros tantos congresos, coloquios y mesas redondas; cuatro libros en primera edición de noventa páginas para arriba; diez prólogos para obras de otros; veintiséis artículos publicados en revistas especializadas o de alta divulgación o en volúmenes colectivos.

61 Los informes anuales a El Colegio Nacional sólo dan cuenta parcial de mi bullicio en este rincón del mundo. No he informado de los quehaceres de acumular libros, comer naranjas y compartir con Ar-mida las minucias de lo cotidiano. En el último lustro han entrado a la biblioteca y la torre adjunta seis mil libros. Me he deleitado últimamente en las tareas de ojear volúmenes impresos, leer párrafos y distribuir libros y números de revista en los ciento cincuenta estantes de una biblioteca donde practico la clasificación decimal. A veces tomo notas, pero lo común es que con breves rayas hechas en las orillas de los trozos leídos señale las proposiciones que me interesan.

62 Seguramente a todo mundo lo tiene sin cuidado el que cada vez coma menos carne y más frutas, me distancie de las fritangas y los antojitos, me abstenga de las bebidas alcohólicas y busque pretextos para dejar de asistir a cometungas de amigos y familiares. Sigo teniendo buen estómago, pero no buen diente. Antes despertaba el apetito en quienes me veían comer. Ahora, no. Antes era más protocolario en la vida diaria. Ahora siento que el futuro se acorta y no debo explayarme en las ceremonias de la buena educación. Quizá me he contagiado de la norteñía de mi compañera. Me he vuelto un poco huraño y cortante pero no al punto de decirles no a todos los que me invitan a dar conferencias, escribir artículos o responder preguntas.

63 Sin contar reediciones, he publicado del 88 para acá tres libros. El más pretensioso de los tres es *El oficio de historiar*. Nadie me lo pidió; muy pocos lo han comentado, pero por las reediciones que lleva deduzco que un buen número de lectores lo ha adquirido en librerías. Entre otros, tiene dos lacras: no sale en defensa de ninguna filosofía de la historia y ha sido hecho por alguien del tercer mundo. Por otra parte, no ha pretendido ser superior a ningún manual europeo o estadunidense. Como lo dice la cuarta de forros, "con el lenguaje de la tribu... dibuja el perfil del historiador y la tela de donde corta sus argumentos; narra las posibles aventuras del trabajo intelectual del clionauta, desde que escoge tema hasta la publicación del producto que Paul Valéry llama, no sin razón, el más peligroso de los elaborados por la química del intelecto". Si tuviera lectores *Todo es historia*, el volumen donde Antonio Saborit compila quince artículos, temería causar daños en la mente de mis compatriotas. Más peligroso sería, de no haber sido publicado por Banca Promex para sus clientes pe-sudos que rara vez se dejan arrastrar por el vicio de la lectura. *Mi-choacán, muestrario de México* no es, por otra parte, un libro de historia. Habla de las aficiones geográficas y gastronómicas de un vecino de Michoacán.

64 Quisiera decir con la necesaria compostura que la tercera edad tampoco me ha convertido en un donador importante; que sí en lo que ahora se llama un triunfador, aunque de poco ruido. Obtuve en 1983 el premio nacional de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía pero no creo que se hayan enterado de ese triunfo más de cien personas. Milito en el Sistema Nacional de Investigadores, lo que ha mejorado notablemente los ingresos, no la fama. Han aparecido en libros y periódicos referencias generosas para lo que he publicado, lo

que no da popularidad en un país donde se lee poco. Algunos me reconocen y admiran porque alguna vez me vieron en la pantalla de su televisor. He triunfado no por convertirme en ídolo popular que sí por recibir agasajos: soy profesor emérito de Colmex e hijo mimado de San Pepesburgo.

65 Me acaba de dejar turulato y mudo una ceremonia de dos días en que se confundieron las aguas de dos rituales de distinto género. Mi compadre Álvaro Ochoa, con el apoyo de los colegios de México y Michoacán, la presidencia y la Casa de la Cultura de San José y otras instituciones que en gracia a la brevedad omito, convocó, en enero de 1993, a una mesa redonda, donde se debatiera sobre *Pueblo en vilo* en el vigésimo quinto año de su publicación y en el lugar donde se produjo. Con ese propósito acudieron a San José no menos de cincuenta historiadores y científicos sociales de diversas ciudades de México y de los Estados Unidos. El autor de la obra a debate esperaba análisis fríos, críticas acres y algunos piropos. Estuvo en primera fila tanto en el auditorio de la Casa de la Cultura como en el salón de recepciones del Hotel de Larios. En las dos partes, ponentes, comentaristas, visitantes sin papel y paisanos me hicieron objeto de un homenaje sin precedente. Dos días, a mañana y tarde, masajearon el ego de su servidor tan constante y refinadamente que en ningún momento se me ocurrió pensar que aquello fuera una ceremonia de "cultivo" como la acostumbrada por los yucatecos y sí una muestra de simpatía de mis colegas y paisanos.

66 Después de un masaje tan estimulante me dispongo a sacar tres libros este año. Uno está hecho y es sólo una *Vuelta a Michoacán en 500 libros*. De los dos restantes, sólo dispongo de los huevos. Del que se llama *México en un jarrito* saldrá la historia de la construcción de México y de este que estoy a punto de acabar de escribir brotará un extenso *Viaje redondo* que me gustaría subtitular *Egohistoria de un cronista menor*. Aunque yo lo vea como una autobiografía precoz, me sospecho que otros lo verán como las memorias de un adulto desmemoriado. Como se sabe, es imposible conseguir que los prójimos compartan la imagen justa que uno tiene de sí mismo.

Miguel León-Portilla



1 Dar cuenta de mí, no ya exhibiendo un *curriculum* o haciendo un esbozo de autobiografía, sino expresando cómo, por qué y para qué he sido y soy historiador, y qué me significa esto, se me presenta como entrar en una sala de exámenes para afrontar uno nada fácil. A veces he tenido la pesadilla de verme en vísperas de un examen que no podía preparar por no saber sobre qué habría de versar. Por lo menos en este caso se me ha señalado la asignatura. Se me ha dicho que se llama “egohistoria”. Para animarme se me ha advertido que la prueba será por escrito y que en ella podré expresar lo que yo quiera. Las fuentes de tu egohistoria están todas a tu alcance. La consigna es aprovecharlas y dar cuenta de cómo, por qué y para qué te has metido a indagar y comunicar a otros noticias acerca de tiempos en los que no has vivido pero de los cuales te atreves a afirmar que algo es lo que conoces.

2 La profesión, es cierto, y con esto entro en el examen, tiene que ver con el tiempo y con el más difícil de captar, el que justamente hace mucho tiempo transcurrió. Tengo que decir que, desde muy joven, le he estado dando vueltas a la idea del tiempo, percatándome de que todo cambia y parece no haber algo firme a lo que poder agarrarse. No sé cómo me

nació esta preocupación o inquietud. Provengo de una familia tradicional y muy religiosa en la que mis inquietudes resultaron perturbadoras. Nací en 1926 y crecí con mi destino a cuestas en una vieja casa en la calle nada menos que de Joaquín García Icazbalceta, allá en el barrio de San Rafael, de la entonces apacible, y de cielos intensamente azules, ciudad de México.

3 Cuando, estudiante ya de secundaria, hablaba a veces con compañeros y amigos acerca de eso de “existir en el tiempo”, se me quedaban mirando. Probablemente me tendrían como un pesado si no es que como un tonto o chiflado. Años después me enteré, estando ya en la prepa, que “eso del tiempo” era tema de filósofos. Para entonces me interesaba ya, y mucho, la historia. Tuve la suerte de tratar a alguien muy cercano que sabía, porque había hecho profesión de ello, acerca de los antiguos habitantes del Nuevo Mundo y en particular de México. Era él Manuel Gamio, fundador de la moderna antropología en nuestro país. Estaba casado con una hermana de mi padre. Con él visitábamos desde niños, los hermanos y primos, lugares como Cuicuilco y Teotihuacán. Gamio era un hombre tan sencillo y bondadoso como sabio. No sólo nos explicaba lo que eran las pirámides y las viejas culturas sino que también sacaba de su bolsa caramelos y los compartía con nosotros. Siempre que pienso en Gamio me conmuevo; lo recuerdo en esas excursiones siendo yo niño y luego, años después, trabajando a su lado.

4 No fueron, sin embargo, los caminos de la arqueología o de la historia los que escogí cuando entré a la Universidad. Opté por la filosofía. Pensé que en ella encontraría respuesta a la cuestión esa del existir en el tiempo y a otras muchas preguntas que se me venían a la cabeza y de verdad me inquietaban. Ingresé a nivel de *college,* en Loyola University, de Los Ángeles, California. También cursé letras clásicas. De griegos y romanos fui conociendo su poesía, teatro, discursos y también su historia y filosofía. Tras aprender griego, leí a Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, los presocráticos, Platón y Aristóteles, la Antología, la *Iliada* y la *Odisea,* Heródoto y Tucídides. Y también leí en su lengua a los clásicos latinos desde los más antiguos hasta Séneca y San Agustín. Disfruté de Ovidio, Virgilio, Horacio y Cicerón y asimismo dediqué muchas horas a historiadores como César y Tácito.

5 Recuerdo las lecturas comentadas con mis compañeros, no ya sólo de griegos y romanos, sino también de mucho de las literaturas española, francesa, inglesa, alemana y, en menor grado, rusa y escandinava. Los clásicos inmortales me acompañaron en los días maravillosos de la juventud. A veces me respondían, mejor que los filósofos, a las preguntas que me seguían inquietando. Estudiaba filosofía no para conocer teorías sino para encontrar la significación de mi existencia. A Kant debo haberme percatado de los límites del conocimiento. Esto me libró de dogmatismos e ideologías en boga, más dogmáticas aún que las creencias.

6 Llegué así a la maestría que terminé en la Loyola University de California. Preparé la tesis sobre *Las dos fuentes de la moral y la religión* de Henri Bergson. De él me habían impresionado su *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* y sobre todo su libro *Materia y memoria.* La distinción que hace entre el tiempo físico, mensurable como el espacio, y la duración como tiempo vivido en la conciencia, en función del cual concibe la libertad, me pareció que respondía a algunas de mis preguntas. Pero me quedaban aún no pocas cuestiones sin resolver. El estudio acerca de *Las dos fuentes de la moral y la religión* me había vuelto a acercar a la historia y la antropología. Bergson analiza allí testimonios provenientes de otras culturas, formas de moral, creencias y prácticas que califica de primitivas y estáticas. Atiende enseguida a otros contextos en los que floreció un

pensamiento más allá de la función meramente fabulante del espíritu humano. Muestra luego cómo en esas culturas surgieron formas nuevas de intuición religiosa en las que la percepción y el disfrute de la experiencia de la duración en la propia conciencia hace posibles manifestaciones de acción creadora y de amor. Esto lo lleva a adentrarse en el análisis y valoración de expresiones como las de los profetas de Israel, del misticismo de la India y de los sufitas, hasta llegar al cristianismo y sus místicos, entre ellos los del siglo XVI español.

7 Sobre esta obra Bergson trabajaba, haciéndola tema de mi tesis de maestría, cuando cayeron en mis manos las traducciones del náhuatl que Ángel María Garibay había publicado en la revista *Ábside* y en dos volúmenes de la Biblioteca del Estudiante Universitario, su *Poesía indígena de la altiplanicie* y su *Épica náhuatl.* Los textos de que eran portadores me fueron una revelación. Me pareció que había allí planteamientosy reflexiones de gran hondura. No pocos de esos cantos y poemas, extraordinariamente bellos, tocaban temas como los de la fugacidad de cuanto existe, el destino del hombre, la posibilidad de decir palabras verdaderas en la tierra, la muerte y el misterio de las realidades divinas.

Reorientando el propio camino

8 Conocer esos textos fue sacudimiento que me movió a saber acerca de la historia y la cultura de quienes los habían forjado. Desde California escribí a Manuel Gamio, que era entonces director del Instituto Indigenista Interamericano. Nunca había interrumpido el contacto con él. Solía enviarme libros sobre antropología e historia. De algunos había yo preparado reseñas bibliográficas que se publicaron en la revista *América Indígena,* órgano de ese Instituto que, sin que yo pudiera entonces imaginarlo, habría de dirigir un día. Pregunté en mi carta a Gamio si conocía él a Garibay. Su respuesta fue que hacía poco la Universidad Nacional, al celebrar su cuarto centenario en 1951, había concedido a Garibay, Alfonso Caso, Alfonso Reyes, Jaime Torres Bodet y Gamio, un doctorado *honoris causa.* También me decía que cuando regresara yo a México me presentaría con Garibay.

9 En 1952, obtenida la "maestría en artes" y permítase la vanidad de recordarlo, *summa cum laude,* hallándome ya en México, cumplió Gamio su ofrecimiento. Recuerdo muy bien esa primera ocasión en que hablé con Garibay. Le dije que me atraía mucho lo que estaba haciendo y quería participar en ello. Se me quedó él viendo con su mirada penetrante y enseguida me preguntó: "¿Sabe usted náhuatl?" Al responderle que no, frunció el ceño y añadió: "¿Quiere usted imitar a algún famoso helenista mexicano que desconoce el griego?" Le pedí entonces que me aceptara como discípulo. Su respuesta fue "inscríbase en Filosofía y Letras. Curse materias para el doctorado y podré ser su asesor pero con una condición: si noto que no estudia o que no aprende, lo daré de baja de inmediato". Acepté la condición y me señaló él la fecha para una próxima reunión.

10 Después de muchos trámites y engorros, pude revalidar en la Universidad Nacional mi maestría para inscribirme en el doctorado. En la Facultad de Filosofía acababa de asumir la dirección el doctor Francisco Larroyo. Le expuse mis antecedentes y mis planes. Quería yo estudiar el pensamiento indígena, la visión del mundo de los na-huas. Larroyo se mostró escéptico. Tan sólo el que Garibay y Gamio avalaran mi proyecto forzó la aquiescencia del neokantiano doctor Larroyo.

11 Durante poco más de dos años me dediqué a estudiar náhuatl y a reunir testimonios en esta lengua, siempre guiado por Garibay. Un año más me llevó la redacción de la tesis. Ésta, que intitulé *Filosofía náhuatl, estudiada en sus fuentes,* la presenté en el correspondiente examen en agosto de 1956. Larroyo fungió como presidente y quien era secretario de la Facultad, Juan Hernández Luna, asimismo lo fue del tribunal. Actuaron como los otros sinodales Justino Fernández, que no hacía mucho tiempo había publicado su *Coatlicué, estética del arte indígena,* el antropólogo Juan Comas y, por supuesto, Ángel María Garibay. Al concluir el examen —en el que tuve también la suerte de que se me concediera la mención *summa cum laude*— Garibay me dijo: "Lo felicito; yo no hubiera podido responder a las preguntas de Larroyo. No las entendí y creo que él tampoco".

12 Afirmar y mostrar la existencia de testimonios en lengua indígena que permitían conocer una antigua visión del mundo, una filosofía en la que se planteaban de modo diferente cuestiones que han interesado también a filósofos de otros tiempos y latitudes, despertó el interés de muchos pero también hizo mal hígado a algunos. Uno, del que prefiero no dar aquí el nombre, llegó a decir: "¡Esto es lo único que nos faltaba, afirmar que los indios pensaban y tenían una filosofía!"

La Filosofía náhuatl

13 Gamio hizo publicar la tesis por el Instituto Indigenista Interamerica-no. Después, revisada y ampliada, la reeditó la Universidad Nacional. En 1961, sin que yo lo supiera, se tradujo al ruso y publicó en Moscú. Dos años después apareció en inglés. Con el paso del tiempo la he reeditado varias veces en la Universidad con revisiones y nuevos apéndices. También se ha traducido al alemán y al francés. Ha resistido la prueba del tiempo. A más de treinta y cinco años de su publicación original se sigue reeditando en español, inglés y francés. Me alegra esto por varios motivos. Uno es porque ha contribuido a una nueva forma de valoración de la cultura náhuatl. Al decir de Dennis Ted-lock, el más acucioso traductor del *Popol Vuh,* la *Filosofía náhuatl* marcó un momento en el que la "comprensión dialógica" de una cultura comenzó a hacerse realidad. En ella los textos nahuas no se aducen como meras citas sino como elemento que da estructura a la obra. Se establece así en el interior mismo del libro un diálogo con ellos en esfuerzo de comprensión. El otro motivo es haber logrado tal forma de contribución que abrió el camino a otras que muestran asimismo la riqueza de testimonios al alcance y la posibilidad de un acercamiento "dialógico" a ellos, en busca de la captación de lo que hoy llaman "el Otro".

14 Quiero decir además que, al escribir la *Filosofía náhuatl*, lo hice no como mero expositor. Me interesaban, y me siguen interesando profundamente, los cuestionamientos y los atisbos de que son portadores los antiguos testimonios en náhuatl. Como ejemplos recordaré los interrogantes acerca del existir en el tiempo; la flor y el canto como camino para expresar lo verdadero en la tierra; la idea de la divinidad como Nuestra Madre, Nuestro Padre; el arte en cuanto fruto del diálogo con el propio corazón endiosado; la sabiduría moral de la Antigua Palabra. Así, diría que, sin proponérmelo, una arraigada inquietud me llevó a conjugar filosofía e historia y también a discurrir en plan de antropología cultural.

15 Gamio me llamó a colaborar con él en el Instituto Indigenista Interamericano. El infatigable Juan Comas, transterrado indigenista y querido amigo hasta su muerte, se había marchado a la Universidad, dejando vacante el puesto de secretario del Instituto.

Cuando Gamio me lo ofreció, sentí temor pues pensé que el cargo podía quedarme muy grande. Sin embargo, lo acepté pensando que no había en la tierra otra persona con la que podría darme más gusto trabajar que con Manuel Gamio.

16 De otro lado, en la Facultad de Filosofía, el nuevo director, Salvador Azuela, aceptó que, con Garibay, fundáramos un seminario de cultura náhuatl. Comenzó éste a operar en estrecho vínculo entre la facultad y el Instituto de Historia (hoy de Investigaciones Históricas).

El Seminario de Cultura Náhuatl

17 A partir de ese año, 1957, ha sido permanente mi dedicación a la docencia universitaria y la investigación y, en varias etapas, también a puestos administrativo-académicos. El padre Garibay, así lo seguiré llamando, fue director del Seminario de Cultura Náhuatl hasta su muerte, diez años más tarde. Él y yo iniciamos tres series de publicaciones: la de fuentes; los *Estudios de Cultura Náhuatl*, de los que han aparecido hasta ahora (1992) veintidós volúmenes, y la de monografías. La obra de fray Bernardino de Sahagún —de la que Garibay se había ocupado en diversos trabajos— fue objeto de nuevos trabajos en el Seminario. Publicamos textos bilingües, náhuatl-español, de varios libros de los *Códices matritenses*. El propósito fue doble. Por una parte, importaba volver asequibles los más importantes testimonios de la antigua cultura. Por otra, interesaba propiciar la elaboración de monografías en las que el punto de vista indígena se tomara en cuenta en la comprensión de su historia y visión del mundo.

18 Conocer y dar a conocer la perspectiva del Otro me llevó a preparar un libro en el que se reunieran testimonios indígenas acerca de la Conquista. Existían los relatos de los ancianos con los que Sahagún había sostenido largas conversaciones. Sus estudiantes del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco habían puesto por escrito, con el alfabeto adaptado a su lengua, las palabras de los que habían dicho: “Todo esto pasó con nosotros, con nuestros ojos lo vimos. Con esta lamentosa y triste suerte nos vimos afligidos”. También se conservaba otro relato de autores anónimos incluido en el manuscrito conocido como *Anales de la Nación Mexicana,* fechado en 1528. Había asimismo varios *icnocuicatl*, “cantos tristes”, acerca del enfrentamiento con los hombres de Castilla y, en fin, otro considerable conjunto de referencias en códices indígenas del temprano periodo colonial y en otras crónicas y anales nativos.

19 Hasta entonces los que estudiaban o querían saber acerca de “la Conquista de México” sólo acudían a las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, a la *Historia* de Bernal Díaz del Castillo y a las relaciones más breves de fray Francisco de Aguilar y de los Tapia. Importaba tomar en cuenta la perspectiva del Otro. Hablé sobre esto con el padre Garibay. Le propuse incluir textos ya traducidos por él; otros los traduje yo. Dispuse así el libro que intitulé *Visión de los vencidos, relaciones indígenas de la Conquista.* Apareció éste en 1959, con reproducciones a línea de pinturas de códices, magistralmente logradas por Alberto Beltrán, incluido en la Biblioteca del Estudiante Universitario. No voy a comentar aquí el interés que despertaron los testimonios en él reunidos. Sólo diré que es el libro publicado por la Universidad Nacional que mayor difusión ha tenido y sigue teniendo. De él existen además traducciones a trece lenguas y una transcripción en Braille para los invidentes.

Los indígenas contemporáneos

20 El Instituto Indigenista Interamericano, del que fui secretario de 1957 a 1960 y luego director por seis años, me mantuvo en permanente contacto con comunidades indígenas contemporáneas. Escapé así del peligro de convertirme en rata de biblioteca. He visitado grupos indígenas desde Alaska hasta Patagonia. De modo particular trabajé en un proyecto en la Sierra de Puebla entre pueblos nahuas vecinos de totonacas. Mi convivencia con Gamio hasta su muerte en 1960 enriqueció mi espíritu. Repetía él con frecuencia: "No te dejes atraer sólo por el pasado indígena; piensa también en el presente. Lucha al lado de los pueblos nativos hasta hoy marginados pero que mantienen vivas sus lenguas y sus identidades culturales". Otra de las grandes lecciones de Gamio fue la referente a la necesidad del acercamiento interdisciplinario con un enfoque —como él decía— "integral". Así había procedido él en su investigación acerca de la *Población indígena del valle de Teotihuacán* (1919-1922), que por una parte fue aportación primera en el campo de la antropología y, por otra, dejó huella entre los habitantes de esa región. La "investigación integral" no sólo se dirigía a abarcar diversos aspectos de la realidad objeto de estudio sino también su plenitud temporal. Por ello Gamio dedicó buena parte de su trabajo en Teotihuacán a la historia, a partir de sus excavaciones arqueológicas, los códices, crónicas y todo género de testimonios, hasta llegar a la época contemporánea.

21 Al final de su vida, Gamio estrechó su relación de amistad con Garibay. Recuerdo que éste lo visitó varias veces estando ya muy enfermo y recluido en su casa. Su muerte me afectó profundamente, como ocurrió siete años más tarde con la del padre Garibay. El Consejo Directivo del Instituto Indigenista Interamericano, integrado por representantes de los dieciséis países miembros, me eligió director de ese organismo en octubre de 1960, es decir, pocos meses después de la partida de Gamio.

22 Fue entonces cuando visité varias veces numerosas regiones habitadas por indígenas en los Estados Unidos y en todo el continente americano. La situación económica del Instituto era muy difícil por lo reducido del monto de las cuotas de los países miembros y los adeudos, a veces de varios años, de no pocos de ellos. Para resolver tal problema tuve que convencer a los gobiernos de los países con mayor capacidad de pago de incrementar sus cuotas. México, Brasil, Chile, Argentina y Venezuela se mostraron dispuestos a aceptar. Los Estados Unidos se opusieron argumentando que, mientras hubiera países deudores, no aumentarían en un solo dólar su cuota que era tan reducida que prefiero no precisar cuál era su monto.

23 Expresé aquí que, aunque tuve que dedicar tiempo y esfuerzo a este asunto, en el cual a la postre salió victorioso el Instituto, continué como secretario del Seminario de Cultura Náhuatl. El padre Garibay laboraba en su casa y allí recibía a algunos estudiantes. Yo continuaba yendo a verlo dos veces por semana. Solíamos trabajar por la tarde cerca de tres horas. Además tenía a mi cargo el curso de "Introducción a la cultura náhuatl" en la Facultad de Filosofía y Letras.

24 A él concurrieron a lo largo de los años no pocos estudiantes que han llegado a distinguirse luego como investigadores y maestros. Entre ellos mencionaré a Thelma Sullivan, Birgitta Leander, Jacqueline de Durand-Forest, Alfredo López Austin, Roberto Moreno de los Arcos, Xavier Noguez, Enrique Florescano, Alejandra Moreno Tosca-no, José María Muriá, Arturo Warman, Víctor M. Castillo, Beatriz de la Fuente, Mercedes de la Garza...

Importante conclusión en un congreso

25 Hablaré acerca de dos congresos de americanistas en los que participé, uno de los cuales dejó en mí huella imborrable. El primero de éstos se celebró en la ciudad de México en 1962. Un par de años antes, hallándome en Burg Wartenstein en la sede de la Fundación Wenner-Gren en Austria, con ocasión de un simposio sobre "Epistemología en Antropología", recibí una llamada telefónica de Ignacio Bernal. Me comunicaba que se había acordado celebrar el próximo congreso en México; que él había sido propuesto como presidente y me ofrecía participar como secretario general del mismo. Acepté su invitación y, en su momento, con el auxilio de otros colegas, entre ellos Santiago Genovés y Demetrio Sodi, nos abocamos a organizar lo que vino a ser el hasta entonces más concurrido congreso de americanistas. Participaron en él cerca de mil ochocientas personas.

26 Cuando en sesión de Comité se dieron a conocer propuestas para elegir la sede del próximo congreso, la delegación española se mostró muy interesada en obtenerla. Hubo algunos que se opusieron aduciendo argumentos de carácter político. Al final prevalecieron los criterios académicos. Puedo decir que como secretario general apoyé la propuesta. Dos años después, en 1964, se celebró ese congreso que llamaré "itinerante", con el prehistoriador Luis Pericot como presidente y el antropólogo José Alcina Franch como secretario. El congreso se inauguró en el palacio del Tinell en Barcelona, continuó en Madrid y concluyó en Sevilla. Hubo también muchos centenares de participantes y se tomaron significativas resoluciones. Yo adopté una para mí fundamental. En el palacio del Tinell conocí a Ascensión Hernández Triviño, historiadora extremeña que me encantó. Estuvimos juntos a lo largo del congreso y tomamos la resolución de casarnos, lo que hicimos pocos meses después. Con ella he vivido feliz por cerca ya de treinta años.

27 Conservando vivo su interés profesional, ha hecho ella contribuciones bien recibidas en dos campos diferentes. Uno es el de la historia de los españoles transterrados en México como consecuencia de la guerra civil, con algunos de los cuales tenía relación de parentesco. El otro, en el que a veces hemos trabajado juntos, es el de la lengua y la cultura nahuas. En este campo nos ha dado una obra que ha recibido buenos comentarios, *Tepuztlahcuilolli, Impresos nahuas, historia y bibliografía* (UNAM, 1985). Paso a paso recrea en ella la historia de cuatro siglos y medio de producciones en náhuatl o acerca de esta lengua, concentrándose de modo especial en aquellas que se han difundido en letra impresa. Fruto de varios años de investigación, en el primero de los dos volúmenes que integran esta obra describe y analiza las distintas circunstancias y motivaciones en que se produjeron los cerca de tres mil títulos que pormenorizadamente registra y comenta en el segundo volumen.

28 Colabora Ascensión asimismo, a partir del volumen 14 de *Estudios de Cultura Náhuatl* (1980), preparando elencos, con breve descripción de su contenido, de las publicaciones recientes sobre lengua y cultura nahuas, aparecidas en México y en el extranjero.

La polémica del indigenismo

29 Mis actividades en el Instituto Indigenista Interamericano concluyeron en 1966 al terminar el periodo para el que fui elegido director. En algunas publicaciones se ha hecho

el balance de mi actuación al igual que de las de otros directores, Manuel Gamio, Gonzalo Aguirre Beltrán, Gonzalo Rubio Orbe y Óscar Arze Quintanilla. Puesto que en esta egohistoria no interesa el género del "informe", sólo diré que con los recursos de presupuestos menos raquíticos que los que había tenido antes el Instituto —aunque siguieron bastante reducidos— algo es lo que pude hacer. Se creó un departamento de antropología social al frente del cual estuvo Alfonso Villa Rojas; las publicaciones se incrementaron considerablemente, manteniendo su regularidad la revista *América Indígena* y el *Anuario Indigenista.* En tres países, México, Guatemala y Bolivia, se organizaron nuevos programas de investigación y centros de formación de antropólogos. En fin, el Instituto incrementó sus relaciones con sus filiales —los institutos indigenistas nacionales— en catorce países y organizó varias reuniones y congresos que versaron sobre temas de interés regional o continental en torno a las poblaciones indígenas. La filosofía que mantuve partió del reconocimiento al derecho que las mismas tienen a la preservación de sus lenguas e identidades culturales. Una y otra vez se reafirmó esto ante los gobiernos y otras entidades de los respectivos países.

30 Durante los últimos años de mi gestión en el Instituto un grupo de entonces jóvenes antropólogos, como en reacción en cadena respecto de lo que ocurría en algunos círculos sobre todo de Perú y Brasil, emprendieron dura crítica de lo que afirmaban había sido el indigenismo y la antropología social en México y en general América Latina. Les achacaban nada menos que haber buscado la asimilación de los grupos indígenas a las culturas nacionales de sus correspondientes países. En sus críticas confundieron el concepto de asimilación con el de participación. Este último, por el que ha pugnado el Instituto, busca poner término a la marginación de los pueblos nativos, luchando por eliminar los obstáculos y cargas que se han acumulado sobre ellos desde los días de la invasión europea hasta la actualidad. El objetivo es hacer posible que dichos grupos —con el reconocimiento de sus identidades, lo que implica la salvaguarda de sus lenguas y culturas— puedan participar con su propia personalidad en la vida política, social y económica de los países de que son ciudadanos. De hecho esta postura ha alcanzado en años recientes, en el caso de México, el reconocimiento a nivel constitucional —reformado el artículo iv— del carácter plurilingüístico y pluricultural de nuestro país.

31 En la polémica que se produjo en los años sesentas —y en la que respondieron a las críticas, entre otros Gonzalo Aguirre Beltrán y Alfonso Villa Rojas— los antropólogos que pensaron demoler lo que describieron como "De eso que llaman antropología mexicana", no encontraron mejor alternativa que la que, según creían, tenía vigencia en la Unión Soviética. Allí, así se pensaba con candidez, las distintas etnias no sólo mantenían sus lenguas y culturas sino que habían sido reconocidas como "nacionalidades diferentes". La historia reciente ha puesto en evidencia, en el desmoronamiento de la Unión Soviética y el sinnúmero de conflictos interétnicos que han surgido en sus antiguas repúblicas y países satélites, lo que eso pudo significar. Por otra parte, el que varios de los antes jóvenes críticos llegaran a dirigir más tarde varios institutos como el Indigenista y el de Antropología e Historia, ha mostrado que, lejos de hacer aplicación de las ideas que proclamaron, han coincidido ellos en su actuación con la postura que conjuga el reconocimiento pluricultural y lingüístico con el esfuerzo por suprimir marginación y hacer posible la participación indígena con sus respectivas identidades en el contexto socioeconómico y político de los países en que viven. Ello incluye, por supuesto, el reconocimiento de derechos a los que, por siglos, no han tenido acceso y que afectan, entre otras cosas, la propiedad de sus tierras, antiguas formas de gobierno, educación de

acuerdo con sus tradiciones, uso de su lengua en cualquier situación o proceso, así como la preservación de su visión del mundo y creencias y prácticas religiosas.

32 He hecho esta digresión porque con ella quiero explicitar mi actitud ante una cuestión que mucho me sigue interesando. Aunque ahora no tengo oficio alguno de indigenista, trabajo al lado de varios estudiantes de estirpe indígena que concurren al Seminario de Cultura Náhuatl. Con ellos organizamos cada año reuniones nacionales de hablantes de lengua náhuatl, las *nechicoliztli,* en las que participan centenares de personas procedentes de estados del país en los que esta lengua se mantiene viva. También, tanto en la revista *Tlalocan,* en la que se han publicado expresiones literarias en más de cuarenta lenguas indígenas de México, como en otras reuniones de escritores nativos, he insistido en la riqueza que significa para ellos, para México y, en última instancia, para la humanidad, preservar y acrecentar lenguas y formas de cultura que son como otras tantas ventanas y caminos que ha abierto el hombre en su afán de comprender el mundo para vivir mejor en él. Esta riqueza, sobre todo para quienes la tienen por propia, es raíz de orientación en sus vidas, y fuente de comprensión de su ser, heredero de una historia y un universo de significaciones.

El rector Ignacio Chávez y el Instituto de Investigaciones Históricas

33 Aún no concluía mi encargo como director del Instituto Indigenista Interamericano, cuando el doctor Chávez, rector de la unam, me llamó para decirme que quería hablar conmigo. Sabía él que, con el padre Garibay, laboraba en el Seminario de Cultura Náhuatl, en vinculación con la Facultad de Filosofía y Letras y el Instituto de Historia. En la entrevista que tuve con él, me dijo sin rodeos: "Quiero proponerlo como director de Históricas. ¿Acepta usted?" Mi respuesta fue: "Quisiera pensarlo". A lo cual él con su sonrisa un poco irónica comentó: "¿Pensar qué?" Al insistir yo en que me diera un plazo para contestarle, me dijo: "Debo presentar cuanto antes su curriculum a la Junta de Gobierno, dado que ese instituto está actualmente acéfalo".

34 Por vía de aclaración notaré que, en ese tiempo antes de que se expidiera el primer reglamento del personal académico al servicio de la UNAM, el rector simplemente presentaba un candidato para la dirección de un instituto ante la Junta de Gobierno. Ésta, en la inmensa mayoría de los casos, tras discutir los méritos del candidato, procedía a su designación. Así ocurrió conmigo. Al asumir la dirección del instituto, sucedí a Pablo Martínez del Río que había fallecido varios meses antes. Él había ocupado ese puesto durante más de diez años, extrañamente con el carácter de "interino". Debo aclarar que por bastante tiempo había seguido siendo a la vez director de la "Sucursal Alameda" del Banco Nacional de México.

35 Creo que será de interés describir cómo era entonces el Instituto de Historia (hoy de Investigaciones Históricas). Estaba él instalado en el más bien reducido séptimo piso de la que se llamaba "Torre de Humanidades", contigua a la Facultad de Filosofía y Letras. El personal académico del Instituto, aunque no formalmente pero sí de hecho, se distribuía en tres grupos. El de mayor peso y mejor ubicado lo integraban varios distinguidos antropólogos: Pedro Bosch Gimpera, Juan Comas, Paul Kirchhof, Mauricio Swadesh y Santiago Genovés. Un segundo grupo colaboraba con José María Luján en la edición del archivo de Porfirio Díaz. Era ése un proyecto iniciado por Alberto María Carreño que

había sacado ya a luz un considerable número de volúmenes con toda suerte de documentos del o en relación con el general Díaz. El proyecto implicaba en la mente de quienes trabajaban en él la publicación de varias decenas más de volúmenes. Al examinar los materiales reunidos para el primero de los mismos me di cuenta de que, fuera de página y media de un prefacio suscrito por Luján, no había otro comentario ni anotación alguna. La idea era publicar "selectivamente y sin más", según se me dijo, el archivo del general Díaz. El grupo comandado por Luján lo integraban cinco jóvenes, tres de ellos con licenciatura en historia y los otros dos estudiantes.

36 El tercer grupo podía describirse como el de "los historiadores independientes". Entre ellos había algunos muy distinguidos como José Miranda, Josefina Muriel y Ernesto de la Torre. Otros francamente no lo eran. El calificativo de "independientes" debe entenderse en dos sentidos. Por una parte en cuanto que varios de ellos concurrían al Instituto cuando les venía en gana, dándose el caso de más de uno que, siendo "de tiempo completo", tenía paralelo nombramiento en otra institución. Por otra parte, eran "los historiadores independientes", ya que rara vez o nunca se reunían formalmente para conferir acerca de sus investigaciones. Podía decirse, como se lee en la Biblia, que, al no haber jueces en Israel, "cada quien hacía lo que quería".

37 Confesaré que, al tomar plena conciencia de la situación preva-lente —diré además que el padre Garibay y yo pertenecíamos al grupo de "los independientes"—, me hizo pensar y aun temer acerca de lo que podría hacer allí como nuevo director. Mi maestro Garibay me dio entonces un consejo, que he seguido varias veces pero no entonces: *"Quieta non moveré"* (no agitar lo que está tranquilo). Sólo que en el Instituto más que tranquilo casi todo parecía trastocado.

38 Hablé con mi ya antiguo amigo Juan Comas. Le propuse que creáramos dentro del Instituto un departamento o sección de antropología de la cual él sería coordinador. Le pareció bien y en poco tiempo se organizó esa unidad. Juan, hombre siempre muy activo, se echó a cuestas la formación de una sección con un programa de trabajo bien delineado que incluyó la creación de laboratorios, la publicación de un órgano periódico, *Anales de Antropología*, y la apertura de nuevas plazas de investigadores que podrían colaborar con los maestros cuyos nombres ya mencioné.

39 En lo tocante al que sonaba a "eterno" proyecto de editar decenas de volúmenes con documentos del archivo de Porfirio Díaz, conversé con José María Luján. Le hice ver que publicar sin comentarios y notas ni introducción alguna los dichos documentos no constituía en sí un proyecto de investigación. Por otra parte, no era posible mantener por años y años al grupo de sus colaboradores como simples copistas de documentos. El proyecto implicaba además disponer de grandes recursos para llegar a sacar —a lo largo de diez años según Luján— cerca de cincuenta volúmenes. La conclusión fue que, si él quería continuar con ese trabajo, debía elaborar en función de él un genuino programa de investigación. Sus propios colaboradores deberían definir asimismo cuál era su verdadero interés profesional, obviamente algo más que el de meros transcriptores de documentos. La respuesta de Luján fue que elaboraría dicho programa. El tiempo transcurrió pero Luján nunca presentó tal programa. Poco a poco sus antiguos colaboradores terminaron por dedicarse a sus propios temas de investigación. Podría pensarse que iban a sumarse al grupo de "los independientes".

40 Convoqué entonces a éstos y a los demás miembros del Instituto a una reunión. Se inició así la práctica —hoy estatutaria— de reuniones periódicas del colegio de investigadores. Hubo intercambio de opiniones; se dieron a conocer los planes de investigación de cada

uno; se habló de las respectivas actividades docentes; se enunciaron algunos problemas académico-administrativos; se hizo mención de posibles formas de colaboración. Tal vez lo más importante, comenzó a definirse mejor el perfil del Instituto. Había en él dos grandes áreas: historia y antropología. Quienes se situaban en la primera se subdivi-dían en grupo que se ocupaban, respectivamente, de historia prehis-pánica, colonial, moderna y contemporánea de México, o de algún otro ámbito como la historia de los Estados Unidos, España y aun de temas relacionados con la historia universal. En el caso de los antropólogos se abarcaba la antropología física, la prehistoria, la lingüística y la etnología.

41 El examen de la situación prevalente mostraba que el área más cultivada era la de la historia colonial. En segundo lugar estaba el periodo prehispánico. En cambio, la época moderna y contemporánea no recibía atención suficiente. Con muy pocas excepciones, tampoco se realizaban en el Instituto trabajos sobre ámbitos culturales o nacionales distintos del mexicano. A su vez, en el campo de la antropología el número de los investigadores era bastante reducido y no había investigaciones arqueológicas. La conclusión fue que debían fortalecerse las áreas más débiles propiciando el ingreso de investigadores que se hubieran distinguido en ellas. Se puso también de relieve la conveniencia de recibir becarios para propiciar su mejor formación como historiadores y posibles futuros miembros del Instituto. Se convino también en la idea de emprender investigaciones en equipo y de carácter interdisciplinario.

42 Una vez más diré que no voy a hacer aquí un informe, como los que se elaboran periódicamente y se guardan luego en las grandes cajas de archiveros y hoy en los disquetes de las computadoras. Pienso que, en los dos periodos de seis años en que ocupé la dirección del Instituto, algo fue lo que se logró. De ello dan testimonio las obras publicadas que incluyen nuevas series. Además de los *Estudios de Cultura Náhuatl,* comenzaron a aparecer los de *Historia Novohispa-na* y de *Historia Moderna.* También se fue enriqueciendo la nueva Serie de Historiadores y Cronistas de Indias. En ella han aparecido ediciones críticas, algunas preparadas en equipo, como en el caso del que dirigí y que culminó en los siete volúmenes que integran nuestra edición de la *Monarquía indiana* de fray Juan de Torquemada.

43 Por otra parte, el cuerpo de investigadores se incrementó en cantidad y calidad. Hecho que considero muy importante fue el fortalecimiento del área de antropología. Esto, como consecuencia de las gestiones que realicé contando con la colaboración de Juan Comas, hizo posible la creación de un nuevo instituto. Era inverosímil que en un país como México, tan rico en vestigios arqueológicos y con una realidad pluricultural y plurilingüística, la principal de sus universidades careciera de un Instituto de Investigaciones Antropológicas. Con el apoyo del rector Guillermo Soberón, el nuevo instituto fue ya una realidad en 1973.

44 Mi vinculación con el Instituto de Investigaciones Históricas tiene ya treinta y seis años. En la actualidad soy el segundo en antigüedad y además investigador emérito del mismo. Ello no significa que deje de dedicarle todo el tiempo que me es posible. He tenido la fortuna de disfrutar de la amistad de muchos de sus miembros. Los tres directores que me han sucedido, además de ser distinguidos colegas y amigos, me han demostrado aprecio y generosidad. Me refiero al recordado Jorge Gurría Lacroix y a quienes fueron mis estudiantes, Roberto Moreno de los Arcos y Gisela von Wobeser. He contado además, desde 1963, con la extremadamente eficaz colaboración de Guadalupe Borgonio, primero como secretaria siendo director, y después, en su calidad de técnico académico, en cuanto

editora asociada de *Estudios de Cultura Náhuatl.* Con lealtad poco común y con plena dedicación me ha auxiliado ella desde la puesta en limpio de múltiples trabajos y cuidado del archivo personal hasta la transcripción paleográfica de antiguos documentos.

45 Y como una egohistoria no es comprensible sin tomar en cuenta los apoyos que ha recibido el sujeto de la misma, quiero mencionar aquí a algunas de las personas sin cuyo auxilio muy difícilmente podría haber trabajado. Me refiero, en primer lugar, a Ascensión mi esposa, amiga y colega que ha leído y comentado conmigo mucho de lo que he publicado. Ella me ha acompañado por el mundo en congresos, cursos y conferencias. Sus consejos me han encaminado de mútiples formas. Y no sólo me ha auxiliado sino también a Marisa, nuestra hija, que es también historiadora de profesión. Entre las otras personas a las que me siento deudor están dos de las secretarias que han trabajado no pocos años en el Instituto y que con celo me han allanado innumerables problemas, las señoras Guillermina Ortiz de López y Silvia Alonso. Otro tanto diré del maestro tipógrafo y diseñador Ramón Luna que, desde hace más de treinta y cinco años, ha cuidado de la edición de varios de mis libros.

Y, a todo esto, ¿cuál ha sido mi concepto de la historia?

46 Tal vez he hecho excesiva referencia a aconteceres en cierto modo externos a mi quehacer y pensar como historiador. Si así he procedido, es porque mi vida se ha entretejido en la investigación y la docencia y también en actividades y funciones como las que he descrito y otras que aún no he mencionado. Ahora bien, debo ya hablar de la idea que he tenido de la historia y del quehacer mismo del historiador. En el propio Instituto de Investigaciones Históricas hace un par de años di una charla sobre esto en el ciclo intitulado “El historiador ante la historia”. Volveré ahora sobre el mismo tema.

47 Comenzaré expresando que para mí el historiador es en cierto modo un filósofo del tiempo, es decir, alguien que hace profesión no sólo de inquirir acerca de lo ocurrido en determinado momento o periodo, sino sobre todo de integrar una imagen coherente de ello, hurgando a la vez en su significado. Si es difícil explicar cómo la conciencia humana integra en sí misma secuencias de aconteceres —la duración de la que habla Bergson— percibiendo, por ejemplo, los movimientos de una sinfonía en los sonidos que le van llegando a través del oído, parece más arduo aún mostrar y justificar de qué maneras esa misma conciencia puede abarcar e integrar en imágenes y significados coherentes sucesos ocurridos en “duraciones” de épocas antiguas en las que el propio sujeto no existía aún.

48 Al reflexionar sobre esto encuentro que hay en los textos nahuas algunas ideas dignas de tomarse en cuenta. Por un lado en varios poemas y en algunos *huehuehtlahtolli,* testimonios de la antigua palabra, se habla una y otra vez acerca de la fugacidad de todo lo que aparece en la tierra: “Aunque sea de jade se quiebra, aunque sea de oro se hace pedazos... todo es como un plumaje de quetzal que se desgarra... de uno en uno, nos vamos desvaneciendo, como una flor nos secamos...” Pero hay asimismo composiciones en las que expresamente se habla de la idea de tiempo. Éste se connota con el vocablo *cáhuitl,* derivado del verbo *cahua,* “dejar, abandonar”. *Cáhuitl* significa así “lo que ha sido dejado, lo que queda como abandonado”. En el irse desvaneciendo de cuanto aparece sobre la tierra, el tiempo deja, hace quedar para la conciencia del que hurga una especie de residuo o huella. Aunque todo sea como un plumaje de quetzal que se desgarra o un

jade que se quiebra, la conciencia registra e integra una imagen, una duración del tiempo que ha dejado una huella.

49 El historiador tiene como tarea inicial hurgar en busca de esas huellas que son los residuos del tiempo. Unas veces meros vestigios de realidades que se hicieron añicos, monumentos destruidos, restos arqueológicos; otras, diversas formas de escritos, "documentos", lo que quedó de un proceso, tal vez fragmentos de un informe, cartas con noticias incidentales, relatos de diversas procedencias... En muchos casos "lo que quedó" se halla disperso y es menester rastrearlo en lugares apartados.

50 Eso que, como tarea inicial, debe hurgar y reunir el investigador no es historia sino material para ella. Es algo así como sonidos aislados, fragmentos de partituras que habrá que ir integrando para percibir el concierto o la sinfonía; búsqueda de relaciones y coherencias. En un cierto sentido, el historiador "inventa" en la vieja acepción de esta palabra derivada del latín, *invertiré*, "venir a dar con..., encontrarlo". Como jugando con un rompecabezas, habrá que ir empalmando, integrando lo disperso, lo que ha quedado allí.

51 Hay "historiadores" que no van más allá de esto. Juntan y empalman los vestigios que han alcanzado a reunir. Hacen una retahila de ellos. Los hilvanan y los cosen cual si fueran a recitarlos. En sus obras, nombres, fechas y aconteceres, unos tras otros, llenan páginas y páginas. En su conciencia —y obviamente tampoco en la de sus lectores u oyentes— no se integra una imagen en la que cobren vida los aconteceres de tiempos pasados. Menos aún se percibe lo que ellos significan o pueden significar.

52 Al hablar sobre "el historiador ante la historia", traje al recuerdo unas palabras del profeta Ezequiel que como en vivo nos pintan lo que ha de ser en esto la acción de quien ha hurgado para dar vida y significación, en su conciencia, al pasado. El profeta aparece frente a un campo de batalla y se expresa allí con estas palabras:

53 Yahvéh me sacó y me puso en medio de la vega, la cual estaba llena de huesos. Me hizo pasar entre ellos por todas direcciones. Los huesos eran muy numerosos por el suelo de la vega y estaban completamente secos. Me dijo: Hijo de hombre, ¿podrán vivir estos huesos? Yo dije: Señor Yahvéh, tú lo sabes.

54 Entonces me dijo: Profetiza sobre estos huesos. Les dirás: Huesos secos, escuchad la palabra de Yahvéh: Así dice el Señor Yahvéh a estos huesos. He aquí que yo voy hacer entrar el espíritu en vosotros y viviréis. Os cubriré de nervios, haré crecer sobre vosotros la carne, os cubriré de piel, os infundiré espíritu y viviréis y sabréis que yo soy Yahvéh.

55 Yo profeticé como se me había mandado y, mientras yo profetizaba, se produjo un ruido. Hubo un estremecimiento y los huesos se juntaron unos con otros. Miré y vi que estaban recubiertos de nervios, la carne salía y la piel se extendía por encima pero no había espíritu en ellos.

56 Él me dijo: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre. Dirás al espíritu: Así dice el Señor Yahvéh. Ven, espíritu, de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos para que vivan.

57 Yo profeticé como se me había ordenado, y el espíritu entró en ellos; revivieron y se incorporaron sobre sus pies; era un enorme, inmenso ejército. (Ezequiel, capítulo 37)

58 Como Ezequiel que, siguiendo la orden de Yahvéh, profetizó, es decir profirió, vaticinó, una y otra vez, hasta hacer que los huesos dispersos se juntaran, recubrieran de nervios y carne y, al final, revivieran y una multitud de hombres se pusiera de pie, también el

historiador, frente a los restos a su alcance, documentos y otros vestigios, habrá de acercar entre sí lo antes alejado, lo que aparece como muerto e incoherente, en busca de lo que fue su vida, su hallarse sobre sus pies, su actuar en su propia duración.

59 Arte y saber es entonces el quehacer histórico. Maravilla y portento de la conciencia humana —habrá que añadir— pues ya no sólo capta la duración de lo que acontece en su presente, sino que se atreve a hurgar en lo que, no existiendo ya, ha dejado una o varias huellas que de algún modo perduran. Son vestigios inertes, sin sentido en su aislamiento, fragmentos fosilizados de lo que fue antes duración y vida. Re-crear la duración y la vida que fueron, infundir el soplo del espíritu, hallar significación y comunicarla a otros, ésa es la verdadera misión y grandeza del historiador.

60 Sólo que en ello hay grandes riesgos. Si el historiador fuera un novelista, dramaturgo o poeta, sus fuentes no serían los vestigios que ha descubierto de un acontecer específico sino la memoria de su propia experiencia vital que lo lleva a forjar personajes, situaciones, acon-teceres y sentimientos siguiendo el hilo de lo que él mismo quiere inventar. El que escribe literatura puede llegar a ser inventor genial de significaciones, pero en fin de cuentas, finge lo que es la vida, hace "obra de ficción". Si el historiador procediera de igual forma, aunque lograra ofrecer escenas extraordinariamente perfiladas de un acontecer, no estaría ya re-creando una duración del pasado. Podría ser un maestro de la palabra escrita, pero habría abandonado su propia profesión. Mantenerse fiel a esto es en verdad difícil. El historiador tampoco tiene a su alcance la posibilidad de aplicar leyes científicas ni de hacer experimentos. A él sólo le es dado inquirir en las huellas a veces casi imperceptibles del pasado, descifrarlas con el más adecuado de los métodos, acercarlas unas a otras, confrontarlas, buscar su coherencia y, a la postre, hacer llegar a ellas, de los cuatro rumbos, el soplo del espíritu.

61 La antigua duración, como los huesos muertos, podrá revivir entonces; los que en ella participaran, esos *dramatis personae* de acon-teceres que fueron reales, "se incorporarán sobre sus pies", como en su visión lo contempló Ezequiel. Mucho habrá de esforzarse el historiador. Riesgo suyo es que, por haberse descuidado en su pesquisa, hayan quedado sueltos, esparcidos, huesos o restos que era necesario tomar en cuenta. Su falta la habrá suplido imaginando, suponiendo o inventando. Se apartó así él de la posibilidad de re-crear la antigua duración. Otros, más trabajadores y acuciosos, tal vez muestren un día la deficiencia si no es que la incoherencia de esa imagen del pasado, contemplada luego a la luz del vestigio, la huella o el fragmento pasados por alto.

62 Nadie puede fotografiar el pasado o filmarlo en movimiento. Y aunque ello fuera dado, de poco serviría. Mostraría tan sólo la cáscara de los sucesos. Su significación permanecería oculta. Ésta ha de descubrirse estableciendo correlaciones, buscando intenciones, causas y efectos. Todo esto no es fotografiable. Es deducible, perceptible, a través de la pesquisa interior de la conciencia, la que hace entrar el espíritu en los huesos secos, esparcidos en todas direcciones. Si esto se realiza, el difícil esfuerzo de encontrar significación en lo que fue podrá, al menos en parte, convertirse en realidad. Entonces la recreación histórica, la imagen de una duración pretérita, resistirá la prueba del tiempo. No será desechada como una ficción; no se dirá de ella que es falsa porque hay vestigios —testimonios— que no se tomaron en cuenta y la contradicen.

63 Ésta es la idea que tengo del quehacer histórico, vinculada estrechamente con la en mí tan arraigada preocupación por lo que implica existir en el tiempo, captarlo como duración y percibir en él significaciones. No ocultaré que, en el fondo, mi preocupación es de sentido metafísico. Es ella un empeño —a sabiendas de lo que nos mostró Kant sobre los límites

del conocimiento— por hallar en la conciencia una luz para la comprensión del propio ser, el que compartimos los humanos, el que querría encontrar en sí un sentido y anticipo de eso que Boecio se atrevió a definir como “De una vida interminable, la total simultánea y perfecta posesión”.

64 Con este enfoque, que he descrito como propio del quehacer histórico, he querido trabajar. Quizás en algunos de mis libros esté él reflejado. Pienso en *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares, Trece poetas del mundo azteca* y *Tiempo y realidad en el pensamiento maya...* Son otros los que podrán juzgar si hay en ellos al menos algo de lo que aquí me he esforzado en describir.

La historia de la Baja California

65 Cursaba cuarto año de primaria cuando, un día, el maestro, al hablar del norte de México, nos dijo que éste llegaba hasta Sonora. Al preguntarle yo acerca de la Baja California, respondió que eso era parte de los Estados Unidos. Me atreví entonces a contradecirlo. El resultado fue que el maestro me hizo salir del salón de clase.

66 Desde ese día me sentí atraído por saber más acerca de esa gran península. Cuanto escrito caía en mis manos en que se hablaba de ella lo leía con interés. Muchos años pasaron, sin embargo, hasta que pude visitarla, recorrerla e investigar acerca de su historia. Aunque había estado en Tijuana y Ensenada al tiempo de mis estudios en California, no fue sino en 1967 cuando por vez primera, entrando por La Paz, recorrí con Ascensión, mi esposa, una parte del entonces Territorio Sur.

67 Al llegar a La Paz, invitados por la Dirección de Cultura, presidida por el profesor Armando Trasviña Taylor y por Moisés Coronado, uno de nuestros primeros deseos fue visitar el archivo del Territorio. Sabía acerca de su existencia pues conocía algunas publicaciones en las que se citaban documentos conservados en él. Pregunté, por consiguiente, dónde estaba el archivo. De momento no obtuve respuesta. Un par de días después se me dijo que se hallaba en un cuarto situado en la azotea del edificio que desde hacía varios años servía de cárcel, el del antiguo Hospital Salvatierra. La explicación de esto fue que, al demolerse el viejo palacio de gobierno en el centro de La Paz, “los polvorientos papeles” que en él se guardaban fueron trasladados, mientras se les encontraba un mejor alojamiento, a ese cuarto de la azotea de la cárcel. Providencial decisión fue ésta ya que allí permaneció encerrado el archivo sin mengua de sus documentos.

68 Recuerdo nuestra visita a ese lugar. Amontonados y polvosos se hallaban los numerosos legajos del archivo. Al abrir uno de ellos, apareció un documento que todos reconocimos era de gran valor: el acta original de adhesión de las Californias a la independencia de México, cuando se consumó ella en 1821. Otros papeles, bastante arrugados, ostentaban manchas como de sangre. Un recluso que nos acompañaba, y al parecer era quien había informado sobre la existencia del archivo en esa habitación, nos explicó el origen de tales manchas. Se debían, nos dijo, a que en ese lugar se interrogaba a algunos presos aplicándoles algunos golpes para avivar su memoria y lograr así la confesión de sus delitos. No teniendo ellos a su alcance mejor cosa para enjugar la sangre que brotaba como resultado de los golpes, lo hacían con esos papeles.

69 Al día siguiente, hablando con el gobernador del Territorio, Hugo Cervantes del Río, le traté el asunto del archivo, insistiendo acerca de la importancia de darle mejor acomodo,

clasificarlo y preservarlo, abriéndolo a la vez a la consulta de los interesados en la historia californiana. Había allí documentos que provenían desde los años inmediatamente posteriores a la expulsión de los jesuítas hasta los que siguieron al periodo de la Revolución. No pocos de dichos documentos concernían no sólo a la historia peninsular sino también a la de la Alta California. El gobernador ofreció ocuparse de esto y aceptó mi ofrecimiento —era yo director del Instituto de Investigaciones Históricas— de recibir a dos técnicos académicos que se ocuparían de la organización y clasificación del mismo. Las personas que pusieron en marcha esta tarea fueron Guadalupe Pérez San Vicente y Beatriz Arteaga.

70 Varias veces he recorrido la península. En una de ellas fui dando charlas en los principales pueblos del entonces Territorio Sur acerca de su historia, incluyendo la del correspondiente lugar: San José del Cabo, La Paz, Loreto, Mulegé, San Ignacio Cadacaamang... Mis primeras publicaciones acerca de la historia bajacaliforniana fueron *Testimonios sudcalifornianos, Nueva entrada al puerto de La Paz, 1720*, que incluyó tres relaciones de los jesuitas Jaime Bravo, Juan de Ugarte y Clemente Guillén (unam, 1970); y un artículo sobre la creación del nuevo Archivo en La Paz, aparecido en las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia* (1970, t. xxix, 4, 310-319). Por ese tiempo se trasladó a México como becario en nuestro Instituto Ignacio del Río. Lo conocí en La Paz en donde laboraba en la Dirección de Cultura. Me habló de su interés por dedicarse a la historia bajacaliforniana. La tesis, que le dirigí, *El régimen jesuita en Baja California*, valiosa aportación sobre fuentes de primera mano, fue publicada por el Instituto.

71 A través de David Piñera Ramírez, que había sido secretario de la Universidad Autónoma de Baja California (uabc) en Mexicali, se iniciaron las relaciones entre nuestro Instituto y dicha casa de estudios. David estuvo un tiempo en México como becario. Preparó su tesis de maestría, de la que fui asesor, acerca de la tenencia de la tierra en Baja California durante el siglo XIX. Algún tiempo después, con el apoyo del rector de la UNAM, Guillermo Soberón, y de Luis López Moctezuma, rector de la UABC, creamos el Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC, en Tijuana, con David Piñera como coordinador. Ese centro se ha convertido en un Instituto de gran pujanza. Cuenta con un grupo de distinguidos investigadores y ha publicado obras como *Panorama histórico de Baja California* e *Historia de la frontera norte de México.* También ha formado a varios becarios. Manteniéndose en contacto con nuestro Instituto, irradia su acción a lo largo de la frontera y promueve intercambios con los departamentos de historia de varias universidades de California, Arizona, Nuevo México y Texas.

72 Mi relación con Baja California se mantiene viva. Me interesa tanto el pasado como el presente de esta península en la que saltan a la vista contrastes extraordinarios. Árida y áspera en su mayor parte, tiene a la vez sierras y cañadas maravillosas, algunas con bosques de encinas y otras de coniferas. Sedienta de agua, está rodeada por el Pacífico y el golfo de California o mar de Cortés con entrantes y salientes que forman bahías y ensenadas de aguas azules y bermejas en las que, como escribió Francisco Xavier Clavijero en su *Historia* de esa tierra, hay ricas minas de peces y variados mariscos.

73 Además de varios artículos, he publicado la obra que había permanecido inédita del jesuíta Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la antigua California* (UNAM, 1973 y 1985; traducida al inglés 1978, 1980). Es ella la principal aportación histórica del periodo misional, rica en información etnográfica, lingüística y acerca de la flora y la fauna peninsulares. De la misma obtuvo Clavijero la mayor parte de lo que ofreció luego en su

Historia de la antigua o Baja California, de la que también saqué una edición acompañada de la vida de fray Junípero Serra por fray Francisco Palau (Porrúa, 1981 y 1988).

74 La geografía histórica y la historia de la cartografía en relación con las Californias están muy relacionadas con las exploraciones que desde el siglo XVI hasta fines del XVIII se emprendieron a lo largo del Pacífico. Se buscaba, entre otras cosas, un intercambio permanente con el Asia, averiguar si ésta estaba unida con América en el extremo norte y si había o no en el septentrión un paso o estrecho que permitiera navegar hacia el Atlántico. Todo esto aparecía entretejido con mitos como los de la reina Calafia y las amazonas, las siete ciudades y el rey coronado. Los relatos, crónicas, diarios de navegación y otros escritos de tema californiano son mucho más abundantes de lo que pudiera pensarse.

75 Acudiendo a ellos y a la también muy rica cartografía que da testimonio de las exploraciones, preparé dos libros relacionados entre sí. Uno es como el primer capítulo de esta que calificaré de fantástica historia en la que por cierto se entrelazan también algunos mitos me-soamericanos como el de *Cihuatlan*, la región de las mujeres, y el de *Chicomóztoc*, el lugar de las siete cuevas. Protagonista en tal historia fue Hernán Cortés, un aspecto de su vida del que muy poco se había escrito. Porfiar con la fortuna —como lo calificó su mujer Juana de Zúñiga— fueron sus afanes y aventuras desde que en 1522 uño de sus capitanes enviado por él se asomó al Pacífico y escuchó el relato sobre la existencia de una gran isla poblada toda ella de mujeres.

76 La historia abarca la expedición que en 1527 despachó Cortés desde Zihuatanejo a las Molucas al mando de su primo Álvaro de Saavedra Cerón; el reconocimiento de las que se llamaron más tarde islas Revillagigedo; la entrada a la bahía de Santa Cruz (La Paz) y la estancia del mismo Cortés en California cerca de un año en 1535; la navegación hasta las bocas del río Colorado y el derrotero por el Pacífico llegando más allá de la isla de Cedros; los viajes a Panamá y hasta Paita en el Perú y, de allí, al mando de Juan de Grijalva, hasta una de las islas cercanas a la Nueva Guinea. Algunos que han comentado el libro, que apareció acompañado de abundante cartografía, *Hernán Cortés y la Mar del Sur* (1985), han dicho de él que, siendo historia, puede ser leído como si fuera una novela.

77 Sobre lo que ocurrió después de las expediciones cortesianas en el ámbito del Pacífico mexicano hasta más allá de las Californias —tal como quedó reflejado en más de un centenar de mapas— versa el otro libro, *Cartografía y crónicas de la antigua California* (1988). No me corresponde juzgar su valor como aportación en la historia de la cartografía. Sólo diré que, al conjugarse los recursos de la Universidad Nacional y los de la Fundación de Ciencias Sociales, A.C., dirigida por mi buen amigo Jorge Kanahuati, pude publicar este libro tipográficamente muy bello. Añadiré que con él creo haber contribuido a despertar en México el interés por la historia de la cartografía como lo muestran las obras que han aparecido posteriormente sobre este tema en relación con Tamaulipas y acerca de las islas mexicanas en el Pacífico, el golfo de México y el Caribe.

Más cargos y cargas, así como algunos galardones

78 Fui cronista de la ciudad de México. Sucedí a Salvador Novo, que por cierto había asistido a mi curso de introducción a la cultura náhuatl. Novo fue un gran poeta que, con tono periodístico, escribió además acerca de la vida en la ciudad durante los periodos presidenciales de Lázaro Cárdenas, Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán. Fue también

dramaturgo y hombre de mucho mundo; aparecía con frecuencia en televisión. Pienso que disfrutó él como cronista, que siguió siéndolo hasta su muerte.

79 A mí la verdad el cargo me resultó un manantial de perturbaciones. En un principio lo tomé con entusiasmo y presenté varios proyectos al regente Octavio Sentíes y a otras autoridades de la ciudad. Entre otras cosas propuse la creación de un centro de investigaciones acerca de la gran metrópoli que, para entonces, mediados de la década de los años setenta, ya marchaba a pasos agigantados para convertirse en la ciudad más grande del mundo. Preparé también un buen número de "indicadores históricos" que debían colocarse en diversos lugares en los que el tiempo había dejado huella significativa. Di ciclos de conferencias en el Museo de la Ciudad acerca de su pasado prehispánico. Acepté también hacer una presentación semanal por televisión para hablar sobre diversos temas en relación con la metrópoli. Para sede del Centro de Investigaciones propuse la antigua casa de los Condes de las Heras y Soto, proposición que en parte se convirtió más tarde en realidad. Como anticipo, pude integrar un pequeño grupo de investigadores, entre ellos Jorge Gurría Lacroix, con los que trabajé en la edición de la *Memoria de las obras del desagüe profundo del Distrito Federal* (tres volúmenes, 1975). En ella se abarcó la historia de la problemática del agua en la ciudad de México desde los tiempos prehispánicos hasta los contemporáneos en que se realizó la magna empresa del desagüe profundo.

80 Ahora bien, en tanto que me ocupaba de tales proyectos, me veía asediado por un número cada vez más grande de consultas, invitaciones y propuestas de las más variadas índoles. Se me pedía hablara en ocasión de los natalicios de muchos héroes; diera la bienvenida a visitantes ilustres; informara acerca de cuándo y cómo ocurrió tal o cual acontecer histórico. El cúmulo de monsergas, de las que no era cosa fácil escapar, me resultó a la postre insoportable. De hecho me estaban ellas impidiendo dedicarme a mis trabajos en la Universidad. Decidí entonces renunciar al cargo por el que, debo decirlo, nunca acepté remuneración alguna. Me llevó tiempo y esfuerzo que se aceptara mi renuncia. Al fin, la presenté en público trasmitiendo el cargo y la carga a José Luis Martínez. Fui cronista de la muy noble y leal ciudad poco más de año y medio. Mi sucesor resistió más tiempo pero también hubo de renunciar. Otro tanto sucedió después con Guillermo Tovar y de Teresa. En la actualidad ya no hay cronista. Existe, en cambio, el Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, integrado por quince personas entre las cuales me incluyeron. Las actividades de este Consejo son bastante limitadas.

81 Otro encargo, muy diferente, desempeñé al servicio de la Universidad. Por cerca de once años fui miembro de su Junta de Gobierno. Confieso que allí me ocurrió lo contrario que cuando fui cronista. En un principio acepté con cierta resistencia la elección que hizo de mí el Consejo Universitario; luego, con el paso del tiempo, me interesó mucho y agradó asumir las responsabilidades que implica pertenecer a la Junta. En pocas palabras conllevan ellas estrecha relación con la vida de la Universidad en el conjunto de sus dependencias. En ocasión de los nombramientos de directores de facultades, institutos, escuelas de estudios profesionales y, de modo particular, de rector, los miembros de la Junta se ponen en contacto con diversos sectores de la comunidad universitaria que informa sobre sus problemas, intereses, programas y proyectos. Durante el largo tiempo en que estuve en la Junta tuve como colegas a universitarios de mucha experiencia, casi todos muy distinguidos en sus respectivas profesiones. En la Junta había, y seguramente sigue habiendo, diversidad de pareceres, incluso de ideologías. Esto es positivo y se refleja

en las discusiones que se tienen en los casos de elecciones y en otras circunstancias. No me detendré más sobre mi participación en la Junta; acerca de esto podría escribir mucho.

82 Estoy convencido de que la Junta de Gobierno desempeña un papel trascendental en la Universidad. Gracias a ella perdura la estabilidad aún en momentos de máxima crisis. Sobre si es o no una institución democrática, sólo diré que es un cuerpo colegiado, una de cuyas principales funciones es la de actuar como elector, escuchando en cada caso a la comunidad concernida. Cada uno de sus miembros ejerce tal encargo por haber sido elegido en sesión plenaria del Consejo Universitario. En éste se hallan representados, a su vez, maestros y estudiantes de todas las facultades y escuelas, miembros de los institutos, autoridades universitarias y aun del personal administrativo.

83 Cargos y cargas han sido los que he recordado. La vida me ha dado, por otra parte, varias satisfacciones que quiero recordar aquí. Fui elegido y soy miembro de las Academias de la Lengua y de la Historia, y correspondiente de las Reales de Madrid. También pertenezco a El Colegio Nacional. De las sociedades extranjeras sólo mencionaré la American Anthropological Association que me encargó el discurso inaugural en su sesión plenaria celebrada en 1976, así como la American Historical Association que me incluyó en la lista de los setenta y cinco “miembros de honor”, que ha elegido en sus más de cien años de existencia. Soy también uno de los muy pocos extranjeros miembros del Smithsonian Council con sede en Washington, D.C. Colegas generosos han promovido se me hayan otorgado varios doctorados *honoris causa* en Francia, Estados Unidos, México e Israel. El Premio Nacional de Ciencias Sociales, Historia y Filosofía me fue concedido en 1976. Pienso, y no es falsa modestia, que la vida me ha dado, en lo familiar y en lo profesional, mucho más de lo que merezco.

El debatido Quinto Centenario

84 “Egohistoria reciente” es para mí la que ahora recordaré. Fue en 1983 cuando, a invitación de España, el gobierno de México decidió crear una Comisión conmemorativa del Quinto Centenario. Sé de dos colegas que dieron por un hecho, cada uno por su parte, que sobre él recaería el encargo de coordinar o presidir dicha comisión. Digo esto porque ayudará a comprender algo de lo que después ocurrió. En cuanto a mí concierne sin quererlo ni temerlo fui llamado por el entonces secretario de Relaciones Exteriores, Bernardo Sepúlveda. Me dijo que tenía instrucciones del presidente Miguel de la Madrid de ofrecerme coordinar la dicha Comisión. Acepté pero pedí que se me permitiera integrar un grupo de colaboradores, así como proponer el título o designación de la Comisión. Ello implicaría determinar el enfoque con el que México conmemoraría el Quinto Centenario.

85 Invité entonces a Roberto Moreno de los Arcos, que era director del Instituto de Investigaciones Históricas, y a José María Muría, a su vez director de Archivos y Bibliotecas de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Ambos, distinguidos historiadores, habían sido mis discípulos. Más tarde se sumó al grupo Guillermo Bonfil Batalla. Después de deliberar, llegamos a dos conclusiones. Una fue que no aceptábamos la idea de celebración del Quinto Centenario. La razón nos pareció obvia. No podían celebrarse la invasión o conquista, el colonialismo, la destrucción de las culturas nativas ni la expansión de la esclavitud en millones de africanos. Importaba, en cambio, conmemorar, porque justamente a partir de 1492 se desencadenó el proceso de globalización de la humanidad; México y todas las otras naciones americanas existían en cuanto estados

modernos como una consecuencia de ese proceso. Sobre todo América Latina en la que lo ibérico, lo indígena y lo africano se encontraron, primero en forma violenta y al final dando lugar a mezclas y fusiones biológicas y culturales, serían incomprensibles si se prescindiera del proceso que se inició en 1492. Conmemorar significaba hacer ocasión del Quinto Centenario para promover la reflexión y el estudio acerca de las múltiples implicaciones de ese proceso.

86 Por otra parte, debía atenderse a la perspectiva no ya sólo de los europeos sino también de los indígenas y los africanos. Había que tomar en cuenta a los Otros y ello debía destacarse en el título y enfoque de la conmemoración. Ésta sería ocasión de reuniones y foros en que se escucharan los puntos de vista de ellos, los indígenas y los descendientes de los africanos. Estas ideas nos llevaron a formular la designación que luego propusimos. Como es bien sabido, fue ella la de Encuentro de Dos Mundos. La palabra *encuentro* connota coincidencia de dos cosas o personas en un mismo lugar; asimismo choque, enfrentamiento y lucha de quienes combaten; y también acercamiento y aun fusión. De todo esto ha habido a lo largo del proceso que se desencadenó con la llegada de Colón a la isla de Guanahaní. Por otro lado, hablar de Dos Mundos es referirse, con una metáfora desde hace mucho introducida, a uno y otro hemisferio, el que abarca no sólo a Europa sino también a Asia y África, y el que se llamaría América. El proceso del encuentro se desarrolló entre gentes y culturas de esos Dos Mundos.

87 El enfoque tomaba así en cuenta a todos los participantes. Se apartaba de la visión unilateral —eurocéntrica— de quienes decían “descubrimos América”. Los europeos podían seguir con su perspectiva pero, si aceptaban tomar en cuenta a los Otros, tendrían que reconocer que ambos se encontraron y desafortunadamente provocando muy pronto los europeos la violencia, el encuentro como choque y confrontación. Eso fueron las que llamaron “conquistas”, que para los Otros fueron invasiones. En el transcurso del encuentro hubo quienes hicieron pública denuncia de lo que estaba ocurriendo. Varones como Antón de Montesinos, Bartolomé de las Casas, Vasco de Quiroga, Bernardino de Sahagún y otros aportaron su humanismo y su visión cristiana del mundo. Con el enfoque del encuentro se abarcaba todo esto y se abría la puerta a la reflexión sobre temas como el que significó la muerte de pueblos, lenguas y culturas; el incremento de la esclavitud; el colonialismo; la fusión de gentes y el surgimiento de nuevas formas de cultura; así como la realidad contemporánea de un continente en el que existen veinte naciones hermanadas por la lengua, las creencias y muchas veces también por sus crisis y problemas.

88 El enfoque lo discutimos con los secretarios de Relaciones Exteriores y Educación, Bernardo Sepúlveda y Jesús Reyes Heroles. Aceptaron ellos lo propuesto. Cuando se hizo público, tanto en México como en la Reunión de las Comisiones Nacionales del Quinto Centenario, celebrada en Santo Domingo en 1984, cayó sobre nosotros, particularmente sobre mí, una nutrida pedriza. En México, los personajes que dije habían dado por un hecho que a ellos correspondía presidir la Comisión, iniciaron sus ataques desde dos ángulos muy distintos. Edmundo O’Gorman manifestó que no había habido ni descubrimiento ni encuentro. Para él lo único aceptable era hablar de “la invención de América”. Con el propósito de reforzar sus argumentos me colmó entonces de improperios. Silvio Zavala, a su vez, declaró que no debía alterarse el concepto de descubrimiento porque ello sería privar a España de un mérito que le correspondía.

89 En el caso de la Reunión de Santo Domingo la reacción fue pintoresca. Interpretando a su modo lo que ocurría, el diario dominicano de mayor circulación informó a ocho columnas:

"Dícese España no descubrió América". Esto, que se interpretó como una ofensa a Colón y a los Reyes Católicos, motivó que al día siguiente las Comisiones Nacionales llevaran ofrendas de flores ante los monumentos a esos personajes.

90 Las polémicas no terminaron. Para unos hablar de encuentro era eso, ofensa a España; paro otros era pretender paliar lo que había ocurrido. Según éstos, había que designar al Quinto Centenario como el de los genocidios y grandes crímenes. Por nuestra parte, en conferencias, foros de debate, incluso por televisión, y asimismo por escrito, tanto yo como Roberto Moreno de los Arcos, Guillermo Bonfil, José María Muriá y otros, en México y en el extranjero, mostramos que el enfoque propuesto, en el que se tomaba en cuenta a los Otros, era marco abierto a la reflexión que se centraba no ya sólo en el pasado sino también en el presente y el futuro.

91 Cuando en octubre de 1985 fui nombrado embajador, delegado de México ante la unesco, tuve un foro excepcional para plantear ante los representantes de los cincuenta y un países miembros del Consejo Ejecutivo y luego ante el pleno de los ciento sesenta y dos de la Conferencia General, la pertinencia de conmemorar, y con qué enfoque, el Quinto Centenario. Hubo discusiones que condujeron, en ambos casos, a la aprobación unánime de participar en la Conmemoración del Quinto Centenario del Encuentro de Dos Mundos. Debo decir que esto mismo ya había ocurrido, meses antes, a propuesta nuestra, en el contexto de la Organización de Estados Americanos.

92 En el caso de la UNESCO la acción se dejó sentir muy pronto. Promovió ella, con la participación de varios países, entre ellos Canadá, México, Guatemala, Colombia, Ecuador y Chile, foros para la expresión de los puntos de vista indígenas, tanto acerca de su pasado, como sobre su presente y sus expectativas futuras. También se atendió a los africanos; la significación de su presencia en el Nuevo Mundo, así como las relaciones contemporáneas entre los afroamericanos, los amerindios, los africanos y los grupos mayoritarios de las Améri-cas. Que no todo ha quedado en palabras lo muestran, por ejemplo, las reformas jurídicas, incluso a nivel constitucional, como la que se ha hecho en México y que reconoce el carácter pluricultural y pluri-lingüístico del país, precisamente por la presencia de más de cincuenta grupos indígenas distintos.

93 Un último dato: las comisiones conmemorativas de varios países adoptaron oficialmente el título y enfoque propuestos por México. Tal fue el caso de Japón, Rusia, Polonia, Francia y varios países latinoamericanos. De modo particular en los Estados Unidos han tenido lugar numerosas reuniones de historiadores, antropólogos y otros profesionales concebidas expresamente a la luz del concepto de encuentro. Esto ha ocurrido también en Italia y España, donde la idea de encuentro se ha aducido como complemento de la de descubrimiento. Desde que escribí el Estudio introductorio a la *Visión de los vencidos* había enmarcado el choque entre españoles y mexicas en términos del Encuentro entre el Viejo y el Nuevo mundos. El que gentes de uno y otro hayan dejado testimonios sobre lo que entonces ocurrió muestra a las claras que no sólo se produjeron el choque y la lucha violenta sino que también se tomó honda conciencia de ello y se quiso, por ambas partes, dejar memoria escrita y, en el caso de los mexicas, asimismo al modo antiguo con pinturas y signos glíficos.

La experiencia de representar a México en la UNESCO

94 Cuando recibí este encargo, pensé que sería por un año o poco más. Al llegar a París, mi predecesor, Luis Villoro, colega en El Colegio Nacional y asimismo en la Junta de Gobierno de la Universidad, se había desempeñado con gran acierto. La UNESCO se encontraba en grave crisis. La gestión del director general por más de doce años, Amadou M'Bow, había disgustado a varios países de Europa occidental y los Estados Unidos. Éstos, Gran Bretaña y Singapur habían abandonado finalmente la organización. Cuando llegué, el señor M'Bow buscaba una reelección más. La mayoría de los países africanos, algunos de Asia, Brasil, Cuba y algún otro lo apoyaban. En contraparte, la República Federal Alemana, Canadá, Japón y otros daban a entender que, si se producía la reelección, también ellos saldrían de la UNESCO.

95 México y Argentina, con conciencia del grave riesgo que corría la UNESCO, buscaron entonces un candidato que pudiera satisfacer a la mayoría de los países miembros. Ese candidato fue Federico Mayor Zaragoza. Después de largas y complejas negociaciones, en las que Luis Villoro tuvo papel protagonista, la candidatura de Mayor fue obteniendo el beneplácito de numerosos países, los de América Latina, con excepción de Brasil y Cuba, los de Europa, tanto occidental como oriental, Japón, la India y otros de Asia, así como algunos pocos de África. Me tocó ya estar durante la etapa final del proceso y estrenarme así en la diplomacia.

96 La gestión de Federico Mayor, enmedio de la crisis económica que ha afectado de modo especial a la unesco y teniendo que hacer frente a un secretariado, es decir a un muy grande personal administrativo, en extremo burocratizado, puede calificarse de positiva. La Delegación de México, tanto en el periodo de Luis Villoro, poco más de cuatro años y medio, como en el que estuvo a mi cargo (se extendió éste no a uno sino a otros cuatro y medio), tuvo siempre un considerable ascendiente entre las latinoamericanas y se ganó asimismo el respeto de las de otros muchos países. Esto se manifestaba en las frecuentes consultas que nos hacían distintos embajadores y en el apoyo que siempre recibieron nuestras propuestas en el Consejo Ejecutivo, la Conferencia General y los diversos comités gubernamentales y no gubernamentales con sede en la UNESCO. Nuestras relaciones con el director general fueron muy estrechas. Ello favoreció nuestra participación en un considerable número de programas y proyectos, así como en la presentación y logro de propuestas hechas a solicitud de diversas instituciones mexicanas.

97 Durante el tiempo que representé a México se dio entrada a propuestas que hicimos en el que se conoce como "Programa de participación", sobre todo en las áreas de informática, organización de bibliotecas, formación de magisterio, realización de congresos en nuestro país, que abarcaron desde el campo de la oceanografía hasta el de la transferencia de tecnología en el ámbito latinoamericano, publicaciones conjuntas y creación de laboratorios de investigación en áreas como la biología molecular. Algunos proyectos se realizaron en colaboración con otros países de nuestra área; es decir, de América Latina y el Caribe. Otros, más ambiciosos, han involucrado a países de otras regiones. Mencionaré el que se conoce como "La ruta del barroco". Se refiere éste a lo que ha significado tal género de creación artística a lo largo de los siglos, precisamente en función del Encuentro de Dos Mundos, tanto en Europa como en América Latina, también en Asia (Filipinas, Guam, Goa, Macao...) e incluso en algunos lugares de África.

98 Importante ha sido la participación de México, que en cada caso envía especialistas para ello, en comités como el de "El Hombre y la Biosfera", el "Oceanográfico Internacional", el de la Comunicación y el del "Patrimonio Mundial de la Humanidad". En este último tuve el privilegio de presentar varias zonas monumentales existentes en nuestro país para su inclusión en el correspondiente elenco universal. Entre las presentadas están Teotihuacán, el Centro Histórico de la ciudad de México y la zona lacustre de Xochimilco, los centros históricos de Puebla, Oaxaca y Guanajuato, las zonas arqueológicas de Monte Albán, Palenque, Chichén Itzá. También se incluyó la región de Sian K'an en Quintana Roo y el arrecife de coral adyacente. Estar en la lista del Patrimonial Cultural de la Humanidad, además de ser un honor, implica una obligación para las autoridades correspondientes que deben atender a la conservación del bien incluido, so pena de que éste podría ser borrado ignominiosamente de ella. A veces pienso en el caso del Centro Histórico de nuestra capital, cuyo deterioro no es posible ocultar.

99 Ya he hablado de la actuación de nuestra Delegación Permanente respecto del Quinto Centenario. Sólo añadiré que en numerosas ocasiones promoví involucrar a la UNESCO en proyectos relacionados con los grupos indígenas de nuestro país y en general de América Latina. Así se celebraron varias reuniones con la participación de personas de diversos grupos nativos y se concedió apoyo a programas del Instituto Indigenista Interamericano. Tuvimos también en París un simposio de especialistas en lengua y cultura náhuatl. Consecuencia del mismo fue iniciar el inventario de los manuscritos en náhuatl que se hallan dispersos en numerosos lugares de México, los Estados Unidos, Guatemala y varios países europeos. A la fecha se han publicado ya varios inventarios parciales en *Estudios de Cultura Náhuatl.*

100 Los años que estuve como embajador de México en la UNESCO me permitieron vivir muy de cerca los cambios que ocurrieron en Europa del este. Por una parte pude seguirlos desde la mira de los medios franceses de información que los comentaban desde diversos puntos de vista. Por otra, en la UNESCO misma se sentía la repercusión de lo que estaba ocurriendo y se comentaba con los embajadores de los diversos países, de modo especial con los de aquellos en los que se estaban produciendo los cambios.

101 Cuando se reunió en octubre de 1991 la asamblea de la Conferencia General de la UNESCO fui elegido presidente de la Sección de Cultura. Ésta fue la más concurrida y se prolongó tres semanas. En ella se debatieron temas muy variados, como el de "La ruta de la seda"; la influencia de la cultura árabe en América Latina a través de la península Ibérica; intercambios afroamericanos; publicaciones; sistemas de comunicación... También se discutieron cuestiones con implicaciones políticas, como cuando Egipto, apoyado por los países árabes, propuso que se declarara a Jerusalén sede de las tres grandes religiones monoteístas. Superando contradicciones y aun enfrentamientos, la Sección de Cultura cumplió con su agenda. Comprendí entonces mejor la prudencia y sagacidad que exige la diplomacia.

102 Varias invitaciones recibí estando en París para visitar y dar conferencias en otros países de Europa. Ello me permitió palpar desde otras miras y con diferentes formas de contacto lo que estaba ocurriendo. Así, por ejemplo, en unas conferencias que di en la Universidad Libre de Berlín, recién derribado el muro, pude charlar con profesores y estudiantes tanto de dicha universidad como de la Humboldt que también asistieron. Con algunos de ellos almorcé y cené en los días en que allí estuve. Los de Berlín occidental no ocultaban su satisfacción por los cambios ocurridos ni su repulsa y desprecio respecto de algunos de

sus colegas del este. Varios de éstos, por su parte, se mostraban cautelosos, desconcertados y con una actitud como de resignada sumisión.

103 Dar conferencias en otras universidades europeas me mantuvo en relación con los colegas americanistas. De modo especial recuerdo con agrado las que di en la Sorbona, en Toulouse y en el Centro Cultural de México en París, en Londres y Essex, en Braga, en Amberes, (donde me tocó inaugurar las actividades del Centro de Estudios Mexicanistas), en Oslo y en varias ciudades de España. Mis años en la UNESCO, gracias a los eficientes colaboradores que tuve en la Delegación Permanente de México, de modo especial Alicia Cabrera de Castañeda y Pablo Latapí, no me impidieron proseguir en mi propia investigación. Participé en las actividades de la Sociedad de Americanistas de París y del Museo del Hombre. Escribí varios artículos sobre cultura náhuatl y acerca del Quinto Centenario para revistas francesas, mexicanas, españolas y de los Estados Unidos. Concluí el libro *Literaturas Indígenas de México* (Madrid y México, 1992), en el que abarco diversas formas de expresión del pensamiento y la palabra en Me-soamérica a través de la iconografía y las representaciones pictoglíficas, a partir de cerca de 600 a. C, continuando con las que se produjeron después del encuentro, adaptado ya el alfabeto para representar los fonemas de lenguas como el náhuatl y el maya, hasta llegar a lo que es hoy el florecer de *Yancuic tlahtolli,* la Nueva Palabra. Preparar este libro, que ofrece tal recorrido a través de los siglos de la expresión indígena, no me fue fácil pero sí en extremo atrayente. Pude darme cuenta al investigar en las fuentes cómo, más allá de los cambios y diferencias que trajo consigo el desarrollo de las culturas mesoameri-canas, perduró en la expresión de su pensamiento y palabra una especie de hilo conductor, con temas y preocupaciones recurrentes en las que una visión del mundo y un arraigado modo de ser dieron origen a una gama extraordinaria de variantes, flores y frutos diferentes.

104 Trabajando en colaboración con mi antigua discípula Jacqueline de Durand-Forest publiqué en versión francesa algunos de esos frutos de la cultura náhuatl, los *Huehuehtlahtolli*, *Testimonios de la antigua palabra* que transcribió fray Andrés de Olmos hacia 1535-1536 (París, 1991). Con Georges Baudot saqué asimismo una antología de la *Poé-sie Nahuatl d'amour et d'amitié* (París, 1991). Y también con Ascensión, mi esposa, pude trabajar en una edición crítica del *Arte de la lengua mexicana* del mismo fray Andrés de Olmos, la primera gramática del náhuatl. Para esto tuvimos que consultar los seis manuscritos que se conservan de este *Arte*, dos de ellos en París, uno en España y tres en Estados Unidos. Los dos que guarda la Biblioteca Nacional de París los tuve en mis manos en el gabinete de trabajo que puso a mi disposición Emmanuel Leroy Ladurie, historiador que dirige dicho repositorio. Nuestra edición de esta gramática se halla en vías de publicación en lo que esperamos será una coedición entre dos instituciones de España y México.

Mi actual quehacer y lo que quisiera lograr en el tiempo que aún me queda

105 He vuelto a la Universidad, en la que tengo el grande honor de ser investigador emérito. Tener este rango no significa retiro o jubilación. Pienso que a mí sólo la muerte podrá borrarme o jubilarme y ojalá que Dios me conceda la segunda alternativa. En el Instituto de Investigaciones Históricas he reanudado las sesiones del Seminario de Cultura Náhuatl.

En realida éstas no se interrumpieron durante mi gestión en la UNESCO ya que, al viajar a México unas tres veces cada año, me reunía siempre con mis colegas y estudiantes. Éstos lo hacían a su vez de manera periódica, de suerte que al encontrarme con ellos podíamos discutir sus trabajos y proyectos.

106 Ahora estoy coordinando, con varios de los antiguos miembros del Seminario y otros investigadores, la preparación de una edición de los varios textos que se incluyen en el volumen conocido como de *Cantares mexicanos* que preserva la Biblioteca Nacional de México. Entre los dichos textos, además de los 89 folios, recto y vuelta, en que están los cantares, hay varios sermones en náhuatl, así como diversos escritos religiosos, una versión de las fábulas de Esopo, todo en náhuatl, y algunos fragmentos de la obra de Bernardino de Sahagún.

107 Nuestro propósito es ofrecer una reproducción facsimilar de este precioso volumen y la paleografía y traducción al castellano de todos los textos, con sus respectivos estudios introductorios y anotaciones filológicoslingüísticas. El rescate de este conjunto de manuscritos que, por diversas razones, hasta ahora sólo se ha hecho de forma parcial, es de primera importancia tanto para el conocimiento de la literatura indígena como para la valoración de lo que significó expresar en náhuatl en toda su complejidad el pensamiento teológico, filosófico y literario de raíces europeas, cristianas, judías, latinas y griegas. Puede decirse que en un *corpus* documental como éste queda a la vista algo de lo que fue en el campo de la cultura el Encuentro de Dos Mundos.

108 Quiero dar los nombres de quienes participan en este trabajo, entre otras cosas porque la mayoría de ellos, antiguos discípulos, colaboran conmigo o lo han hecho en otros proyectos. En primer lugar mencionaré a Librado Silva Galeana y Francisco Morales Baranda, ambos de estirpe náhuatl, oriundos de Santa Ana Tlacotenco, en Milpa Alta, D.F., genuinos maestros de la palabra en la lengua mexicana. Con ambos hemos organizado las reuniones anuales de hablantes de náhuatl de todo el país. Con Librado edité el volumen de los *Hue-huehtlahtolli, Testimonios de la antigua palabra.* También antiguos estudiantes míos son Karen Dakin, lingüista norteamericana afincada en México con quien he editado varios años la revista *Tlalocan,* después de la muerte de Fernando Horcasitas que por mucho tiempo la tuvo a su cargo; asimismo Patrick Johansson, de nacionalidad francesa, aunque de apellido noruego, doctor en letras, también ya mexi-canizado. Él y yo hemos preparado un libro de homenaje al padre Garibay en ocasión del centenario de su nacimiento en 1992. El libro incluye textos del padre, varios inéditos, numerosas fotografías que pudimos reunir en las que él aparece, así como una introducción y algunos comentarios. Ascensión, mi esposa, también colabora aquí como lo ha hecho conmigo en otros casos. Lo mismo diré de Georges Baudot, que en sus frecuentes viajes a México nos informa sobre el avance de la parte que tiene encomendada. Los otros participantes son Thomas Smith, norteamericano, lingüista, del Instituto de Investigaciones Filológicas, Salvador Díaz Cíntora, nahuatlahto y latinista, discípulo de Rubén Bonifaz Nuño (que por cierto concurrió también un par de años al Seminario de Cultura Náhuatl), así como Federico Navarrete, a su vez colaborador de Eduardo Matos Moctezuma.

109 Tanto este último como el fallecido director de la Biblioteca Nacional, Ignacio Osorio, y el actual, José Guadalupe Moreno de Alba, han apoyado en forma decidida el proyecto que he descrito. Un ángel guardián del mismo ha sido Guadalupe Curiel, de la Biblioteca Nacional, que se ha encargado de todo lo que ahora llaman “la logística” del trabajo, desde la requerida financiación hasta la asistencia secretarial, obtención de obras de consulta y programación de nuestras reuniones periódicas. La responsabilidad que

tenemos en este proyecto es muy grande. Esperamos cumplir con el mayor de los empeños.

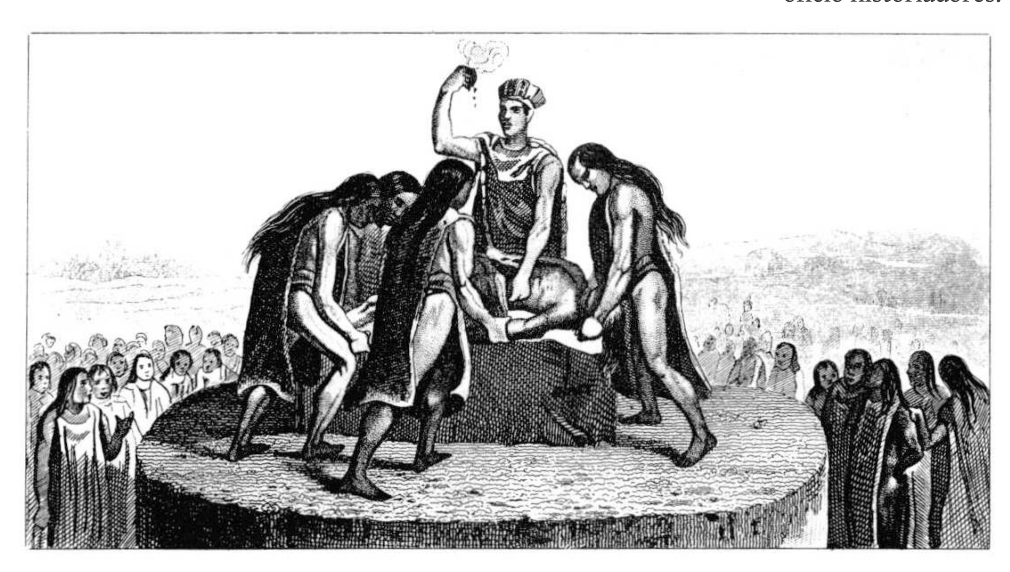
110 Varias otras cosas tengo entre manos pero me limitaré a hablar de tres de ellas que mucho me interesan. Además de seguir editando *Estudios de Cultura Náhuatl* y de impartir un curso a nivel de licenciatura en la Facultad, para volver a tener contacto con estudiantes en los que pueden surgir vocaciones de investigador, quiero escribir una gramática náhuatl de características muy particulares; asimismo un libro sobre historia prehispánica de México en el que, imitando al profeta Ezequiel, al que he citado, pueda insuflar vida en "la osamenta" de testimonios de que he hecho acopio a lo largo de casi cuarenta años; finalmente, deseo pensar, re-pensar, escribir y re-escribir las reflexiones que he venido haciendo sobre el tema del tiempo, la captación de la duración en la conciencia y lo que esto puede implicar en términos de un posible pensamiento metafísico. Esto último me interesa sobremanera, diré que vitalmente. En relación con esto me propongo, y lo he iniciado ya, volver a leer los clásicos de que disfruté en la juventud. Una nueva lectura de obras como la de los dramaturgos griegos, los presocráticos, Platón y Aristóteles, la Antología griega, los grandes historiadores romanos, Séneca y San Agustín, así como los maestros de nuestra lengua y de otras literaturas, habrá de fecundar de nuevo la mente de quien se acercó a ellos en la primavera de su vida. Entonces me enseñaron la sabiduría del *ars vivendi;* ahora me ayudarán a aprender la otra lección imprescindible para todos los humanos, el *ars moriendi.*

111 Tal vez he escrito más de lo que debiera en esta mi *egohistoria*. Quizás he caído a veces en presunción o arrogancia. Posiblemente debí mencionar otras cosas y personas. Todo esto y más es posible. La conciencia tiene el privilegio maravilloso —y misterioso— de abarcar duraciones y asimismo de recordarlas. Soy un historiador y éste ha sido mi quehacer principal. Otros lo han juzgado en parte al menos. Aún no se cierra el libro. El Dador de la Vida me mantiene en su libro de pinturas; me hace existir con sus flores y cantos; un día, como a todos, con su tinta negra habrá de marcar mi fin. Ojalá que, como también lo pensaron los sabios del mundo náhuatl, pueda decir yo "no acabarán mis flores, no acabarán mis cantos; los hago llegar a la casa del ave de plumas rojas y azules", allá donde está el que, sin ser Él mismo historia, es quien la hace posible y a la postre le da un sentido.

Alfredo López Austin

Autobiografía en digresiones y aforismos

A José María Calderón Rodríguez, José Rubén Romero Galván y Pablo Escalante Gonzalbo, de oficio historiadores.



¡Cómo digredir si aún no empiezo!

1 Hay quien llega a la historia por la vía de la emoción estética. Una palabra, una escultura, una pauta, pueden ser las chispas germinales. Después se sucederán los descubrimientos, siempre progresivos, casi infinitos. El cautivo de la forma se sumergirá en las simetrías y las armonías para encontrar —trascendida la forma— que éstas existen en toda la extensión de la obra humana. Y el cautivo de la forma hallará en la obra una dimensión más: el tiempo, el devenir. Entonces será cautivo de la historia.

Cuando me inicié como historiador no lo era del todo. Debido a ello no recuerdo la fecha

2 La obra es básicamente relación social, y la relación social es básicamente un juego entre la norma y su violación. En cualquiera de los polos de este juego existe una buena dosis de racionalidad, la indispensable para que cada quien pueda pretender ser comprendido.

Nadie se habla de yo

3 Un ejemplo —o el ejemplo— de este juego es el lenguaje. Sus antecedentes remontan a la antigüedad de la especie humana, cuando aparecieron en los animales superiores complementos de la herencia genética. Fueron diminutas modalidades, montadas en las señales instintivas, las que iniciaron el desorden biológico como prístino proceso de enseñanza-aprendizaje. A partir de ahí, y con una aceleración que llevó a la complejidad específica, el hombre hizo y se hizo en una lucha por la supervivencia que lo obligó a la perpetua comunicación con sus semejantes.

La gran creación del hombre es la palabra. La gran creación de la palabra es el hombre

4 Puede suponerse que la aceleración que condujo a aquellos mamíferos superiores al lenguaje fue el producto —como la rotación en la bobina de un motor eléctrico— de una alternancia de dos opuestos: la norma y su violación. Es un misterio si el pecado original fue la creación de la norma o si lo fue su desobediencia; pero es probable que el verdadero pecado se diese en la combinación de ambas. De haber sido así, deberá reconocerse la sabiduría del pueblo judío que plantó en el arranque de la historia el Árbol del Bien y del Mal.

¿A dónde van a dar las arenas de los médanos? Desierto-madre, tu viento sopló furioso

5 Difícilmente puede entenderse el movimiento si antes no se observa el objeto bajo una ficción de inmovilidad. El imponente edificio de la gramática es ese orden congelado que expone las interrelaciones de los elementos de cualquier lengua. Gracias a sus reglas cada usuario del lenguaje dispone de una amplia capacidad de intelección sin la necesidad del dominio exhaustivo. Lo que adquiere el usuario son las potencialidades. Y, lo que es más maravilloso, normalmente las adquiere y las usa sin siquiera darse cuenta, gracias a los recónditos mecanismos de la mente que contraponen la percepción de semejantes y diferencias, las armonías y las simetrías, las permanencias y las rupturas, para integrar el aparato de la inteligencia.

Mi camino a la historia fue de lo más común: dando tumbos

6 Las potencialidades son de intelección-expresión. Su naturaleza, por tanto, es social. La normatividad permite que el individuo se integre al acto creador en el diálogo. Hablar es crear. En el diálogo se conjugan con una asombrosa velocidad las numerosísimas normas de la lengua. Y aún más, la expresión no es sólo lingüística: otros órdenes expresivos, y otros no estrictamente expresivos, hacen que en una frase, en una simple frase, se crucen casi infinitos hilos determinantes.

La inteligencia del hombre es tan maravillosa que es imposible analizarla inteligentemente

7 ¿Por qué pudo alcanzar el lenguaje tal complejidad? Primero porque, libre el recurso de la dureza de la vía genética, su adaptación a las circunstancias lo hizo maleable y ágil ante cualquier agente externo. Segundo, porque la normatividad creciente permitió potenciar las combinaciones. Tercero —y en esto debe profundizarse— porque las tras-gresiones fueron posibles.

Vayamos sin prisas. La agitación ha sido brusca. Esperemos el reposo de los sedimentos

8 En otras palabras, la trasgresión fue una forma más de adaptabilidad ante las circunstancias cambiantes y una modalidad más en la complejidad acelerada. Constituyó, al mismo tiempo, la fuente de nuevas normas. Más allá: puede decirse acerca de la trasgresión que en el uso de todo sistema de alta complejidad se producen constantes violaciones a las normas, y que las violaciones a las normas son las vías idóneas de la regeneración normativa.

De las precipitaciones, la más insensata es la triunfalista

9 ¿Quién creó la gramática? No fue Panini. ¿Cuándo se creó? Se ha estado creando siempre, sin interrupción. El hablante ha de obedecer las normas; pero la obediencia lleva en alguna medida a su violación, y cada violación es como un grano de arena que modifica el gigantesco edificio. Al trasgredir las normas, los hablantes acaban por abolirías, y al abolirías las sustituyen con nuevas normas. La destrucción-construcción es permanente. Todos erigimos el edificio sin quererlo, sin saberlo. Lo creamos racionalmente. Inconsciente y racionalmente. Constreñido por una lógica acumulada en milenios, el edificio se estructura en la racionalidad. Necesitados de la comprensión, comunicamos racionalmente nuestras rebeldías, nuestras herejías, aun nuestras mayores insensateces. Pero la racionalidad no es absoluta ni sus aciertos son permanentes. Gracias a ello el lenguaje es imperfecto. Y la imperfección es el resquicio del cambio. Por ello una de las mayores virtudes esenciales del lenguaje es su falta de perfección.

La perfección y la santidad no tienen historia. Son tan inútiles como estériles

10 Hay quien pretende, arrobado por la belleza, descubrir el orden del gran edificio. Hay quien quiere ir más lejos: penetrar el secreto de su transformación.

¿Qué enseñanzas pueden superar a las de la historia?

11 La historia del lenguaje es, en términos braudelianos, una historia de muy larga duración. Es sólo un tipo de historia: la de los innumerables sujetos, la de las acciones mínimas, la de los innumerables años, la de los triunfos más profundos del pensamiento humano, la de las innumerables vías de incidencia, la de la creación inconsciente. El historiador podrá elegirla como su objeto de estudio; pero podrá preferir la historia de los ciclos o la del individuo y el acontecimiento; porque historia lo es tanto la transformación casi imperceptible de los hechos que parecen dormidos en el transcurso de los milenios, como el veloz suceso que constituye la materia corriente de los diarios. Pueden ser considerados historiadores tanto el lingüista como el periodista, siempre y cuando manejen su objeto de estudio desde la perspectiva del devenir.

El historiador del documento es uno más entre los historiadores

12 Es acertado afirmar que la historia de las religiones se desenvuelve en periodos de muy larga duración. Sin embargo, no queda limitada a ellos. La religión, de composición sumamente heterogénea, se transforma a diferentes velocidades. Algunos de sus componentes, muy resistentes al cambio, permanecen casi inalterados en el curso temporal como verdaderas concreciones que llegan a formar parte de su núcleo. Otros elementos de los sistemas religiosos se transformarán a una velocidad media. Otros más tendrán la velocidad de la suerte de las batallas, de las acciones de los líderes, de la decisión política de los gobernantes. Sin embargo, la historia de la religión, como la de cualquier otro campo de la vida social, no se integra por meros agregados. El historiador deberá investigar las formas de inclusión de unos hechos históricos en otros, sus articulaciones, las modalidades de las permanencias y de los cambios, los desfases con sus causas y consecuencias, en fin, deberá tomar en cuenta que el gran proceso histórico es un conjunto de transformaciones simultáneas que operan a distinta velocidad y que se afectan unas a otras en forma de ajustes, desajustes y recomposiciones.

El presente está formado por arcaísmos de diferente jerarquía

13 La base de las religiones se construye, como la de las lenguas, por medio de un proceso colectivo, inconsciente y racional. Éste es su origen normal y prolongado por siglos. El proceso se modifica con la intervención del liderazgo. Bajo la presión de graves contradicciones sociales y de cambios históricos abruptos, algunos elementos de las

religiones se resienten, sus incongruencias acumuladas llegan a un punto crítico, las doctrinas pueden convertirse en vehículos de la transformación y, en general, la reestructuración de los sistemas se hace inevitable. La reestructuración ha de lograrse con una rapidez mayor que la que logra el mecanismo reconstructivo espontáneo, normal, colectivo. Es el momento ideal para la aparición de los líderes, individuos capaces de convertirse en los grandes ordenadores y voceros de un sentir popular. El líder alcanzará su triunfo en la medida en que su mensaje recoja y refleje la aspiración colectiva, en que resuelva la oposición entre el estado previo del sistema y el naciente. El desarrollo del liderazgo, la potencialidad política de la dirección religiosa y la particularidad de los acontecimientos históricos del periodo reordenador, introducen en el sistema, sin necesidad de negarlos, cambios que lo alejan de sus fuentes originales de construcción permanente, lenta, colectiva e inconsciente.

Arrincona a un hereje y te hablará de ortodoxias

14 De distinta índole es la transformación de los sistemas religiosos por la integración de cuerpos doctrinalmente hegemónicos. Las iglesias y los estados coartan en buena parte la producción colectiva de las religiones al desarrollar y utilizar el aspecto político de éstas. La construcción de la religión pasa a ser competencia de los teólogos, encargados no sólo de ajustar los principios religiosos a los requerimientos políticos, sino de resolver las crecientes contradicciones nacidas de este nuevo tipo de ejercicio constructivo. En esta fase, sin embargo, la producción religiosa colectiva no desaparece. Los fieles pueden mantener importantes subsistemas religiosos populares, más auténticos y más próximos a la coherencia de su origen, aunque estigmatizados desde la perspectiva culta de los dirigentes.

Arrincona a un teólogo y te hablará de misterios

15 Las religiones universalistas llegan a distanciarse en forma mucho más profunda de la creación popular. Al imponerse sobre poblaciones de tradiciones ajenas, repudian o simplifican los nexos con sus propias culturas de origen. Esto favorece la abstracción de los principios religiosos, pero debilita los vínculos de la religión con cada uno de los actos de la vida cotidiana.

Arrincona a un sabio y sabrá callar

16 Cada época y cada tema estudiados revelan al estudioso muy particulares aspectos del devenir social. Es tan vasta la materia histórica y son tantos los enfoques posibles en la disciplina, que la profesión responde a un sinnúmero de objetivos, inquietudes y vocaciones. Por ello no es exagerado afirmar que en la materia, métodos y técnicas profesionales se muestra buena parte de la formación, las aspiraciones y el carácter del historiador. Pero hay algo común, casi universal, entre los historiadores: la profesión es una de las que más condiciona la vida de quien la ejerce. Profesar la historia es adquirir un compromiso; es construir día a día una forma particular de percepción de la realidad.

¡Cuidado con los autobiógrafos, sobre todo con los que confiesan!

17 El estudio de las religiones universalistas permite al historiador descubrir los complejos procesos de asimilación y ajuste interculturales. El estudio de las religiones autóctonas, en cambio, puede mostrarle en forma más clara las concepciones holísticas del mundo.

Confieso mi religiosidad

18 La religión mesoamericana ofrece grandes ventajas al estudioso. En ella se refleja en forma clara la racionalidad de una construcción colectiva que tuvo como origen un actuar cotidiano. Fue una religión nacida de las prácticas del hombre común en los más diversos campos de su vida diaria y filtrada en dichos campos. No sólo respondía a la lógica de los actos cotidianos, sino que autentificaba todos sus valores, desde los técnicos hasta los morales.

Soy profundamente religioso. No creo en ningún dios, ni en la finalidad del universo, ni en la bondad innata de los hombres, ni en su innata maldad, ni en la justicia, ni en la verdad; pero soy profundamente religioso

19 La primera ventaja del estudio de la religión mesoamericana deriva de su elevado nivel de autoctonía. Los pueblos mesoamericanos se caracterizaron por una antigua historia común, producto de muy distintos tipos de relaciones entre sociedades de cultivadores de maíz. La cultura en general, como la religión en particular, se transformaron notablemente en el tiempo y desarrollaron formas diferentes en las diversas regiones de Mesoamérica. El fondo cultural, sin embargo, fue común, y en la cosmovisión rigieron las mismas bases. Entre estas bases estaba la de una división dual plasmada espacialmente en la separación primaria del cielo y de la tierra, y temporalmente en las oposiciones día/noche y secas/lluvias. Fueron también bases mesoamericanas comunes la creencia en tres capas del cosmos: cielos superiores, mundo del hombre y región de los muertos; la concepción de un árbol central, el *axis mundi,* y de otros cuatro que habían sido colocados en los extremos del mundo para sostener el cielo; la integración de un sistema calendárico compuesto por varios ciclos, entre ellos uno agrícola y religioso de 365 días y otro adivinatorio, de 260 días, y otras muchas. Los ritos de los distintos pueblos mesoamericanos, principalmente los distribuidos en los 18 "meses" de 20 días que formaban un ciclo de dimensiones próximas a las del año trópico, tenían notable semejanza, y entre ellos sobresalía, desde tiempos muy antiguos, el del sacrificio humano. Pese a sus variantes, los mesoamericanos compartían los mitos principales. Había notables coincidencias de atributos divinos en sus panteones, y los dioses se cubrían iconográficamente con símbolos semejantes que mostraban sus poderes y las dimensiones de sus dominios. Como juego común, el de pelota de hule regocijaba buena parte de la vida de todo hombre, al tiempo que reforzaba con sus complejos significados las ideas de

un orden cósmico en perpetuo movimiento. Sobre todo lo anterior existía la idea de un orden cósmico valedero sobre todo los poderes tribales, señoriales o estatales. Era un orden que regía los tratos, aun los bélicos, entre las diversas unidades de poder. Es verdad que los poderosos hacían malabarismos en la interpretación religiosa, falseaban la historia y sus milagros, y fingían respetar los preceptos al extender sus injustificables acciones de dominio; pero la falsificación, el malabarismo y la ficción son pruebas de que en toda relación entre poderes se reconocía la existencia de ese orden superior y general, el de los dioses.

Niegan que pueda entender la religión quien carece de credo. ¡Qué jóvenes me parecen los geriatras!

20 Mesoamérica no era una isla. Prueba de que no lo era son los parentescos de la narrativa mítica y de algunas prácticas terapéuticas entre esta área cultural y la andina. La geometría cósmica de los pueblos de Oasisamérica (noroeste de México y suroeste de los Estados Unidos) y la iconografía de las culturas del sureste norteamericano coinciden en buena parte con las de los pueblos que habitaron el territorio de lo que ahora es la mitad meridional de México y la occidental de Centroamérica. Esto no puede deberse a una simple imitación de las expresiones culturales de pueblos prestigiosos. Si las imágenes grabadas en concha de los dioses del sureste de los Estados Unidos son tan próximas a las representaciones de los tableros de los juegos de pelota de El Tajín, no es por una mera copia servil en uno o en otro sentido. No se puede desligar este arte de la religión, ni la religión de una cosmovisión profundamente coherente. La explicación no es la transmisión indiscriminada, sino la creación conjunta, sin duda aumentada por las relaciones constantes entre dos áreas culturales, de pueblos que participan en buena parte de sus concepciones. Para los pueblos indígenas precolombinos sólo es posible el "préstamo cultural" en este campo cuando existe una íntima comunidad de creencias. Las cosmovisiones de estos pueblos son acervos intelectuales rígidos, sistemas demasiado coherentes, reacios a las novedades.

Estudiar los vestigios del pasado. Trabajar por un futuro distinto. ¿No habrá en muchos de los historiadores una inadaptación que mira en dos sentidos?

21 Mesoamérica, por muchas relaciones permanentes o eventuales que tuviera con otros pueblos americanos, no puede compararse con el gran caldero cultural del Mediterráneo asiático-africano-europeo. Ni la confluencia cultural fue tan intensa ni su contenido tan heterogéneo, ya que hubo una base tradicional panamericana que suavizó el flujo. Por ello los elementos culturales mesoamericanos pudieron, para bien o para mal, mantener una coherencia considerable y conservaron un alto nivel de autoctonía.

¿Seré un inadaptado? Me hubiera gustado vivir en la clásica Teotihuacan. Pero reflexiono: quién sabe qué tan difícil sería allí la vida de los inadaptados

22 Connotados antropólogos, y entre ellos sin duda Lévi-Strauss, han insistido en una peculiaridad de las culturas llamadas tradicionales: existe en ellas la fusión nomológica del mundo natural y el social bajo un mismo concierto. La ley que rige la vida de un insecto es la misma de los ciclos lunares y la de las relaciones familiares. En Mesoamérica los campos se traslapaban. Lo astral, lo vegetal, lo social, lo animal tenían vasos comunicantes. En algunos pueblos mesoamericanos el Sol era el maíz, y el gobernante era el Sol en un juego conceptual en el que la metáfora funcionaba más como un recurso de conocimiento que como un traslado poético. O tal vez el traslado poético era uno de los recursos privilegiados del conocimiento. Había un orden, e imperaba no sólo sobre los seres del mundo del hombre, sino sobre los dioses mismos. Puede encontrarse hoy en día, incluso en grupos fuertemente cristianizados, algún principio central del antiguo pensamiento que incluye todo, absolutamente todo, en la lógica de una ley verdaderamente universal. Por ejemplo, se afirma que en el mundo no hay cosa que no tenga su opuesto, y que por ello junto a Dios tiene que existir el Diablo. Y también podrá oírse al sabio que, trascendiendo la esfera de las apariencias, pretende descubrir que entre Dios y el Diablo no hay en verdad una enemistad sino una hermandad por complemento de opuestos que es indispensable para la existencia del cosmos.

Muestra las claves. No deduzcas todo ante el alumno. No cierres la conclusión para el lector. Deja una parte en la sombra. Ellos deberán participar en el descubrimiento. O deberán, tal vez, denunciar la inconsecuencia

23 La religión mesoamericana, fundada en la idea de los complementos por oposición, no tuvo como polares el bien y el mal. Hasta los dioses del inframundo, mencionados por el *Popol Vuh* como engendradores de enfermedades y muertes terribles, son partes indispensables del movimiento cósmico. Las fuerzas frías, surgidas de la región de la muerte, son enfermedad, podredumbre, pero también fertilidad, fuerza y riqueza. De las fuerzas celestes y luminosas procede la vitalidad del mundo; pero también llega con sus rayos la consunción de los cuerpos, que pueden ser destruidos por hambre y por fatiga. Vida y muerte, los que parecen ser polos de una línea recta son para el pensamiento mesoamericano dos puntos diametrales de un círculo, de un ciclo que hace a la vida origen de la muerte y a la muerte origen de la vida.

La religión no es asunto de curas

24 Hay frases congeladas. Nadie sabe su significado ni su origen. Tienen, sin embargo, una oportunidad precisa, y por ello y por su misterio se les dice rituales. “¡Ya te hice calavera!”, dirá el mestizo jugador de ulama cuando la puntuación de los equipos llega a

un punto preciso. Otros serán los dichos en otros momentos del juego. La pelota de hule, muy parecida a la que en tiempos mesoamericanos representaba el motor en una cancha que era la palestra general de las oposiciones, se eleva con los golpes de las caderas en una contienda en la que no tienen cabida los empates. En ningún momento la puntuación puede ser la misma para ambos equipos contendientes. Cuando los tantos de un equipo tienden a igualarse a los del contrario, la cuenta se altera, da un vuelco para impedir la igualdad. ¿Será esta particularidad de la cuenta, como pueden serlo las frases rituales del juego, una reminiscencia de profundo contenido? Si en la cancha se debatían el frío y el calor, las lluvias y las secas, los ejércitos, la noche y el día, los amantes, ¿qué ocurriría si fuese posible el empate? Se detendría la pelota; cesaría el movimiento al llegar a un punto muerto. No habría impulso para el siguiente paso, el paso contrario, porque el cosmos tenía una alternancia de péndulo, una secuencia de triunfos y derrotas.

No he hecho discípulos; pero he ayudado a formarse a muchos compañeros

25 Hubo una época, la de los mexicas, en la que el símbolo del devenir temporal fue el mismo que el de la guerra. Se llamó *atl-tlachinolli,* “el agua-la hoguera”. Su figura era la síntesis de las dos corrientes opuestas que se unen, la presencia conflictiva del flujo acuático del infra-mundo y el ígneo del cielo. Juego, guerra, tiempo, existencia.

Al discípulo se lo reconoce en la lealtad; al compañero, en la racionalidad del diálogo

26 La unión del fuego y el agua es el símbolo de la furia elemental. La naturaleza se humaniza bajo el valor de la guerra. Más allá, las fuerzas y los elementos toman de la humanidad la diferencia de los sexos y su choque se convierte en el acto en el que el ser humano funde su naturaleza y su cultura prístinas: la cópula. La tierra es la hembra, el ser primigenio. El cielo es el macho, el ser derivado. La hembra es fría; caliente, el macho. Todas las criaturas serán productos y combinaciones de ambas fuerzas; pero no sólo las criaturas, porque los dioses, ceñidos por la ley única, serán machos y hembras, y cada uno de ellos combinación de ambas fuerzas.

Con frecuencia el diálogo racional conduce a una amistad adulta

27 Se huía del equilibrio absoluto, destructivo. El predominio debía trasladarse de uno a otro de los personajes. En el origen de la hembra y el macho primigenios debe suponerse no sólo la instauración de la conjunción creadora, sino de la dinámica de la alternancia. La hembra fue dividida en mitades para formar al macho; de una mitad de la diosa de la tierra se hizo el cielo; pero numéricamente el macho adquirió cuatro unidades de ventaja, y por ello la cuenta de los cielos es de trece, contra los nueve pisos de la hembra, los nueve niveles de la región de los muertos. La hembra produjo al macho; pero el macho se elevó sobre la hembra. La alternancia en el dominio se repite en otras narraciones míticas. El dios pobre fue el segundón en la prueba del fuego; su presencia fue opacada

por las ostentosas ofrendas del dios rico; pero el arrojo del pobre superó la riqueza de su compañero, provocó el vuelco, y el valiente se convirtió en Sol, mientras el rico sólo alcanzó la disminuida luz en su corporeidad lunar. El origen no sólo establece los contrarios; impulsa la ley de la alternancia.

La lealtad es loable; pero es dependencia

28 Hubo diosas y dioses, múltiples. Siguen vivos para muchos en las milpas, en las fuentes y ríos, dentro de los montes y bajo la tierra, en el cielo y —sobre el horizonte— en los cuatro confines. Actuaban y actúan en parejas. Todavía se cree que los seres del mundo tienen un respaldo divino, y que es doble. Dos personas, hembra y varón, dan su esencia a cada cosa. Son los "cuidadores", los "dueños", "padre y madre". Así el Sol, según los tepehuas, cuenta con *ixpayixnatikin-paydios,* que son su padre y su madre, sus guardianes. En la antigüedad —como ahora— la marca del sexo dio cuenta de un mundo plural, heterogéneo, móvil, una realidad cósmica cuyos principios de contradicción y dinámica se mantenían hasta en las ínfimas partículas existentes. Todas eran mutables. En cada una de ellas brillaba la lucha de los opuestos y en ninguna había el absoluto equilibrio de sus componentes hembra y macho. La naturaleza de los dioses se creía descubrir por medio de la observación del mundo.

La amistad acepta la disensión de los razonamientos. La petición de lealtad suele considerarla indisciplina

29 Hombres de la antigüedad desarrollaron un sistema de numeración que permitió el manejo de grandes cantidades. Fueron los mayas. El desarrollo técnico, más que apartarlos de su religión, los llevó a profundizarla. En los cómputos creyeron encontrar un más preciso conocimiento del curso de los destinos. Siendo el tiempo materia divina, condicionado el poder de los dioses por un estricto orden calendárico de aparición, conocer el curso temporal era explicarse racionalmente el poder sobrenatural. Y conocer las características, las apetencias de cada dios, sus predilecciones, sus carencias, la particularidad de sus poderes y la oportunidad de su mandato, permitía prever racionalmente sus acciones. Paradójicamente la religión llevaba a los sabios conocedores de los calendarios a desacralizar el poder y la voluntad de los dioses, pues sus poderes y voluntades se descubrían sometidas a las leyes supremas del cosmos. En consecuencia, los sabios podían descubrir las futuras manifestaciones divinas, tanto más cuanto más perfectos fueran sus registros y más puntuales las técnicas numéricas.

La ciencia se construye con la razón, no con lealtades

30 Para el hombre común la religión también era la vía de un conocimiento práctico y cotidiano. En cualquier actividad, ante cualquier realidad, tenía trato con lo divino. Todo contenía divinidad. Con el conocimiento religioso el hombre común manipulaba dioses, suaves en su trato los que residían en los seres inocuos, terribles los que se ocultaban en el interior de las criaturas peligrosas. Dentro de cada ser una composición divina era la dadora de las esencias tanto genéricas como individuales. Si los seres tenían tal apariencia, y tales características y propiedades de combinación, y si significaban tales

beneficios o riesgos para el hombre, y si cambiaban de tal y cual manera en tales tiempos, lugares y circunstancias, se debía a aquella fuerza invisible, divina, que tenían la clase desde el principio del mundo y el individuo desde su creación particular. El hombre podía actuar sobre su circunstancia y sobre sí mismo de dos maneras: en forma normal, sobre la parte sensitiva; religiosa o mágicamente sobre el contenido invisible.

En la corte se llama lealtad; en el corrillo, incondicionalidad; en la intimidad del leal, futuro

31 La acción mágica tenía como instrumento principal el discurso, el conjuro, porque a todo ser —a la parte interna e invisible de cada ser— se le podía hablar. El núcleo de esencias era sensible, inteligente, falible ante el halago del mago, ante su bravata, su acusación vergonzosa, su intimidación o su convencimiento. El acto mágico era una acción que se creía real y directa, una relación entre el conjurador y el vegetal, el animal, el objeto manufacturado, la enfermedad o el organismo humano. Decía el médico, terrible y amenazante, a las esencias de pasión sexual que se habían apoderado del enfermo: “Yo seré quien deshaga vuestro conjuro, Señor del Viento Enano (Yum Ac Uinic Ik), Frenesí Erótico (Nicte Tancas)…” Pero el usuario del discurso mágico podía también rogar, y así lo hacía quien cortaba un árbol para evitar que se le viniera encima al derribarlo: “No me codicies, sacerdote que tiene por signo Uno Agua”. O pedía mansamente ayuda a los seres poderosos para que colaboraran en la feliz consecuencia de sus labores. Así, el agricultor que sembraba calabazas se dirigía a las dos personas (madre y padre) que constituían la divinidad de la tierra, para entregarles en custodia la pepita, nombrada en el conjuro por su nombre secreto, Uno Cuchillo de Pedernal (Ce Tecpatl): “Dígnate venir, mi madre Tlaltecuhtli, la que está boca arriba, mi padre Uno Conejo (Ce Tochtli). En la palma de tu mano coloco a Uno Cuchillo de Pedernal. Enciérralo bien en la mano, enciérralo en tu puño…” Aun las partes del organismo humano podían tener “almas” específicas, y por tanto nombres particulares que indicaban su poder de percibir las palabras del conjurador y de responder a ellas con un acto de voluntad. Muralla de Guerra, Siete Cuevas y Petaca, eran respectivamente los nombres de las muelas, el pecho y el vientre del enfermo. Ya durante el tratamiento terapéutico, el médico se dirigía a sus propios dedos como a personas ocultas, y les daba los nombres de Los Dueños de los Cinco Destinos, Los de Un Solo Patio o Los Venerables de Cabellera de Nácar. Y como no sólo los seres naturales tenían divinidad, el conjuro también incluía los llamados a la lanceta (Uno Jaguar), a la aguja (Venerable Aguilucho), al raspador de cobre (Chichimeca Rojo), a la parrilla (Estera de Plumas Preciosas Amarillas) o a la trampa de caza (El Camino del Tular).

La metáfora no se concreta a mostrar dos rostros: es un canto a la ley universal

32 Muchos de los nombres secretos usados en el conjuro remiten al origen del mundo. Entre otros, son nombres calendáricos Uno Cuchillo de Pedernal, Uno Conejo, Uno Agua, Cuatro Caña y Siete Serpiente. Indican el día en que los seres así nombrados surgieron en el mundo durante el ciclo de la creación. ¿Qué vínculo existía entre la naturaleza de los seres y su nacimiento sobre la tierra? El mito de origen respondía a las características de

las clases. La narración mítica se remontaba al tiempo previo, al de las aventuras de personajes que tenían la vaga condición de dioses-animales-hombres. Su índole bien puede entenderse como la conjugación de atributos que debían tener los gérmenes, dioses de extrañas formas, de precisas características que, siendo los antecedentes de los animales, las plantas o los elementos, tenían el máximo don del ser humano: el lenguaje. Eran dioses, semillas, principios inteligentes, seres heterogéneos cuyas diversas calidades responderían a la multiplicidad del mundo. Eran embriones que contenían casi todas las peculiaridades del ser en que se habrían de transformar. En el tiempo del mito les faltaría el último toque para integrar el conjunto de las cualidades que heredarían a las clases. Adquirirían la calidad final en el momento definitorio, precisamente al cubrirse invisibles, intangibles, de una materia sensitiva y pesada, la de los seres del mundo.

No elegí el campo de la religión antigua entre los que me ofreciera el estudio de la historia. Descubrí que la historia es el mejor medio para entender la religión antigua

33 Porque el mito es el camino hacia el endurecimiento incoativo. El mito concluye cuando Hunahpú e Ixbalanqué se transforman en astros. El mito concluye cuando nacen los hombres a partir de la mezcla del maíz extraído de los intestinos del coyote de Paxil y la sangre de la serpiente y el tapir. El mito concluye cuando el dios supremo, después del diluvio, coloca a los cuatro dioses *bacaboob* en los cuatro extremos de la tierra y los deja como sostenes del cielo y señores de los vientos. El mito concluye —al menos para el conejo y el venado— cuando los dos dioses hermanos tratan de atraparlos y se quedan con buena parte de sus rabos entre las manos. Ya completos los dioses-gérmenes por el último episodio de sus aventuras, pueden pasar a formar la esencia oculta de las criaturas. Su vida mítica da cuenta de una realidad de este mundo. La narración mítica es teleológica.

Examina el códice. Con un rayo de un sol —longitud y ángulos conocidos— podrás reconstruir toda la figura. Nunca reconstruirás la plenitud del dibujo concreto; pero tal vez te aproximes a los pensamientos de los pintores de soles

34 El tiempo del mito es el de los seres húmedos, blandos, dúctiles. La casa del mito es la Tulán cerrada, nocturna, la del otro lado del mar, el recinto cuya puerta cuida el murciélago, el sitio donde se dará el bulto de la herencia a los progenitores de hombres, Gagavitz y Zac-tecauh. El mito culmina con la luz solar para concluir con la creación. Los dioses-gérmenes, los “antepasados”, juegan libremente con los flujos proteicos de sus cuerpos protegidos por una penumbra permanente. Juegan mientras empieza el nuevo orden. La plasticidad alcanza la forma definitiva en el momento de la prístina elevación del Sol, y entonces la mutabilidad formadora se paraliza. Encumbrado el Sol, máxima manifestación de lo divino, sus rayos secarán la superficie de la tierra, solidificarán la materia lodosa de los dioses-gérmenes, endurecerán sus pieles, y en el nuevo orden darán principio los ciclos temporales.

Los dioses palpitan. Si no, ¿para qué piensan?

35 Cuentan hoy los chinantecos que en los tiempos en que los animales hablaban había una mujer-armadillo que tejía un huípil para lucirlo cuando saliera el Sol. Visitó a una amiga más hacendosa, la mujer-tepezcuintle, que había concluido su tejido. “Creo que no voy a acabar el mío. Ya mero sube el Sol y no termino el huípil”, se quejó la armadillo con su compañera. Cuando salió el Sol la mujer-tepezcuintle se cubrió con su prenda ya terminada. Los dibujos de flores quedaron para siempre adornando su piel. La mujer-armadillo, en cambio, tomó el telar, con sus hilos y palos, y se lo echó sobre la espalda. Con la luz de los rayos los palos quedaron adheridos a su lomo para siempre.

La economía de los científicos tiene su ciclo histórico: se hunde por sexenios

36 Con los rayos del Sol adquirieron sus formas y esencias todas las clases de lo que hoy existe. Todo procede de los dioses y participa de la divinidad. Todo, hasta los objetos fabricados por el hombre, porque allá en el principio del mundo fueron creadas también las clases de lo que el hombre produciría. Durante el ciclo temporal arquetípi-co, inicial, en el día *ce malinalli,* se produjo la cuerda. Ese nombre se usó en los antiguos conjuros para pedir mágicamente a las cuerdas que cumplieran con sus funciones.

Me dedico a la ciencia porque no sé hacer otra cosa. ¿Qué necesidad tendría yo de pasar necesidades?

37 Aventura plástica, orto solar, endurecimiento. Éste es sólo el origen del mundo, porque el origen del origen del mundo pertenece ya al mundo en marcha. La invención de las aventuras de los dioses-gérmenes no ha concluido. En el enorme edificio mitológico todo fiel sigue destruyendo y construyendo la parte medular del mito en forma racional e inconsciente. Es un proceso que ha durado y durará lo que dure el mito. El carácter y los atributos de los dioses se descubren en el manejo de las cosas, en el trato con los semejantes, en la introspección. Las adecuaciones, las oposiciones, las rivalidades, los amoríos, las violencias y los juegos divinos pueden observarse en las milpas, en los talleres, en las cocinas, en el cuidado a los pacientes. El mito es complemento de las técnicas.

Disimulemos. Hablemos de vocación y apostolado

38 Las técnicas clasifican, ordenan, repiten los caminos recorridos y los rectifican, memorizan, agrupan las experiencias y abstraen de ellas los principios. Es frecuente escuchar juicios erróneos acerca de la tecnología de las sociedades llamadas tradicionales. Se dice de la medicina tradicional, por ejemplo, que se fundamenta en la fe y que es simplemente empírica. Para empezar, ambos calificativos son excluyentes. El error más craso es, sin embargo, la exclusión que se hace desde ambos de un saber sistematizado. Las técnicas tradicionales, por el contrario, se caracterizan por la rigidez y la

generalización de sus principios. Su ejercicio cotidiano es una lucha creativa entre la aplicación de esos principios a los casos concretos y las nuevas experiencias nacidas en cada realización. No hay una mera acumulación de conocimientos, pues nadie sería capaz de manejar un gigantesco acervo de experiencias inconexas. La percepción de la realidad y la acción sobre ella sólo pueden darse bajo los lineamientos de sistemas culturales. Los sistemas culturales son los productos de una racionalidad cotidiana acendrada por siglos, por milenios.

La mitología llenó el mundo de causalidad

39 Las técnicas de tradición mesoamericana se rigen por el principio de la división dual del cosmos. Los objetos, los animales, los vegetales, los elementos, los minerales, las personas, el tiempo, los dioses, los hombres, tienen esencias complejas cuya composición —dado el predominio de los componentes— los hace caer en uno o en otro de los dos grandes apartados universales: o pertenecen a lo alto, caliente, luminoso, seco, masculino, mayor... o a lo bajo, frío, oscuro, húmedo, femenino, menor... Es cosa esencial. No es determinante absoluta la temperatura real; ni lo son el color o el sexo. Se trata de algo más profundo que la simple apariencia. Hoy el granizo se clasifica en el lado caliente de las cosas, y la razón se observa en sus efectos sobre las plantas. Esta división, sin embargo, es tan sólo la base ordenante de una compleja taxonomía que debe dar cuenta de las particularidades de cada clase, de cada individuo dentro de su clase, y de una explicación doble, paralela, que responde tanto a las propiedades perceptibles de todos los seres como a las causas internas, invisibles, personificadas en los dioses que están cautivos en la cascara de materia pesada.

Comprar, vender, dejar el pellejo para poder soñar con el hartazgo. Bien, pero ¿sólo esto?

40 El ejercicio técnico servía al mesoamericano para atemperar las asperezas de su medio. Buscaba las compensaciones. Pretendía combinar los alimentos de naturaleza caliente con los de naturaleza fría; atendía con medicamentos acuosos a los enfermos atacados por enfermedades de origen celeste; evitaba los desequilibrios producidos por la ira o la vergüenza, pues creía que con ellas se desplazaban y se concentraban en ciertas partes del organismo las fuerzas vitales que debían estar uniformemente distribuidas; con la quema de los rastrojos creía devolver al cielo las fuerzas pluviales que habían quedado atrapadas en el suelo desde el inicio de la estación de lluvias, con la convicción de que sólo en forma de humo podrían acumularse nuevamente como nubes. Por medio de las técnicas —incluidas, obviamente, las religiosas, las mágicas y las calendáricas— el hombre intentaba armonizar su difícil convivencia con los dioses. Así, evitaba estar presente en los sitios de la confluencia bélica divina y en aquellos en los que un dios ejercía un dominio fuerte, implacable. Era el espacio cargado de fuerzas excesivas: los *ohuican* o “lugares difíciles” de la antigüedad. Hoy se llaman “encantos”. Y el mesoamericano también evitaba exponerse al golpe de los tiempos peligrosos, cuando la esencia impetuosa de un dios se extendía sobre la superficie de la tierra. El tiempo, hay que recordarlo, era la sustancia divina que aparecía sobre el mundo en riguroso orden calendárico. Los númenes esperaban su turno para intervenir en el juego de esta gran cancha. Las técnicas calendáricas eran entonces el

mejor apoyo: por ellas el mesoamericano creía saber la oportunidad de las formas específicas de culto que más agradaban a cada uno de los dioses convertidos en tiempo, cuáles eran las actividades riesgosas en cada una de las fechas y qué seres eran los más débiles frente a los visitantes.

¿Crees rezar sin un puñado de tierra entre tus manos?

41 La religión mesoamericana fue una religión para la vida. El mesoamericano no buscó un mundo mejor; trató de entender éste. Lo concibió descarnadamente. Lo entendió como un sitio de delicias: el de la maduración de los frutos, del calor y la luz solares, de la amistad, el sexo, la reproducción y el amor de los hijos, de la comida y la bebida. El dios supremo, Totecuyo, se había dignado dar "la risa, el sueño, y nuestro sustento, nuestra fuerza, nuestro brío, y esto más: el sexo, para que sea la reproducción". Pero al mismo tiempo el mundo se descubría como un lugar difícil, peligroso, sujeto a irregularidades y catástrofes, a opresiones y crueldades humanas: "hay tormento, hay dolor, hay aflicción; porque aquí salen el dolor apostemado, el escozor; dificultosa es la tierra; lugar de lloros, lugar de penas". El placer y el sufrimiento eran inherentes al hombre y al mundo. Los factores de la permanente lucha de los dioses habían sido los mismos de la esencia humana. El hombre tenía como posibilidad sacar el mejor partido en el debate cotidiano de lo visible y lo invisible. Había sido creado como un jugador más. Su sino era jugar por siempre, y no había juego fuera de la cancha.

Tal vez, contagiado por lo inasible, rompa al morir la piel de mi último minuto y convierta en tiempo dilatado su intestino. Uniré la vigilia con el sueño. Esperaré permanentemente, sentado en la negrura, sin entender qué espero, mirando cómo se enciende y se amortigua la brasa mientras fuma en silencio el Señor de los Muertos. Palparé entonces mi vientre para saber qué tan grandes son ya las pústulas de la corrupción

42 Religión para la vida, en la que la muerte tuvo un gran papel: fue origen, cierre de ciclos. La vida era posible gracias a la reproducción y la renovación de los seres; pero la reproducción y la renovación exigían la muerte porque eran parte de un mecanismo cíclico. La muerte era la descomposición que conducía al retorno. En ella se disolvía paulatinamente la individualidad hasta desaparecer por completo. La semilla de maíz debía corromperse en el oscuro dominio de los muertos para que de su cadáver germinara una nueva planta, otra planta. Para el ser humano su muerte no era una esperanza de salvación ni de existencia plena. Es cierto que los textos registran las creencias en moradas de muertos, deleitosas unas, otras crueles; pero eran moradas transitorias, meros pasajes al reciclamiento, y en éste se destruía todo vestigio del yo. La existencia ultraterrena era sólo la consecuencia del haber vivido, el proceso necesario para que los componentes del hombre —como los de los animales y las plantas— volvieran a ser mezclados para la continuidad de las especies. El hombre sólo gozaba de su integridad

cuando estaba vivo; poseía entonces su cuerpo pleno, sus almas. La muerte era el principio de la dispersión, la negación del ser completo.

El buen autobiógrafo es una tea que no ahuma. Alegra, regocija. Adoba su relato, lo adorna, lo compone. Crea imaginativamente, inventa, distorsiona. Sabe limpiar la hienda de su vida. Hace brillar lo simple; llena de glorias lo aburrido. Revela secretos indecibles; satisface la malsana curiosidad de sus lectores. Se deleita en venganzas onanistas; de lejos se burla de sus enemigos. Hace reír, divierte, es divertido

43 La concepción cíclica del cosmos dio un terrible papel a la muerte: liberaba las fuerzas indispensables para la permanencia del mundo. El hombre debía velar por el flujo de las fuerzas enmedio de la terrible sucesión de conflictos divinos. Debía introducir la armonía en un cosmos siempre en riesgo de llegar a desequilibrios catastróficos. Debía destruir a sus semejantes para garantizar los cursos. La occisión ritual fue una técnica más —técnica atroz— para la supervivencia de los seres mundanos.

El mal autobiógrafo disgusta. Provoca los bostezos de la gente. Narra su vida tal como ha transcurrido. Es insípido, soso. Dice cosas que a nadie interesan. Desnuda la verdad, la monda. Malgasta el papel en el que escribe

44 El hombre había creado a los dioses; los había hecho la razón de todo lo existente y había compartido con ellos su mayor don: la palabra. Esta humanización del mundo le permitía confiar en las técnicas de lo invisible. Creía en la voluntad distribuida, atomizada, oculta, y al mismo tiempo en la posibilidad de influir en ella. Pero al dar a los dioses atributos humanos, también les había asignado los de una naturaleza mutable. La combinación hacía de los dioses seres volubles, caprichosos, que podían mostrarse generosos y paternales o podían actuar crueles y avaros con el ser humano. Si ellos no eran así, ¿cómo lo eran la naturaleza, el devenir, los hombres como criaturas máximas? ¿De dónde, si no de los dioses, podían haber nacido las esencias benéficas y las terribles? Los dioses y sus aventuras míticas daban cuenta de lo existente: la diversidad, los ciclos, la oposición de las fuerzas contrarias, la alternancia de los triunfos, las transformaciones. He aquí la gran racionalidad del politeísmo.

¡Bendita simplicidad que ahorra las complicaciones teóricas! Perb, ¿hemos de ser simples todos?

45 Es notable la forma en que la cosmovisión mesoamericana conservó sus vínculos con la vida cotidiana, a la que permeó en sus más variados ámbitos y en la que se hizo presente a

través de los más importantes símbolos. Sin duda la cosmovisión fue modificada por los cambios políticos violentos; pero no es claro que éstos la hayan afectado en su aspecto nodal. ¿Hasta qué grado la religión sufrió transformaciones por la intervención de los líderes? Es difícil saberlo. Los registros históricos de que se dispone impiden el conocimiento con el detalle suficiente. Parece haber existido un sistema político apoyado en las figuras míticas de Quetzalcóatl y Tollan que incidió en los mitos fundantes del poder. Sin embargo, el soporte mítico pudo haberse logrado con modificaciones que no dañaron el sentido profundo y nodal de creencias y narraciones. Tal vez sólo se adaptó la figura de la Tollan mítica, oscura, generadora de hombres, para hacerla cuna de etnias diferentes. El resultado de la modificación mítica sería el siguiente: antes de salir al mundo los componentes de estas etnias habrían sido iguales; pero al abandonar Tollan cada grupo habría adquirido una lengua distinta. El mito, así, superaría la contradicción del parentesco de origen de los grupos humanos diferentes: antes de su vida histórica, en la noche de su formación, habían sido iguales; la diferencia se había iniciado después, fuera del vientre materno, al principio de su historia. Los diferentes grupos humanos tenían una hermandad tolteca, la de la Tollan gestadora. Esta modificación mítica con fines políticos es por ahora una simple hipótesis. El complejo problema mítico-político no ha sido suficientemente estudiado; pero puede pensarse que a él se debe en parte la confusión de las fuentes que ha permitido configurar la historia de un supuesto líder religioso, Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl, personaje tan caro a los historiadores que sobrevaloran el papel del individuo en los procesos de creación del pensamiento religioso. La figura de Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl, difusa y contradictoria, ha sido para muchos el espejismo del filósofo reformador. Los resultados de esta atribución no han sido convincentes para todos. Por otra parte, faltan las huellas de las consecuencias normales de un liderazgo. No hay claros vestigios de escisiones religiosas, productos esperados de la intervención de líderes. Todo cisma produce una denominación diferencial para las doctrinas de los bandos resultantes, y en Mesoamérica, hasta donde se sabe, el pensamiento religioso careció de nombre en cuanto enseñanza de un grupo humano particular.

Muchos grandes conversos renegaron de sus errores ante la visión terrible de la muerte. Hoy basta la presencia de los huesos

46 Por otra parte, las orientaciones políticas dirigidas desde la cúspide del poder sí influyeron fuertemente en el pensamiento religioso, y esto desde épocas muy tempranas y hasta el fin de Mesoamérica. Bastaría pensar como ejemplos en la profunda transformación que significó el desarrollo del calendario, necesario para sustentar el carácter religioso de los gobernantes, o en el descomunal incremento de los sacrificios humanos en el Posclásico, sobre todo en los tiempos de expansión política de los tarascos, los mayas yucatecos y —en forma sin par— de los mexicas. Paradójicamente, la cosmovisión conservó fuertes y múltiples nexos con las actividades cotidianas del hombre común, y hoy en día, cuando la religión antigua ha desaparecido y han surgido en su lugar religiones indígenas coloniales con importante influencia cristiana, la tradición mesoamericana mantiene muchos de los antiguos vínculos entre la concepción del mundo y el diario quehacer del hombre común: su trabajo, sus relaciones familiares, sus ligas

comunales, el trato de su cuerpo, etcétera. Ahí reside la fuerza de la tradición y de la identidad.

Los aforismos y los latines son los *slogans* de la gente culta

47 En resumen, la religión mesoamericana puede caracterizarse como un sistema de pensamiento de muy extensa y antigua producción colectiva que, aun en los momentos de las más fuertes incidencias del poder político, mantuvo sus vínculos con todos los aspectos de la vida cotidiana de la amplia base popular creadora. Conservó, por tanto, la autenticidad que hace que el pensamiento religioso sea producto y guía del más diverso conocimiento, una autenticidad que impide las contradicciones entre el saber y la fe. Fue una religión viva más allá del acto religioso, más allá de la intención y aun de la conciencia religiosa, porque las leyes del cosmos, descubiertas por el hombre en todos los rincones de sus andanzas mundanas, eran globales, absolutas. La religión, en sus poemas, mitos, ritos, símbolos visuales, clasificaba el cosmos, reducía causalidades, homologaba principios, sistematizaba leyes y conocimientos, estructuraba sociedades, regía, apoyaba y justificaba conductas, y era el instrumento idóneo para develar los secretos de la naturaleza. En la región mesoamericana creer era saber.

La identidad es la posesión de un entramado

48 Tucídides sopesó dos valores: el placer que su historia podía proporcionar a los lectores, fácilmente asequible con el "color de las fábulas", y la utilidad de su lectura, sólo alcanzable con el registro de la verdad de los sucesos. Eligió para su obra el segundo de los valores, confiando en que éste le permitiría construirla "como un monumento para siempre". La utilidad de la historia sigue siendo el eje de los más importantes debates filosóficos en torno a esta ciencia. Sin embargo, en la diversidad de sus campos no todo el ejercicio de la historia es del mismo valor, ni es éste igualmente evidente.

Pierde el hombre la esperanza de transformar racionalmente su realidad. Cuando ya ninguna esperanza quede, ¿tendrá razón de ser la historia?

49 La pregunta al caso es inmediata: ¿Para qué la historia de la religión mesoamericana? ¿Para qué la historia de una religión que desapareció hace siglos? Y la respuesta —al menos la primera respuesta— apunta a una tradición que está presente en México y Centroamérica en las creencias y prácticas de millones de seres humanos. La religión mesoamericana, en efecto, terminó con la colonia; pero de la colonia nacieron nuevos credos y prácticas formados por dos vigorosas corrientes tradicionales: la mesoamericana y la cristiana. No se construyeron por mera composición, porque su particularidad histórica las hizo productos de su momento, religiones coloniales; pero muestran, con el predominio de uno u otro de sus antecedentes, la fuerte presencia de ambas tradiciones. Difícilmente podrá entenderse el pensamiento indígena actual sin comprender el alcance de la tradición mesoamericana. Y difícilmente podrá respetarse lo que no se entiende.

Porque si hemos de abandonar nuestra suerte al azar, más nos vale embriagarnos en la negación de la memoria

50 Durante cinco siglos las religiones indígenas han sido despreciadas e intervenidas. Es lo corriente en una situación colonial. Sobre los dominados se levanta un juicio apriorístico de incapacidad cultural, y éste justifica la intervención del dominante. Los fundamentos de la intervención han cambiado con la historia; pero la intervención se ha mantenido sobre recursos naturales, cuerpos y conciencias. En un principio los dominantes se arrogaron el derecho a la evangelización. Ahora es diferente: se habla de libertades. Se defiende la libertad de evangelizar —con reclamos de libre concurrencia— y la libertad de ser evangelizado en el credo que ofrezca más ventajas según un libre juego del mercado. Derecho de intervención en el pasado; libertad hoy de ser intervenido. Así en la conciencia, en los cuerpos y en los recursos naturales.

Ahora los *neos* se llaman *pos*

51 Si algún día el respeto a la conciencia de los pueblos hoy colonizados llegara a ser más que una utopía, si con ello aumentara la lista de los derechos humanos, si la defensa de estos derechos fuese capaz de frenar la intervención apoyada en la prepotencia económica, cultural y política, el estudio de la religión mesoamericana cubriría una de sus cuotas de utilidad.

¡Triste ideología que no tiene más asideros que la moda!

52 Una segunda respuesta apunta a la comprensión de los mecanismos de la creación cultural. Centrada la historia de la cultura en la creación científica, o al menos en la creación individual y consciente, el historiador frecuentemente pasa por alto que los mayores logros culturales de la humanidad han sido erigidos por una acumulación milenaria, colectiva, anónima en la multitud inmensa de sus creadores, indirecta en sus propósitos e inconsciente.

El aforismo enuncia fastuosamente sin necesidad de sustento

53 La historia de la religión mesoamericana es un buen campo de estudio para comprender la creación colectiva e inconsciente de muy larga duración. Una de las ventajas del estudio de esta religión deriva, como se dijo, del alto nivel de autoctonía del pensamiento mesoame-ricano. La autoctonía permite analizar los procesos de creación sin las perturbaciones provocadas por las confluencias de tradiciones de distinto origen. El resultado de los estudios históricos ha permitido apreciar alguna de las características del pensamiento religioso, sobre todo su racionalidad, manifiesta en la coherencia interna del sistema. En términos más amplios puede afirmarse que la cosmovisión mesoamericana

conformó coherentemente los distintos sistemas que la componían, interrelacionando sus campos en tal medida que proporcionaban al individuo un sentido íntegro de su existencia. Todos los aspectos de su vida quedaban significativamente vinculados.

La digresión divaga, divierte. Sin ella el discurso principal nada pierde

54 El estudio de la historia de las religiones antiguas, entre ellas la mesoamericana, descubre los orígenes del sentido de integridad que se encuentra presente en las tradiciones culturales y que forma parte de las identidades. Permite apreciar, de igual manera, las diferencias de la calidad de vida de quienes pertenecen a una fuerte tradición y conservan valores vigorosos de identidad, y quienes han seccionado su existencia al debilitarse los nexos internos de su complejo cultural.

Muchos de mis aforismos y digresiones habrán de ser puestos en duda. En cambio de lo demás yo no respondo

55 En este presente de súbitas transformaciones es oportuna la reflexión científica sobre las tradiciones y las identidades. Hoy muchos hombres de ciencia defienden la diversidad en los foros internacionales. Forman un frente de conciencia ante la creciente uniformidad que conviene a la gran empresa. Defienden la biodiversidad, la diversidad cultural, la diversidad tecnológica, contra una reducción destructiva, producto de la corta visión de quienes no prevén las consecuencias más allá de las ganancias inmediatas. La tradición, siempre en proceso constructivo, pero acendrada en la coherencia secular…

Si el discurso principal no se retoma, queda a la digresión el cometido de…

Edmundo O'Gorman



Del amor del historiador a su patria*[1]

I

1 Estoy seguro de que tan sugestivo título no dejará de despertar de inmediato en alguno de ustedes un obvio reparo. ¿Qué no, acaso, el amor es siempre el mismo? Pero ¿cómo, entonces, y por cuál motivo ha de reclamar el historiador un modo que le sea privativo de amor a la patria?

2 Veamos de cerca esta plausible objeción, y para disiparla el camino más expedito será recurrir a unos ejemplos indiscutibles. Nadie, supongo, dejará de convenir en las

diferencias que separan el casto amor de don Quijote por Dulcinea, el más bello síntoma de su genial locura; la inflamada pasión que —según lo ha mostrado admirablemente Bonifaz Nuño— desoló el alma sensible de Propercio, y el incendio místico que padeció por su Dios el tierno corazón de San Juan de la Cruz. Ya se ve: en los tres casos hablamos de amor, pero en cada caso se trata de un amor de cuño diferente, y la cuestión que plantea esa diversidad consiste en inquirir por su razón de ser.

3 Pues bien, a poco que meditemos no será difícil advertir que, si esos amores son diferentes entre sí, no es por nada intrínseco al sentimiento en cuanto tal, sino a las diferencias que hay entre los sujetos que lo experimentan o, quizá fuera mejor decir, que lo padecen. Tenemos, en efecto, un hidalgo loco que se siente llamado a reparar agravios para instaurar el reino de la justicia en este mundo. Tenemos, por otra parte, un hombre antiguo, un excelso poeta de la Roma imperial que entrega su vida y su genio a los llamados que significan para él los atractivos fatales de una cortesana. Tenemos, por último, a un cristiano, también sublime poeta, que, con desdén hacia las múltiples voces que tientan al común de los hombres, sólo presta atención a las señales de una divinidad cuya contemplación es el eje y razón de ser de su existencia. He aquí, entonces, la respuesta al pequeño enigma que tan intempestivamente nos salió al paso, porque se discierne con claridad —y esto es lo decisivo— que la diferencia entre los respectivos amores de esos hombres brota de la disparidad en el llamado al que cada uno ha acudido para convertirlo en la estrella polar de su destino. Es, pues, la vocación y la fidelidad a ella el troquel que individualiza como distintos el amor de cada uno de esos tres hombres, pero, entonces, ¿qué de extraño tiene admitir que a historiador o, mucho mejor dicho, a la vocación de historiador corresponda una manera de amor que le sea peculiar y privativa?

II

4 Vista esa posibilidad, demos un paso más en la dirección a la que apunta el hilo de estas reflexiones y preguntemos por aquello en que consistirá la peculiaridad propia al amor correspondiente a la vocación histórica.

5 La respuesta a esa pregunta nos remite a recordar la índole creadora, llamémosle así, del vínculo que se establece entre el amante y el objeto de su pasión, y respecto a la cual me basta atenerme al testimonio de todo aquel que haya experimentado, más en espíritu que en carne propia, los efectos subyugantes de semejante vínculo. Aludo, ya se habrá adivinado, a la transfiguración que opera el amor en el ser de su objeto y que lo hace aparecer como algo enteramente distinto de como lo ve quien no lo ame. Y en efecto, todos sabemos que a los ojos del amante el objeto de su pasión se le ofrece —adviértase bien— no necesariamente como lo perfecto, sino como algo mucho más compulsivo y arrollador, es a saber: como un ente absolutamente único e incanjeable que se destaca como una torre señera en medio del chaparro y romo caserío. Y el propulsor de semejante transfiguración es el amor mismo que por su naturaleza, digámoslo así, requiere que su objeto represente una necesidad cuya hambre sólo puede satisfacer y calmar la presencia y posesión de ese objeto y de ninguno otro.

6 Es, por consiguiente, la absoluta singularidad y no la perfección, como suele pensarse de ordinario, la esencia de que dota el amor a su objeto y, víctima de la osadía —iba a decir del sacrilegio— en haber inventado un ente tan único, es eso lo que le presta su terrible fuerza a la, por tantos otros motivos, frágil atadura del vínculo amoroso. Y así podemos

comprobar esa ley en la transfiguración de una ruda campesina en la sin par Dulcinea, y de una cortesana, cuyos favores estaban al mejor postor, en la insustituible Cintia de las desoladoras elegías de Propercio.

III

7 Volvamos ahora sobre el caso del amor correspondiente a la vocación histórica y, a la luz de las anteriores reflexiones, podremos columbrar que el pasado, objeto de ese amor, no se sustrae a aquella ley de la transfiguración que hemos explicado y sin cuya magia no puede hablarse de amor verdadero. Atento el historiador al paisaje de vida humana que le revelan los testimonios —lo equivalente a las sonrisas o a los desaires en el caso del amor por una persona— también él lo va dotando, en la medida en que se enamora, de una realidad única e inconfundible, por más que el sociólogo le asegure, con todo el peso de su ciencia, que, en definitiva, se trata de una instancia más que puede y debe reducirse a otras de igual especie. Es el caso de quien, con la autoridad de Aristóteles, pretenda convencer a su amigo enamorado de que la mujer que lo ilusiona no es sino un ejemplar más, entre millones, del género femenino del *homo sapiens.* Y cuando aquel proceso (que Stendhall llamó "cristalización") alcanza su cúspide, y aquella realidad, ahora tan única, le entrega al historiador el secreto de la singularidad con que él mismo la ha dotado, es cuando se ilumina su contemplación con lo que él llama la verdad de sus investigaciones. Una verdad preconizada, quizá, como válida para todos y así aceptada, quizá, por sus contemporáneos, pero siempre y primariamente, una verdad personal en el mismo sentido entrañable en que Dulcinea le pertenece a don Quijote, y *Don Quijote,* a don Miguel de Cervantes Saavedra.

8 He aquí al descubierto en su resorte medular el mecanismo de la interpretación histórica y la clave para dirimir la vieja y falsa contienda acerca de si el conocimiento que ella es capaz de ofrecer es o no conocimiento verdadero. Pero he aquí, además, la objeción fundamental a esa seudohistoriografía, tan ajena a nuestra idiosincrasia, pero hoy tan en boga y tan aplaudida entre nosotros, a esa seudohistoriografía, digo, que, por una vana esperanza de objetividad, sólo quiere atenerse a estadísticas y generalizaciones con desdén por lo particular e irrepetible. Es, pues, una manera de historia que permuta la primogenitura de lo cualitativo por el plato de lentejas de lo cuantitativo, para acabar ofreciendo, en monografías ilegibles, un cadáver de verdad incapaz de entusiasmar al más frenético devoto de la necrofilia. Es historia de computadora y puesto que, cualquiera que sean las excelencias de esos artefactos admirables, no se ha logrado todavía insuflarles una vocación, se trata, en suma, de una historia aterida, de una historia hecha sin amor.

9 He procurado, dentro de lo permitido por la penuria de tiempo a mi disposición, arrojar alguna luz sobre la índole creadora de la relación que se establece entre el impulso amoroso y el saber histórico, y sólo falta aclarar que cuanto he explicado respecto al pasado humano en general se aplica al propio, es decir, al amor del historiador por su patria. No voy, pues, a repetir lo ya dicho, salvo que tengo especial interés en insistir en que la transfiguración que opera la visión amorosa en el ser de su objeto no supone necesariamente dotarlo de perfección, pero sí, necesariamente, de una singularidad que lo convierte en algo único e incanjeable. La distinción es crucial, porque de esa manera se le reconoce al amor la suprema libertad de su imperio que, de otro modo, quedaría condicionada a las exigencias de lo perfecto. La famosa ceguera del amor se atiene a aquella singularidad y no a los defectos o vicios en el objeto amado que, por lo contrario,

son tanto más visibles cuanto que o alimentan la ternura o acarrean el desconsuelo y la desesperanza. Mas, entonces —y sea ésta la conclusión principal de nuestras reflexiones— si lo crucial es la singularidad que, para volver al caso, provoca el amor al pasado patrio, y no las excelencias o perfecciones que éste pueda tener, ese amor implica o, mejor dicho, exige la comunión indiscriminada con ese pasado en su cabal y rotunda totalidad.

IV

10 Pero no bien hemos alcanzado esa conclusión cuando advertimos, no sin alarma, que la manera ya secular de exteriorizar el amor a la patria implica, paradójica e inconscientemente, un agravio a lo que es la patria.

11 He aludido a la supervivencia de la tradición historiográfica que surgió con el nacionalismo moderno. Es la tradición que provocó el chauvinismo e inventó los agresivos *slogans* que proclamaron la superioridad de un pueblo determinado sobre todos los demás y aun invocaban la especial predilección de que gozaba en el plan providencial de la voluntad divina. La eficacia de semejantes y desaforadas pretensiones requirió la elaboración de historias nacionales a modo de títulos justificativos, y fue así como se incurrió en el pecado original contra el verdadero amor a la patria, al introducirse el soslayamiento sistemático de cuanto, en el pasado nacional, era o podía parecer mancha de la imagen inmaculada que se venía enarbolando como la beata expresión de una verdad histórica inobjetable.

12 Nosotros, como difícilmente podía ser de otro modo, nos sumamos al cauce de tan poderosa corriente y, en competencia optimista con otras naciones, proclamamos *ad urbe et orbem* nuestra ejemplaridad y nos entregamos con entusiasmo a una hermenéutica de escamoteo que, como leve caña al viento, se inclinaba dócil al soplo de la exigencia oficial en turno. Tal, con excepciones, el tono dominante de lo más de nuestra historiografía nacional, y cuyos dañinos y deformadores efectos denunciaron, a su modo, las ilustres voces de don Vicente Riva Palacio, que le levantó el destierro al pasado colonial, y del maestro Justo Sierra, quien insistió sobre la saludable necesidad de reconocer la culpa propia, en vez de recurrir al fácil expediente de descargarla en la maldad ajena.

13 Todo aquel programa de autoglorificación tuvo, por supuesto, su razón de ser y su sentido, pero es innegable que el mundo paga ahora el precio con el egoísmo que envenena los sentimientos de justicia y de humanidad que, sueño glorioso de la Ilustración, deberían imperar en las relaciones entre los pueblos.

14 Pero ahora pregunto: ¿debe, acaso, mantenerse tan equivocada manera de concebir y expresar el amor a la patria? Porque además de todo lo dicho y además de las vanas esperanzas que alimenta y de la falaz idea que suscita respecto al alcance de las propias fuerzas, aquella trasnochada actitud implica una vergonzante vergüenza de, ni más ni menos, lo que se es, y acaba convirtiendo a nuestro pasado en campo siempre fértil en la cosecha de malos mexicanos. Desconocer las flaquezas de los héroes para hacer de ellos figurones acartonados que ya nada pueden comunicar al corazón; no conceder, en cambio, ni un ápice de buenas intenciones, de abnegación y patriotismo a hombres y mujeres eminentes que abrazaron causas históricamente equivocadas o perdidas; predicar, en suma, como evangelio patrio, un desarrollo histórico fatalmente predestinado al triunfo de una sucesión de hombres buenos buenos sobre otra sucesión de hombres malos malos, no es sino claro eco de un tipo de nacionalismo superado y dañino

y cuya supervivencia revela una lamentable falta de madurez histórica. ¿Qué, también en este renglón de la inteligencia hemos de ser subdesarrollados?

15 ¡Qué júbilo y qué descanso! si en la prensa, el radio, la televisión y el cine; en la escuela y en los gabinetes oficiales; en las celebraciones patrias y en los recordatorios de aniversarios, se dejara escuchar el idioma conciliador de una conciencia histórica en paz consigo misma o, si se prefiere, de la convicción madura y generosa de que la patria es lo que es por lo que ha sido, y que si, tal como ella es, no es indigna de nuestro amor, ese amor tiene que incluir de alguna manera la suma total de nuestro pasado.

16 No sé si me equivoco, pero si sé decir que así entiendo el amor del historiador por su patria y que así, en la medida de mis fuerzas y de mis luces, la he amado.

17 *Ciudad de México, a los 28 días del mes de noviembre de 1974*

Fantasmas en la narrativa historiográfica*[2]

Más odiosa es la ingratitud
que cualquiera otra mácula
de los vicios que suelen
enseñorearse de la fragilidad
del alma.

I. Agradecimiento

18 Cuando hace tiempo recibí una distinción de la misma índole de la que hoy recibo, tropecé —como ahora tropiezo— con la peculiar dificultad que hay en la grata obligación de expresar cumplidamente el agradecimiento. Hice mérito entonces, como ahora lo hago, de la penuria del lenguaje para transmitir tan entrañable sentimiento; y en prueba de ello aduje —como ahora aduzco— que para agradecer cualquier favor o leve servicio, aquella penuria nos induce a exagerar en potencia de millares la expresión de nuestra gratitud.

19 ¿Dé que manera, entonces, salir del aprieto, como en el que ahora me hallo, cuando debo transmitir al Senado de la Universidad y a toda ella el sentimiento que, por ser tan alto el honor que se me confiere, invade de gratitud mi conmovido octogenario corazón? Y ante semejante impotencia me atuve en aquella ocasión que dije, como me atendré en ésta, a simplemente dar las gracias, sí, pero con el reclamo de restituirle a esa hermosa palabra el inmarcesible significado que *a nativitate* le pertenece.

II. Preámbulo

20 De prestarle oído a la prudencia debería dar por terminada mi intervención en esta ceremonia; pero es el caso que el señor rector la estimó de oportunidad para escuchar, dice en su carta, mi lección doctoral, echando generosamente en olvido que el escepticismo —peregrino compañero de los muchos años de vida— más me pone en trance de recibir lección que no de darla.

21 Con esa cura en salud y para no dejar en limbo la optimista expectativa del rector, vaya una breve reflexión sobre los motivos que a mi parecer provocan la desazón en el ánimo de los jóvenes historiadores que, ante el desconcierto de la enorme y caótica producción

historiográfica, claman por una nueva historia menos empaquetada y engreída de una supuesta erudita objetividad; un nuevo estudio del pasado que sea riguroso, sí, pero menos tedioso y aun divertido. He aludido al reclamo en el texto de la presentación de una pequeña y reciente revista —*Epitafios,* se llama—, audaz aventura de un reducido y preocupado grupo universitario de bisónos historiadores; y movido por tan justa demanda elegí, para tema de esta alocución, desenmascarar los tres más perniciosos e insistentes fantasmas que vician lo más de la narrativa historiográfica contemporánea entre nosotros.

III. Fantasmas

22 Fantasmas he dicho y fantasmas digo y lo digo en el sentido técnico que le conceden al vocablo los estudiosos de la evolución de los mitos, quienes así califican episodios o conceptos propios a estadios primitivos de un mito y que, sembrando confusión y desconcierto, aparecen como resabios en las versiones clásicas tardías.

23 Parecido fenómeno ocurre en la narrativa historiográfica contemporánea, y aludo principalmente a la trasnochada creencia en la posibilidad de una verdad histórica absoluta, la cual, según célebre fórmula de Leopoldo von Ranke (1795-1886), fuera la expresión inexpugnable de "lo que realmente pasó" y cuya garantía se cifraba en la utopía de una aséptica imparcialidad y exhaustiva información testimonial.

24 Tan desaforada pretensión persiste en el espíritu de lo más de la producción historiográfica a pesar de que, después de la batalla y triunfo en pro de la peculiaridad y autonomía del conocimiento histórico, es ya ineludible reconocer su relativismo subjetivo; admitir la vanidad en la búsqueda de leyes que gobiernen el acontecer humano y abdicar al dorado sueño de un plan de alcance universal que —como los del positivismo y del marxismo— darían razón de las grandes transformaciones históricas para acabar anclando el curso de la historia en un paraíso de bienaventuranza social.

25 Ahora bien, la superviviencia en el anhelo de alcanzar una verdad histórica como la postulada por Ranke aflora en la terca persistencia de tres nociones que, verdaderos fantasmas en el sentido que expliqué, vician la autenticidad del relato histórico, y eso me parece ser, en el fondo, el agente del desencanto que malogra tantas jóvenes y prometedoras vocaciones. El esencialismo en los entes históricos, el vínculo causal de los sucesos y la desconfianza en las ocurrencias propias son las tres malignas sombras de que, por su orden, me ocuparé en seguida.

IV. El esencialismo

26 Los entes históricos, cualesquiera que sean, no son lo que son en virtud de una supuesta esencia o sustancia que haría que sean lo que son. Con otras palabras, su ser no les es inherente, no es sino el sentido que les concede el historiador en una circunstancia dada o, más claramente dicho, en el contexto del sistema de ideas y creencias en que vive. Y así, al objetivar el ente cuya historia le interesa, es decir, al seleccionarlo como significativo, desecha, no como inexistente, pero sí como carente del sentido que le fue concedido en un diferente contexto cultural. El ser, pues, de un ente histórico es mudable y mudable será, correlativamente, su historia; mutaciones que, para decirlo de una vez, responden a la variable idea que en el curso de la historia el hombre va teniendo de sí mismo. Lo que cambia, por consiguiente, no es ni el Tiempo ni la Historia según es común pensar; lo que

cambia es el hombre, extraña criatura que tiene la capacidad de inventarse diversos estilos de vida, es decir, diversas maneras de ser. Sirva de ejemplo de esencialismo en la narrativa histórica el título

27 *México a través de los siglos* de una obra envejecida, pero por otra parte no carente de mérito. Pues bien, es obvio que en ese enunciado el supuesto consiste en la idea de que lo acontecido durante el transcurso temporal —es decir la historia— le acontece a un ente llamado México, pero le acontece como mero accidente, o lo que es lo mismo, se supone que, pese a las mudanzas históricas que registran los testimonios, es siempre el mismo México, un ente que permanece idéntico a sí mismo, encerrado en su fortaleza entitativa. Un México, pues, que sería lo que es en virtud de una misteriosa esencia que hace que sea para todos en todo tiempo y en cualquier lugar lo que ha sido, es y para siempre será.

28 Resulta, entonces, que se establece un divorcio insalvable entre el ser del ente de que se trate y su historia, porque ésta se predica de quien, por definición y su naturaleza, es metafísicamente incapaz de tenerla. Tal el absurdo al que conduce el fantasma del esencialismo, absurdo que se desvanece con sólo pensar que la identidad del ser del ente de que se trate no es sino la que le imprime la historia que de él se predique, del acontecer que sólo puede iluminar la imaginación, esa *cuasi* divina facultad inventiva cuya contribución es elemento sustantivo de lo que puede y debe estimarse como la racionalidad peculiar a la tarea historiográfica. Las frecuentes declaraciones de historiadores que campanudamente notifican que nada de cuanto han consignado en su obra carece del apoyo de un testimonio, acusan su lamentable falta de imaginación o bien la radical desconfianza que les merecen sus personales ocurrencias, bajo el supuesto —verdadero fantasma de cepa positivista— de que lo imaginado es siempre falso o, en todo caso, indigno de la tremebunda seriedad de sus pujos historiográficos.

29 Esa actitud de falta de osadía y de desconfianza, tan generalmente aplaudida y premiada, tiene, sin embargo, un altísimo precio, porque abdicar a la imaginación es en última instancia rehuir la interpretación personal, y sin ella lo que se ofrece como verdad, por impresionante que resulte la obra en volumen y en lo que pomposamente se califica de "aparato técnico", se reduce a un mero repaso y ordenación de los jamás llamados "espirituales históricos" sino siempre "materiales históricos" almacenados durante la investigación, que ya en esa manera de calificar los datos se revela la castración del soplo de vida que les dio existencia y su razón de ser.

V. La historia como la quiero

30 De cuanto he explicado y un poco despotricado, se destaca con nitidez lo verdaderamente indeseable en mucho del alud que hoy inunda la producción de obras de historia y de ponencias en congresos, coloquios, mesas redondas, encuentros *et hoc genus omne,* y no es de sorprender el desabrimiento y reclamo de jóvenes historiadores deseosos de una renovada manera de concebir y escribir la historia; y puesto que en esa inconformidad están, no me parece inoportuno concluir con la transcripción, con leves variantes, de un breve texto en el que expuse el perfil general de cómo quiero que se escriba la historia:

31 "Quiero una imprevisible historia como lo es el curso de nuestras mortales vidas; una historia susceptible de sorpresas y accidentes, de venturas y desventuras; una historia tejida de sucesos que así como acontecieron pudieron no acontecer; una historia sin la mortaja del esencialismo y liberada de la camisa de fuerza de una supuestamente necesaria causalidad; una historia sólo inteligible con el concurso de la luz de la

imaginación; una historia-arte, cercana a su prima hermana la narrativa literaria; una historia de atrevidos vuelos y siempre en vilo como nuestros amores; una historia espejo de las mudanzas, en la manera de ser del hombre, reflejo, pues, de la impronta de su libre albedrío para que en el foco de la comprensión del pasado no se opere la degradante metamorfosis del hombre en mero juguete de un destino inexorable."

NOTAS FINALES

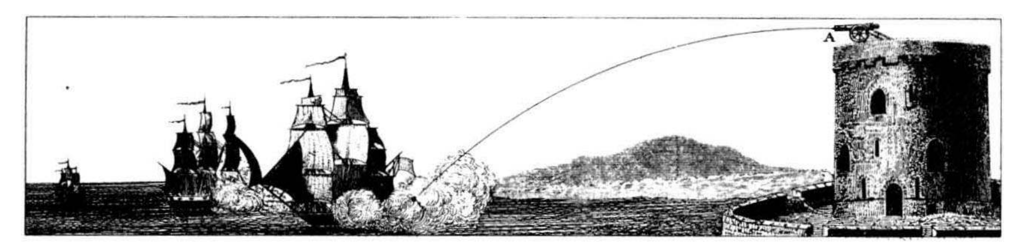
1. * Palabras pronunciadas al recibir el Premio Nacional de Artes 1974. Primera edición Centro de Estudios de Historia de México, Condumex, 1974, reproducido con el expreso permiso del autor.
2. * Esta es la alocución leída en el salón de actos de la Universidad Iberoamericana en la ceremonia de recepción del *Doctorado Honoris Causa* en Humanidades, el 4 de octubre de 1991, en la Ciudad de México. Publicada por Condumex, 1992.

Octavio Paz

Entrada retrospectiva

---

1 Note portant sur l’auteur[1]



2 Por razones que no escaparán al lector apenas recorra estas páginas, y también para subrayar mis deudas con nuestros clásicos, el título de este volumen de mis obras es el de una novela de Lope de Vega: *El peregrino en su patria.* Mi peregrinación no fue, como la del personaje de Lope, por ciudades y campos; fue un viaje mental realizado en la soledad de mi cuarto. Este libro reúne mis escritos sobre México en los dominios de la antropología y la historia, la moral y la política. Al comenzar sus comentarios sobre la Constitución romana, Polibio dice: “Es imposible formular un juicio válido, en bien o en mal, sobre cualquier hecho histórico si no se tiene en cuenta el momento en que se produce. Si la situación cambia, los juicios de los historiadores, por más penetrantes y justos que parezcan, resultan desatinos inadmisibles”. El carácter acusadamente temporal de los textos que forman *El peregrino en su patria* obliga a un tipo especial de lectura: el lector debe tener presente que lee textos fechados y, así, que debe leerlos con ojos históricos.

3 Otra dificultad: la imbricación de los asuntos y los temas. Tal vez es la más grave. *La idea fija* que ha sido y es México para mí se dispersa en estas páginas en una serie de preguntas y respuestas que se cruzan y se repiten; cada alianza es una bifurcación, cada repetición es una variación. Todo se comunica en este libro: las reflexiones sobre la familia y la figura del Padre se enlazan con naturalidad a los comentarios en torno a la demografía; la crítica del centralismo contemporáneo nos lleva a Tula y a Teotihuacan; el tradicionalismo guadalupano y el prestigio de la imagen de la Madre en la sensibilidad popular se iluminan cuando se piensa en las diosas precolombinas; la corrupción gubernamental es un rasgo premoderno de nuestra sociedad que viene del patrimonialismo de Nueva España; la persistencia del patrimonialismo, a su vez, se explica por haber vivido cuatro siglos en perpetua simbiosis con la familia tradicional

mexicana... Polibio hablaba de desatinos: olvidó las repeticiones y las contradicciones. Ojalá que las primeras no sean demasiadas y que las segundas sean fecundas.

4 Imbricaciones, aleaciones, divagaciones, repeticiones, colisiones, idas y venidas: ¿cómo evitarlas? Este libro no es la exposición ordenada de una idea o una teoría; es una colección de ensayos y artículos, meditaciones y sondeos, sobre un tema único: México, sus pasados y su presente. Escrito a lo largo de medio siglo, es una suerte de diario. Pero no un diario de los sucesos de una. vida sino de las vicisitudes mentales y afectivas de la relación, no siempre feliz, de un escritor con su patria. Diario de una peregrinación ¿en busca de qué o de quién? ¿En busca de México o de mí mismo? Tal vez de un lugar en México: mi lugar. O del lugar, en mí, de México. La peregrinación comenzó con una sensación de extrañeza y con una pregunta: ¿yo soy el extraño o esta tierra que llamo mía es una tierra ajena? Esta pregunta es tan antigua como los hombres. Las religiones la han respondido casi siempre de la misma manera: esta tierra no es tu tierra verdadera sino el lugar de tu exilio. Tu patria está allá, fuera de este mundo. Los gnósticos decían que el verdadero nombre del hombre es *El Alógeno,* el otro, el de allá. No, no somos de aquí. Pero tampoco somos de allá: nuestras vidas son un continuo peregrinar entre el aquí y el allá, cualesquiera que sean los nombres que den las religiones y las filosofías a esos dos sitios. La pregunta sobre México no fue, no es sino una variante de la pregunta original que todos los hombres se han hecho. En el fondo, fue y es una pregunta sobre mí mismo. ¿Qué busca el peregrino al recorrer su patria? ¿El lugar de su nacimiento o el de su fin? Tal vez busca su destino. Tal vez su destino es buscar.

5 Escribí las líneas anteriores en 1986. Al releerlas ahora, seis años después, vuelven a mi memoria tres momentos de mi niñez. Me marcaron para siempre y todo lo que he escrito acerca de mi país no ha sido, quizá, sino la respuesta a esas experiencias de infantil desamparo. Respuesta incansablemente reiterada y, en cada ocasión, distinta. La primera experiencia es también mi primer recuerdo. ¿Qué edad tendría? No sé, tres o cuatro años quizá. En cambio, es muy vivida la memoria del lugar: una pequeña sala cuadrangular en una vieja casona de Mixcoac. Mi padre se "había ido a la Revolución", como se decía entonces, y mi madre y yo nos refugiamos con mi abuelo, Ireneo Paz, patriarca de la familia. Las vicisitudes de aquellos años lo habían obligado a dejar la ciudad y a trasladarse a la casa de campo que poseía en Mixcoac. Yo viví y crecí en ese pueblo, aunque no en la misma casa, salvo una temporada que pasé en Los Angeles. Lo dejé cuando acababa de cumplir los veintitrés años. La casa todavía existe y hoy es un convento de religiosas. Hace poco la visité y apenas si pude reconocerla: las monjas han convertido las estancias y el jardín en celdas, en capilla la terraza. No importa: queda la imagen y queda la sensación de extrañeza y desamparo.

6 Me veo, mejor dicho: veo una figura borrosa, un bulto infantil perdido en un inmenso sofá circular de gastadas sedas, situado justo en el centro de la pieza. Con cierta inflexibilidad, cae la luz de un alto ventanal. Deben de ser las cinco de la tarde pues la luz no es muy intensa. Muros empapelados de un desvaído amarillo con dibujos de guirnaldas, tallos, flores, frutos: emblemas del tedio. Todo real, demasiado real; todo ajeno, cerrado sobre sí mismo. Una puerta da al comedor, otra a la sala y la tercera, lateral y con vidrieras, a la terraza. Las tres están abiertas. La pieza servía de antecomedor. Rumor de risas, voces, tintineo de vajillas. Es día de fiesta y celebran un santo o un cumpleaños. Mis primos y primas, mayores, saltan en la terraza. Hay un ir y venir de gente que pasa al lado del bulto sin detenerse. El bulto llora. Dese hace siglos llora y nadie lo oye. Él es el único que oye su llanto. Se ha extraviado en un mundo que es, a un tiempo, familiar y remoto, íntimo e

indiferente. No es un mundo hostil: es un mundo extraño, aunque familiar y cotidiano, como las guirnaldas de la pared impasible, como las risas del comedor. Instante interminable: oírse llorar enmedio de la sordera universal... No recuerdo más. Sin duda mi madre me calmó: la mujer es la puerta de reconciliación con el mundo. Pero la sensación no se ha borrado ni se borrará. No es una herida, es un hueco. Cuando pienso en mí, lo toco; al palparme, lo palpo. Ajeno siempre y siempre presente, nunca me deja, presencia sin cuerpo, mudo, invisible, perpetuo testigo de mi vida. No me habla pero yo, a veces, oigo lo que su silencio me dice: esa tarde comenzaste a ser tú mismo; al descubrirme, descubriste tu ausencia, tu hueco: te descubriste. Ya lo sabes: eres carencia y búsqueda.

7 Los azares de la guerra civil llevaron a mi padre a los Estados Unidos. Se instaló en Los Angeles, en donde vivía una numerosa colonia de desterrados políticos. Un tiempo después lo seguimos mi madre y yo. Apenas llegamos, mis padres decidieron que fuese al *kindergarten* del barrio. Tenía seis años y no hablaba una sola palabra de inglés. Recuerdo vagamente el primer día de clases: la escuela con la bandera de los Estados Unidos, el salón desnudo, los pupitres, las bancas duras y mi azoro entre la ruidosa curiosidad de mis compañeros y la sonrisa afable de la joven profesora, que procuraba aplacarlos. Era una escuela angloamericana y sólo dos de los alumnos eran de origen mexicano, aunque nacidos en Los Ángeles. Aterrorizado por mi incapacidad para comprender lo que se me decía, me refugié en el silencio. Al cabo de una eternidad llegó la hora del recreo y del *lunch.* Al sentarme a la mesa descubrí con pánico que me faltaba una cuchara; preferí no decir nada y quedarme sin comer. Una de las profesoras, al ver intacto mi plato, me preguntó con señas la razón. Musité: *cuchara,* señalando la de mi compañero más cercano. Alguien repitió en voz alta: ¡cuchara! Carcajadas y algarabía: ¡cuchara, cuchara! Comenzaron las deformaciones verbales y el coro de las risotadas. El bedel impuso silencio pero a la salida, en el arenoso patio deportivo, me rodeó el griterío. Algunos se me acercaban y me echaban a la cara, como un escupitajo, la palabra infame: ¡cuchara! Uno me dio un empujón, yo intenté responderle y, de pronto, me vi en el centro de un círculo: frente a mí, con los puños cerrados y en actitud de boxeo, mi agresor me retaba gritándome: ¡cuchara! Nos liamos a golpes hasta que nos separó un bedel. Al salir nos reprendieron. No entendí ni jota del regaño y regresé a mi casa con la camisa desgarrada, tres rasguños y un ojo entrecerrado. No volví a la escuela durante quince días; después, poco a poco, todo se normalizó: ellos olvidaron la palabra cuchara y yo aprendí a decir *spoon.*

8 Cambió la situación política de México y volvimos a Mixcoac. Fieles a las tradiciones familiares mis padres me matricularon en un colegio francés de la orden de La Salle. Aunque yo hablaba el inglés, no había olvidado el español. Sin embargo, mis compañeros no tardaron en decidir que era un extranjero: un gringo, un franchute o un gachupín, les daba lo mismo. El saberme recién llegado de los Estados Unidos y mi facha —pelo castaño, tez y ojos claros— podrían tal vez explicar su actitud; no enteramente: mi familia era conocida en Mixcoac desde principios del siglo y mi padre había sido diputado por esa municipalidad. Volvieron las risitas y las risotadas, los apodos y las peleas, a veces en el campo de futbol del colegio y otras en una callejuela cercana a la parroquia. Con frecuencia regresaba a mi casa con un ojo amoratado, la boca rota o la cara rasguñada. Mis familiares se inquietaron pero, con buen acuerdo, decidieron no intervenir: las cosas se calmarían poco a poco, por sí mismas. Así fue, aunque la inquina persistió: el menor pretexto bastaba para que volviesen a brotar las acostumbradas invectivas.

9 La experiencia de Los Ángeles y la de México me apesadumbraron durante muchos años. A veces pensaba que era culpable —con frecuencia somos cómplices de nuestros persecutores— y me decía: sí, yo no soy de aquí ni de allá. Entonces, ¿de dónde soy? Yo me sentía mexicano —el apellido Paz aparece en el país desde el siglo XVI, al otro día de la Conquista— pero *ellos* no me dejaban serlo. En una ocasión acompañé a mi padre en una visita a un amigo al que, con razón, admiraba: Antonio Díaz Soto y Gama, el viejo y quijotesco revolucionario zapatista. Estaba en su despacho con varios amigos y, al verme, exclamó dirigiéndose a mi padre: "¡Caramba, no me habías dicho que tenías un hijo visigodo!" Todos se rieron de la ocurrencia pero yo la oí como una condena.

10 Aunque el trasfondo de las tres experiencias es semejante —el sentimiento de separación— cada una es distinta. La primera es universal y común a todos los hombres y las mujeres. Los teólogos, los filósofos y los psicólogos han escrito muchas páginas sobre ella; ha sido un tema de elección de grandes poetas y los novelistas no han cesado de explorar sus vericuetos. Somos hijos de Adán, el primer desterrado. La experiencia nos enfrenta a la indiferencia universal, la del cosmos y la de nuestros semejantes; al mismo tiempo, es el origen de la sed de totalidad y participación que todos padecemos desde nuestro nacimiento. La segunda y la tercera son de orden histórico y son la consecuencia de esa realidad que es la materia prima de la organización política: el grupo humano, la comunidad. Nada más natural que un niño mexicano se sienta extraño en una escuela norteamericana pero es atroz que los otros niños, por el mero hecho de ser extranjero, lo injurien y lo golpeen. Atroz, natural y tan antiguo como las sociedades humanas. No en balde los suspicaces atenienses inventaron el delito de ostracismo para los sospechosos. Y el extranjero es siempre un sospechoso. La tercera experiencia se inscribe en esta última categoría: yo no era, claramente, un extranjero pero, por mi apariencia y otras circunstancias físicas y morales, era un sospechoso. Así, mis compañeros me condenaron al destierro, no fuera de mi patria sino dentro de ella.

11 No soy, por supuesto, el primero que ha sufrido esta condena. Tampoco seré el último. Sin embargo, aunque es un hecho que pertenece a todos los tiempos y a todos los sitios, unos pueblos son más propensos que los otros a descubrir sospechosos por todas partes... y a condenarlos con el ostracismo, fuera o dentro de la ciudad. Ya mencioné a los atenienses. Otro pueblo corroído por la sospecha es el mexicano. El fondo psicológico de esta propensión a sospechar es la suspicacia. Trátese de un griego del siglo V a. C. o de un mexicano del siglo XX, la suspicacia es la expresión de un sentimiento de inseguridad. En épocas de crisis y disturbios sociales, florece la desconfianza; Robespierre, llamado por unos el Incorruptible y por otros el Tirano, fue una encarnación de la suspicacia disfrazada de vigilancia revolucionaria. En el siglo XX los bolcheviques repitieron y exageraron el modelo; en cambio, uno de los rasgos de Julio César que más sorprendieron a los antiguos fue su confianza. Unos lo admiraron por ella y otros lo vituperaron: un dictador confiado es un escándalo político y una contradicción moral. La suspicacia es hermana de la malicia y ambas son servidoras de la envidia. Si las circunstancias públicas son propicias, todas estas malas pasiones se vuelven cómplices de las inquisiciones y las represiones. La delación y la calumnia son las alcahuetas del tirano.

12 En México la suspicacia y la desconfianza son enfermedades colectivas. En mi juventud fui testigo del acoso que sufrieron los escritores llamados, por la revista que editaban, *Contemporáneos.* Se les acusó de ser extranjerizantes, cosmopolitas, afrancesados y, en suma, de no ser mexicanos. Eran un cuerpo extraño y enfermizo incrustado en nuestra literatura: había que expulsarlo de la república de las letras. (En la época en que hacía

Plural con un grupo de amigos, un joven filósofo marxista también pidió nuestra expulsión del "discurso político".) La ortodoxia ideológica y la ortodoxia sexual se alian siempre con la xenofobia: los *Contemporáneos* fueron acusados de estetas reaccionarios y motejados de maricones. Hoy los jóvenes escritores exaltan su memoria y escriben sobre ellos ensayos fervientes. Pocos recuerdan que, mientras vivieron, fueron vistos como sospechosos y sentenciados al exilio interior. Años después yo dejé de ser testigo de las malignidades de la suspicacia y me convertí en objeto de campañas semejantes, aunque tal vez más feroces: a las viejas malevolencias se unieron las pasiones políticas.

13 Por todo esto no es extraño que desde mi adolescencia me intrigase la suspicacia mexicana. Me pareció la consecuencia de un conflicto interior. Al reflexionar sobre su naturaleza, encontré que, más que un enigma psicológico, era el resultado de un trauma histórico enterrado en las profundidades del pasado. La suspicacia, en vela perpetua, cuida que nadie descubra el cadáver y lo desentierre. Ésa es su función psicológica y política. Ahora bien, si la raíz del conflicto es histórica, sólo la historia puede aclararnos el enigma. La palabra historia designa ante todo un proceso y quien dice proceso dice búsqueda, generalmente inconsciente. El proceso es búsqueda porque es movimiento y todo movimiento es *un ir hacia...* ¿Hacia dónde? No es fácil responder a esta pregunta: los supuestos fines de la historia se han ido desvaneciendo uno tras otro. Tal vez la historia no tiene ni finalidades ni fin. El sentido de la historia somos nosotros, que la hacemos y que, al hacerla, nos deshacemos. La historia y sus sentidos terminarán cuando el hombre se acabe. Sin embargo, aunque es imposible discernir fines en la historia, no lo es afirmar la realidad del proceso histórico y de sus efectos. La suspicacia es uno de ellos. Lo que he llamado la *búsqueda* es la tentativa por resolver ese conflicto que la suspicacia preserva.

14 Sin darme claramente cuenta de lo que hacía, movido por una intuición y aguijoneado por la memoria de mis tres experiencias, quise romper el velo y *ver.* Mi acto era una interrogación que me unía al proceso inconsciente de la historia, es decir, a la búsqueda en que consiste finalmente el movimiento histórico. Mi interrogación me insertaba en la búsqueda, me hacía parte de ella; así, lo que comenzó como una meditación íntima se convirtió en una reflexión sobre la historia de México. La reflexión asumió la forma de una pregunta no sólo acerca de los orígenes —¿en dónde y cuándo comenzó el conflicto?— sino también sobre el sentido de la búsqueda que es la historia de México (y la de todos los hombres). Cierto, nadie sabe con certeza qué es lo que buscamos pero todos sabemos que buscamos. ¿Hace falta saber algo más? En el curso de la reflexión mis tres experiencias infantiles revelaron su naturaleza dual: eran íntimas y colectivas, mías y de todos.

15 Durante milenios el continente americano vivió una vida aparte, ignorado e ignorante de otros pueblos y de otras civilizaciones. La expansión europea del siglo XVI rompió el aislamiento. La verdadera historia universal no comienza con los grandes imperios europeos y asiáticos, con Roma o con China, sino con las exploraciones de los españoles y portugueses. Desde entonces los mexicanos somos un fragmento de la historia del mundo. Mejor dicho: somos hijos de ese momento en que las distintas historias de los pueblos y las civilizaciones desembocan en la historia universal. El descubrimiento de América inició la unificación del planeta. El acto que nos fundó tiene dos caras: la Conquista y la Evangelización; nuestra relación con él es ambigua y contradictoria, como el acto mismo y sus dos emblemas: la espada y la cruz. No menos ambigua es nuestra relación frente a la civilización mesoamericana: su espectro habita nuestros sueños, pero ella reposa para siempre en el gran cementerio de las civilizaciones desaparecidas. Nuestra cuna fue un

combate. El encuentro entre los españoles y los indios fue simultáneamente, para emplear la viva y pintoresca imagen del poeta Jáuregui, túmulo y tálamo.

16 Tal vez por influencia familiar desde la niñez me apasionó la historia de México. Mi abuelo, autor de novelas históricas según el gusto del siglo XIX, había reunido un buen número de libros sobre nuestro pasado. Un tema me interesó entre todos: el choque entre los pueblos y las civilizaciones. Las naciones del antiguo México vivieron en guerra perpetua unas contra otras pero sólo hasta la llegada de los españoles se enfrentaron realmente con el *otro,* es decir, con una civilización distinta a la suya. Más tarde, ya en el periodo moderno, tuvimos encuentros violentos con los Estados Unidos y con la Francia del Segundo Imperio. A pesar de que la influencia de la cultura francesa fue muy viva en la segunda mitad del siglo XIX y en la primera del XX, la guerra con Francia no tuvo consecuencias políticas ulteriores. Tampoco psicológicas. Ocurrió lo contrario con España y los Estados Unidos: nuestra relación con esas naciones ha sido polémica y obsesiva. Cada pueblo tiene sus fantasmas: Francia para los españoles, Alemania para los franceses; los nuestros han sido España y los Estados Unidos. El fantasma de España ha perdido cuerpo y su influencia política y económica se ha desvanecido. Su presencia es psicológica: verdadero fantasma, recorre nuestra memoria y enciende nuestra imaginación. Los Estados Unidos sí son una realidad pero una realidad tan vasta y poderosa que colinda con el mito y, para muchos, con la obsesión.

17 La querella entre hispanistas y antihispanistas es un capítulo de la historia intelectual de los mexicanos. También de su historia política y sentimental. El bando de los antihispanistas no es homogéneo: unos son adoradores de las culturas mesoamericanas y condenan a la Conquista como un genocidio; otros, menos numerosos, descendientes de los liberales del siglo XIV, profesan un igual desdén a las dos tradiciones: la india y la española, ambas obstáculos en el camino hacia la modernidad. Fui familiar de esa disputa desde mi niñez. Mi familia paterna era liberal y, además, indigenista: antiespañola por partida doble. Aunque mi madre era española, detestaba las discusiones y respondía a las diatribas con una sonrisa. Yo encontraba sublime su silencio, más contundente que un tedioso alegato. En la biblioteca de mi abuelo, por lo demás, abundaban los libros con argumentos contrarios a su moderado antihispanismo y al más acusado de mi padre. Los dos identificaban el pasado novohispano con la ideología de sus enemigos tradicionales, los conservadores. Galdós me desengañó: esa pelea era también española.

18 El antiespañolismo de mis familiares era de orden histórico y político, no literario. Entre los libros de mi abuelo estaban los de nuestros clásicos. Además, él admiraba a los liberales españoles del siglo pasado. Mi adolescencia y mi juventud coincidieron con el fin de la Monarquía y los primeros años de la República, un periodo de verdadero esplendor de las letras españolas. La lectura de los grandes escritores y poetas de esos años acabó por reconciliarme con España. Me sentí parte de esa tradición pero no de una manera pasiva sino activa y, a ratos, polémica. Descubrí que la literatura escrita por nosotros, los hispanoamericanos, es la otra cara de la tradición hispánica. Nuestra literatura comenzó por ser un afluente de la española pero hoy es un río poderoso. Cervantes, Quevedo y Lope se reconocerían en nuestros autores. La disputa entre hispanistas y antihispanistas me pareció un pleito anacrónico y estéril. La guerra de España, un poco más tarde, cerró para siempre el debate. Al menos para mí y para muchos como yo. Fui partidario apasionado de los republicanos y en 1937 estuve en España por primera vez. En varios escritos en prosa y en algunos poemas he hablado de mi encuentro con su gente, sus paisajes, sus piedras. No descubrí a España: la reconocí y me reconocí.

19 Mi experiencia con la realidad norteamericana fue también, a su manera, una confirmación. En mi niñez había vivido en California pero el verdadero encuentro comenzó en 1943 y se prolongó hasta diciembre de 1945. Viví en San Francisco y en Nueva York, pasé un verano en Vermont y dos semanas en Washington, desempeñé oficios diversos, traté toda clase de gente, pasé estrecheces, conocí días de exaltación y otros de abatimiento, leí incansablemente a los poetas ingleses y norteamericanos y, en fin, comencé a escribir unos poemas libres de la retórica que asfixiaba a la poesía que, en esos años, escribían los jóvenes en Hispanoamérica y en España. En una palabra, volví a nacer. Nunca me había sentido tan vivo. Eran los años de la guerra y los norteamericanos pasaban por uno de los grandes momentos de su historia. En España conocí la fraternidad ante la muerte; en los Estados Unidos la cordialidad ante la vida. Simpatía universal que tiene sus raíces no en el puritanismo que, maniático de la pureza, es una ética de la separación, sino en el panteísmo romántico de Emerson y en la efusión cósmica de Whitman. En España algunos españoles me reconocieron como uno de los suyos; en los Estados Unidos algunos norteamericanos me acogieron como un hermano desconocido que hablaba su lengua con un acento extraño y una sintaxis bárbara.

20 Mi admiración y simpatía por los norteamericanos tenía un lado oscuro: era imposible cerrar los ojos ante la situación de los mexicanos, los nacidos allá y los recién llegados. Pensé en los años pasados en Los Ángeles, en los trabajos de mi padre para abrirse paso en el destierro, en mi madre, hormiga providente... pero hormiga que cantaba como una cigarra. Aunque no sufrimos las penalidades de la mayoría de los inmigrantes mexicanos, no era necesaria mucha imaginación para comprenderlos y simpatizar profundamente con ellos. Me reconocí en "los pachucos" y en su loca rebeldía contra su presente y su pasado. Rebeldía resuelta no en una idea sino en un gesto. Recurso del vencido: el uso estético de la derrota, la venganza de la imaginación. Volví a la pregunta sobre mí y mi destino de mexicano. La misma que me había hecho en México, leyendo a Ortega y Gasset o conversando con Jorge Cuesta en un patio de San Ildefonso. ¿Cómo contestarla? Antes de abandonar México, un año antes, había escrito para un diario una serie de artículos en los que trataba asuntos más o menos conectados con la pregunta que me atormentaba.[2] Ya no me satisfacían. Ignoraba entonces que esas notas y mis encuentros con España y con los Estados Unidos eran una preparación para escribir *El laberinto de la soledad.*

21 Llegué a París en diciembre de 1945. En Francia los años de la segunda posguerra fueron de penuria pero de gran animación intelectual. Fue un periodo de gran riqueza, no tanto en el dominio de la literatura propiamente dicha, la poesía y la novela, como en el de las ideas y el ensayo. Yo seguía con ardor los debates filosóficos y políticos. Atmósfera encendida: pasión por las ideas, rigor intelectual y, asimismo, una maravillosa disponibilidad. Al poco tiempo encontré amigos afines a mis preocupaciones intelectuales y estéticas. En aquel medio cosmopolita —franceses, griegos, españoles, rumanos, argentinos, norteamericanos— respiré con libertad: no era de allí y, sin embargo, sentí que tenía una patria intelectual. Una patria que no me pedía papeles de identidad. Pero la pregunta sobre México no me abandonaba. Decidido a enfrentarme a ella, me tracé un plan —nunca logré seguirlo del todo— y comencé a escribir. Era el verano de 1949, la ciudad se había quedado desierta y mi trabajo en la Embajada mexicana, en donde yo tenía un empleo modesto, había disminuido. La distancia me ayudaba: vivía en un mundo alejado de México e inmune a sus fantasmas. Tenía para mí las tardes de los viernes y, enteros, los sábados y los domingos. Y las noches. Escribía con prisa y fluidez, con ansia de acabar pronto y como si en la última página me esperase una revelación. Jugaba una

carrera contra mí mismo. ¿A quién o qué iba a encontrar al final? Conocía la pregunta, no la respuesta. Escribir se volvió una ceremonia contradictoria, hecho de entusiasmo y de rabia, simpatía y angustia. Al escribir me vengaba de México; un instante después, mi escritura se volvía contra mí y México se vengaba de mí. Nudo inextricable, hecho de pasión y de lucidez: *odio et amo.*

22 En otras ocasiones me he referido a los defectos y lagunas de *El laberinto de la soledad.* Los primeros son congénitos, la consecuencia natural de mis limitaciones. En cuanto a las últimas: he procurado remediarlas en diversos escritos, como podrá verlo el lector de este libro. La mayor omisión es la de Nueva España: las páginas que le dedico son insuficientes; las he ampliado en varios textos de este libro y, principalmente, en la primera parte de mi estudio sobre Sor Juana Inés de la Cruz. ¿Y el mundo prehispánico? Creo que mis ensayos sobre el arte antiguo de México son algo más que meros estudios de estética: son una visión de la civilización mesoamericana. Dicho esto, confieso que la concepción central de *El laberinto de la soledad* me sigue pareciendo válida. El libro no es un ensayo sobre una quimérica "filosofía del mexicano"; tampoco una descripción psicológica ni un retrato. El análisis parte de unos cuantos rasgos característicos para enseguida transformarse en una interpretación de la historia de México y de nuestra situación en el mundo moderno. La interpretación me parece válida, no exclusiva ni total. Hay otras interpretaciones y, entre ellas, algunas son (o pueden ser) igualmente válidas. No excluyen la mía porque ninguna es global ni final. La comprensión histórica es, por naturaleza, parcial, trátese de Tucídides o de Vico, de Marx o de Toynbee.

23 Todas las visiones de la historia son un punto de vista. Naturalmente no todos los puntos de vista son válidos. Entonces, ¿por qué me parece válido el mío? Pues porque la idea que lo inspira —el ritmo doble de la soledad y la comunión, el sentirse solo, escindido, y el desear reunirse con los otros y con nosotros mismos— es aplicable a todos los hombres y a todas las sociedades. Aunque cada individuo es único y cada pueblo es diferente, todos atraviesan por las mismas experiencias. Por esto es legítimo presentar la historia de México como una sucesión de rupturas y uniones. La primera fue la Conquista. La primera y la decisiva: fue un choque entre dos civilizaciones y no, como ocurriría después, dentro de la misma civilización. A su vez, la primera reunión o reconciliación —respuesta a la violenta ruptura de la Conquista— consistió en la conversión de los vencidos a una fe universal, el cristianismo. Desde entonces las rupturas y las reuniones se han sucedido; sería ocioso enumerarlas. No, no es arbitrario ver nuestra historia como un proceso regido por el ritmo —o la dialéctica— de lo cerrado y lo abierto, de la soledad y la comunión. No es difícil advertir, por otra parte, que el mismo ritmo rige las historias de otros pueblos. Pienso que se trata de un fenómeno universal. Nuestra historia no es sino una de las versiones de ese perpetuo separarse y unirse con ellos mismos que ha sido, y es, la vida de todos los hombres y los pueblos.

24 El proceso de sucesivas rupturas y reuniones puede verse también, para emplear una analogía con la física, como una serie de explosiones. La moderna cosmología nos ha familiarizado con la idea de una materia infinitamente concentrada y que, al llegar a cierto punto extremo de densidad, estalla y se dispersa. Las explosiones históricas son semejantes al *bing bang:* una sociedad encerrada en sí misma está destinada a estallar por la colisión de sus elementos. A la inversa de lo que ocurre en el cosmos, sujeto según parece a una expansión sin fin, en la historia los elementos dispersos tienden a reunirse. Estas nuevas combinaciones se traducen, a su vez, en nuevas formas históricas. Si la ruptura no se resuelve en reunión, el sistema se extingue, absorbido generalmente por un

sistema mayor. La historia de México se ajusta al primer modelo y puede verse como una sucesión de explosiones seguidas de dispersiones y reuniones. La última explosión, la más poderosa, fue la Revolución mexicana. Conmovió a la fábrica social en su totalidad y logró, después de dispersarlos, reunir a todos los mexicanos en una nueva sociedad.

25 La Revolución rescató a muchos grupos y minorías que habían sido excluidos tanto de la sociedad novohispana como de la republicana. Me refiero a las comunidades campesinas y, en menor grado, a las minorías indígenas. Además, consiguió crear una conciencia de identidad nacional que antes apenas si existía. En la esfera de las ideas y de las creencias, logró la reconciliación del México moderno y del antiguo. Subrayo que fue una reconciliación no de orden intelectual sino afectivo y espiritual. La Revolución fue, ante todo, un logro político y social pero también fue algo más, mucho más: un cambio radical en nuestra historia. Como la palabra *cambio* resulta equívoca, agrego que ese cambio fue un regreso. Quiero decir: fue una verdadera revuelta, una vuelta a los orígenes. En este sentido, el movimiento revolucionario continuó, en una esfera psíquica distinta a la religiosa, el sincretismo de los siglos XIV y XVII. Lo continuó sin que nadie se lo propusiera, ni los dirigentes ni el pueblo; sin embargo, a todos los movía el mismo oscuro impulso. ¿Lógica de la historia o instinto popular? No es fácil saberlo. Lo cierto es que México se lanzó al encuentro de sí mismo. En un acto de necesaria ruptura, el liberalismo negó la tradición novohispana y a la indígena. La Revolución inició la reconciliación con nuestro pasado, algo que me parece no menos sino más imperativo que todos los proyectos de modernización. En esto reside tanto su originalidad como su fecundidad en el dominio de los sentimientos, las creencias, las letras y las artes.

26 Para comprender su carácter único, hay que recordar que nuestra Revolución le debe muy poco a las ideologías revolucionarias de los siglos XIX y XX. En este sentido fue la antítesis del liberalismo de 1857. Este último fue un movimiento derivado de ideas universales de origen europeo; con ellas los liberales se propusieron transformar de raíz a la sociedad. De ahí su hostilidad a las dos tradiciones, la española y la indígena. El liberalismo de 1857 fue una verdadera revolución y sus arquetipos fueron la Revolución francesa y la de Independencia de los Estados Unidos. En cambio, la Revolución mexicana fue popular e instintiva. No la guió una teoría de la igualdad: estaba poseída por una pasión igualitaria y comunitaria. Los orígenes de esta pasión están no en las ideas modernas sino en la tradición de las comunidades indígenas anteriores a la Conquista y en el cristianismo evangélico de los misioneros. Si se repasan las declaraciones y los discursos de los caudillos y líderes populares sorprende, en primer término, la abundancia de referencias y citas al cristianismo primitivo. Los ejemplos más socorridos fueron el Sermón de la Montaña y la expulsión de los mercaderes del Templo. También es notable la obstinación con que el movimiento campesino sostuvo, como fundamento de sus aspiraciones, las tradiciones comunitarias de los pueblos. Los campesinos pedían la *devolución* de sus tierras.

27 ¿Se puede hablar de una ideología revolucionaria? La respuesta debe ser matizada. En primer término la Revolución atravesó por distintos momentos y en cada uno de ellos predominaron ciertos temas e ideas. Por ejemplo, en el primer periodo lo esencial parecía la reforma política y la instauración de una verdadera democracia; en otro momento, fueron centrales las reinvidicaciones sociales y las aspiraciones igualitarias; en otro más, la estabilidad política y el desarrollo económico; y así sucesivamente. A los cambios de ideario en el tiempo deben añadirse las diferencias en el espacio: el movimiento en el sur fue primordialmente agrario y estaba inspirado en una tradición de lucha por la tierra

comunal que venía de Nueva España y del pasado prehispánico; en el norte, el núcleo del movimiento estaba compuesto por rancheros; en las ciudades por la clase media. Además, a lo largo del proceso, la lucha armada entre los caudillos y las facciones. La Revolución fue muchas revoluciones.

28 En cuanto a la influencia de las ideologías de fuera, ninguna preponderante, las más apreciables fueron las suguientes: el anarquismo, la herencia del liberalismo, el obrerismo —ecos del 1 de mayo de Chicago— y en fin, un vago pero poderoso sueño de redención social. Lo esencial, sin embargo, fue la corriente igualitaria y comunitaria, doble legado de Mesoamérica y de Nueva España. No era tanto una doctrina claramente definida como un conjunto de aspiraciones y creencias, una tradición subterránea que se creía desaparecida y que resucitó en el gran sacudimiento revolucionario. No era fácil que este conjunto a un tiempo confuso y clarividente de aspiraciones, agravios, esperanzas y reivindicaciones se articulase en un claro proyecto de reformas. Esto explica que la Revolución haya terminado en un compromiso entre la herencia liberal de 1857, las aspiraciones comunitarias populares y fragmentos de otras ideologías.

29 Otras influencias de fuera aparecieron en un periodo posterior, cuando ya se había establecido en el poder la facción revolucionaria triunfante y el movimiento popular se había transformado en un régimen institucional. Inspirado por el ejemplo soviético (el *kolkhoz),* Lázaro Cárdenas modificó la propiedad comunal de la tierra. La reforma no liberó a los campesinos: los ató a los bancos del Estado y los convirtió en instrumentos de la política gubernamental. También Cárdenas inició una política estatista en materia económica, seguida por casi todos sus sucesores. Una de las consecuencias de la política de nacionalizaciones fue la aparición de una poderosa burocracia incrustada en el Estado. Otro factor, tal vez el decisivo, que explica el extraordinario crecimiento de la burocracia fue la creación de un partido hegemónico de Estado, en el poder desde 1930. El fundador del partido fue el presidente Calles; lo consolidaron, a través de reformas sucesivas, otros dos presidentes: Cárdenas y Alemán. Los modelos del partido fueron el partido fascista de Italia y el comunista de Rusia. Sin embargo, en ningún momento el partido mexicano ha mostrado pretensiones ideológicas totalitarias. Fue y es un partido *sui generis,* resultado de un compromiso entre la democracia auténtica y la dictadura revolucionaria. El compromiso evitó la guerra civil entre las facciones revolucionarias y aseguró la estabilidad necesaria para el desarrollo social y económico.

30 Si se examina la Revolución mexicana desde la perspectiva que he esbozado, se advierte inmediatamente que el segundo periodo, el llamado institucional, no sólo presenta radicales diferencias con el primero sino que no puede llamarse con propiedad revolucionario. Los protagonistas del segundo periodo han sido y son políticos profesionales, pertenecen a la clase media y casi todos ellos son universitarios. El grupo dirigente es una extraña pero no infrecuente amalgama de políticos y tecnócratas. Así, en un sentido estricto, la Revolución mexicana debe verse como un movimiento que se inicia en 1910 y que se extingue hacia 1930, con la fundación del partido revolucionario mexicano. Esos veinte años no sólo fueron ricos en dramáticos y a veces atroces episodios militares sino fecundos en ideas y adivinaciones. Se destruyó mucho, tanto o más que durante nuestra terrible guerra de Independencia, pero también fue mucho lo creado. Lo que distingue a este periodo, sobre todo y ante todo, es la participación popular: el pueblo hizo realmente la Revolución, no un grupo de teóricos y profesionales como en otras partes. Por todo esto no me parece aventurado afirmar que nuestro movimiento se ajusta más a la vieja noción de *revuelta* que al moderno concepto de *revolución.* En otros escritos

he dedicado algunas reflexiones a las diferencias entre revuelta y revolución. Aquí no puedo detenerme en el tema y me limito a subrayar que la noción de revuelta se inserta con naturalidad en la imagen de explosión histórica: una ruptura que es, también, una tentativa de reunión de los elementos dispersos. Soledad y comunión.

31 Entre 1930 y 1940, lo mismo en Europa que en América, la mayoría de los escritores que entonces éramos jóvenes sentimos una inmensa simpatía por la Revolución rusa y el comunismo. En nuestra actitud se mezclaban los buenos sentimientos, la justificada indignación ante las injusticias que nos rodeaban y la ignorancia. Si yo hubiese escrito *El laberinto de la soledad* en 1937, sin duda habría afirmado que el sentido de la explosión revolucionaria mexicana —lo que he llamado la *búsqueda*— terminaría en la adopción del comunismo. La sociedad comunista iba a resolver el doble conflicto mexicano, el interior y el exterior: comunión con nosotros mismos y con el mundo. Pero el periodo que va de 1930 a 1945 no sólo fue el de la fe y las ruidosas adhesiones sino el de la crítica, las revelaciones y las desilusiones. Mis dudas comenzaron en 1937; en 1949 descubrí la existencia de campos de concentración en la Unión Soviética y ya no me parecía tan claro que el comunismo fuese la cura de las dolencias del mundo y de México. Las dudas se convirtieron en críticas como puede verse en la segunda edición del libro (1959) y en otros escritos míos. Vi al comunismo como un régimen burocrático, petrificado en castas, y vi a los bolcheviques, que habían decretado, bajo pena de muerte, la "comunión obligatoria", caer uno tras otro en esas ceremonias públicas de expiación que fueron las purgas de Stalin. Comprendí que el socialismo autoritario no era la *resolución* de la Revolución mexicana, en el sentido histórico de la palabra y en el musical: paso de un acorde discordante a uno constante. Mis críticas provocaron una biliosa erupción de vituperios en muchas almas virtuosas de México y de Hispanoamérica. La oleada de odio y lodo duró muchos años; algunas de sus salpicaduras todavía están frescas.

32 Al mismo tiempo que se cerraba la solución revolucionaria, se abrían otras perspectivas históricas. Era evidente que la nueva situación del país y del mundo exigía un cambio radical de dirección. Nación marginal, habíamos sido objeto de la historia; la segunda mitad del siglo XX —marcada por la independencia de las colonias y las agitaciones, revueltas y revoluciones de los países de la periferia— nos enfrentaba a otras realidades. Escribí en las últimas páginas de mi libro: "hemos dejado de ser objetos y comenzamos a ser sujetos de los cambios históricos". Y agregaba: "la Revolución mexicana desemboca en la historia universal... Allí nos aguarda una desnudez y un desamparo". En efecto, el derrumbe de las ideas y creencias, lo mismo las tradicionales que las revolucionarias, era universal: "estamos al fin solos frente al porvenir, como todos... Ya somos contemporáneos de todos los hombres"... Suerte del solitario: *testis unus, testis nullus.* Nadie oyó: México no cambió de dirección, los gobiernos no apostaron por la reforma sino por la continuidad rutinaria y por la mera supervivencia, mientras que los intelectuales se aferraron a versiones cada vez más simplistas y caricaturescas del marxismo. Algunos interpretaron una de mis opiniones —"somos contemporáneos de todos los hombres"— como una afirmación de la madurez de nuestro país: al fin habíamos alcanzado a las otras naciones. Curiosa concepción de la historia como una carrera: ¿contra quién y hacia dónde? No, la historia es una intersección entre un tiempo y un lugar. La historia, dijo Eliot, es aquí y ahora.

33 Escogí un camino que, de nuevo, me puso en entredicho ante la mayoría de los escritores latinoamericanos, en aquellos días todavía encandilados por los fuegos fatuos del "socialismo real". Con unos pocos sostuve que sólo la instauración de una democracia

auténtica, con un régimen de derecho y de garantías a los individuos y a las minorías, podría lograr que México no naufragase en el océano de la historia universal, infestado de leviatanes. La modernización, palabra que aún no estaba de moda, era a un tiempo nuestra condena y nuestra tabla de salvación. Condena porque la sociedad moderna está lejos de ser un ejemplo: muchas de sus manifestaciones —la publicidad, el culto al dinero, las desigualdades abismales, el egoísmo feroz, la uniformidad de los gustos, las opiniones, las conciencias— son un compendio de horrores y de estupideces. Salvación porque sólo una transformación radical de la sociedad, a través de una verdadera democracia y del desmantelamiento del patrimonialismo heredado del virreinato (trasunto a su vez del absolutismo europeo de los siglos XVII y XVIII), podía darnos confianza y fortaleza para hacer frente a un mundo revuelto y despiadado. Muchas de las instituciones posrevolucionarias, adoptadas al principio como medidas transitorias, habían perdido ya su utilidad y su razón de ser. Otras eran una franca usurpación de las funciones generalmente reservadas al sector privado. Los sindicatos y otras agrupaciones populares vivían bajo la tutela oficial a través del monopolio del partido del gobierno (una situación que todavía persiste en buena parte). En fin, se había generalizado un sistema de solapadas dádivas y castigos destinado a atraer o acallar a la opinión independiente. No éramos una dictadura pero si una sociedad bajo un régimen paternalista que vivía entre la amenaza del control y el premio del subsidio. La tarea urgente era devolverle la inciativa a la sociedad. Por todo esto, aunque *El laberinto de la soledad* es una apasionada denuncia de la sociedad moderna en sus dos versiones, la capitalista y la totalitaria, no termina predicando una vuelta al pasado. Al contrario, subraya que debemos pensar por nuestra cuenta para enfrentarse a un futuro que es el mismo para todos.

34 Universalidad, modernidad y democracia son hoy términos inseparables. Cada uno depende y exige la presencia de los otros. Éste ha sido el tema de todo lo que he escrito sobre México desde la publicación de *El laberinto de la soledad.* Ha sido un combate áspero y que ha durado demasiado tiempo. Un combate que ha puesto a prueba mi paciencia pues han menudeado los golpes bajos, las insinuaciones malévolas y las campañas calumniosas. La defensa de la modernidad democrática, debo confesarlo, no ha sido ni es fácil. En ningún momento he olvidado las injusticias y desastres de las sociedades liberales capitalistas. La sombra del comunismo y sus prisiones pudo ocultar la realidad contemporánea; su caída nos las deja ver ahora en toda su desolación: el desierto se extiende y cubre la tierra entera. Entre las ruinas de la ideología totalitaria brotan ahora los viejos y feroces fanatismos. El presente me inspira el mismo horror que experimentaba en mi adolescencia ante el mundo moderno. *The Waste Land,* ese poema que tanto me impresionó cuando lo descubrí en 1931, sigue siendo profundamente actual. Una gangrena moral corroe a las democracias modernas. ¿Vivimos el fin de la modernidad? ¿Qué nos aguarda?... Me detengo: al llegar a este punto se cierra la reflexión sobre México y se abre la que se despliega en el siguiente volumen. Me contento con repetir: sí, los hijos de Quetzalcóatl y de Coatlicue, de Cortés y la Malinche, penetran ahora, por sus pies y no empujados por un extraño, en la historia de todos los hombres. La enseñanza de la Revolución mexicana se puede cifrar en esta frase: nos buscábamos a nosotros mismos y encontramos a los otros.

35 *México, a 9 de diciembre de 1992*

NOTAS FINALES

1. Se trata de un extenso fragmento de su prólogo a *El peregrino en su patria,* tomo décimo de las Obras Completas de Octavio Paz, en curso de publicación en Barcelona, por Círculo de Lectores.
2. Recogidos en *Primeras lerras,* prólogo de Enrico Mario Santí, Seix Barral, 1988.

Luis Villoro



1 Mis primeros recuerdos de la historia están escritos en caracteres egipcios. No evocan textos escolares ni narraciones infantiles, sino un viejo libro de pastas usadas. Oncken era su autor y narraba la vida del antiguo Egipto. Mundo maravilloso y extraño donde todo era igual y todo distinto. Las barcas eran barcas y vehículos de dioses, los pájaros eran aves y también eran palabras, las tumbas eran montañas, los hombres poderosos gobernaban desnudos. Todo era familiar y sencillo: bueyes que aran, escribas que atesoran signos, artesanos e hilanderas; había guerras, invasiones, muertes y sucesiones; pero todo tenía una traza distinta: como si el mundo se hubiera transformado en otro sin dejar de ser el mismo.

2 Como todos los niños, jugaba a habitar mundos imaginarios. Historias representadas o escenas fugaces, en que cada quien era un personaje. “Que yo era un guerrero y tú el

enemigo". Un poco más tarde inventé mis propias historias, en forma de naciones imaginarias que se repartían un planeta inventado. Consignaba sus progresos, expediciones, guerras y fundaciones en un "periódico". La vida real era mediocre y solitaria, el entorno, usado y sin color, cuando no, desconocido y sombrío. Lo más temible era el aburrimiento. En cambio, en los mundos imaginarios todo era distinto. Allí cada cosa, cada acontecimiento estaba conectado con los demás, todo tenía una unidad, un fin y un comienzo, no había huecos, no existían aquellos vacíos en que nada sucedía y sólo ocupaba el tedio. Los mundos imaginarios vencían el aburrimiento.

3 Por desgracia, cambiaban al arbitrio de mi gana, eran proyecciones de mi deseo, ilusiones y fantasmas. Con la historia de Egipto, en cambio, había descubierto que un mundo imaginario era también real. No tenía ya necesidad de inventarlo. Estaba ahí, bastaba descubrirlo. Era completamente distinto de mi mundo cotidiano y, sin embargo, existía. Creo que la historia fue para mí primero, aunque entonces no me diera cuenta, la posibilidad de que cobrara realidad un mundo otro, análogo al mío tal vez, pero pleno de sentido. Quizás por eso me retuvo la historia de Egipto y no una más cercana. Porque en Egipto se subrayaba la extrañeza, el carácter fantástico de una posibilidad humana. Que esa posibilidad otra fuera real, que su existencia pudiera comprobarse con seguridad era la garantía de que la vida podía ser distinta. Descubrir una posibilidad realizada, en la cual reconocernos, ¿no es una función que sólo puede cumplir la historia? Es curioso cómo el juego infantil, para proponer la existencia de lo figurado, utiliza verbos en tiempo pasado. "Que yo era tal o cual", dice el niño. Lo imaginario transcurre en una dimensión alternativa del presente: ante el vacío del futuro, sólo puede tener plena realidad en el pasado... Como la historia de Egipto.

4 Pero la niñez quedó atrás y con ella la fuga en los mundos posibles. Mi atención se quedó cada vez más atrapada por el presente. A eso se le llama crecer. Mi interés era ahora comprender *este* mundo. Estudié medicina y filosofía simultáneamente, hasta dedicarme exclusivamente a esta última. Por muchos años la lectura de la historia pasó a ser un simple entretenimiento, parecido a la de novelas o crónicas periodísticas. Me gustaba, sí; sobre todo narrada por grandes escritores, César, Bernal Díaz, Gibbon, Michelet, pero ya no tenía la mágica aureola que rodeó en mi infancia la historia de Egipto. Hasta bien entrada la juventud. Pero entonces la historia me presentó otra de sus caras.

5 En pocos años había asistido a un derrumbe interior. La fábrica de creencias trabadas a la perfección, de una educación católica tradicional, estaba en escombros. En su lugar quedaba el vacío de la duda y la urgencia de certeza. Ahora ya no podía haber engaños: tenía que partir de certidumbres primeras, al alcance de mí razón, para saber a qué atenerme por mí mismo. Por eso mis guías filosóficos, en ese momento, habían de ser Descartes y Husserl. Ambos, después de suspender su adhesión a las creencias recibidas, habían hecho el mayor esfuerzo por edificar la propia verdad a partir de lo dado sin velos a la conciencia. Primero, con mayor premura que éxito, intenté en soledad emularlos, anotando descripciones y análisis de lo dado, bajo la pretensiosa rúbrica de una "filosofía de lo especiado". Por suerte, la Facultad de Filosofía me salvó del solipsismo.

6 Sobre un mar de mediocridad destacaba un único maestro: José Gaos. Sus clases eran un llamado al rigor y a la autenticidad; sus opciones filosóficas, la fenomenología justamente, y el existencialismo; sus orientaciones de trabajo, ir con el pensamiento a la realidad... y la realidad es historia.

7 Era lo que yo necesitaba para orientar mi reconstrucción sobre el vacío. Varios alumnos de Gaos nos reunimos. El grupo "Hiperión" (así nos bautizamos) duró poco, pero la actitud

que asumió dejó —así lo creo— cierta huella. Dos eran los rasgos que creíamos reconocer como característicos de nuestra generación. Lo fundamental era una exigencia de rigor en la actividad filosófica; reacción contra la filosofía retórica y el ensayo fácil, que habían dominado la filosofía mexicana; escepticismo ante la especulación y los "sistemas" y tendencia al análisis directo de "las cosas mismas". Para ello había que leer en la realidad dada y no seguir sin crítica doctrinas establecidas. De ahí el segundo rasgo: reflexionar a partir de nuestra circunstancia, esto es, del mundo concreto que nos rodea. La filosofía no podía ser ese discurso repetitivo de lo dicho en las metrópolis culturales, teníamos que crear nuestra propia filosofía, ejerciendo nuestra razón al leer nuestro mundo. En ese propósito confluían el historicismo de Ortega, la reflexión de Samuel Ramos sobre la cultura imitativa y la exhortación de Sartre a una filosofía "comprometida" con la propia realidad. Esos dos rasgos eran —así lo veo ahora— las dos facetas de una misma actitud intelectual. Pensar por nosotros mismos, anclados en el análisis de lo que se ofrece a nuestra razón, implicaba rechazar la repetición sin crítica de pensamientos importados y volver a la realidad concreta. Sólo que, por la circunstancia cultural del momento, redujimos esa realidad a la de nuestro contexto inmediato: la mexicana. Así, el programa de nuestro grupo llegó a conocerse como un intento de realizar una "filosofía de lo mexicano". Pero, visto desde una ecuánime lejanía temporal, debajo de ese proyecto puede percibirse un cambio de actitud, que ahora me parece lo más importante: la búsqueda de una filosofía auténtica, dirigida a pensar en lo concreto los problemas universales de la filosofía. El tema de "lo mexicano" fue una manera circunstancial de expresar ese intento. Pensar lo concreto; pero lo concreto es histórico. Por segunda vez, por un sesgo distinto, se me hacía presente la historia.

8 Siguiendo esas líneas, se trataba de elegir un tema particular de investigación. De acuerdo con Gaos, escogí la historia de la conciencia indigenista. Esta elección obedecía a un programa teórico: se trataba de ayudar a esclarecer nuestra identidad cultural. Pero ésta parecía escindida, desde siglos, en el enfrentamiento de dos realidades históricas. El examen de algunos momentos del pensamiento sobre el mundo indígena trataría de cernir lo específico de nuestra identidad como pueblo, pero haría posible también aplicar la reflexión filosófica sobre temas clásicos (la dominación, el conocimiento del otro, la mistificación ideológica, por ejemplo) a una realidad histórica concreta. Ésa era la razón teórica de la elección adoptada. Pero también había una motivación personal, menos explícita. Porque toda obra creativa obedece a la vez a una exigencia teórica y a una honda motivación subjetiva.

9 Revivo una imagen obsesiva de mi niñez. Hace más de una hora que salimos de San Luis Potosí. Surcamos caminos construidos sobre el polvo, bordeando bosques de magueyes, dilatados hasta los áridos cerros, con sus ascéticos quiotes que sostienen apenas el peso del aire caldeado por el sol. Es una tierra seca, silenciosa, para mí desconocida. Estoy al lado de mi madre, en el patio de la antigua hacienda del abuelo. En un viaje de nostalgia, ella ha querido darla a conocer a sus hijos. Enfrente, la multitud otra, indistinta, de los antiguos peones, ahora ejidatarios. Guardan silencio, cohibidos. Los niños no retozan, ni los jóvenes se ríen. Están ahí, a la espera de algo, que no llega; nos miran. Entonces, un viejo se acerca, toma la mano de mi madre y, en un gesto de acatamiento, se inclina para besarla. Para él es aún "la niña", la hija del antiguo patrón. En seguida, para mi gran azoro, toma mi pequeña mano y también la besa. Me quedo paralizado, sé que enrojezco, quisiera desaparecer en ese momento. Siento cómo un viscoso lodo de vergüenza me invade. Vergüenza por la humillación ajena, vergüenza por mi propia superchería y la de

mi madre, y por el resquicio de satisfacción que creo percibir en mí. Ellos, ellos eran los hombres del polvo y los magueyes y el sol, ellos eran los dueños de la tierra. Ese mundo era el suyo, les pertenecía. Y, sin embargo, se inclinaban ante unos extraños, de otra sangre, venidos de lejos sin saber siquiera cómo tratar a la tierra ni caminar cubiertos por ella. Estábamos vacíos y teníamos la pretensión de ser "alguien" frente a ellos. Era la mirada de los viejos la que colocaba a mi madre en el ficticio papel de "ama" y era su propia mirada la que convertía a los hombres de la tierra en "los indios". La dominación supone un juego de miradas.

10 Mundo escindido, doble, mundo de dominación y de engaño. Yo pertenecía a la parte venida de lejos que jugaba a humillar y a ensalzarse. La página en blanco de mi conciencia de niño quedó desde entonces manchada. Quizás aquella imagen infantil soterrada en mi memoria no haya sido ajena a mi elección de la historia de la conciencia indigenista como primer tema de investigación académica.

11 Mi segundo trabajo histórico tuvo un origen casual. Mi maestro Leopoldo Zea había recibido el encargo de hacer un estudio sobre las ¡deas de la independencia. Cargado de trabajo, no podía hacerse cargo de él y, enterado de que yo necesitaba una beca, con su habitual generosidad me cedió el encargo. Pero el azar tiene a veces cara de destino. El tema correspondía al programa teórico que había iniciado. La independencia es el momento histórico en que el país (su sector criollo, al menos) dibuja su propia imagen, aquella en la que elige reconocerse. ¿Qué momento histórico mejor para encontrar esa identidad del mexicano que el grupo Hiperión invocaba? ¿Y qué ocasión más singular para examinar en lo concreto cómo la razón se ejerce en la acción colectiva? Con entusiasmo acepté la tarea.

12 Pero también aquí, a la exigencia teórica se sumaba una motivación existencial menos consciente. En aquel tiempo me sentía en disposición de negar mi pasado, con todo y la educación recibida que percibía como opresiva. A la vez tenía la orgullosa premura de elegir mis propias creencias y abrazar valores que obedecieran a mi razón. Pero dudaba: ese proceso de negación y elección ¿era en realidad posible? ¿No era ilusoria la ruptura? Además, la ruptura tenía un segundo aspecto. Huyendo de un país convulso, mis padres habían ido a Barcelona. Allí nací y pasé mis primeros años. Mi madre se encargaba de llenar de México la casa, con objetos, vírgenes y guisados. En sus narraciones, México era un reino fabuloso, donde andaba mi padre y en donde todo era sensualidad y magia. Así, antes que un dato incuestionable, México fue para mí, primero un sueño, luego, una elección personal. Ahora bien, la independencia se me presentaba como un proceso de negación del pasado y de proyección de un futuro propio. En ella podía verse, agrandada, la desventura y la gloria a la vez, de toda elección de sí mismo. La pregunta que me dirigía se planteaba a una comunidad entera: ¿es posible, sin desgarrarse, negar el pasado y elegirse a sí mismo?

13 La historia desempeñaba pues, para mí, un papel doble. Por un lado obedecía a preocupaciones teóricas, formuladas en preguntas expresas, por el otro cumplía, sin proponérselo expresamente, una función existencial. Trataré de aclarar este último punto.

14 Creo que, cuando la historia no se reduce a la escueta narración de los hechos "tal como acontecieron", el historiador trata de leer en su campo de estudio una respuesta indirecta a alguna inquietud existencial. Ese proceso es generalmente inconsciente o, si el historiador lo descubre, trata de que no interfiera en la objetividad de su investigación. Pero suele ser esa inquietud existencial la que pone en marcha la imaginación y orienta la

inquisición racional. Es ella la responsable de que la historia no sea una fallida reproducción de lo dado, sino una re-actualización creativa de un mundo posible, a partir de lo dado. El problema personal del historiador se ve reflejado en una realidad más amplia, de carácter objetivo. En la guerra entre las ciudades-Estado se ve objetivado el conflicto interno, individual y social, del griego ilustrado (Tucídides), en la decadencia del Imperio Romano, la de la alta sociedad inglesa (Gibbon), en la construcción de la patria revolucionaria, la necesidad de comunidad del individuo moderno (Michelet), en la destrucción de un país, el propio desencanto (Alamán), y así sucesivamente. En esa realidad histórica más amplia, el historiador descubre lo que no percibía en sí mismo: una estructura, más o menos laxa, que puede expresarse en una narración con sentido. En la historia, los acontecimientos se ligan, remiten unos a otros, siguen líneas que permiten comprenderlos, dibujan una figura con sentido. El caos y la tiniebla se vuelven una narración significativa. Por fin, podemos comprender. El problema personal del historiador —que suele compartir, sin duda, con otras muchas personas— puede ahora leerse a la luz de aquella figura histórica: puede verse como un caso individual en que se cumplen rasgos análogos a la estructura de sentido que ha descubierto en la historia, o bien como un elemento dentro de esa estructura. El problema existencial no cambia, no se resuelve, pero ahora deja de ser un fenómeno subjetivo, individual; adquiere una significación objetiva, puesto que puede comprenderse en relación con la esfera más amplia del mundo histórico. La historia proporciona consuelo: el drama del historiador forma parte ahora del drama del hombre; no es gratuito; quizás ahora sabrá mejor enfrentarlo.

15 En realidad, la historia puede cumplir, sin proponérselo, un papel semejante al que cumplía el mito en el mundo antiguo. El mito era una narración con una estructura clara de sentido. No acontecía en el tiempo profano, sino en la realidad intemporal de lo Sagrado. Permitía comprender los hechos, porque éstos podían verse como instancias particulares en que se actualizaba la estructura general descrita por el mito. Los acontecimientos profanos dejaban de ser sucesiones azarosas y caóticas, se leían como secuencias en que se cumplía un orden, una forma. Los hechos singulares cobraban sentido a la luz de la narración mítica.

16 Pues bien, en la historia —la verdadera, la que no consiste en describir simplemente los datos (ésta es, en realidad, "pseudohistoria", como diría Croce)— puede darse un proceso que presenta analogías con la función que cumple el mito. El historiador, guiado por una pasión a menudo inconsciente, busca en el amplio mar de lo acontecido estructuras, totalidades, que expresa en narraciones con sentido. Una perplejidad presente del historiador, un "no saber a qué atenerse", seguramente compartido con muchos de sus contemporáneos, puede aclararse al reconocerla como un fenómeno en el que se cumplen rasgos de aquella estructura más amplia que muestra la historia. Un papel de la historia — como antaño del mito— es comprender el sentido de la existencia personal, mediante el procedimiento de verla a la luz de una figura más amplia que la englobe. En ambos casos, los acontecimientos individuales sólo pueden ser comprendidos en la medida en que la historia o el mito no hablan de una realidad subjetiva o ilusoria sino objetiva. El mito pretende leer en los hechos profanos, transitorios y evanescentes, los signos del ser intemporal de lo Sagrado, la historia intenta comprender la existencia personal a la luz de un decurso temporal que la trasciende. Por ello uno y otra son fuentes de seguridad y de consuelo, porque alivian el desamparo de la subjetividad, al conectarla con un mundo objetivo. La historia no cumpliría pues ese papel si no suministrara conocimientos de lo

real. Lo cual nos lleva a la segunda de las caras que presenta la investigación histórica: si bien obedece a motivos personales, también está fundada en razones verdaderas. Y los motivos personales no podrían satisfacerse si la historia no pretendiera ser un conocimiento de la realidad, que aspira a estar objetivamente justificado.

17 Ya conté cómo, en mi caso, el estudio de la historia estuvo ligado a problemas suscitados por una reflexión filosófica. Lo cual nos conduce a plantear las relaciones entre filosofía e historia.

18 La filosofía no descubre hechos ni relaciones entre ellos. Su principal tarea es el análisis de conceptos. Pero los conceptos se expresan en lenguajes y éstos son históricos. Las preguntas filosóficas remiten a menudo a la historia lingüística para aclarar y precisar significados. Algunos filósofos, como Heidegger, llegan a considerar la filología griega (puesto que allí se acuñaron, por primera vez, términos filosóficos) como auxiliar indispensable, otros, la escuela de Oxford por ejemplo, se centran en el análisis del lenguaje ordinario, que siempre es contextual y, por lo tanto, histórico.

19 En otro sentido, el análisis filosófico remite a una larga historia del pensamiento. Porque en filosofía no hay un progreso claro en donde pudiera descartarse lo pasado para abrazar lo nuevo. El pensamiento pasado nunca es refutado ni abandonado del todo. En efecto, cada época plantea *las mismas* preguntas, pero de manera distinta. En los cambios de época, las creencias básicas comunes, supuestas en las demás, varían; de manera que la totalidad de creencias sufre una transformación. Al cambiar el todo, cada uno de los conceptos, cada uno de los temas y problemas permanentes de la filosofía ocupa un lugar distinto en la totalidad. Unos adquieren más importancia, otros pasan a la sombra, todos cambian en la manera como se relacionan con otros, en el modo como se justifican y en la validez que se les concede. La traza de la totalidad de creencias se transforma, pero sus contenidos son los mismos bajo distinta traza. La evolución de la filosofía no puede representarse en una línea continua hacia un término único, sino en órbitas variables que exploran la misma esfera desde lugares cambiantes. El "progreso" de la filosofía, si progreso hay, no consiste en el abandono de un momento para subir a un escalón más alto, sino en el descubrimiento de nuevas facetas con las que se enriquece el mismo objeto. Por eso la evolución de la filosofía no cancela su pasado, sólo vuelve a pensarlo para afinarlo y enriquecerlo. De ahí que en el tratamiento de cualquier problema filosófico esté presente su historia. Pero se trata, naturalmente, de la historia de la misma disciplina.

20 Hasta aquí, la relación de la filosofía con la historia se reduce a la historia de los conceptos, las creencias, las doctrinas que forman parte de la filosofía misma. En verdad, esa relación resulta banal por evidente. Habría, con todo, otro nivel más interesante, en el que la reflexión filosófica no se refiere sólo al pasado de su propia disciplina sino a la historia en el sentido más amplio. Esto no sucede en todas las ramas de la filosofía sino sólo en aquellas que tratan del hombre en su circunstancia. Es evidente en filosofía política y moral. La filosofía se ocupa de los fundamentos y justificación del poder político. Las soluciones propuestas no pueden deducirse de un examen empírico de los poderes existentes de hecho, pero tienen que aplicarse a ellos. Cierto conocimiento de las comunidades políticas históricas ha servido de ilustración siempre, para resolver preguntas sobre el bien común, la naturaleza del poder, el Estado legítimo, etc. Igual en la ética. Tampoco aquí puede confundirse la moralidad históricamente existente con los principios éticos universales. Pero también aquí las formas cambiantes de moralidad son indispensables como punto de referencia. El problema de la relatividad o universalidad de

los juicios éticos no puede plantearse sin la consideración del carácter histórico del comportamiento moral en distintas épocas y culturas. Aunque las preguntas del filósofo se distingan claramente de las del historiador, no pueden plantearse sin un conocimiento general, si bien no circunstanciado, de la historia.

21 Hay otro tema en que la liga con la historia es más estrecha. La filosofía, desde Sócrates, ha pretendido ser reformadora del entendimiento, esto es, ha sometido a prueba todos los sistemas de creencias vigentes para liberar las mentes de su sujeción a convenciones injustificadas y permitir su acceso a creencias fundadas en la razón. La filosofía tiene, por lo tanto, una faceta negativa: la destrucción de los prejuicios y de las creencias mistificadoras. La expresión más importante, por lo tenaz, de esas creencias injustificadas son las ideologías. Las ideologías son sistemas de creencias condicionados por situaciones históricas, que responden a intereses particulares. En cuanto develadora de las ideologías, la filosofía requiere del estudio histórico. El análisis de ciertas creencias básicas de una época, de su condicionamiento por factores sociales, permite desmontar la fábrica ideológica.

22 Pero la relación más importante entre filosofía e historia se presenta en un último nivel, cuando la reflexión filosófica se vuelve concreta al examinar un proceso histórico particular.

23 El pensamiento moderno sustuvo, hasta el siglo XIX, la vigencia de una razón universal. El siglo XX, en cambio, ha sido más sensible a la historicidad y multiplicidad de la razón. Frente a la idea ilustrada de una razón única para todo sujeto, diferentes corrientes han subrayado uno u otro factor que la diversifica o limita: su relatividad, en el "historicismo", su función vital, en Ortega o en Bergson, su ejercicio pragmático, en Dewey o James, su condicionamiento existencial, en el existencialismo alemán y francés, y lingüístico, en Wittgenstein, o su dependencia de las pasiones del hombre, en tantos postnietzscheanos. Pero, en este sentido, la más interesante y fructífera de las corrientes ha sido el estudio de las formas en que, de hecho, se ejercita la razón en un campo histórico particular. La filosofía de la ciencia no sería lo que es actualmente sin las aportaciones de Kuhn y sus seguidores. Kuhn investigó cómo operaba en concreto la razón científica en momentos delimitados de la historia de la química, la física o la astronomía. Esta visión del ejercicio del pensamiento en un proceso histórico revolucionó nuestra idea de la razón teórica y de sus relaciones con deseos, intereses, fines prácticos. Aquí la historia se introduce en el aparentemente más alejado de sus dominios, la ciencia natural, y permite llegar a una noción nueva de la historicidad del pensamiento científico. Pienso que, tal vez, lo que el estudio de las "revoluciones científicas" puede aclararnos sobre el ejercicio de la razón teórica, el de las revoluciones políticas podría lograrlo respecto del ejercicio de la razón práctica.

24 Cuando en el grupo Hiperión nos proponíamos ligar la reflexión filosófica a lo concreto, este programa pudo entenderse en dos sentidos diferentes. El que resultó moneda más corriente lo interpretó como un llamado para que la filosofía tomara por temas de reflexión la circunstancia histórica mexicana o latinoamericana. Pero también podía interpretarse en otro sentido, que ahora me parece más fructífero: ir a lo concreto es plantear los problemas generales, permanentes, de toda filosofía, estudiando cómo se ejerce la razón en circunstancias históricas bien delimitadas. Se trataría de detectar los límites, contradicciones, dificultades con que tropieza la razón práctica cuando trata de guiar, en una circunstancia histórica particular, la acción humana.

25 Sería falso —y pretensioso por añadidura— decir que en mis trabajos de historia intelectual tuviera conciencia de un programa semejante. No; sólo intentaba trazar una historia de las distintas etapas de un proceso ideológico. Sin embargo, en ambos estudios se veía, de hecho, cómo operaba la razón en momentos concretos. Independientemente del valor que pudieran tener como historias, podrían leerse también, creo, como estudios del ejercicio de la razón práctica, de sus límites y contradicciones, de sus relaciones con actitudes, deseos e intereses, en un proceso histórico particular. Podrían verse como intentos, limitados e incompletos, por aclarar problemas de la razón práctica, ya no en abstracto, sino en su ejercicio concreto en la historia. Ésa era la dirección que los animaba, aunque no estuviera claramente expresada. Ésa es, en todo caso, la dirección que anima mi trabajo actual. Y éste no hubiera sido posible sin aquel encuentro, ya lejano, con la historia.

Silvio Zavala



La escuela de los *Annales*

1 **S.Z.** No tenemos que empezar por el principio. Me gustaría evocar en este instante las figuras de Fernand Braudel y de Lucien Febvre en ese París recién liberado de la ocupación alemana que había sido "durante cuatro años el remordimiento del mundo" (Charles de Gaulle).

2 Braudel estaba preparando su tesis, se la dirigía Lucien Febvre. No era aún el famoso autor de *El Mediterráneo*, pero ya empezaba a asomarse a lo que después habría; me prestó libros, conversamos en particular sobre un temprano estudio que dediqué a la moneda en el Paraguay hispano; era muy generoso. Lucien Febvre también lo era (y en sus ideas muy

cortés, muy gentil). De modo que entre las buenas amistades personales que pude establecer, después de la Segunda guerra mundial, estaban estas dos grandes figuras. Marc Bloch había desaparecido, fusilado como resistente, en junio de 1944, por los alemanes. Seguía presente: todos lo recordábamos, lo honrábamos mucho, impresionados por esa vida tan trágicamente terminada, y sobre todo por su obra. La suya sí que fue una de esas que se llaman seminales. Marc Bloch poseía un talento extraordinario y tuvo un papel decisivo en la historiografía.

3 Pero, fíjese en una cosa que usted debe de haber vivido y conocido bien: la llamada escuela de los *Annales* (por el nombre de la revista fundada por Bloch y Febvre) se ha caracterizado mucho por su afición a las estructuras sociales y económicas, a las series de precios, a la historia llamada cuantitativa. Claro, también le interesaban "las mentalidades" que tanto estudió Lucien Febvre desde su *L'incroyance au temps de Rabelais*, pero el auge de ellas estaba por venir, digamos después de 1968. Por lo pronto triunfaban las series estadísticas, los precios, la historia cuantitativa y estructural, las gráficas, "el pequeño hombre" y su vida cotidiana. Esos amigos de la VI Sección de la Escuela de los Altos Estudios se burlaban mucho, en arrogante desafio, de la historia que llamaban de "la vieja escuela", de la "historia-batalla", de la "historia de los acontecimientos" (" *evénementielle*".) No querían saber nada de los estados, de las instituciones, de la política, de las guerras... Usaban algo de la terminología marxista para votar a favor de las "estructuras" contra la "superestructura".

4 Yo encontraba extraño que estas mentes francesas, tan lúcidas, siguieran apegadas a esta corriente dual de pensamiento cuando apenas acababa de pasar la Segunda guerra mundial, cuando todavía no terminaban de digerir el enorme acontecimiento, con sus horribles eventos, entre ellos la muerte de Marc Bloch. Braudel había pasado seis años en Alemania, en un campo de prisioneros de guerra; Febvre, al hablarme de la caída de Francia, no podía contener sus lágrimas y creía en la traición. En este año de 1947, la vida estaba tan impregnada de los acontecimientos, la sacudida había sido tan fuerte, que no podían hablar un cuarto de hora sin que asomaran todas estas cosas, y sin embargo, según ellos, todo ese torbellino que afectó sus vidas era pura "superestructura"...

5 Yo vi claramente el contrasentido, quizá por venir de ultramar y ser discípulo de un historiador de la civilización: Rafael Altamira. Él me enseñó a tener una concepción global y a no hacer esa dicotomía entre las bases económicas y sociales y el resto de la sociedad. Yo lo veía todo tan unido, tan influidas unas cosas por otras que, en el fondo, no compartía esa división de la historia lanzada por los *Annales* que iba a triunfar durante más de una generación en el mundo entero.

6 Claro ¿quién puede desconocer todo lo que esa escuela innovó, descubrió y señaló a la atención de los historiadores? Vea usted que aquí tengo la colección completa, desde el número 1 de los *Annales.* No creo que haya muchas en la ciudad de México.

7 Pero me parece que esos notables historiadores fueron parciales también, quizá porque a fines de los años 20, en los 30, eran todavía jóvenes y tenían que abrirse paso frente a obstáculos y tradiciones poco favorables al cambio. Sus alumnos fueron más radicales aún porque en las modas intelectuales triunfantes siempre hay algo de inclinación partidista.

8 Por lo pronto la vida en el 47 estaba mostrando los lados incompletos de esa visión. Yo recuerdo tal como la hallé a esa Francia que se estaba apenas levantando de la terrible ocupación alemana. No había leche, no había pan, no había comida, faltaban los transportes; todo estaba racionado, limitado y sujeto a la presentación de tarjetas.

9 Era dura la situación en este país devastado y succionado por el invasor. En medio de ese estado de crisis, me sorprendió una especie de renacimiento de la idea de la grandeza de Francia entre tantas ruinas.

10 Esos franceses no querían sobrevivir sin algo más que los restos de su pasado. No, eso no bastaba; anhelaban rehacer una Francia completa que fuera grande como lo había sido en otros tiempos; abierta a los contactos con el exterior, reanimaría su enseñanza, su cultura, su ciencia, sus artes... Me gustó mucho esto porque si la gente, después de tanta pena, no mira a su país con tal esperanza, con esa ambición de que vuelva a ser lo que fue y que lo supere, no va a ser pronto un gran pueblo. Me sorprendió mucho también. Recordé una plática de José Ortega y Gasset acerca de una duquesa rusa en el exilio que conservaba un preciado medallón en el pecho, y cuando se lamentaba de su penuria y le aconsejaban que lo vendiera, ella rehusaba hacerlo porque el remedio debía venir con todo y el medallón anunciador de su rango.

Yucatán

11 **J.M.** Don Silvio, me gustaría que me hablara de cómo nació su vocación histórica, tomando en cuenta el hecho de que en varias ocasiones ha evocado usted la tierra maya diciendo “yo nací en Yucatán”.

12 **S.Z.** Claro que sí, nací en Mérida en 1909 y pasé mis primeros veinte años de vida y educación en Yucatán, de suerte que no es nada más nacer, sino salir a la vida allá; y quiero mucho a esa tierra. Pero vea usted, varias veces lo he explicado, Yucatán tiene sus fundamentos de civilización maya muy valiosos. Han atraído espíritus grandes; equipos enteros de trabajo como en mi época el de la Carnegie Institution de Washington con geólogos, botánicos, etnólogos, lingüistas, historiadores, hombres de visión social como Robert Redfield, etc. El paso de esa escuela americana por la historia de Yucatán fue muy fecundo en dicha época. Vi en Washington en 1940 los armarios llenos de documentos que habían copiado en Sevilla, France V. Scholes, la señorita Eleanor B. Adams, Robert S. Chamberlain, Ralph Royce (éste muy buen historiador impregnado de etnología). Cuando vi ese dispositivo me dije —yo un hombre joven que apenas estaba empezando los estudios— ¿qué voy a poder hacer frente a todo este equipo tan grande que va a trabajar la historia de Yucatán? Propiamente me excluí de la historia de Yucatán al contemplar ese espectáculo. Ellos hicieron mucho, pero luego vino el año terrible de 1941, cuando los japoneses atacaron Pearl Harbor y pasó a dirigir la Fundación Carnegie un gran matemático interesado en la bomba atómica. Para él, ir a estudiar la vieja civilización maya en esos momentos le parecía superfluo... Dispersó el equipo, terminó con todo; algunos tuvieron que irse, por ejemplo, a Nuevo México. Chamberlain entró en el Departamento de Estado. En fin, sólo quedó lo que ya se había hecho en el terreno y en las publicaciones, así como los fondos documentales inmensos que se han seguido trabajando poco a poco en la Biblioteca del Congreso de Washington y en las de las universidades de Nuevo México y de Tulane en Nueva Orleáns. Nosotros los yucatecos fuimos estimulados por la enorme fuerza que la Carnegie había traído; así tiene usted a Jorge Ignacio Rubio Mañé. Fue ese gran yucateco, no yo, quien en el terreno de la historia hizo la penetración y el enlace entre lo local y los sabios que habían venido a estudiar a Yucatán desde fuera. Pasó varios años fecundos en contacto con los estudiosos, los archivos y las bibliotecas de España. Dejó obras magníficas acerca del pasado yucateco. Después él se vino a México, fue director del Archivo General de la Nación, y elaboró sus tomos notables sobre los

virreyes de Nueva España. De suerte que no sólo contribuyó fundamentalmente al cultivo de la historia peninsular, ya con documentos ya con un criterio muy probo en sus trabajos, sino que también aportó mucho a la historia general de México.

13 **J.M.** ¿Desde cuándo empezó usted a interesarse por la historia?

14 **S.Z.** Mire, yo he dicho varias veces que nacer en Yucatán predispone al estudio: unos se van a la arqueología, otros a la etnología o a la lingüística, como Alfredo Barrera Vásquez que dejó un magnífico diccionario maya-castellano.

15 Ahora usted como persona originaria del Viejo Mundo va a entender algo que no siempre se ve con claridad en el Nuevo Mundo, que tiene un horizonte histórico relativamente más corto. Y es que yo veía, por ejemplo, en Inglaterra en los documentos que recibo, en los manuales, etc., que se lleva al niño a ver las murallas romanas que están a un paso de su pueblo. Se le enseña muy pronto el pasado tan largo de los viejos países europeos, se le familiariza con las lenguas antiguas y modernas. Yo creo que allí naturalmente nace la vocación histórica. Alguien quiere saber de esto, el otro de algo más allá, o hace un viaje a Grecia o a Roma y se interesa por el pasado clásico, etc. Nosotros en México tenemos la fortuna de contar con civilizaciones indígenas antiguas e importantes y eso, en mi caso por ejemplo, es una realidad. Yo nací en la tierra de los mayas. Si gentes de todo el mundo vienen a ver y admirar sus obras, ¿por qué un nativo del lugar no va a sentir el mismo interés? Sin embargo, no ha sido el pasado maya el objeto de mi trabajo. En mi caso sólo ha sido un estímulo que despierta la vocación. Yo nací en tierra que tiene catedral, arcos y murallas, conventos, calles en cuadrícula, viejos cascos de haciendas, convivencia de gentes y lenguas distintas, elementos heredados de la colonización hispana que poco a poco me hicieron sentir esa atracción por el pasado que para usted puede ser tan clara.

16 Pero yo salí de Yucatán a los veinte años y eso era nada más como un trasfondo de interés. Tenía la idea de que el pasado existe, de que conviene conocerlo y que hasta da gusto saber de él; creo que eso es lo que a mí me dejó Yucatán; pero yo no salí de Yucatán como historiador.

Los inicios

17 Mi camino para llegar a la historia pasa primero por las enseñanzas del derecho, lo que nunca he deplorado; la formación jurídica seria, estructurada, hace ver las cosas con cierta profundidad y nunca me he arrepentido de ese aprendizaje...; se puede decir que mi nacimiento a la historia vino a través de los cursos de derecho constitucional (seguí los de Narciso Bassols, Hilario Medina, Vicente Peniche López) y más tarde del estudio de las instituciones primero en México y luego en España.

18 **J.M.** ¿Usted estudió derecho en la ciudad de México?

19 **S.Z.** Primero en Yucatán; después aquí, en la Universidad Nacional, en la que en mi tiempo se llamaba todavía Escuela de Derecho; tuve buenos maestros de derecho constitucional que poseían conocimientos históricos: Hilario Medina, Narciso Bassols, Vicente Peniche López; y de ahí salgo en 1931 con una beca española para Madrid, donde en la Facultad de Derecho estaba la gran figura [don Silvio tiene su retrato en su estudio —N. del E.] de Rafael Altamira. Eminente jurista, pedagogo, literato, filósofo, le gustaba el arte, por eso hizo su gran contribución a la historia de la civilización española, y como su cátedra era de derecho indiano, de las instituciones de América, naturalmente gentes que estudiábamos derecho, procedentes de América, de Filipinas, de España misma,

convivíamos y nos formamos en ese ambiente. Don Rafael era también, no hay que olvidarlo, juez de la Corte Internacional de La Haya. En su formación en derecho había trabajado con Eduardo Hinojosa, Joaquín Costa y otros historiadores medievistas de España. Yo aprendí mucho allá; fue, se puede decir, el comienzo de mi vida de historiador; y cuando me tocó escoger el tema de la tesis de doctorado, estaba bajo dos influencias diversas: una de un puro y muy reputado jurista, de derecho inmobiliario, hipotecas y todo esto, don Jerónimo González; y la otra la de don Rafael Altamira con su historia de la civilización; y sus proyecciones sobre el continente americano. Tuve que luchar para decidir el camino, porque don Jerónimo decía que yo servía para estudiar el derecho hipotecario, juicio de un gran conocedor de la materia; me hizo trabajar, le presenté una tesis de maestría que se llama "El tercero en el registro mexicano" (los derechos del tercero en los juicios hipotecarios); le gustó, y la hizo publicar en Madrid, en 1932, en la *Revista Crítica de Derechos Inmobiliarios.* Quería mandarme a Alemania a continuar esos trabajos; él tenía una formación germánica, como tanta gente importante de España en esa época, y le parecía que era un buen camino; pero don Rafael tenía además mucho ascendiente personal, mucho atractivo; era un hombre bueno y sabio; me captó. Ahí vinieron los recuerdos de Yucatán porque yo tenía un tío notabilísimo en Yucatán que se llamaba don Gonzalo Cámara Zavala que era íntimo amigo de don Rafael Altamira, y un día don Rafael, que era muy generoso, le escribió una carta diciéndole: "Tengo a su sobrino aquí; está destacando en el grupo de mis estudiantes, creo que puede hacer mucho en el campo de la historia de América". En seguida mi familia me lo comunicó; bueno, yo di las gracias, pero no fue lo único que me decidió a escoger la ruta, sino el deseo que tenía de trabajar sobre la historia de las instituciones en América, apoyándome en el conocimiento de las de España, y salió mi tesis que se llama *Los intereses particulares en la conquista de la Nueva España (estudio histérico-jurídico)* (1ª ed. 1933, Madrid; 2ª ed. 1964, México, UNAM; 3ª ed. 1991, México, El Colegio Nacional). El interés de Altamira por esta tesis se debía a que respondía a una concepción económica de la historia, precisamente a saber: ¿quiénes pagaron la conquista? ¿Cuáles fueron las consecuencias en el reparto de premios? Eso le parecía original y así me lo dijo y lo escribió en el prólogo.

20 Recuerdo que también en esos primeros tiempos, cuando iba entrando por el largo camino del estudio de la historia de América, salió mi artículo (que por cierto acaba también en 1991 de ser reeditado por el Cabildo Insular de las Palmas de Gran Canaria) acerca de *Las conquistas de Canarias y América*, publicado primero en la revista *Tierra Firme* de Madrid; es un estudio comparativo porque la gente no siempre recuerda que, cuando salió Colón a sus viajes transoceánicos, recaló en el archipiélago de las Canarias, cuya conquista no había terminado al iniciarse la de las islas antillanas. Ese vínculo cronológico ayuda a comprender la conexión que se establece a través del océano. Me decía recientemente el secretario de la Academia de la Historia de Madrid que a él le había importado mucho este artículo. Son dos estudios, digamos, originales, para empezar una labor muy larga. Yo anuncio en *Los intereses...*, que estaba preparando otros trabajos más amplios, y así fue, porque cuando terminó mi trabajo en la cátedra de Altamira, ya doctorado, me atrajo el Centro de Estudios Históricos de Madrid, que tenía mucha fuerza en lingüística, en historia medieval, en historiografía y contaba con excelente biblioteca, métodos de trabajo a la altura de los de cualquier país europeo de la época, figuras como Ramón Menéndez Pidal (que había escrito *La España de! Cid*), Amé rico Castro, con *El pensamiento de Cervantes*, Claudio Sánchez Albornoz, con su extensa labor acerca de las *Instituciones medievales...*; estaba también Benito Sánchez Alonso con sus valiosos trabajos de bibliografía e historiografía española, Dámaso Alonso que trabajaba sobre Erasmo.

La vida

21 **J.M.** Antes de volver a los años que usted pasó en España, una pregunta sobre su familia: ¿serán parientes de ustedes Lorenzo de Zavala y el señor canónigo Mauricio?

22 **S.Z.** Existe la obra de José María Valdés Acosta sobre *Yucatán a través de las centurias*; él trabajó mucho en los archivos parroquiales, el de la Catedral de Mérida y los de otras iglesias, y sacó todo lo que pudo acerca de la historia de las familias; es lo mejor, con algunos continuadores, de lo que hasta ahora podemos manejar las gentes del Estado; ahora bien, en el caso de Lorenzo sé que había una rama de nuestra familia que se llamaba de Zavala, como él firmaba, Lorenzo de Zavala. Yo tuve y tengo aún primos en Yucatán como Agustín de Zavala, todavía de mi época, o su hermano menor Enrique de Zavala; en la familia de mi padre el *de* no lo usaban; ellos hacían como todo el resto de la gente, es decir utilizaban Fulano Zavala, nada más, como yo lo uso; pero sí sabían del parentesco y se llevaban entre sí; mi padre tenía íntimas relaciones con sus parientes, con don Alberto de Zavala que era el padre de Agustín, etc. De modo que eso es lo que se puede saber; nada más que la vida de don Lorenzo, que salió muy pronto de Yucatán, tiene etapas difíciles: San Juan de Ulúa, preso por los españoles, porque él tomaba parte en los movimientos de separación de España; después actúa en la política nacional, es gobernador del Estado de México, hizo en Toluca una labor importante; luego lo mandan a Europa, precisamente como ministro de México en París; hace muchos años me precedió en esa labor diplomática. Luego vino su rompimiento, franco y definitivo, con los métodos contralistas del general Antonio López de Santa Anna, lo que provocó su renuncia a la legación de París y su exilio en los Estados Unidos; él se había casado con mujer anglosajona y se interesaba en el caso de Texas, lo cual acabó con su vida, en la forma que se conoce. Llevaba a los hombres de una sociedad de frontera muy ruda los conocimientos que había adquirido primero en la vida nacional de México, después en sus estudios europeos y en sus viajes a los Estados Unidos. Proyectaba ideas importantes acerca del nacimiento de Texas como república y, bueno, esa parte de su historia es la que lo separa de los mexicanos, pero él visita al general Santa Anna prisionero en Texas y ayuda a salvarle la vida, cuando ese jefe había sido ingrato con él.

23 Mire, otra vez volvemos a lo que yo he dicho en mis trabajos. El historiador tiene una vida personal; hay la vida social que lo rodea (estábamos hablando del siglo XIX pero habíamos hablado de Europa en 1947). A mí me toca la revolución de Francisco Franco en España, en 1936, la guerra civil...; de modo que viví todo el ciclo de la República, su nacimiento, florecimiento, su caída; después la Segunda guerra mundial, a la que también ya hemos hecho referencia; ese ambiente no lo escoge uno, es el mundo el que se lo da; aquel en el que le toca a uno vivir; yo he llamado a esas circunstancias el tiempo social del historiador que se combina con el tiempo personal; y todavía hay una tercera dimensión, la del historiador que está en un presente y tiene que mirar al pasado que escoge para dialogar con los muertos. Ahora muchos estudian la historia contemporánea, pero lo normal es que el historiador entre en relación con el tiempo pasado, lo cual le da esa tercera dimensión temporal; yo estoy convencido, hasta donde lo he podido ver, que es allá donde está la médula de nuestro oficio; estamos viviendo en un presente, somos como somos por la persona, las circunstancias, y por el tiempo social que nos toca; pero escogemos mirar algo hacia atrás. En ese diálogo entre el presente y el pasado es donde se prueba al historiador, para saber, en primer lugar, si sirve para estudiar la historia, y

después cómo lo hace, qué logra dejar su obra como legado; es el meollo de toda la cuestión.

24 **J.M.** ¿En Mérida había buenas bibliotecas?

25 **S.Z.** Mire, yo tuve un profesor en la Escuela de Derecho de Mérida, y es bueno que usted me lo recuerde, porque es la primera semilla de interés por lo francés que tuve (estaba yo estudiando el idioma francés), que fomentó esa inclinación. Se llamaba Santiago Burgos Brito y era un enamorado de la literatura francesa. Con él conseguí los primeros libros de franceses de mi vida, cuando todavía era muy joven; no sabía que ese contacto iba a tener consecuencias grandes en mi vida: me sembró el interés, el uso del idioma...; eso lo traje desde mi provincia.

26 **J.M.** ¿En su casa había libros, había biblioteca?

27 **S.Z.** De francés no recuerdo; había algunos libros de mi padre que no se dedicaba a estas cosas; él trabajaba en la industria y el comercio y luego en la Compañía Naviera del Golfo...; tenía curiosidad mental y compraba las obras relativas a la vida peninsular y las de orden general que sus amigos libreros comentaban; por ejemplo el Valdés Acosta lo tenía y así cada vez que salía algo que le llamaba la atención, lo recibíamos en la casa; pero la biblioteca de Burgos Brito sí fue importante. Está en la Biblioteca Pública del Estado ahora. Por cierto, usted sabe de esto y entenderá el siguiente comentario: cuando se recogen bibliotecas particulares valiosas [enseña la suya —N. del E.] —yo tengo toda una sección de humanismo europeo que no creo que exista en muchas bibliotecas de México y reúno otras especialidades—; bien, fallece la persona, se dispersan los libros o se incorporan a una gran biblioteca, en donde los bibliotecarios mandan cada libro por donde sea, pero con eso se pierden los grupos de interés. Bueno ¿qué leía Burgos Brito, qué significaba su colección, qué efectos tuvo en la vida de su lugar? Éstos son valores que conviene conocer, por eso yo pienso que bibliotecas como la de El Colegio de México, la de El Colegio Nacional, deben hasta donde sea posible respetar las agrupaciones de origen; a los bibliotecarios no les gusta, lo sé, piensan que sus métodos exigen la completa dispersión, pero hay este otro punto de vista de que uno vive con sus libros, los hace suyos según los trabajos mentales que emprende. Por eso la biblioteca del estudioso es muy significativa, refleja la figura intelectual de las personas.

España

28 **J.M.** Don Silvio, ¿por qué se quedó usted tantos años en España y por qué no se quedó más?

29 **S.Z.** La respuesta es muy sencilla; después de mis primeros ensayos, que la gente encontró originales y que les parecía que servían para algo, yo publiqué en 1935, en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, los dos primeros libros amplios de los que soy autor, *Las instituciones jurídicas en la conquista de América* y *La encomienda indiana.* Son libros que se consideran fruto de una manera de ver, de un esfuerzo intenso, quizás de una cierta honestidad en el trabajo; no es malo que la tenga el historiador si puede. Yo seguí después el trabajo, salió *El mundo americano en la época colonial* (1ª ed. 1968, México, Editorial Porrúa, 2 vols., XXVIII-643 y 671 p., 2ª ed. en facsímil, 1990), con un sustancioso sumplemento bibliográfico de 936 fichas, muchas de ellas descriptivas y comentadas, que acaba de publicar en 1992 el Instituto Panamericano de Geografía e Historia; son veinte años de fichas agregadas. Me decía el padre Miguel Batllori, que tenía mucha

responsabilidad en la biblioteca de la Compañía de Jesús en Roma, que cuando a él se le acercaban jóvenes investigadores les decía: “empiecen con el *Mundo americano* y después hablaremos de qué camino quieren ustedes seguir”. ¿Por qué decía esto? Pues porque es un esfuerzo de síntesis apoyado en aportaciones colectivas anteriores que abarcan desde Canadá hasta Argentina, con todas sus variantes, para ofrecer una visión de conjunto de esta parte del mundo y de sus conexiones con Europa, África y Asia, y hasta principios del siglo XIX.

30 **J.M.** ¿Puedo creer que en Madrid estaba usted en su casa...?

31 **S.Z.** El idioma es el mismo; son similares las costumbres, las ideas, los sentimientos, las tradiciones, de suerte que este periodo español fue importante para mí por la formación y después por la índole de mis trabajos. Yo estaba estudiando la venida de los europeos al nuevo mundo, claro está que tenía que saber de dónde procedían, quiénes eran, cómo vivían. **Ha** influido mucho en mi labor esa formación española para estudiar la historia europea del nuevo mundo, porque se trata de una época muy larga, muy importante, no siempre bien trabajada en general.

32 **J.M.** Todo le iba muy bien; de no haber sido por la guerra civil, a lo mejor se hubiera quedado más años...

33 **S.Z.** Los españoles eran tolerantes a este respecto; sabios, como Américo Castro, me decían: “Bueno, nosotros vemos que usted aquí está haciendo trabajos valiosos. En cuanto le convenga y quiera, pues sígalos; en cuanto quiera regresar a su país, regrese.” Era una posición correcta de parte de ellos.

34 **J.M.** ¿A usted le tocó el fin de la Segunda República...?

35 **S.Z.** Claro que me tocó; mire usted esto [enseña el retrato de Tomás Moro —N. del E.] el otro día recordaba que debía ir a la Biblioteca Nacional de Madrid, al Fondo de manuscritos, para proseguir los trabajos que había iniciado sobre Vasco de Quiroga (su informacion en derecho, de 1535, manuscrita está allá) y leyéndola vi cómo decía que se inspiró en Tomás Moro, para fundar sus hospitales-pueblos de Santa Fe; por eso cuando regresé a México en 1937, una de mis primeras publicaciones fue *La utopía de Tomás Moro en la Nueva España* (México, Robredo-Porrúa, 1937, IX, 60 p.), que es la explicación del ideario social de Vasco de Quiroga y de sus grandes trabajos en defensa de los indígenas, primero como oidor de la Audiencia de México, luego como obispo de Michoacán. Andaba en los últimos toques de ese trabajo; salía de la Biblioteca y muchas veces en la tarde, en la Castellana, se cruzaban disparos en la propia ciudad de Madrid. Otras tardes iba al Centro de Estudios Históricos y del frente del Guadarrama veía bajar a los heridos, hombres jóvenes que habían sido enviados a combatir a las tropas de Franco; volvían en brazos de los camilleros, lívidos por haber perdido mucha sangre, para ingresar en las clínicas situadas en ese barrio. Ése era el Madrid que por fin yo dejé; en un tren de los últimos, si no el último, que pudo llegar a Valencia, porque iban a ser cortadas las vías de comunicación por las tropas franquistas. De Valencia, recuerde usted que era el asiento del gobierno republicano, pasé a Barcelona; el espectáculo de esta ciudad jamás lo olvidaré: parte del centro estaba devastado; quemados los conventos, sacadas las monjas de sus claustros, los hoteles ocupados por los milicianos con sus armas al brazo; ahí comían y dormían; el gobierno republicano carecía de fuerza; si uno quería un papel de salida de España, era necesario acudir al edificio incautado por los anarcosindicalistas que daban el sello porque el de la república no valía sin el otro; era tediosa la espera en esas colas interminables. Uno veía volver a las partidas que habían salido por la noche a matar

gente, a coger todo lo que encontraban en las casas, vajillas, muebles, pinturas; familiares ansiosos preguntaban por los desaparecidos; ése era el espectáculo que a mí me tocó ver en Barcelona, espantoso. Por ser mexicano, me dejaron cruzar hasta Francia, por Perpiñán, y ¿qué veo allá? A unos kilómetros de esta frontera incendiada, el ejército francés de ese momento, es el año de 1937, haciendo maniobras, porque se corrían ya amenazas sobre Francia. Pero ¡qué ejército! Bien comido, bien bebido, bien vestido, contento. Habían ido a hacer ejercicios nada más. Lo que me impresionó mucho, en ese tiempo social del que hablamos, es que cuando se incendia una casa, la del vecino está en peligro, y nunca lo he visto más claro: ese malestar del tren español y el bienestar del tren francés ofrecían un contraste tremendo. ¿Qué es una frontera? Por acá el hundimiento, el incendio, la devastación, la muerte; un poco más allá la civilización, el bienestar, el gusto de la vida. Pero ¿es posible eso a pocos kilómetros de distancia? Luego vi que no era posible; Francia se ve envuelta en el conflicto que empieza con la llegada de las tropas alemanas y de sus aviones sobre Guernica (España), de las de Mussolini, de las fuerzas auxiliares moras que pasaron en ayuda de las franquistas. Vino el repliegue diplomático de los aliados en Munich, el permiso naval inglés que deja pasar refuerzos de África a España y finalmente Francia cae en su guerra, su ocupación y su desastre.

36 **J.M.** ¿Ése fue su primer contacto con Francia?

37 **S.Z.** Creo que era el segundo; había yo estado en otro viaje corto, pero no en las circunstancias de las que hablamos. Francia, en mi tiempo social, cuenta mucho, la he visto de rodillas, la he visto levantarse, la he visto entera ya, en el tiempo del general Charles de Gaulle, y lo que yo no sabía es que iba a pasar nueve años (1966-1975) como embajador de México allá; quién me podía decir a mí que ése iba a ser el curso de mi vida [antes, de 1956 a 1963, Silvio Zavala fue delegado permanente de México ante la UNESCO en París —N. del E.] sin saberlo, y tal vez la vida me venía preparando para ello. No podía preverlo pero así fue. En el caso español, conocía esa España de la república llena de esperanzas, con buenas intenciones, con gente tan valiosa en todos los campos, tratando de levantar un país moderno, y democratizado; sigue la caída estrepitosa de todas esas esperanzas, el desastre terrible que fue esa guerra civil; para volver a México en 1937, crucé todavía el océano en barco que salía de Saint Nazaire, que se llamaba *Le Mexique*, ese barco poco después fue hundido por los alemanes; después viene el exilio doloroso de la gente española, por el triunfo militar del régimen de Franco; se van a Francia, al África del norte; por fin, gracias a la visión y a la generosidad del régimen mexicano del general Lázaro Cárdenas, se les abren las puertas de nuestro país; vienen aquí muchos compañeros y amigos míos de la época española. Llegaron y claro es que debía hacer todo lo posible por ayudarlos; lo procuré en la Casa de España, con Alfonso Reyes; en El Colegio de México, con Reyes y Daniel Cosío Villegas. De modo que ese capítulo español, transterrado como decía José Gaos, fue largo y significativo en mi vida.

38 Muchos de los refugiados españoles están sepultados en nuestros cementerios, entre ellos mi maestro Rafael Altamira, que aquí murió en 1951 a los ochenta y cinco años. Trabajó hasta el fin... hay publicaciones suyas de la última etapa como su famoso *Felipe II*, editado por la Universidad..., sus estudios de derecho indiano los publicó el Instituto Panamericano de Geografía e Historia en el que yo trabajaba en muchas cosas con la *Revista de Historia de América* [S. Zavala la fundó en 1938 y la dirigió hasta 1965 —N. del E.]. Aparecieron sus cedularios. Son trabajos de envergadura que han sido reeditados, tienen vida todavía. Bien, acaba esa etapa de la recepción de los transterrados. Su venida hizo muy bien. Y ¿quién me iba a decir a mí que cuando estuviese en París (el gobierno de

México en esa época no reconocía al gobierno de Franco sino al gobierno de la república en el exilio y este último tenía constante actividad en Francia) diplomáticamente tendría yo contactos con ellos? Así que hasta el final de la desaparición de la república yo estuve en contacto con el exilio español. Formaba parte de mi quehacer habitual.

39 Conocí a no pocos de esos españoles desde España; a otros, porque la emigración fue muy grande, cuando vinieron por su camino a México y después los traté aquí. Procuré en lo que estuvo a mi alcance ayudarlos a insertarse en la vida de México; y mire usted esto, que le va a interesar: en este sillón donde usted está sentado vino a sentarse José Gaos, y en este otro sillón José Medina Echavarría; la plática que tuvimos fue ésta: "Ustedes están en México, haciendo mucho bien, hay mexicanos jóvenes que ya están en contacto con sus enseñanzas..." Pero yo les decía: "Suponiendo que ustedes puedan volver a Europa, están en su derecho de hacerlo. ¿Qué nos va a quedar a nosotros los mexicanos del paso de ustedes por acá?" La Casa de España y la primera etapa de El Colegio de México se concebían como puntos de apoyo para que ellos sobrevivieran y trabajaran y que no se desviaran de lo que sabían hacer, pero la pregunta era ¿qué va a dejar esto a México? Ustedes vienen como una ola... se van... Aquí es donde se incubó la idea que yo traía por experiencia de España de la formación de los investigadores en los centros de trabajo de El Colegio de México. ¿Por qué? Porque a esos centros iban a venir los becarios mexicanos y los de otros países; se les iba a formar después de varios años de trabajo, eso es Luis González, eso es María del Carmen Velázquez, es Ernesto de la Torre, eso fue Susana Uribe, que por su amor a los libros fundó la biblioteca de El Colegio, eso es el caso hispano-mexicano de Carlos Bosch-García; eso es Berta Ulloa. Eso fueron también Julio Le Riverend, Isabel Gutiérrez del Arroyo, Luis Muro, Eduardo Arcila Farías, entre otros. En mis recuerdos me pasa que nunca hablo de ello, pero la idea de los centros nació aquí en este lugar, se la explicamos a don Alfonso Reyes. Él decía: "Yo no quiero formar escuelitas, yo quiero trabajar con adultos." Sin embargo, le gustó luego el trato con los alumnos inteligentes y formados. Cosío, con más sentido pedagógico, respondía: "Bueno, se puede estudiar"; y ayudó a la constitución de los centros. Así nació en 1941 el primero de ellos, que fue el Centro de Estudios Históricos, y después vinieron los otros. En la vida que me ha tocado hay otras actividades además de las de investigación y enseñanza. Estas influencias que uno ejerce sobre los centros de trabajo... pienso que tal vez la idea que le explico fue fecunda.

40 Cuando hace poco se recordaban los cincuenta años de la formación de ese Centro (1991), usted ya notó que personas que ahora trabajan en él no saben nada de sus orígenes, ni les importan. Por eso fue oportuno que Luis González, con su talento y su buen humor, presentara un primer catálogo de los egresados y no olvidó la presencia de los becarios extranjeros. Fue otra apertura que vino de mis experiencias anteriores: no limitar la formación a los mexicanos; abrirnos a los hispanoamericanos; y para mí es tan valioso decir que tengo un discípulo mexicano de tanto valer como Luis González, como decirlo del cubano Julio Le Riverend; de la puertorriqueña Isabel Gutiérrez del Arroyo; del venezolano Eduardo Arcila Farías, del peruano Luis Muro; faros de primer orden en la historia actual salieron de aquí, se formaron en El Colegio, y ellos lo dicen y lo agradecen.

41 **J.M.** Es algo que siempre me ha llamado la atención, usted pertenece a una generación que le tocó vivir, para bien o para mal, un momento de nacionalismo agudo en el mundo entero y eso nunca se nota en usted. ¿Por qué esa apertura tranquila al mundo exterior? ¿Será por su experiencia española, por Yucatán?

42 **S.Z.** Es la vida que, le he explicado a usted, me formó de esa manera. ¿Cómo podía yo, si un compañero está trabajando en Perú, sentirlo ajeno cuando yo estoy trabajando la época hispana en México? Es imposible, entonces quizá fue algo de lo que yo traje a esta labor de formación; pero usted ha oído muchas veces decir que yo no tengo la memoria completa de mi vida, ni me ocupo mucho de ella; cuando converso con mentes como la de Peter Bakewell, como la de usted, afloran a veces los recuerdos de aspectos de mis experiencias, y digo lo que viene al caso; pero cuando otras personas más jóvenes me dicen: “Vamos a acercarnos al mundo de la historia”, les deseo buena suerte al reconocer ese sendero y comprendo que partimos de tiempos y experiencias distintos.

Francia

43 A Francia vuelvo en 1947, con motivo de una invitación del Quai d’Orsay; y por cierto lo acababa yo de recordar hace poco porque esa invitación me la lanzó Louis Joxe, padre del ministro actual de la Defensa; yo lo quise mucho y él fue siempre generoso y benévolo conmigo; no olvide que por ese tiempo Francia tenía a Paul Rivet en el Museo del Hombre; al gran rector hispanista Jean Sarrailh en la Universidad de la Sorbona; a esa figura (con la que naturalmente tenía que entenderme) que era Marcel Bataillon, en el Colegio de Francia; él con su *Erasmo* y *España*, yo con mi Tomás Moro y mi Vasco de Quiroga, no podíamos trabajar sin entrar en íntimo contacto; bueno, con personas así yo me sentía en casa; me comprendían, me ayudaban, yo en lo que podía les servía. Mire usted un ejemplo, en dos años que pasé en los Estados Unidos, con la beca Guggenheim, me tocó ir a la Huntington Library de San Marino, en California, y de pronto veo allá los papeles de Pedro de la Gasea, pacificador del Perú cuando la famosa guerra civil; el catálogo estaba hecho. Yo le di la noticia a Marcel Bataillon de que eso existía, él pidió las fotocopias, hizo sus estudios excelentes y los expuso en el Colegio de Francia sobre dicho tema; vea que hubo profundos vínculos de trabajo intelectual; después he tenido otros contactos... François Chevalier, Jacques Lafaye, Claude Dumas, Frédéric Mauro, Jean Pierre Berthe, Robert Ricard... tantas figuras valiosas del hispanismo y del hispanoamericanismo francés; todos estaban volviendo a hacer esa Francia grande que he explicado.

44 **J.M.** ¿A Paul Rivet lo conoció en México?

45 **S.Z.** Sí; además Paul Rivet vino para sostener a la “Francia libre”, como Jacques Soustelle también, pero los otros no habían venido.

46 Pienso algo ahora que tal vez usted también tenga interés en anotar, es lo siguiente: después de una vida como la mía, de viajes, de funciones, de experiencias, cuando llego aquí ya retirado y me preguntan que si he vuelto a México, yo suelo decir que volví a mis papeles y mis libros que están en México. Hay una cierta diferencia. Es cierto que México no me deja, me envuelve, usted lo ve. En formas inesperadas, que si el Quinto Centenario o la Diana Cazadora, que si esto o aquello me toman tiempo y me mezclan en los problemas y en las cuestiones netamente mexicanas, nunca me niego a eso..., pero lo que yo quiero es estar aquí recluido, separado del mundo, acabar con estos ficheros, mire que ya están dos importantes pues la Universidad de México, en su Instituto de Investigaciones Jurídicas, tiene veinte años de fichas sobre la *Encomienda Indiana*, ojalá que salve todo el fichero que le di, lo están pasando en sus máquinas. El otro fichero ya logró publicarlo el Colegio Nacional en 1991, bajo el título de *Ensayo bibliográfico en torno de*

Vasco de Quiroga, repaso amplio del mundo del humanismo y de sus influencias sobre nuestra cultura.

47 **J.M.** Don Silvio, no sé si saqué mal las cuentas, pero según su *Bibliografía* publicada por El Colegio Nacional en 1982, usted estuvo dieciséis años en Francia.

48 **S.Z.** Y agregue usted los otros seis años de España, claro, ya cumplí más de ochenta años de edad, de suerte que hay mucho que repartir; pero son veinticinco años de Europa, no de viajes y de idas y vueltas, sino de estancia en la vida europea. Algunas gentes me preguntan cómo vivo en México, qué experimento después de tantos años europeos. Les digo que, junto a la grata impresión de volver a estar cerca de sus valores y finuras, no comprendo por qué pasan ciertas cosas, procuro en lo posible retirarme, aunque no siempre logro hacerlo.

49 Mire, para explicar por qué en una vida como la mía dediqué tantos años a estar en el mirador francés, yo puedo responderle que esa experiencia es valiosa, tiene uno alrededor la vida política, la vida internacional, los conciertos, las exposiciones, los sitios de visita; se familiariza con los valores de Francia y es agradable oír una noche a la orquesta de París, otra noche ir a un teatro de calidad, a ver *El Cid* de Corneille, en fin, hay una serie de incentivos de la vida que están al alcance de quien reside allá. Por fortuna yo tenía la base para entenderlos. Y después mire que en la sucesión política llegué cuando gobernaba De Gaulle, luego vino Pompidou (a quien estimé mucho), por fin Giscard, y entonces regreso. Haber conocido a estos hombres de cerca, entendido cómo trabajaban, tiene cierto significado en la vida de un hombre de América Latina...

50 Louis Joxe fue una gran figura; en el Quai d'Orsay dejó una huella honda, y bueno ¿por qué me entendía yo con ellos?; allá sí tal vez tenga usted razón al pensar que ayudaba mi condición de yuca-teco. Porque Yucatán tiene una base firme de interés y de trabajo con la cultura francesa; ya le expliqué que muy joven entré en contacto con esto, así es que, curiosamente, este yucateco pasado por tantas aguas se llevaba con la gente francesa, la entendía, y ellos me toleraban, eso es lo que pasaba. Le voy a contar una anécdota interesante. Uno de esos recuerdos que vienen de pronto. Llegó una comisión mexicana de alto nivel, encargada de confeccionar el programa de una visita presidencial o de algo por el estilo; el Quai d'Orsay nos acogió y nos puso una gran mesa, estaban todos los franceses correspondientes a los miembros del grupo mexicano; éstos eran de mucha calidad y de buena formación en la lengua y en la cultura francesas; después que estábamos en la conversación, se asombraron los franceses de hallar ese nivel y lo comentaron favorablemente; decían: "No solemos recibir comisiones con estas cualidades; saben todo de nosotros y en cuanto al embajador Zavala no sabemos en cuál de los lados de la mesa colocarlo"...; decir eso en el Quai d'Orsay, era mucho decir como posibilidad de trabajo cordial.

51 **J.M.** Don Silvio, Alemania y Francia han sido rivales y no sólo en el campo político militar sino también en el campo cultural. De manera muy interesante y nada casual, España a fines del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX escoge el modelo alemán...

52 **S.Z.** Es así, y ya le dije de mi maestro de derecho hipotecario que me aconsejaba ir a perfeccionar mis estudios en Alemania, como lo hacían todos los jóvenes que él adiestraba. Puedo añadir lo siguiente; conocí la España de José Ortega y Gasset, filósofo como tantas gentes formado en Alemania, y si España tenía la idea de seguir los modelos alemanes, era porque los consideraba los más altos en Europa; en contacto con ellos, muchos españoles pasaron por la experiencia alemana; entonces los jóvenes claro es que

seguían el ejemplo de los anteriores, y la junta para ampliación de estudios con todo gusto les daba las becas para ir a Alemania; en cambio no pensaba en mandarlos a Iberoamérica; fue Altamira quien quiso corregir eso y también la tendencia germanófila política; él era aliadófilo y en la guerra del 14 ya se destacó en la defensa de la causa de los alidados; ahora, ¿qué pasa después en México con la emigración? Vinieron gentes como Eugenio Ímaz y Wenceslao Roces con profunda formación alemana y para ellos lo más natural era dárnosla a conocer; el *Dilthey*, en ocho tomos al cuidado de Ímaz, es una obra fundamental e inmensa; cuando yo fui a Francia, una de las quejas de Febvre y Braudel era que el Fondo de Cultura Económica no publicaba libros franceses; decía que sólo estaban traduciendo del alemán o del inglés, y algo influí a mi regreso para lograr la ampliación; ahí viene el *Erasmo* de Bataillon, admirablemente traducido y editado por Antonio Ala-torre, los libros de Jean Sarrailh, de Fernand Braudel, etc. Nunca dejé de recomendar aquello que Francia producía de buena calidad; era el ejemplo de mi maestro; él sostenía que no había que cegarse y seguir sólo a los alemanes; si venía algo valioso de Italia, había que acogerlo, como se hizo aquí con las obras de Antonello Gerbi; lo mismo si llegaba algo útil de Inglaterra, según se hizo con la *Historia social de Inglaterra* de George Macaulay Trevelyan. Algo se pudo reflejar en los resultados y ahora el catálogo del Fondo es bastante equilibrado en cuanto a las nacionalidades de los autores traducidos.

53 Wenceslao Roces murió con libros alemanes en la mano; tiene usted razón en fijarse en eso; no me ha pasado desapercibido, yo tuve que trabajar la lengua alemana en España y sin ella ningún estudiante que tuviera alguna aspiración podía sobrevivir; era indispensable, pero tuve la suerte también de trabajar al mismo tiempo el italiano; me he defendido un poco de la concentración unilateral especializada, mi vida misma es abierta.

54 **J.M.** ¿Cuándo conoció usted a Lewis Hanke?*[1]

55 **S.Z.** Fue en Madrid en los años treinta cuando él visitó el Centro de Estudios Históricos, y después en todo género de empresas, por ejemplo usted sabe que existe la reunión periódica de historiadores de Estados Unidos y de México, la organizamos Hanke y yo por primera vez en Monterrey en 1949, somos los fundadores de ese movimiento.

56 Es agradable, en algunas actividades que uno promueve, apreciar los resultados de conjunto. Cuando la *Revista de Historia de América* llegó al número cien, impresionó algo, la fundé en 1938, y claro está que ya no la hago, pero me satisface ver que continúa, con sus índices y anexos. Es un surco de los que a veces se abren en el campo y muestran ser fecundos.

57 **J.M.** Usando la palabra surco, usted encontró surcos desde el principio...

58 **S.Z.** Mire, esto está relacionado también con lo alemán; algunas veces me han preguntado por qué emprendí la obra acerca del mundo americano colonial... ¿por qué me fijé en todo ese grupo de pueblos europeos que vienen a América y se extienden desde Canadá hasta Argentina pasando por el Caribe? Bueno, es una idea alemana, porque Leopold von Ranke, que ejerce más influencia sobre mi obra de lo que parece, concibió la historia europea, a pesar de los nacionalismos, como un conjunto de empresas paralelas, por eso le atrajeron aquellas épocas en que todo ese grupo heterogéneo de pueblos europeos sale en conjunto; no faltan conflictos, pero se mueven como una corriente general; él se fijó en las cruzadas, en la expansión ultramarina. Yo aconsejaría mucho que alguien trabajase este pensamiento de Ranke, de una civilización europea heterogénea, pero que, de pronto, se mueva en determinadas direcciones análogas. El mundo americano en la época colonial es eso, según se ve en otro estudio anterior al mío, el del alemán formidable Geor Friederici

sobre el descubrimiento, bien llamado a mi juicio, y la conquista europea de América.*[2] Friederici es importante, yo tengo su obra completa, y me ha servido mucho con esas visiones tan amplias que atraen a veces al espíritu alemán y que a todos nos sirven y nos impresionan. Últimamente, en estos tiempos de torpezas en torno del Quinto Centenario de 1492, trajeron al Museo Franz Mayer una lindísima exposición de libros escogidos en los mejores centros alemanes, relativos al tema de la salida europea en ese momento, especie de homenaje a Colón, precioso trabajo. Entonces escribí que al verla me acordaba de los buenos tiempos de la ciencia alemana y que me gustaba mucho que, junto a tantas palabras malévolas, frustradas, sectarias, se manifestara otra vez la presencia alemana en este campo; hacía recordar contribuciones tan perdurables como las de Alejandro von Humboldt, que ha sido llamado el segundo descubridor de América.

Tres etapas

59 Repito que en la experiencia vital de un historiador ya viejo puedo distinguir tres etapas; la primera de nacimiento de la vocación y de formación adecuada, realizada en ambientes que cuenten con profesores de calidad, bibliotecas y archivos valiosos. Luego viene una segunda etapa en la cual la gente advierte que hay una persona formada, que tiene cualidades para el trabajo, y empiezan a encargarle funciones sociales, como ser director de esto, profesor de aquello, participante en tal proyecto internacional, etc.; es decir, las múltiples obligaciones que recaen sobre el investigador ya maduro, que no son la de producción personal de sus obras, sino las que la sociedad le encomienda como deberes colectivos de esta época. No me he negado, si se estudia mi carrera, a desempeñar esas funciones sociales anexas; mas en todo tiempo, aun en los más apretados, no corté el hilito inicial del investigador y, a pesar de muchas interrupciones, seguí leyendo y escribiendo en la medida de lo posible. Luego viene el tercer tiempo que es el del retiro, ya el mundo exterior debe pesar menos, hay que pagar la última deuda con ese regreso a los papeles y a los libros a una edad en que las solicitudes sociales normalmente disminuyen. Este tiempo puede ser muy fecundo, llevo ya quince años inmerso en él, y si se ve lo que ha salido, tal vez pueda estimarse que aun con la vida corta que me queda se va a perder menos conforme logre sacar estos suplementos, estas comunicaciones de la información que uno tiene; claro, al momento del fallecimiento, todavía se perderá alguna parte, pero no tanto como la que había aquí acumulado hace quince años.

60 Entonces, distingo estas tres etapas y el consejo que se puede dar a los demás es tratar de cumplir la tarea lo mejor que sea posible, en cada una de ellas.

61 *México, D.F., 28 de mayo de 1992*

NOTAS FINALES

1. * Me ha pesado saber que falleció el 26 de marzo de 1993, a los 88 años de edad.

2. * Tres volúmenes publicados en Stuttgart-Gotha, 1925-1936, de los cuales hay traducción al español del primero por Wenceslao Roces, de los volúmenes 2 y 3 por Angelika Scherp, FCE, México, 1973-1987-1988, 3 vols. también.

¡Habla, Mnemosina!

Jean Meyer

> “O bien la Historia es un movimiento elemental, inflexible y sin amistad. O bien existe una *comunión misteriosa del hombre en la Historia* [yo subrayo, N. del E.]: captura de lo sagrado inmerso en el tiempo, un tiempo que su progreso no destruye, en el cual todas las edades son solidarias. Me pregunto si, al término de su carrera, el historiador moderno cuando ha sobrepasado todas las tentaciones de la ciencia (la que seca) y del mundo (el que solicita), no llega a una visión de la Historia próxima de la experiencia de la infancia [...] Claro, su visión no es ya la del niño, porque el niño no logra abrazar todo el contenido de la existencia humana. En el historiador, su totalidad es falsa y abstracta. Sin embargo, conserva el valor de una indicación, de una tendencia. Sugiere también que la creación histórica es un fenómeno de naturaleza religiosa... Algo muy cercano a la gracia.” [1]

1 Aunque en este libro no todos hablen del capítulo esencial de su infancia, estos hombres libres sí recuerdan a sus “padrinos”: quien a Rafael Altamira; quien a Daniel Cosío Villegas; quien a Alfonso Reyes; quien a Raimundo Lida... Claro que ninguno tuvo necesidad de cometer parricidio; ningún ego sufrió “la figura del padre”.

2 Las feministas se quejarán, con razón, de la ausencia de mujeres entre nuestros elegidos. Esto es producto de un corte cronológico dado; la presencia de una o dos mujeres no hubiera hecho sino subrayar un fenómeno muy conocido: el acceso tardío de las mujeres a la educación superior y a la investigación. Hoy en día las cosas han cambiado mucho y los centros históricos se han poblado de mayorías femeninas. Nos hubiera gustado tener mujeres en este libro: un prejuicio favorable, aunque masculino, nos hace creer que hubieran jugado el juego de la confesión (al estilo de San Agustín, Montaigne o Vasconcelos) más generosamente que la mayoría de nuestros autores; o más sencillamente. Muchos de nuestros amigos hacen trampa o desconfían de sí mismos; se ponen una máscara o quieren que uno adivine. La mujer hubiera sido más espontánea, individual, íntima. ¿Me equivoco? Quizás más adelante lo averigüemos, ya que hoy en día la historia la escriben las mujeres.

3 Nuestros autores de política no hablan, o hablan muy poco. Silvio Zavala habla de la guerra civil española, menciona a Cárdenas, evoca la Francia de la Liberación, pero no se sitúa políticamente y no menciona el marxismo. Antonio Alatorre, apenas. La excepción

magna es Octavio Paz quien desde hace ya unos 50 años siempre ha mostrado posiciones muy claras frente a un marxismo a favor de las estructuras, en contra de las desdeñables “superestructuras” y frente al comunismo como movimiento político.

“¿Y tú, mundo actual? ¿quién eres?”[2]

4 Pregunta omnipresente en estos testimonios en forma de ensayo que manifiestan una apertura mayúscula. No hay barreras, no hay fronteras, no hay parcelas. Nuestros hombres, felices en su profesión, abrazan el mundo entero, la poesía, la literatura, la religión, el arte, la filosofía, las Américas, desde antes de Américo hasta la fecha, el mundo contemporáneo, cada cual según sus preferencias, gustos, circunstancias. En ese sentido, casi todos son enciclopedistas; como el ogro de los cuentos (*je sens la chair fraîche*) todo quieren “devorar”. Todo les interesa y no desprecian ninguna forma de conocimiento, ninguna forma de difusión. Ahí están los textos de Alfredo López Austin en el teatro de la Capilla para inspirar a Jesusa Rodríguez. Ahí está la prosa (y los versos) de Octavio Paz que han engendrado entre nosotros libro tras libro; una breve nota a la vuelta de una página en el *Laberinto* ¿cuántos trabajos no engendró sobre los intelectuales y el poder de México? Ahí está Antonio Alatorre en televisión, dialogando con Juan José Arreola. Y ¿qué decir de nuestros fecundos empresarios culturales, misioneros y trotamundos, Luis González y Miguel León-Portilla, de Luis Villoro y su generosidad intelectual, de Silvio Zavala y Edmundo O’Gorman, quienes hacen de la vejez la edad más productiva?

5 Algunos historiadores profesionales decidieron a fines de los años sesenta no sólo escribir para la Academia o para sus alumnos; la Historia, la seria, la que combina el rigor y la investigación con el gusto por el discurso, volvió a ser de esta forma lo que había sido en México en el siglo XIX, un género literario muy fértil. Así decidieron salir al encuentro de Octavio Paz quien, tanto en el *Laberinto* como en su *Sor Juana* o *Las trampas de la fe,* hacía historia. “En este sentido puede uno muy bien dejarse llevar por la amable ola de la asociación de ideas para conjeturar que tanto poetas como historiadores son personajes pirandellianos.” Escribe Federico Campbell que lo que nos supo enseñar Pirandello es que en mayor o menor grado inventamos las cosas que suceden. La ilusión y el deseo suelen trocarse en realidad. Por eso se crean los mitos. “De ahí que la historia sea en gran parte invención, cosa que no va en desdoro de los historiadores profesionales, ni debería apesadumbrarlos”.[3]

6 Nuestros autores aceptaron dar su testimonio, o sea hablar de una existencia personal ligada íntimamente a las grandes corrientes de la Historia, y de un momento de la Historia en su relación con una existencia particular. La autobiografía como testimonio es una de las maneras más antiguas de hacer historia, de narrar el paso del tiempo y de las cosas, el juego de la memoria y de la remembranza. La discontinuidad, la máscara, el narcisismo no son inconvenientes. Tienen su lógica, contribuyen a situar al autor como personaje, al historiador como historiado. Aclaran las relaciones, complican las relaciones entre el hombre y la obra.

7 Un pequeño libro de 1614, *La manière de lire l’histoire,* escrito por René de Lusinge, nos enseña que él empezó por leer las novelas de aventuras a los doce años: Huon de Burdeos, los cuatro hijos Aymon, Ogiero el danés. Todos empezaron así, con la *Iliada,* o Brune-haut y Fredegunda, Michel Strogoff, los egipcios, los antiguos mexicanos. Todos nacieron

temprano a la curiosidad de conocer a los otros, al Otro, probando el sabor de épocas, vidas y costumbres diferentes.

8 Todos han luchado contra la desvitalización de la historia por el gremio universitario, el sistema, el curriculum que lleva a la sequedad y a la mediocridad; luchan para alcanzar el público de las "*honnêtes gens*" y nos llevan hacia una historia que no sea ni "de bronce", ni romántica, ni académica, sino búsqueda del Otro a través del espacio y del tiempo. Por eso leen a Bergson y a Borges, a Chesterton y a Valéry, a Kolakowski y a Milosz.

9 Así confirman ese dicho según el cual de las naciones del mundo ninguna supera a la mexicana en el amor a la historia y confirman también su voluntad de ser una nación abierta, alejada de cosmopolitismos pálidos, pero también ajena a nacionalismos cerriles y suicidas.

10 Me tocó a mí, extranjero peculiar, entreverado ya de una manera fatal con los destinos de México, el privilegio de escuchar y de recibir sus testimonios, sus egohistorias. A todos ellos, gracias.

NOTAS FINALES

1. Philippe Ariès, *Le tempi de l'histoire,* Mónaco, ed. du Rocher, 1954.

2. Gertrude Himmelfart.

3. Federico Campbell, "La historia narrativa", en *La Jornada dominical.* 1992.